

The background of the cover is a digital painting of a vast, alien landscape. The terrain is composed of layered, rocky formations in shades of yellow, orange, and brown, suggesting a volcanic or mineral-rich environment. In the lower-left foreground, a small, dark figure of a person stands on a rocky outcrop, providing a sense of scale. In the center-right, a sleek, dark probe or lander with two prominent blue glowing lights is positioned as if hovering or descending. The overall atmosphere is one of mystery and exploration.

**ANTOLOGÍA  
DE  
NOVELAS  
DE  
ANTICIPACIÓN  
VIII**

Lectulandia

Octavo volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *El reverso, El enclave, Poeta, afina tu laúd..., Los silenciosos, Mecanismo de escape, Pequeño resumen de historia del futuro, El niño nacido para el espacio, El perro, El pulgar verde, La víspera del juicio final, Litofagia, Amor galáctico, Y el espíritu venció a la carne y La cosa caída del espacio.*

**Lectulandia**

AA. VV.

**Antología de novelas de anticipación  
VIII**

**Antología de novelas de anticipación - 8**

ePub r1.0

Watcher 14-04-2018

Título original: *Three to Conquer & Doomsday Eve*

AA. VV., 1967

Traducción: Desconocido

Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# El reverso

André Hardellet

Periódicamente, ocurre en la Historia un acontecimiento que provoca tal estupor entre sus testigos que éstos *prefieren* olvidarlo. Incluso la policía. En los archivos subsiste todavía una relación de ellos, pero tan atenuada, tan hábilmente dissociada de su contexto, que se pasaría junto a ella sin sospechar nada. Por otra parte, ¿quién hojearía esas insondables minas de polvo cuya llave, en el sentido más material de la palabra, está en manos de un funcionario?

Hurtebise se calló, tal como le habían *aconsejado*; si una veleidad de desobediencia le hubiese rozado, la evidente inutilidad de toda revelación le hubiera impuesto silencio. He aquí los hechos.

El 18 de junio de 1971, la 4ª Brigada recibió una llamada telefónica de un tal André Hurtebise (el cual dio inmediatamente su nombre y su dirección). «Vengan en seguida. Hay un hombre muerto en mi casa». El comisario Viard y uno de sus inspectores se dirigieron a la dirección indicada. En el vestíbulo del apartamento había un cadáver; su posición parecía natural: la de un hombre fallecido repentinamente; no se veía ningún rastro de lucha.

Viard conocía su oficio; dejando que el inspector se ocupara de Hurtebise, examinó minuciosamente el cadáver, sin tocarlo: un hombre de veintiocho a treinta años, robusto, con una cicatriz sobre el arco ciliar izquierdo. Terminado su examen, entró en el estudio donde el inspector procedía al interrogatorio del testigo... o del presunto asesino. Inmediatamente, quedó impresionado por el parecido —«inimitable», dijo el propio Viard en su informe— existente entre el muerto y Hurtebise. Observó el arco ciliar izquierdo de este último: presentaba la misma cicatriz. «Es su hermano —dijo Viard—. Su hermano gemelo». «No tengo ningún hermano». Hurtebise, lívido, tenía un vaso de coñac en la mano. «Lo comprobaremos», dijo Viard.

Lo comprobaron, en efecto. El registro civil y los testimonios recogidos probaron que André George Hurtebise, nacido el 13 de febrero de 1943 en Montreuil, Seine, era hijo único. Soltero, «lector» en una editorial, llevaba una existencia tranquila que excluía, a priori, la verosimilitud de un crimen. El médico forense llegó a la conclusión de que la muerte se había producido a consecuencia de un fallo cardíaco, sin que se hubiera ejercido violencia sobre el difunto.

Dos interesantes detalles de la encuesta: en primer lugar, el documento de identidad, *auténtico* —fue sometido a las comprobaciones más severas—, encontrado sobre el difunto demostró que el desconocido se llamaba *también* André George

Hurtebise, nacido el 13 de febrero de 1943 en Montreuil, en la misma fecha y en el mismo lugar que su sosías. Además, las huellas dactilares comparadas del muerto y del vivo se revelaron idénticas.

Ocho meses más tarde, Viard solicitó la excedencia. Entretanto, Hurtebise había sido convocado por un alto funcionario que le *aconsejó*, en términos desprovistos de toda ambigüedad, que olvidara aquel asunto; Hurtebise, que acababa de finalizar un tratamiento contra la depresión nerviosa, prometió todo lo que quisieron.

Su declaración no aclara gran cosa. El 18 de junio, alrededor de las nueve de la noche, oyó girar una llave en la cerradura de la puerta de su apartamento; en aquel momento se encontraba en su estudio, leyendo un manuscrito. Asustado, se precipitó hacia la puerta y se encontró, según su propia expresión, *enfrente de si mismo*. «*Fue —dijo— como si un espejo invisible se hubiera erguido súbitamente en el pasillo para reflejar mis rasgos*». Los dos gritos de terror, el suyo y el del intruso, brotaron al mismo tiempo. Luego transcurrieron unos segundos de un silencio aplastante. Hurtebise estaba apoyado en la pared del vestíbulo, el desconocido inmóvil delante de la puerta entreabierta. El ruido del ascensor sobrepasando el rellano se dejó oír; el desconocido se llevó la mano al pecho y se desplomó. Cuando Hurtebise recobró su sangre fría, sólo pudo comprobar la muerte de aquel visitante increíblemente real e increíblemente imposible. Entonces llamó a la 4ª Brigada.

Llegado a este punto del relato, me veo obligado a pasar de la tercera a la primera persona, según la terminología gramatical. El YO se impone por motivos que aparecerán claramente más adelante. Yo soy Hurtebise, el Hurtebise n.º 2, el vivo, el que firmó la declaración: dije la verdad a la policía, pero no toda la verdad. ¿Cómo hubiera podido hacerlo sin hacerme candidato a la camisa de fuerza? ¿Quién hubiera concedido el menor crédito a *toda* la verdad?

Han transcurrido cinco años, y actualmente vivo en México, entre la hez de la sociedad, y no tengo nada que temer: la decadencia inmuniza. Escuchad, si sois aficionados a las historias en desacuerdo con todos los cánones de la lógica.

En el preciso instante en que *el otro* Hurtebise murió, se confundió conmigo. Confundido, identificado del modo más indudable. Sus recuerdos se convirtieron en los míos, y, si es verdad que la conciencia reposa sobre la permanencia de la memoria, puede decirse que nuestra conciencia común hizo de nosotros un solo individuo. Una parte de mi pasado, hasta entonces cubierto de sombra, se reveló de pronto a plena luz. Reflexionad un momento, antes de condenarme con un encogimiento de hombros: si dos hombres ofrecen un parecido tan perfecto —incluso en sus huellas dactilares—, ¿por qué no pueden poseer *también* unos recuerdos en común? Admitid eso... y veréis cómo los fenómenos que estudia la parapsicología pierden su escandalosa incongruencia en nuestro mundo razonable. Pero, me estoy alejando de mi relato; no pretendo resolver el problema de los dos Hurtebise simultáneos: más humildemente, *sugiero* una hipótesis. Y si se os ocurre algo mejor, hacédmelo saber, por favor.

¿Os preguntáis en qué piensa un astronauta en su satélite? En nada que no sea terrenamente vulgar. Aunque se sepa enormemente distanciado de nuestro globo, vive siempre sobre él. He interrogado a varios colegas y hemos estado de acuerdo: el sueldo, la tensión arterial, la esposa y los hijos, un *cocker* que empieza a hacerse viejo, la solución de un problema de ajedrez o de un campeonato de fútbol, una chica inaccesible, con su brillante impermeable, entrevista un día de lluvia a través del cristal de la ventanilla de un coche. No nos consideramos pioneros de una nueva civilización; cada mes, cada año, vamos un poco —o un mucho— más lejos, pero la distancia que nos ata a nuestras costumbres no varía. El universo puede ser rectilíneo o curvo, poseer tres, cuatro o setenta y nueve dimensiones: a nosotros nos tiene sin cuidado, pues, ¿qué significan unos vocablos tales como *dimensión*, *duración*, en un mundo donde la estabilidad de las medidas es puesta en entredicho sin cesar? Los titulares del premio Nobel pasan de moda casi tan de prisa como las *vedettes* de la T.V.; una canción antigua, oída cuando el día se presta a ello, me sume en una emoción inalterable.

Pensaba en el instante en que, terminado mi vuelo, pondría mi llave en la cerradura y entraría en mi casa. Simple preludio antes de mi dosis de *narké*.

El *narké* no está clasificado aún entre los estupefacientes y, a decir verdad, no merece estarlo: no crea hábito, no produce ninguna decadencia física o intelectual. Al contrario. Infunde nuevas fuerzas, porque un deseo colmado es un sorbo de agua bebida en la fuente de la eterna juventud. Contempláis la imagen mientras fumáis el *narké* y, súbitamente, *entráis en ella*. Diríase que sólo os esperaban a vosotros para empezar la fiesta. Lo que sucede al abrigo de aquellas puertas inmateriales, cuando se ha entrevisto una sola vez, nos impide aceptar las mezquinas leyes «razonables». Todo lo que uno imagina toma forma, adquiere su verdad y se desarrolla de acuerdo con los deseos de uno. Aunque se desee volver atrás, la escena se proyecta de nuevo delante de uno, tantas veces como quiera, como si el Tiempo se dignara cerrar los ojos.

La planta se cultiva en México, y Gertie Moran, enfermera de la clínica más lujosa de Auteuil, me proporciona la droga. Una dosis es muy cara, y casi todo mi sueldo lo invierto en ella; aparte de eso, vivo modestamente.

Dentro de algunos años me declararán inútil para el servicio; asumiré poco a poco el aspecto de esos viejecitos sentados al sol que rumian su pasado. Algunos de ellos lo pasan mal; yo moriré pronto a causa de mi propia insuficiencia cuando no disponga de los medios para adquirir el *narké*.

He pasado una larga serie de exámenes y he ascendido paulatinamente los peldaños de la escala profesional. Pertenezco actualmente a la clase I, la élite. Nuestro sueldo (puesto que formamos parte de la Astronáutica militar) es sumamente elevado y por ello he escogido esta profesión: a causa del *narké*. Al lado de la cuota física y técnica, hay la cuota «moral»: ciego, sordo y mudo, como el famoso sabio oriental. Desde ese punto de vista, supongo que mis superiores se han encontrado



pocas veces ante una encarnación semejante de la buena voluntad. He visto pilotos mucho más dotados que yo, técnica o físicamente, eliminados por simples preguntas formuladas imprudentemente o por una negligencia mínima en las consignas. Antes de cada vuelo, nos entregan unos aparatos registradores, sellados, que tenemos que devolver intactos al aterrizar. Ignoro, y no me preocupa saberlo, lo que pueden revelar a unos equipos de investigadores que trabajan en un laboratorio detrás de una imponente red de protección. En ese terreno, la competencia es muy grande entre naciones enemigas o amigas.

Sé lo que tengo que hacer si una determinada luz azul se enciende encima de mi «clarke», y si, no habiendo recibido ningún mensaje, aquella luz cambia al rojo. Sencillo. Lo que seguiré ya no afecta: no lo habré deseado, ni concebido.

La «cabeza» del C.I.A. (Centro de Investigaciones Astronáuticas) está sin duda al corriente de mis relaciones con Gerie y de mi uso del narké. Me dejan en paz por una especie de contrato tácito: mientras seas prudente cerraremos los ojos. Y yo pienso ser prudente durante mucho tiempo...

Estamos a 18 de junio, y son las 16 horas. Pero, ¿qué pueden significar las dieciséis horas, o no importa qué hora, en el *lugar* donde me encuentro? ¿Quién me indicará la hora absoluta? Todo va bien; otra hora de vuelo, e iniciaré las maniobras de descenso. La última vez, Gertie me advirtió que las entregas iban a hacerse más raras y que había que esperar una subida de los precios; pero, por otra parte, el mes próximo van a ser mejoradas nuestras primas de vuelo: una cosa compensará la otra.

De repente, mi «clarke» empieza a divagar. Aunque lo deseara, me sería imposible facilitar la menor información sobre ese aparato, muy complicado. Para nosotros, se reduce a la figuración elemental de una brújula, cuya saeta debe ser mantenida en la posición correcta. A grandes rasgos, una parte del pilotaje consiste en corregir las posibles desviaciones de la saeta.

No se trataba de desviación, sino de un verdadero enloquecimiento. Puse en marcha el dispositivo previsto para casos semejantes y luego hice una llamada al Centro. Sin resultado. El «clarke» continuó conduciéndose de un modo demencial; otras dos llamadas al Centro resultaron igualmente inútiles.

Metódica y tranquilamente, inicié la serie de operaciones conocidas por el nombre de «directrices de seguridad»; las agoté una a una, y la loca saeta no cedió.

Nuestros satélites poseen una especie de visores móviles que permiten observar la Tierra; una esfera gris-azulada, una bola cubierta de líquenes. Pegué mi ojo al visor, y comprobé que la dejaba detrás de mí, a la izquierda; asistí al empequeñecimiento progresivo y a la desaparición de la esfera azulada. Nuestras reservas de oxígeno permiten sobrevivir cuatro días; llevamos también unas ampollas de cianuro: todo ha sido previsto, lo mismo un accidente que un aterrizaje forzoso, en tiempo de guerra-relámpago, sobre un territorio enemigo.

No sabéis lo que es el miedo, y hasta aquel momento tampoco yo lo sabía. Cuando el destino se ocupa seriamente de uno se envejece con mucha rapidez; yo



envejecí mucho en el espacio de unas horas, lo cual bastaría para explicar por qué Larrhéguy me encontró *cambiado*. Volví a ver mi existencia pasada, no total, como el hombre que se ahoga, sino por secuencias montadas de un modo absurdo, y me pregunté: ¿*dónde* se encuentra, pues, el original entero de la película registrada por nuestra memoria? Como si pretender circunscribirla en un punto del espacio no constituyera una estupidez. Vi de nuevo la muerte de mi padre y la muerte de un ratón en un granero, el patio de una escuela cuando yo tenía cuatro años, una estación de la frontera belga, una avenida bordeada de trébol encarnado, la boda de Jannick, en el Chalet del Iles... y otras muchas cosas, llenas ahora de un prestigio que en el momento de producirse no les había reconocido. El ser más miserable, el enfermo que se ahoga; por la noche, en su habitación del hotel, sienten subsistir al menos la sombra de un lazo entre ellos y sus semejantes; yo era el solitario absoluto, condenado a sí mismo. Cuatro días para caer en un abismo sin fondo, con una ampolla de cianuro por todo viático.

Pasé así dos o tres horas en un estado de embrutecimiento, lanzado hacia cualquier nada, prisionero de mi ínfima eternidad de proyectil perdido.

En el instante en que mis ojos se posaron por azar en el «clarke» y vi que la saeta había vuelto a su posición normal, me negué a creer en mi buena suerte. Tuve que reunir toda mi voluntad para atreverme a mirar a través del visor; sí, la bola gris-azulada aparecía de nuevo, aumentando de volumen. Por puro reflejo profesional, realicé ciertos gestos...

Cuando salí de la carlinga, fui incapaz de pronunciar una palabra. Reconocí a Laveille, a Kalley, a Lulu-Bain-d'Huile, oí: «Retraso... ¿Dónde diablos se ha metido...?». Di algunos pasos y experimenté un intenso dolor, una brutal contracción detrás del esternón; tuve que pararme. «¿Un golpe?», me preguntó Kalley; asentí con la cabeza. Alguien me sostuvo. Conseguí articular: «Whisky...». Y Lulu me tendió su frasco, que casi vacié. A continuación, la cosa fue mejor.

Hay una norma entre nosotros: en cuanto aterrizamos, rendimos cuentas del vuelo. Más o menos titubeante, me dirigí al despacho del «patrón», Larrhéguy. Gracias al alcohol, encontré un poco de lucidez y de seguridad, mezclada con una extraña sensación de desconfianza hacia lo que me rodeaba. Hubiera sido incapaz de concretar lo que había aquí o allá, y atribuí aquella dificultad a mi *shock* emotivo.

Larrhéguy me acogió con su cordialidad habitual:

—¡Hola, Cascavientos! —Era mi apodo en la D.R.A.—. Ha llegado usted con retraso, ¿eh? ¿Por qué no ha enviado ningún mensaje?

—Pero, si le he dirigido varios...

Me miró en silencio y luego dijo:

—¿Qué es lo que pasa, viejo? Le encuentro *cambiado*.

Estuve a punto de replicar: «También usted parece haber cambiado», pero me contuve. Me limité a informar acerca de mi vuelo. Mientras hablaba, vi que el rostro

de Larrhéguy trocaba su expresión de duda en otra de júbilo.

—Bueno, Cascavientos, eso nos dará unos hermosos registros, ¿eh?

En nuestra profesión la gente no suele enternecerse.

Tomé una ducha, me cambié de ropa y subí a mi automóvil; faltaban tres cuartos de hora para que el narké me abriera sus puertas. Sin embargo, aquella perspectiva no me producía la alegría esperada; estaba fatigado y preocupado. La impresión de una sutil metamorfosis operada durante mi ausencia me perseguía a través de las calles que recorría para regresar a mi casa y que me eran familiares desde hacía mucho tiempo; ora se me aparecían como antes, ora semejaban haber experimentado una transformación, cuya naturaleza me resultaba imposible definir.

Cuando introduje mi llave en la cerradura, nada me advirtió. La luz del recibidor estaba encendida y mi sosías se encontraba delante de mí, apoyado en la pared: un André Hurtebise clandestino, inconfesable, flagrante. Proferí un grito de terror; y el dolor que había sentido poco después de mi aterrizaje comprimí mi pecho como un torno detrás del esternón. Aumentó con una rapidez atroz; hubiérase dicho que un polvo gris cubría todos los objetos, los cuales perdían no sólo su colorido, sino también su significado. Mis piernas se doblaron, y comprendí que me encontraba en trance de muerte. Aquello me asombró por su extrema facilidad, el dolor atenuándose a medida que yo perdía la noción del tiempo, que mi conciencia se velaba, se encogía. En el preciso instante en que morí, pasé a la piel de mi doble. Y no sólo a su piel: a su ser más íntimo, más semejante al mío, lo que me transformó fue aquella especie de evidencia recobrada, como la del mundo exterior que, al despertar, cubre y aniquila el mundo de los sueños.

Y he aquí mi secreto, que no se cotiza en la Bolsa de los valores espirituales; no daríais cinco céntimos por él, y yo os lo entrego por nada: *morir es siempre despertarse en otro sí mismo*. Tomadlo como queráis, pero nunca os libraréis de la existencia: monarca, tonto de pueblo, perro, «motivo en la alfombra»..., nunca dejaréis de ser. Sólo que lo ignoráis, como lo ignoraba yo hasta aquel momento. Tal vez algunos han presentido eso de un modo confuso, se han *olvidado de olvidar* durante algunos segundos; entonces, el inefable y milagroso recuerdo de un extraño ha atravesado su conciencia, para borrarse luego tal como había venido: sin motivo aparente. Yo soy la excepción —¿el maldito?, ¿el elegido?—, el que recuerda. He nacido, raro privilegio, a los veintinueve años y cuatro meses...

Cinco años me han permitido reflexionar. Mi secreto, si hay algún secreto, no explica a los dos Hurtebise simultáneos y vivos. Por lo tanto...

La noción de universos paralelos es algo que en nuestros días no asombra a nadie. Pero, ¿quién ha pensado en unas *tierras gemelas*? No afirmo que existan, pero no concibo otra solución para salir del laberinto que encerraba a los dos Hurtebise. Dos gemelos no son unos ejemplares idénticos de un ser humano (del mismo modo que mi nueva Tierra no podría identificarse exactamente con la antigua); sin embargo, a

veces se ha observado que, si uno de ellos sufre un daño, el otro experimenta sus efectos, a pesar de que no les une ningún lazo material. Si fuera hasta el límite de mi pensamiento, de mi convicción, diría: *todos nosotros somos gemelos*.

He aquí, en mi opinión, lo que debió producirse. A causa de un accidente cualquiera, mi satélite se desvió de su órbita y «perdí» la Tierra de la cual había salido. Mi «clarke» no se equivocó, durante varias horas derivé en un vertiginoso espacio desierto; luego, por azar, mi nave se acercó a la Tierra gemela (llamémosla, para simplificar, la Tierra n.º 2), tan semejante a la otra por su naturaleza que la saeta volvió a colocarse en la posición correcta. Sólo tuve que iniciar mi descenso, pero el suelo en el cual puse pie era un suelo extranjero. Una Tierra donde *otro* Larrhéguy me encontró *cambiado*, donde yo mismo observé la indefinible alteración impuesta a los seres y a las cosas que me rodeaban. Una Tierra que contenía un Hurtebise *de más*, lo que planteaba el más extraordinario enigma que haya tenido que resolver un cerebro humano. Después de aquellas horas de una terrible tensión nerviosa, mi choque *enfrente de mí mismo* justifica un accidente cardíaco mortal.

¿Hay dos Tierras gemelas, o existen en número indefinido, como los reflejos de un objeto situado entre dos espejos? La comparación no es exacta: los reflejos disminuyen de un plano a otro, hasta el fondo final de los espejos, pero no se contradicen nunca; aquí se observan a veces leves defectos, unos «fallos» sensibles para mí que dispongo de un elemento de comparación. Vivo y envejezco en compañía de un demonio al cual nadie exorcizará, detentador de un secreto que me está prohibido transmitir.

Cuando no retrocedo ante las consecuencias de mi hipótesis, tengo que llegar a la conclusión de que no he sido dado por desaparecido en la Tierra n.º 1. Un astronauta, parecido a mí hasta el punto de confundir a la gente, ha salido de aquí para reemplazarme en mi Tierra de origen. Ha observado en ella mínimas diferencias, como yo; se ha encontrado de repente ante un duplicado de sí mismo, vivo; ha muerto, y su conciencia se ha identificado con la de su sosías. Y si no hay dos, sino innumerables tierras gemelas, las mismas escenas se han repetido innumerables veces.

Alguien, cuyo nombre he olvidado, escribió una historia que antaño leí, intitulada *En el Dédalo o A través del Laberinto* (la memoria me falla más de la cuenta). ¿Acaso había adivinado? Un soldado, que lleva una cajita conteniendo un mensaje, vaga por una ciudad cuyas calles, sea cual sea su orientación, desembocan en el mismo lugar *ya recorrido*; se desplaza, por así decirlo, en un presente perpetuo; no recuerdo lo que encerraba el mensaje, probablemente algo sin importancia. La nieve cubría la ciudad, un chiquillo abrigado surgía una y otra vez, inmutable, fatídico...

Volví a encontrar la clínica para millonarios, de Auteuil, pero, a pesar de toda mi tenacidad —he aquí un *fallo*— no pude descubrir el rastro de una enfermera llamada Gertie Moran y nadie, aquí, ha oído hablar del narké. ¡Y sabe Dios el dinero que he

gastado y los riesgos que he corrido en el mundo de los toxicómanos!

De modo que, como ya he dicho, me expatrié a México, porque la droga procedía de allí. Entendámonos: un pretendido México, donde unos indios preparan quizás un *ersatz* de narké. Una noche, en Las Vegas, gané 17.000 dólares a los dados: todo se fundió, con el dinero que me había llevado de Francia. Unos charlatanes me prometieron el oro y el moro para, finalmente, ofrecermé peyotl o heroína, todas esas porquerías que siempre me he librado de tomar. Incluso organicé una expedición a través de los territorios indios, donde unos brujos conservan aún celosamente tradiciones y prácticas misteriosas; lo único que conseguí fue perder lo poco que me quedaba.

Ahora he perdido la esperanza definitivamente. Y por ello he decidido escribir este relato, del mismo modo que se coloca un mensaje en el interior de una botella y se echa al mar. ¿Quién va a creerme, suponiendo que este mensaje alcance a alguien? Me tratarán de loco, dirán que el uso del narké, *que lo hace todo real*, me ha hecho confundir una ficción con la realidad...

Los acontecimientos que se desarrollan en esas Tierras gemelas, ¿son simultáneos, o se retrasan unos en relación con los otros? Pensándolo bien, me digo a mí mismo si semejante pregunta tiene sentido. Para el que ha vivido una experiencia como la mía, las nociones de pasado, presente y futuro aparecen como vanas ilusiones.

Mientras escribo estas últimas líneas, continúo en mi satélite, temblando de miedo ante la loca saeta del «clarke», o bien penetro en la paradisíaca morada creada por Bresdin. Agonizo de sed en un bosque del Amazonas; soy una de las abejas de la colmena, y otra de esas abejas; le hago el amor a una muchacha de una belleza casi insoportable; me pudro en un calabozo por un delito que ni mis jueces ni yo recordamos. Soy un borracho entre la hirviente multitud de una ciudad que aún no ha sido bautizada. Soy un espadachín que afila su daga, la noche de San Bartolomé, y *al mismo tiempo*, su víctima agazapada detrás de la puerta que los degolladores van a derribar. Soy una roca, en una galaxia desconocida, bajo un sol de fuego, y *me pienso roca* en un interminable ocio mineral. Pero, ¿quién, qué es lo que no soy, a pesar mío?

Y un día, quizás, encontraré a una Gertie Moran que me preguntará:

—¿Dónde se había metido usted? Hacía *siglos* que no le veía...

# El enclave

Claude Veillot

En cuanto entró en el restaurante automático notó que la atmósfera, sutilmente, había cambiado. El aire parecía haberse cargado de una leve tensión, de una espera silenciosa.

Sentados en las mesas de plástico multicolor o acodados en el largo mostrador, los clientes no parecían hostiles. Algunos incluso le sonreían, pero con una reserva y una reticencia que revelaban más temeroso respeto que verdadera amistad.

«La cosa marcha» —pensó el agente F.57—. «Marcha perfectamente».

Sonrió, mostrando sus dientes puntiagudos, se inclinó graciosamente, como hacían todos los extranjeros cuando entraban en un lugar público, y pronunció a media voz la frase ritual de conciliación: «Nosotros amamos al Hombre».

Uno de los cinco robots-camareros se deslizó hacia él sobre su riel conductor. Dos clientes se habían apartado con deferencia para dejarle sitio en el mostrador.

—Un filete a la parrilla —encargó, de cara al registro vuelto hacia él.

—¿Y para beber?

—Vino.

Hacer hablar a los robots-camareros resultaba siempre una extraña experiencia. Desde luego, todo el mundo fingía encontrarlo natural, y el que se hubiera extasiado públicamente del hecho habría sido considerado un provinciano. En cuanto a los Extranjeros, era notorio que no se asombraban de nada, y mucho menos de los inventos terrestres.

De todos modos, el agente F.57 contempló con aire divertido a la ligera máquina cromada mientras desaparecía en su túnel para volver a surgir de él con su bandeja.

—Cinco flourds —anunció la voz impersonal.

El agente F.57 introdujo cinco monedas en la ranura. La bandeja se deslizó hasta quedar delante de él.

—Otro filete para mí. Con agua mineral.

El robot-camarero se retiró sobre su aceitado riel y el agente F.57 volvió la cabeza.

—¿A usted también le gusta el filete?

—No creo que tenga nada de original...

La joven sonreía para atenuar lo brusco de su respuesta, pero él había captado su crispación cuando le dirigió la palabra.

Sonrió a su vez:

—Desde luego que no, pero al menos es una cosa que tenemos en común.

La sonrisa del agente, lejos de relajarla, apagó la suya. Cuando la joven tuvo conciencia de que miraba los dientes de su interlocutor, su turbación se hizo casi insoportable. Acogió el regreso del robot-camarero con tanto alivio que el agente F.57 se compadeció de ella. Al ver que cogía su bandeja con la evidente intención de llevársela a una de las mesas más alejadas, posó suavemente su mano en la muñeca de la joven:

—No se asuste. Soy un amigo. Somos sus amigos.

La joven trató de mostrarse jovial:

—Ya lo sé, Extranjero. Sabemos todo lo que les debemos. No... no estoy asustada, créame.

Miraba los dedos del agente posados sobre su delgada muñeca. Naturalmente, no estaba asustada. De todos modos, ¿no era terrible aquella larga mano azul sobre el blanco brazo? El agente vio erizarse el vello sobre la piel satinada.

Apartó su mano.

—Vaya a almorzar —dijo amablemente. Luego, recordando la fórmula—: «Que el apetito la sostenga».

—Que los manjares le sean provechosos —susurró ella, inclinando los ojos.

El agente F.57 atacó su filete.

—Bueno —murmuró—, la cosa no empieza mal.

*Estados Asociados*

*Servicios Comunes de Información*

*Secreto - Difusión muy restringida*

*Extractos de un sondeo efectuado por los Servicios Comunes de Información (SCI).*

*Gabriel J., 40 años, conductor de helitaxi*

Pregunta: ¿Qué opina usted de los Extranjeros?

Respuesta: ¿Por qué me pregunta eso? ¿Quién es usted?

P: Estamos efectuando una encuesta.

R: ¿Para publicarla en los periódicos?

P: No. Es un sondeo oficioso.

R: Mire, yo no tengo nada contra los Extranjeros...

P: ¿Qué opina usted de ellos?

R: Bueno, lo único que sé es que desde que están aquí, hace seis años, todo va mejor.

P: ¿Desde qué punto de vista?

R: Lo sabe usted perfectamente, ¿no?

P: Quisiéramos que lo dijera usted.

R: Bueno, sabemos que no habrá más guerras. Mientras ellos estén aquí, no será posible.

P: ¿Por qué?

R: Porque han ordenado el desarme total.

P: ¿Cree usted en él?

R: Estoy obligado a creerlo. Creo lo que veo.

P: Entonces, ¿cree usted en la buena voluntad de los Extranjeros?

R: ...

P: ¡Conteste!

R: Quiere que le diga que los detesto, ¿verdad?

P: Queremos simplemente su opinión.

R: Pues yo no estoy dispuesto a dársela a unos bocazas que se apresurarían a comunicárselo a los Azules...

*Jean-Pierre F., 35 años, ingeniero*

P: ¿Qué opina usted de los Extranjeros?

R: ¿Objetiva, o subjetivamente?

P: Veamos la primera opción.

R: Pues bien, es indudable que nos han impuesto la paz. Desde hace seis años, no ha sido disparado un solo cañonazo en todo el globo terráqueo. La mayoría considera que es una cosa buena, y yo estoy con la mayoría.

P: ¿Y subjetivamente?

R: ¿Permanecerán realmente en secreto las respuestas?

P: Desde luego.

R: Para el hombre, hubiese sido más noble que él mismo se impusiera la paz.

P: Estamos de acuerdo, pero no ha contestado aún nuestra pregunta. ¿Qué opina de los Extranjeros?

R: Bueno... No me gustan.

P: ¿Es un sentimiento de despecho? ¿De inferioridad?

R: ¿Porque nos han dado una lección de humanidad? ¡Oh, no! Tengo un espíritu algo mezquino, pero no es por eso. No, se trata de otra cosa. Me preocupan.

P: ¿Por qué motivo?

R: ¿Por qué han hecho eso? Quiero decir, ¿por qué desembarcaron hace seis años de no sé qué planeta...?

P: Un planeta que gira alrededor de la estrella que nosotros llamamos Altair.

R: Eso dicen ellos. En todo caso, ¿por qué han recorrido una distancia tan larga sólo para impedir que nos matemos entre nosotros? Desde luego, puede replicar usted que se manifiesta mi espíritu mezquino... Puede objetar que la causa que defienden se basta a sí misma y que su desinterés demuestra una cosa, al menos: son mejores que nosotros. Pero yo no puedo evitar el preguntarme: ¿qué es lo que quieren?

*Marie-Thérèse B., 25 años, mecanógrafa*

P: ¿Qué es lo que no le gusta en los Extranjeros?

R: Los dientes.



P: ¿Sólo los dientes?

R: ¡Oh! ¿Se refiere a ese color azul? Desde luego, resulta sorprendente. Pero a fin de cuentas no es realmente feo. No más que algunos negros, que a veces tienen hermosos reflejos, ¿no le parece? O algunos orientales... Naturalmente, no quiero decir que pudiera sentirme atraída por un hombre de esa clase...

P: ¿Por qué?

R: Bueno, son personas de color, ¿no?

P: Entonces, ¿sólo los dientes?

R: ¿Acaso a usted no le impresionan esos dientes puntiagudos? Desde luego, he leído en una revista que eran dientes como los nuestros, y que lo único que ocurre es que tienen más caninos que incisivos. De todos modos, su sonrisa resulta un poco rara, ¿no le parece?

P: ¿De veras es lo único que le desagrada en ellos?

R: Sí. (Una breve vacilación). No, hay otra cosa...

P: Dígala.

R: No me atrevo.

P: ¿Por qué?

R: Hay que respetarles. Al menos, eso es lo que dicen, ¿no es cierto? Hay que estarles agradecidos.

P: De todos modos, díganos lo que piensa.

R: Bueno, después de todo, soy como la mayoría de la gente. ¿No se ha encontrado nunca en una tienda, o simplemente en la calle, cuando aparece un Azul? Todo el mundo tiene miedo. Nadie lo demuestra, evidentemente, pero tienen miedo.

P: ¿Miedo de qué, en su opinión?

R: Son tan... extraños, tan distintos... Se muestran muy corteses, pero inspiran una sensación de malestar. Además, circulan tantos rumores...

P: ¿Qué clase de rumores?

R: ¿Acaso no lo sabe? Se habla de desapariciones, de raptos... Se dice que desde hace seis años las desapariciones en el mundo se han quintuplicado. Y esas historias de deportaciones, de las personas que han sido llevadas como esclavas al mundo de los Azules... Claro que se trata de simples habladurías...

P: ¿No cree usted en ellas?

R: N... No.

P: Pero, a pesar de todo, tiene usted miedo...

R: Sí.

*Maurice N., 17 años, sin profesión, internado en el Centro de...*

P: ¿Por qué ha matado usted a un Extranjero?

R: En primer lugar, no estaba solo. Iba con Jean P., Fernand C. y Francas A.

P: Les están buscando. En cuanto a usted, los policías le cogieron junto al cadáver con la barra de hierro en las manos.

R: Se lo había buscado. ¡Se lo había buscado, aquel asqueroso Azul!

P: ¿Por qué le mató?

R: ¡Habría que matarles a todos! Si se limitaran a permanecer en sus enclaves... Después de todo, fueron ellos los que crearon los enclaves, ¿no? ¿Por qué no se quedan allí? Pues no señor, aquel tipo tuvo que ir al «*Double Scotch...*»..

P: ¿El «*Double Scotch*»?

R: Está en mi declaración. ¿No la ha leído? Es el bar donde nos reuníamos... Me refiero al equipo de Jean P. Pues bien, aquel cerdo entró pronunciando su estúpida frase... Ya sabe: «Nosotros amamos al Hombre». Luego, pidió de beber al robot-camarero... Y después nos insultó.

P: Los testigos afirman que ustedes le provocaron.

R: Bueno, le tomamos un poco el pelo, es cierto. Ya sabe, las bromas de costumbre: «Estoy azul», «Lo veo todo azul»...

P: Los testigos no dicen que él les insultara.

R: ¡Es lo único que hubiera faltado! En primer lugar, no le dirigimos la palabra. Bromeábamos entre nosotros.

P: Tampoco él les dirigió la palabra.

R: No cesaba de mirar a Etienne, que escuchaba unas bandas magnéticas en el Automusical. ¿Qué hubiera hecho usted?

P: Etienne se mostró muy provocativa, según los testigos.

R: no es culpa nuestra que esté de moda la falda corta. En todo caso, un Azul no tiene que mirar a una chica como él lo hizo. Se lo dijimos. Y entonces nos insultó.

P: Parece ser que, por el contrario, se mostró muy conciliador. Sin embargo, ustedes le arrastraron hasta la calle y la emprendieron a golpes con él. ¿Por qué le odiaban hasta ese punto?

R: ¡Era un Azul, un asqueroso Azul! ¡Que se marchen de una vez por donde han venido!

*Laurence M., 26 años, manicura*

P: ¿Ha alternado usted con Extranjeros?

R: (Turbada). Sí.

P: ¿Ha tenido un... ejem... idilio con uno de ellos?

R: ...

P: Conteste sin temor. Ya sabe que le hemos garantizado el secreto...

R: Pues bien, después de todo soy libre (Risa). Por otra parte, no tengo prejuicios (Risa). Milko era realmente simpático. Al menos los primeros días.

P: ¿Milko?

R: Yo le llamaba así. Su nombre era impronunciable.

P: ¿Cómo le conoció?

R: Buscaba su embajada. Se equivocó de edificio y llamó a mi casa. Le informé amablemente y luego volvió.

P: Por lo tanto, no sentía usted ninguna hostilidad hacia los Extranjeros.

R: No. En aquella época, no.

P: ¿Y ahora?

R: Ahora, sí.

P: ¿Por qué motivo?

R: No podría decirlo, exactamente. Milko me abrió los ojos, sin duda. Antes, detestaba a las personas que detestaban a los Extranjeros. Opinaba que debíamos estarles agradecidos por lo que habían hecho por la humanidad. Salí con Milko a propósito, para demostrarles que estaban en un error. En realidad, la que estaba en un error era yo.

P: ¿Qué fue lo que le decidió a separarse de él?

R: La idea que me formé de Milko.

P: ¿Cómo llegó a formarse esa idea?

R: Verá, al principio salí con él por jactancia. O, si quiere usted, por idealismo. Para convencer a la gente. Y luego (sonrisa confusa), verá, aparte de que tienen la piel azul, los Extranjeros son como cualquier hombre... No sé cómo decírselo...

P: ¿Acaso usted...? ¿Acaso Milko y usted...?

R: ¿Quiere usted saber si tuve... ejem... relaciones con Milko? Pues bien, sí. Pero, precisamente a partir de entonces, todo cambió.

P: ¿Quiere usted decir por qué?

R: ¿De veras le son útiles estas informaciones? Bueno, siendo por la ciencia... Como le decía, fue *después* cuando la cosa cambió. Milko se mostró menos amable. Ya sabe, una mujer acaba por conocer al hombre con el cual... con el cual...

P: Comprendo. ¿Quiere usted decir que aquella intimidad le permitió ver al Extranjero bajo otra luz?

R: ¡Exactamente! Poco a poco, vi dibujarse un personaje nuevo que no tenía nada en común con el Milko de los primeros días. Él trataba de disimular, naturalmente, y a veces casi conseguía engañarme. Pero, en mi fuero íntimo, yo sabía lo que era en realidad: un hombre de otro mundo, un verdadero Extranjero, duro y helado.

P: ¿Podría clasificar lo que les separaba a ustedes como incompatibilidades de carácter?

R: Era mucho peor. Yo diría más bien: incompatibilidad de especie. Llegó un momento en que me avergoncé de mí misma y me pregunté cómo había podido... Acabé por convencerme de que no era para él más que un... objeto de estudio, un sujeto que analizar. Un experimento. Y lo que más me trastornó no fue aquella dureza, aquel desprecio que, en ocasiones, y a pesar de su capacidad de disimulo, asomaba a la superficie. Ni siquiera el profundo desagrado que sorprendí un día en su rostro. No, lo que de veras me asustó fue su profunda, su absoluta, su inhumana indiferencia.

El agente F.57 cerró la carpeta.

«No saben prácticamente nada. Sólo unas impresiones, unos prejuicios, una desconfianza... Reflejo de autodefensa de la raza. No saben nada, pero *sienten*. Es casi como un sexto sentido».

El helitaxi empezaba a perder altura. Deslizándose entre los otros cuatro o cinco aparatos que sobrevolaban aquella parte de la ciudad, se dirigió hacia el macizo inmueble Altair cuya terraza, a medida que parecía ascender hacia ellos, reasumía sus enormes proporciones.

El agente F.57 golpeó el interfono con la uña:

—Sobre la plataforma.

—No puedo hacerlo, señor. Tengo que dejarle en el suelo.

—No se preocupe. ¡Haga lo que le digo!

El conductor se volvió hacia él y, por un brevísimo instante, el odio asomó a sus ojos. Luego aminoró la velocidad:

—¡Entendido, Extranjero!

Cuando el helitaxi entró en el campo de fuerza, el agente sólo tuvo que maniobrar el identificador fijado a su muñeca. El pequeño aparato se posó en la terraza donde dos altarianos esperaban, con un vibrador colgado al cinto.

—¡Bien venido, Mensajero! —dijo uno de ellos, llevándose la mano a la frente según el gesto ritual.

El pasajero del helitaxi pareció vacilar y luego, ágilmente, saltó al suelo. El piloto tendió el oído, pero los Extranjeros se habían puesto a hablar en aquel idioma áspero que muy pocos terráqueos podían comprender.

Vio que su pasajero y los que le habían acogido penetraban en el ascensor neumático. Una lámpara se encendió.

—¡Márchese inmediatamente!

Un Azul, con la mano sobre su vibrador, hacía gestos autoritarios en dirección al helitaxi. El piloto abrió el contacto.

—¡Otro de esos asquerosos Mensajeros! ¿Qué estarán tramando?

*Estados Asociados Servicios Comunes de Información*

*Ref. Archivos F(m) 631*

*Muy secreto*

*Registro magnetofónico del informe del agente F.57*

Tal como estaba convenido, abandoné el Centro de Investigaciones después de la caída de la noche y la camioneta me dejó en uno de los pasillos cubiertos del bloque de inmuebles Saint Denis, desde donde pude alcanzar sin dificultad las avenidas.

Me dirigí inmediatamente al hotel Lutelia, donde había sido reservada la habitación para el Mensajero. No se presentó ninguna dificultad, debido al poco tiempo transcurrido entre la interceptación del Mensajero y mi entrada en circuito.

Pasé el día siguiente efectuando pruebas. Debo decir que fueron muy concluyentes. En todos los lugares donde me presenté, las reacciones fueron exactamente las que habíamos previsto.

Desde luego, la experiencia seguiría teniendo un alcance limitado hasta que no me presentara a los propios altarianos. Un incidente callejero me facilitó la ocasión de hacerlo: a la salida de la estación del Metro Henberg, un vendedor de periódicos afirmó que yo le había entregado una moneda de cinco flourds falsa y se negó a devolverme el cambio. La clásica provocación. Al cabo de unos instantes, cincuenta mirones hostiles nos rodeaban, y puedo afirmar que nadie parecía poner en duda el hecho de que yo fuese realmente un Extranjero. Entonces intervino un altariano. Debo decir que lo hizo con una gran diplomacia, sin cometer un solo error psicológico, y me sacó del mal paso sin lastimar a uno solo de mis antagonistas.

A continuación nos encontramos solos. Mis reacciones emotivas no tienen que ser desarrolladas en esta primera parte del informe, de modo que me limitaré a decir que pasé felizmente la prueba del primer contacto. Mi interlocutor no tuvo la menor sospecha en ningún momento. Es cierto que las insignias de Mensajero le impulsaban a una respetuosa reserva, prohibiéndole todo interrogatorio indiscreto. Pero toda su actitud revelaba su confianza y su abandono, hasta el punto de que se permitió darme algunos consejos acerca del mejor modo de coexistir con los terráneos.

Me molestó indeciblemente el tono con que los altarianos hablan entre ellos de la raza humana. Lo hacen con una altanera condescendencia, y al mismo tiempo con un absoluto despego en lo que respecta a nuestros semejantes.

He experimentado las mismas impresiones cerca de todos los altarianos con los cuales he hablado, pero debo confesar que ésa es la única información positiva que he podido extraer de mis primeros contactos con ellos. El propio Embajador, con el cual sostuve una breve entrevista protocolaria, no me ha dicho nada que no supiéramos ya.

Teniendo en cuenta el hecho de que mi misión no tiene carácter informativo, he evitado formular preguntas intempestivas. Me he limitado, de acuerdo con las consignas, a hacerme identificar como el Mensajero llegado de la ciudad de Altair. Como estaba previsto, sus servicios han adaptado una nueva frecuencia a mi identificador a fin de que pudiera penetrar libremente en el enclave.

El autoanálisis del comportamiento afectivo en el curso de esta misión, así como los detalles de mi entrevista con el Embajador, figuran en los registros magnetofónicos F(m) 632 y F(m) 633.

El jefe de la Sección F. de los SCI pulsó el interruptor del magnetófono.

—¡Buen trabajo, Hermantier!

Lo había dicho sin levantar la cabeza, con los ojos clavados en un punto huidizo en alguna parte de su escritorio.

—¿Qué sucede, patrón? ¿No se atreve a mirarme?

El jefe de Sección rió suavemente y encogió sus pesados hombros.

—Me gustaría saber...

—Le impresiono, ¿eh? ¡Perfecto! ¡Es lo que hace falta, exactamente!

El patrón le miró mordiéndose el pulgar con aire pensativo.

—¡Es extraordinario! Hay que admitir que el Centro de Investigaciones sabe lo que se pesca.

—¿De veras? ¡Doce veces seguidas en tres semanas, patrón! Doce veces seguidas en la bañera, antes que ese maldito producto consintiera en teñirme la piel. Me acordé de mi madre, cuando trataba de teñir sus vestidos viejos.

Sus largos dedos azules cogieron un cigarrillo del cofre de madera vetada, bajo la nariz del fascinado jefe de Sección.

—¿Y los trabajos para la comprobación? Agua tibia, agua helada, agua hirviendo... Jabón, agua de Javel, detergentes... Ducha, chorro a presión, inmersión total... En cuanto el agua se teñía de una sospecha de azul, ¡zas! ¡De nuevo a la bañera! Y eso no es lo peor...

Miró a su patrón sin sonreír:

—No saben si podrán quitarme esto más tarde.

El jefe de Sección hizo un gesto con la mano:

—Eso quedará resuelto a su debido tiempo.

Hermantier se cogió el azulado labio entre el pulgar y el índice y lo levantó sobre sus dientes acerados:

—¿Y esto? ¿También quedará resuelto? Los golpes de lima resuenan aún en mi cerebro.

—Le harán una prótesis.

—¡Desde luego! Tiene usted respuesta para todo, ¿no es cierto?

El patrón cruzó las manos debajo de su barbilla y miró gravemente al hombre sentado delante de él.

—¡Cuatro años, Hermantier! ¡Cuatro años que se prepara usted para esto! Todo lo que ha podido saberse sobre Altair y los altarianos ha pasado por sus manos. Quintales de documentos: estudios, encuestas, sondeos, mapas, fotografías. Decenas de kilómetros de bandas magnéticas y de microfilms. En este momento no hay en el globo terráqueo más que un hombre que habla el altariano de un modo tan perfecto como para engañar a los Extranjeros: usted. No hay más que un hombre capaz de entrar en el enclave: usted, también.

Sacó de un cajón un objeto mate, color bronce, que depositó sobre el escritorio. Hermantier acercó su sillón:

—¿Qué es eso? ¿Un tostador de pan, un reloj de arena o un molinillo de café?

—Es una de sus famosas «bobinas de palabras», la que el Mensajero trajo de Altair. La que usted llevará al enclave. Hemos podido hacerla funcionar, pero no nos ha servido de mucho.

—¿Está en clave?

El jefe de Sección inclinó afirmativamente la cabeza.

—De todos modos, no es eso lo que nos interesa. Viene un Mensajero una vez al año. Por lo tanto, las bobinas deben contener consignas de carácter general. Lo que nos interesa es lo que ocurre en el enclave.

El agente F.57 aplastó su cigarrillo en el cenicero. Su mano temblaba ligeramente.

—Patrón, creo que tengo posibilidades.

El coloso de cabellos grises le miró en silencio.

—El Mensajero que hemos interceptado —continuó Hermantier— hubiera podido dirigirse al enclave de Baviera, o al de Ulster, o al de Liguria...

—Pero da la casualidad que se dirigía al enclave vendeano.

—¿También a usted se le ha ocurrido la idea?

El jefe de Sección se encogió furiosamente de hombros:

—¡En mi profesión no puede omitirse ningún detalle! —exclamó.

Se retrepó en su sillón, con aire fatigado, y apretó sus dedos contra sus párpados.

—Ella desapareció un 7 de julio, hace dos meses, en los alrededores de Gilles-sur-Vie, donde pasaba sus vacaciones. Era una pelirroja muy guapa, ¿verdad?

—Verdad.

La voz de Hermantier era insegura.

—Teníamos que habernos casado hace un mes, patrón. ¿Cree usted que está en el enclave?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

El jefe de Sección hizo girar su sillón y subió la persiana metálica de un archivador, dejando al descubierto un montón de expedientes.

—¿Ve usted eso? ¡Desapariciones, desapariciones! ¡Centenares y centenares! Y ni un solo rastro, ni un indicio, ni siquiera la sombra de una sospecha. Sí, un detalle: la frecuencia de las desapariciones es claramente superior en los alrededores de los enclaves.

Apoyó los codos en su escritorio.

—Hace cuatro años que espera usted este momento. No necesito recordarle que tiene una posibilidad contra treinta de salir con bien.

Hermantier rió sin alegría:

—Me repito desde hace cuatro años que es la operación más insensata emprendida nunca por los SCI.

—Pase lo que pase, no haga nada que pueda precipitar el descubrimiento de su identidad. No nos interesa tanto que entre en el enclave como verle salir de él. Tiene que regresar aquí a toda costa. De modo que le conjuro para que se atenga a su papel. Vea lo que vea, manténgase en su sitio. Cállese, mire, escuche, vuelva. Es una orden categórica...

Miró de soslayo a su agente y terminó, en voz baja:

—... encuentre lo que encuentre allí.

Hermantier se puso en pie con cierta rigidez:

—Eso es exactamente lo que pienso hacer.



*Extractos de una entrevista radio-televisada del Presidente del Consejo General de...*

—Señor Presidente, es usted una de las pocas personalidades, mejor dicho, uno de los pocos terráneos que han entrado en un enclave altariano.

—Debo ese honor a la amable invitación que tuvo a bien dirigirme Su Excelencia el Embajador de Altair.

Según se nos ha informado, los altarianos invitaron a un centenar de personalidades a visitar los enclaves, para cortar de raíz ciertos desagradables rumores.

—¿Qué quiere dar a entender con eso? Por desgracia, es cierto que han circulado rumores fantásticos, contra los cuales estoy obligado a pronunciarme enérgicamente. Sólo pueden ser obra de irresponsables, o tal vez el despreciable resultado de maquinaciones subterráneas destinadas a conmover los cimientos de nuestras pacíficas instituciones. De hecho, aquella visita tenía por objeto festejar el aniversario del advenimiento de la paz planetaria.

—¿Puede usted describir a nuestros oyentes y telespectadores lo que vio en el enclave?

—Un solo calificativo: ¡idílico! Imagine unas amplias viviendas en medio de árboles y parterres; unos patios donde cantan los surtidores de agua; los altarianos entregados a sus tareas con una suave negligencia. Después de haber visto el marco donde se complacen en vivir, comprendo perfectamente que nuestros juiciosos aliados, con una discreción que les honra, hayan insistido en no mezclarse continuamente con nosotros.

—¿Ha visto usted huellas de los anteriores ocupantes? Me refiero a los terráneos que vivían allí antes de la implantación del enclave.

—No ignora usted que, de acuerdo con el convenio estipulado con los altarianos, los anteriores habitantes han sido reagrupados en otras partes y debidamente indemnizados. En consecuencia, sólo quedan unos cuantos edificios en ruinas de aquella época, ya que los altarianos han construido sus propias viviendas.

—Aparte de sus compañeros de viaje, ¿no vio usted a ningún terráneo?

—No. Por otra parte, los acuerdos son muy explícitos a ese respecto.

## *Resumen de los conocimientos adquiridos acerca del enclave llamado vendeano*

*Situación:* Al igual que los otros 54 enclaves altarianos repartidos por el globo terráqueo, el enclave llamado vendeano ha sido inscrito en un perímetro restringido que no engloba ninguna población importante.

Situado en la región de la marisma de Poitevin, el enclave se extiende sobre unos 500 kilómetros cuadrados en el interior del perímetro delimitado por los pueblos de Niort, Fontenay-le-Compté, Marans y Mauzé, todos ellos ubicados en el borde exterior de aquel límite, es decir, fuera del enclave.

Las poblaciones absorbidas por el enclave son las de Courcon, Saint-Hilaire-la-Pallud, así como un centenar de pueblecitos y aldeas.

*Organización:* Los informes sobre la organización en el interior de los enclaves son sumamente reducidos. Los escasos terráqueos que han sido autorizados a penetrar en ellos lo han hecho siempre bajo escolta y sólo han visto lo que sus guías han querido enseñarles.

Los altarianos viven en el enclave en número de unos cinco mil, aproximadamente. No utilizan ninguna de las localidades ocupadas por los anteriores habitantes. Algunas, como Saint-Hilaire-la-Pallud o Damvix, han sido arrasadas para permitir la edificación de amplias moradas altarianas. Las otras van desmoronándose lentamente.

Ha sido prácticamente imposible conocer los actividades de los Extranjeros. Según los invitados bajo escolta, se trata de una existencia paradisíaca servida por una técnica prodigiosamente avanzada.

*Protección:* El enclave está completamente rodeado por un campo de fuerza absolutamente infranqueable. Los habitantes de las zonas limítrofes hablan con temor de esa especie de *no man's land*, por el cual han tratado de aventurarse algunos de ellos.

### *Documentos anexos:*

a) Declaración de M. Seraphin M., de la aldea de Sainte-Gemme: «Sabía que estaba cerca de la frontera, pero a pesar de ello experimenté el deseo de visitar mis antiguos campos de la Joubretière. Sé perfectamente que ya no son míos, puesto que me los expropiaron. Pero quise visitarlos... En cuanto hube sobrepasado los postes indicadores, noté una rara sensación, como si el aire se hiciera más espeso. Mi respiración se hizo difícil. A pesar de todo, continué avanzando. Pero, finalmente, me resultó imposible dar un paso, como si tuviera plomo en las piernas. Veía perfectamente el bosque de la Jouforetière, enfrente de mí, pero entre él y yo parecía existir un muro, a la vez elástico y duro... Invisible, pero infranqueable. Volví sobre mis pasos. A medida que me alejaba de la Joubretière, el aire se hacía menos denso, mis movimientos volvían a ser ágiles...».

b) Declaración de M. Julien G, de la Megisserie, cerca de Oulmes: «Había estado

trabajando en el campo hasta muy tarde, y quise regresar a casa por el atajo de Bois Poté. Al cabo de un momento me sentí oprimido, sufrí una especie de desvanecimiento. Al mismo tiempo, el motor del tractor se paró en seco, sin que yo tocara nada. Comprendí que había penetrado en la zona prohibida. Tuve que regresar al día siguiente con unos caballos para sacar el tractor de allí...».

La invulnerabilidad de aquella barrera ha sido comprobada en el curso de numerosas tentativas de penetración llevadas a cabo sin éxito por nuestros agentes. Trece de ellos han desaparecido en el curso de aquellas misiones.

Resulta igualmente imposible sobrevolar el enclave.

Se ha comprobado que los propios altarianos no pueden franquear el campo de fuerza si no van provistos de un «identificador» adaptado a una determinada frecuencia. La frecuencia en cuestión es modificada a intervalos variables e imprevisibles.

Ignorando la naturaleza y la fuente del campo de fuerza, no ha sido posible, desde luego, construir un identificador.

*Relaciones:* Los ocupantes del enclave viven en régimen cerrado, pero algunos de sus representantes efectúan frecuentes viajes a la capital, donde tienen contactos con su embajada y con nuestras propias instituciones.

Los únicos lazos entre los Extranjeros y su planeta de origen parecen ser los Mensajeros, los cuales realizan el viaje de Altair a la Tierra una vez al año, aproximadamente. Dejando su nave espacial en órbita, descienden a bordo de cohetes-taxi que les depositan sobre el perímetro reservado de Villecoublay. No parece que el enclave posea un campo de aterrizaje.

Los Mensajeros, tratados como altos dignatarios, no parecen depender de ninguna autoridad superior a la suya. Se hospedan en la capital sin ser controlados por la Embajada, y viajan hasta el enclave por sus propios medios.

*Estados Asociados*

*Servicios Comunes de Información*

*Sección F*

*Secreto absoluto*

*Operación Substitución.*

*Mensajero interceptado. Agente F.57 actualmente en el enclave.*

—¿Es la primera vez que viene usted a la Tierra, Mensajero Burg Agabal? Entonces, desconfíe de los terráneos. No son realmente malvados, pero sí muy hipócritas. Personalmente, no les maltrato nunca, de acuerdo con las instrucciones del Plan, pero no olvido el proverbio, que por otra parte tiene un origen terráneo, a propósito del que muerde la mano de su bienhechor.

El Delegado Jaker Logr hablaba, con las manos en la espalda, sin apartar la vista

del recinto rodeado por una verja electrificada. Un poco apartado, el Mensajero no decía nada. Desde lo alto de la pequeña eminencia, se distinguían las espléndidas villas altarianas, multicolores en medio de la vegetación, y, más lejos, el lujuriente verdor de las marismas.

«*Vea lo que vea, manténgase en su sitio. Cállese, mire, escuche*».

El Mensajero concedió una mirada aparentemente impasible a los terráqueos que se encontraban detrás de la barrera electrificada.

—¿Cuántos terráqueos tienen ahí, Delegado?

—Nunca más de un centenar —respondió el Delegado, sonriendo—. Para nuestras necesidades personales. Los otros son expedidos lo más rápidamente posible. Siempre de noche, desde luego.

—No creo que tengan ustedes dificultades por ese lado...

—¿Cómo podríamos tenerlas? Los terráqueos no sospechan siquiera que nuestras astronaves puedan posarse en el enclave. Y a propósito de eso, la idea de hacer transitar a nuestros Mensajeros por la capital es excelente. ¿Por qué tan altos personajes se tomarían la molestia de todos esos transbordos si pudieran aterrizar directamente aquí?

—¿No cree usted que los terráqueos desconfían?

—Desconfían, pero eso es lo único que pueden hacer. Verá, les hemos traído la paz, y nos lo agradecen.

El Delegado Jaker Logr volvió los ojos hacia el Mensajero:

—Naturalmente, les extrañan las desapariciones. Pero todas esas desapariciones, por numerosas que sean, no tienen comparación posible con los exterminios que en otras épocas producían sus guerras.

Sacudió tristemente la cabeza:

—¡Qué horrible despilfarro, aquellas guerras! ¿Sabe usted lo que dice la bobina de palabras que me ha entregado?

—Desde luego que no, Delegado.

—Pues bien, es la decisión de modificar el Plan. Las exportaciones tienen que aumentar. En realidad, tienen que duplicarse en los próximos meses, y haberse triplicado antes de que termine el año terráqueo.

En aquel momento, el Mensajero no pudo evitar el dar un paso adelante: pero la silueta fugazmente entrevista había desaparecido ya en el interior de una de las antiguas casas de piedra.

—No se acerque demasiado, Mensajero Burg Agabal. Son unos seres perversos.

Desde el otro lado de la barrera, el hombre les miraba mientras se acercaba. Tenía muy buen aspecto, tal vez demasiado gordo. Se irguió ligeramente, con un aire de agresivo orgullo, y el Mensajero notó que su garganta se contraía.

—¿Puedo hablar con él, Delegado? Conozco un poco su idioma.

—Pruebe, si quiere. Esa experiencia resulta divertida, a veces.

El hombre, enfrente de ellos, se esforzaba por no inclinar los ojos.

—Terráqueo... —dijo el Mensajero.

Vaciló.

—Terráqueo, ¿quién es esa mujer que acaba de entrar en la casa? Esa joven con una larga cabellera pelirroja...

El prisionero volvió la cabeza.

—No lo sé, Extranjero.

—Tienes que conocerla, puesto que todos vivís juntos. ¿No sabes quién es?

—No lo sé, Extranjero.

—¿Desde cuándo está con vosotros?

El hombre le volvió la espalda y, andando pesadamente, se alejó de la barrera.

*«Pase lo que pase, no haga nada que pueda precipitar el descubrimiento de su identidad».*

El Mensajero contuvo su deseo de aferrar con las dos manos la verja electrificada. Cerró un instante los ojos para que se apaciguara el tumulto de sus emociones.

—¿Le ha gustado esa terráquea, Mensajero Burg Agabal?

—No, no, se equivoca usted, Delegado.

—He visto que le interesaba. Será para usted.

—Delegado, ¿quiere usted decir...?

El Delegado le cogió del brazo:

—Esta noche, la tendrá usted en la mesa.

Desde un lugar oculto, una bobina de música desgranaba una sorprendente melodía, a la vez estridente y suave, bella y triste como un sueño.

Más allá de la aldea en ruinas, el sol poniente inflamaba los verdores de las marismas.

—Excelente para la caza —decía Azirir, esposa del Delegado Jaker Logr—. ¿Sabe usted que esas marismas constituyen un verdadero laberinto de vías de agua? Un terráqueo, soltado allí con una barca, puede mantener en jaque a cincuenta cazadores durante varios días.

*«Vea lo que vea, manténgase en su sitio».*

—¿No es eso, noble Dama, lo que el Plan llama despilfarro?

Azirir rió. Era muy hermosa, aunque no humana.

—En el enclave somos libres de utilizar a nuestro antojo el ganado que nos ha sido atribuido.

Azirir acompañó al Mensajero hasta la mesa magníficamente puesta, cargada de vajilla finísima y de resplandeciente cristalería, rodeada de divanes y de almohadones. Los dignatarios se pusieron en pie y se inclinaron ante el Mensajero, con la mano en la frente. Sus insignias brillaron a la suave claridad de las lámparas.

—La Tierra es un paraje encantador —continuó Azirir, haciéndole tomar asiento entre ella y el Delegado—. Nunca, en el curso de sus exploraciones, las flotas de Altair descubrieron tan magníficas reservas. Salvo, quizás, en el planeta Procina,

donde la caza era tan abundante, que los centros de suministro pudieron aprovisionar Altair durante varios siglos, según dicen.

Un oficial se inclinó hacia ella:

—Pero la caza de Procina tenía una carne insípida, noble Dama...

—Mientras que la Tierra... ¡Ah, la Tierra!

Azirir echó la cabeza hacia atrás y aspiró profundamente:

—Nobles huéspedes, ¿qué me dicen de ese divino aroma?

Precedidos del maestro-trinchador, los cuatro criados portaban sobre sus hombros la inmensa bandeja de plata envuelta en aromas a canela y a clavo, a pimpinela y a hierbabuena.

A hierbabuena...

«*Pase lo que pase... Pase lo que pase...*».

El Mensajero se irguió tan bruscamente que un plato bellamente decorado se estrelló contra el suelo.

—Apuesto a que ha imaginado usted lo que vamos a servirle ahora, Mensajero Burg Agabal —dijo el Delegado, en tono jovial—. Le prometí que esta noche la tendría usted en su mesa, y siempre cumplo lo que prometo.

Sonrió a los comensales, sus labios azules levantados sobre sus ocho caninos:

—¡Que el apetito os sostenga, nobles huéspedes, y que los manjares os sean provechosos!

# Poeta, afina tu laúd...

Sophie Cathala

El 12 de marzo, en la sección de Sucesos de los periódicos de la tarde, una breve gacetilla señalaba el suicidio, a la edad de veintiséis años, de un joven poeta de gran talento, el cual, unos días antes, había recibido un premio literario. El joven poeta se había ahorcado, sin dejar testamento.

El 14 de marzo, en la misma sección, un artículo a tres columnas mencionaba que seis personas que habían asistido a un cocktail literario, al regresar a su casa se habían arrojado por la ventana, a excepción de una que se había disparado un tiro en la sien. Ninguno de aquellos desesperados había dejado ninguna explicación relativa a su gesto. Un discreto asombro se filtraba bajo el laconismo de la información, y el periodista, comprobando que una bibliotecaria de Confolens, un estudiante de Bellas Artes de Aix-en-Provence y tres profesores de un Instituto de Clermont de l'Oise se habían suicidado también el mismo día, se interrogaba acerca de la relación a establecer entre aquellos diversos incidentes.

Al día siguiente, 15 de marzo, apareció una información en primera plana, a cinco columnas, anunciando a Francia que, la víspera, a las 23:45 horas, el jefe del Gobierno había ingerido un tubo entero de barbitúricos, imitando al Presidente de una gran potencia extranjera que se había suicidado aquella misma mañana.

Ninguno de los dos hombres de Estado había dejado consignas, ni en lo que respecta a los problemas de sucesión, ni para legar un testamento moral a su patria respectiva. La consecuencia inmediata fue un espantoso desorden, que los hechos posteriores iban a...

Pero, no anticipemos los acontecimientos.

El cronista que anunció la trágica muerte de aquellos dos hombres ilustres no pudo evitar, en su artículo, de relacionar aquellas desapariciones con las de la víspera y, sobre todo, con las que aquel mismo día sumían al mundo en la más profunda consternación. Así, se supo que tres miembros del Instituto y cuatro de la Academia Francesa se habían arrojado al Sena desde el puente del Alma, en plena noche y cogidos de la mano, y que unas patrullas dragaban aún el fondo del río a fin de encontrar los cadáveres. Se supo que dieciocho alumnos del Instituto de Clermont de l'Oise habían seguido a sus profesores en la muerte. Que el prefecto del Bajo Rin y su jefe de gabinete, el alcalde de Niza y su adjunto, el príncipe heredero de Suecia y el Gran Maestro de la Orden de Malta, se habían quitado la vida por medios distintos.

Y eso únicamente en Francia. Cuando se contabilizaron los suicidios producidos en los países extranjeros en los tres últimos días, hubo que admitir que la temible



epidemia asolaba al mundo entero.

El 16 de marzo, la consternación se trocó en pánico. El número de suicidados alcanzaba cifras enormes —centenares de miles—, sin que el menor indicio pudiera indicar la causa de su desesperación. En Francia, el ministro del Interior decretó el estado de urgencia y decidió que, a partir de aquella fecha, 16 de marzo, las tentativas de suicidio serían castigadas con la pena de muerte. Sin embargo, contrariamente a los estragos producidos antaño por la peste, no todos eran alcanzados, pero los que resultaban infestados morían inevitablemente. Cuando el ministro del Interior se hundió un cuchillo de cocina en el corazón, todo el mundo empezó a acechar a su prójimo con aire suspicaz, tratando de descubrir los síntomas de la enfermedad.

El 18 de marzo, en medio de la locura general, un brillante profesor de la Academia de Medicina publicó un artículo, en el cual exponía que el suicidio era debido a un virus, y que en espera del descubrimiento del suero que combatiera la epidemia, convenía desinfectar cuidadosamente, como él mismo había hecho, todas las viviendas, antes de que la gente se encerrara en sus casas. Aquella misma noche, el profesor se roció de gasolina y se prendió fuego, provocando un incendio que costó la vida a cinco personas.

El mismo día, doce de los críticos más respetados de la capital se dieron muerte.

El prefecto de policía no dormía. Desde el comienzo de la epidemia, los efectivos de la policía, por una rara casualidad, no habían disminuido, aunque, sobrecargados de trabajo, se agotaban en una lucha estéril.

Uno de ellos, un joven oficial de gran porvenir, decidió efectuar personalmente una encuesta. Consultó la lista de los desesperados y comprobó de buenas a primeras que la epidemia parecía haber evitado casi por completo las campiñas. En efecto, no se señalaba ningún suicidio en las granjas apartadas del Macizo Central o de los Alpes, en las pequeñas aldeas de los pescadores bretones, de los mineros de Lorena o de los obreros textiles del Languedoc. En cambio, en el centro de las ciudades revestía unos caracteres furiosos, de un modo especial entre lo que se ha convenido en llamar la «intelligentzia».

El joven oficial de policía, de gran porvenir, se perdió en conjeturas sobre aquel nuevo mal del siglo, pero no tardó en verse obligado a admitir que no había parangón entre la ola de suicidios que había provocado la aparición, en Alemania, del *Werther*, o la que provocó, más tarde, en Hungría, la canción *Domingo sombrío*, y la que despoblaba la Tierra. Ya que, poco a poco, el mundo entero se saturaba, a pesar de ciertos islotes que parecían refractarios a la inundación. Se produjeron entonces unas migraciones considerables de las poblaciones ciudadanas hacia aquellas regiones privilegiadas, las cuales, a su vez, fueron contaminadas, lo cual dio lugar a un gran debate en la Asamblea Nacional. Cuando las puertas de la Cámara se cerraron, dieciocho diputados, entre las doce y las catorce horas, se precipitaron a ese mundo que, según dicen, es mejor que el nuestro.

A raíz de aquella catástrofe, el joven oficial de policía visitó personalmente a las

familias afectadas, investigó minuciosamente en las viviendas, y regresó a la prefectura en un estado de gran excitación.

—Creo que tengo una idea —dijo nerviosamente, al presentarse al prefecto de policía—. He de comprobar aún algunos detalles...

—¿Un indicio? —inquirió el prefecto.

—Eso parece... Algo increíble.

—Le acompaño —dijo el prefecto—. Es un asunto demasiado importante para dejarle actuar por su cuenta.

Salieron del despacho y, a la mañana siguiente, encontraron sus cadáveres, colgados de la misma lámpara, balanceándose en el salón de la casa del prefecto.

La esposa de este último recibió a los investigadores deshecha en llanto. No sabía nada. La víspera, acompañado de un oficial de la policía, su marido se había presentado en un estado de gran agitación, blandiendo un libro. Le había gritado a su esposa:

—¡Ya tenemos la prueba! ¡Tiene que estar aquí dentro! ¡Otro golpe de los Grandes Galácticos!

A continuación, se había encerrado en el salón con su compañero. Aquella mañana, a primera hora, la esposa les había encontrado colgados de la lámpara.

Mientras la esposa se interrumpía, ahogada por los sollozos, un obeso comisario vio el libro que reposaba sobre un velador.

—¿Es ése el libro en cuestión? —preguntó.

—Sí —respondió la pobre mujer—, debía ser ése. Yo no lo he tocado.

Inmediatamente, fueron llamados dos técnicos que, con la ayuda de contadores Geiger, comprobaron la radiactividad del libro. Era completamente normal. Un funcionario observó entonces que no se había demostrado aún que la radiactividad pudiera incitar al suicidio, y que tal vez convendría buscar la causa de la epidemia en el texto mismo de la obra. El obeso comisario, que era un espíritu positivo, cogió el volumen —un simple volumen de poesías— y lo hojeó rápidamente. Terminó por encogerse de hombros.

—No veo nada —dijo—. No importa. Voy a examinarlo con más atención. Y mañana sabremos si el prefecto había dado con la buena pista. ¡Yo no voy a suicidarme! ¡Advertido como estoy, me andaré con pies de plomo!

Aquella misma noche, su anciana madre, desconsolada, telefoneó a la prefectura. Ante sus mismos ojos, sin explicar los motivos, sin que ella pudiera evitarlo, su hijo acababa de engullirse el contenido de una cajita de polvos matarratas. Sí, unos minutos antes, había estado hojeando un libro...

—¡No toque ese libro! ¡Sobre todo, no lo toque! —gritó el inspector de policía que había contestado a la llamada.

Tiempo perdido. Cuando llegaron a la casa, la anciana entregaba su alma a Dios.

Los periodistas que no habían sido alcanzados por la inundación formularon unas preguntas. ¿No podía acusarse a algún país de haber hecho distribuir y vender, por

millares de ejemplares, el libro portador del virus del suicidio? Pero, no. El mundo se encontraba uniformemente devastado por la epidemia. E incluso, por primera vez en la historia de la humanidad, los países se unían, se entregaban a perquisiciones colectivas, a fin de recoger los ejemplares del libro maléfico, que a continuación eran quemados con gran pompa. Pero, a medida que eran quemados, aparecían nuevos ejemplares, impresos clandestinamente, y nuevas víctimas se unían a las primeras.

No podía ya ponerse en duda: los Grandes Galácticos, una vez más, intentaban acabar con la Tierra. Pero en esta ocasión parecían en trance de conseguir sus fines. Por más que se prohibiera la lectura del volumen, la curiosidad de la gente era más fuerte que el temor a las posibles sanciones, y los mismos que la víspera proclamaban los decretos, al día siguiente no estaban allí para hacerlos aplicar. Sin embargo, se consiguió averiguar que los que evitaban determinadas páginas podían escapar a la tentación de la muerte. Luego, a base de experimentos, la mayor parte de ellos mortales, se comprobó que el germen tan buscado se encontraba en uno solo de los versos del poema.

Pero ya era demasiado tarde. El mundo, reducido a la quinta parte de su población, sólo contaba ya con analfabetos, cretinos congénitos y unos pocos, muy pocos, timoratos que, para conservarse mejor, habían quemado sistemáticamente todo lo que atestiguaba que el hombre, un día, había sabido escribir.

A partir de aquel momento, la Tierra pareció adormilarse por un período muy largo... Varios siglos...

Mucho más tarde, tuve la suerte de encontrarme, por casualidad, con un Gran Galáctico. Con la mayor amabilidad, consintió en concretarme que se había tratado de un experimento, cuyo resultado, me confió, había parecido positivo, y no había suscitado ningún caso de conciencia entre los Galácticos, en tanto que el empleo de bombas o de rayos hubiese podido despertar escrúpulos.

En cuanto al fragmento de poesía, me hubiera gustado poder transcribirlo, pero mi editor acaba de prohibírmelo, muy severamente.

# Los silenciosos

Arthur Sellings

## I

Entró en su oficina exterior, con aspecto de fatiga. Miss Cass levantó la mirada.

—¡Oh, Mr. Buchan! ¿Cómo ha ido la cosa?

Jeff Buchan hizo una mueca que quería ser una sonrisa.

—Les he tranquilizado. Aunque tal vez debí dejar que se enervaran un poco más. Así hubieran enviado a otro para hacer el trabajo.

—Está usted cansado, Mr. Buchan —dijo Miss Cass—. ¿Quiere una taza de café?

—No, gracias. En estos últimos días he tomado tanto café que no me produce ya ningún efecto.

Buchan se preguntó si la solicitud de Miss Cass no era debida a la atracción que sobre ella ejercía la publicidad. Si él renunciaba ahora al trabajo, tendrían que volver a la antigua rutina. Y era mucho más interesante ser la secretaria del Hombre Contacto, como le llamaban los periódicos.

¡Contacto! Buchan suspiró y sus hombros se hundieron todavía más. De todos modos, en su cansancio, su criterio no era muy ecuánime. Miss Cass era una buena chica. ¿Y acaso no había estado él mismo tan excitado como un colegial, los dos primeros días?

—¿Algún mensaje? —inquirió Buchan.

Miss Cass consultó la lista que había preparado.

—Otras nueve compañías desean que patrocine usted sus productos. Treinta y cuatro ofertas de ayuda de diversas instituciones de investigación psíquica, etcétera. El Dr. Dalton trajo su informe médico sobre los Otros. Negativo, desde luego. ¡Oh! Y Mrs. Buchan llamó por teléfono, preguntando si iría usted a casa.

—¿No la llamó usted? —Buchan agitó una mano—. No, está bien. Se me olvidó pedírselo. Dígale que intentaré ir esta noche, pero antes he de arreglar unas cuantas cosas.

Miss Cass vaciló.

—¿No quiere hablar con ella?

—Es mejor que lo haga usted. He roto ya demasiadas promesas. ¿Alguna noticia del Profesor Sykes?

La secretaria sacudió la cabeza.

—Bueno, hable con él y dígale que me gustaría verle, si no está demasiado

ocupado.

Buchan entró en su despacho y se dejó caer en el sillón de su escritorio, ahogando un bostezo. Abrió uno de los cajones, sacó una botella de whisky y se sirvió un trago. En realidad, no tenía nada que arreglar, excepto que le gustaría ver a Sykes. El tipo llevaba allí dos días, pero él mismo había tenido suficiente trabajo tratando de aplacar al general Myers y al resto de ellos, descubriendo nuevas acepciones de la palabra *negativo* para hacer un informe que no resultara demasiado desalentador.

Mientras esperaba al profesor, Buchan reflexionó. Era lo único que podía hacer. Pensar en el problema, repasar todas las tentativas que habían realizado, y encontrar la respuesta... si existía alguna.

Vio el informe médico de Dalton y lo hojeó. Era un informe más diplomático que médico... negativo, naturalmente. Los Otros habían sonreído cortésmente y se habían negado a ser examinados. La falta de resultados estaba convirtiéndoles a todos en circunlocutorios, pensó Buchan, incluido el Dr. Dalton. Detrás de las palabras podía imaginar la escena: los Otros encogiéndose de hombros de un modo desarmante a cada pregunta, el doctor tratando inútilmente de despertar su interés. Su única reacción había sido la de señalar al doctor y luego a sí mismos, y extender sus manos como para indicar que no eran diferentes de los humanos.

Aquél era el aspecto más desconcertante del caso. Si hubiesen sido realmente distintos, podía aceptarse que fuesen incomprensibles. Pero eran hombres, y el hecho de no poder comunicar con ellos resultaba fantástico. Los periódicos empezaban a impacientarse. Buchan soltó el informe con un vehemente suspiro.

Sykes llegó al cabo de unos minutos.

—¡Hola, Profesor! —le saludó Buchan—. ¿Cómo van las cosas?

—¿Cómo quiere que vayan? —inquirió a su vez Sykes, dejándose caer en una silla.

Buchan sonrió comprensivamente.

—¿Un trago?

—Gracias. Creo que me sentará bien. Le aseguro que me alegro de haberme podido alejar de ellos por unas horas. Cuando penetra usted en su nave ¿no tiene la sensación de que se ha colado en una reunión a la que no estaba invitado y cuyos componentes son demasiado corteses para pedirle que se marche?

—Desde luego. Pero, en este caso, los anfitriones *somos nosotros*. Y ellos tendrían que darse cuenta de ese hecho. Su cortesía actúa como una muralla.

—Una *alta* muralla —suspiró Sykes, y cambió rápidamente de dirección—: El primer día debió de ser un verdadero drama, ¿verdad?

—Sería mejor calificarlo de comedia —dijo Buchan—. Y ya sabe usted que no hay nada peor que una broma que se prolonga demasiado.

—¡Oh! —exclamó Sykes, en tono decepcionado, como si hubiese esperado que el relato de la excitación de los primeros momentos le distrajera de su actual frustración.

Se animó un poco cuando, después de servir otro par de whiskys, Buchan dijo:

—Sí, la comedia no apareció en los periódicos. Estaban demasiado ocupados componiendo frases pomposas, tales como «contacto interplanetario», «el mayor acontecimiento histórico» y otras por el estilo. ¿No se ha preguntado usted por qué motivo me han cargado *a mí* el mochuelo?

—No —dijo Sykes—. Suponía... bueno, tal vez un consejo militar... pero la elección me parecía lógica.

Buchan sonrió tristemente.

—Lo mismo ha opinado mi departamento. Después de todo, el hecho de que los primeros visitantes interplanetarios aterrizaran aquí, en la propia sede del Gobierno, era un reto. Ningún burócrata que se respetara a sí mismo podía ignorarlo. El Ejército fue el primero en entrar en acción. Estableció un cordón de seguridad alrededor de la nave. Pero todos los otros departamentos empezaron a moverse. Fueron alertados los bomberos y la Defensa pasiva. El departamento de Sanidad acudió con sus tanques de germicidas. Inspectores de Aduanas, oficiales de la Brigada Antinarcóticos... todo el mundo acudió allí. El Departamento de Agricultura tardó un poco más en reaccionar, pero finalmente decidió intervenir, diciendo que los visitantes podían ser portadores de gérmenes nocivos para las cosechas, o incluso de vegetales andantes...

»Todo eso ocurrió a las siete de la mañana, dos horas después de que un agente de policía observara la presencia de la nave en el centro mismo del Washington Park. Pero cuando se trató de establecer el primer contacto, la cosa cambió de aspecto. Todos los departamentos que se habían apresurado a afirmar que el asunto era de su competencia, hicieron marcha atrás, por temor a cometer una torpeza y quedar en mal lugar.

Sykes rió.

—Y su departamento no pudo eludir el encarguito...

—No por falta de ganas, puede creerlo. Pero tuvo que apechugar con él. Después de todo, los ocupantes de la nave habían aterrizado sin permiso. Por lo tanto, el asunto correspondía automáticamente a Inmigración.

»Tratamos de descargarnos el muerto, desde luego. Sugerimos incluso la posibilidad de que los ocupantes de la nave fueran máquinas, en cuyo caso la tarea correspondería al Departamento de Projectiles Dirigidos. Pero todo fue inútil —Buchan extendió las manos—. Me encargaron el trabajo. Nada extraordinario, a fin de cuentas. Ni siquiera tuve que llamar a la portezuela de la nave. La abrieron antes de que yo llegara a ella y salieron a recibirme. Pero los periódicos exageraron el papel que yo había representado, describiéndome como a un héroe, o poco menos...

—Sí, yo también he pasado por eso, hasta cierto punto —dijo Sykes—. *El Profesor Sykes, alto, delgado, fumando pensativamente su pipa...* ¡Y en mi vida he fumado en pipa! De todos modos, después del primer fracaso insistió usted en sus esfuerzos.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Me habían ensalzado tanto, que el problema se convirtió para mí en una cuestión personal.

—Bueno, ha hecho usted todo lo humanamente posible. En sus informes sólo encuentro a faltar una tentativa.

—¿Cuál?

—La telepatía.

—¡Oh! ¿Lo ha mencionado usted en sus notas?

—Todavía no.

—Tampoco yo lo he hecho. Sin embargo, efectué una prueba con un individuo poseedor de un factor E. P., o como diablos se llame.

—Facultad ESP —murmuró Sykes—. Sí, ya estoy enterado de eso. ¿Qué resultado dio?

—Negativo, como de costumbre.

—Pero, desde luego, *tiene* que ser telepatía, ¿no es cierto?

—¿Sin ningún lenguaje vocal? Si fueran telépatas, el individuo que utilicé en la prueba debió de haber captado *algo*...

—A menos que no estuvieran... transmitiendo, por así decirlo, en aquel momento.

—Pero, ¿por qué no iban a hacerlo? —Buchan notó que todo su resentimiento contra los Otros ascendía a la superficie—. La cosa no tiene sentido. No se explica que un grupo de veinte seres crucen el espacio y luego muestren tan poca curiosidad por el planeta en el cual han aterrizado. No parecen *querer* comunicarse con nosotros.

—Tal vez no necesitan hacerlo. Después de todo, es posible que les juzguemos erróneamente, guiándonos por nuestras propias normas.

—¿Qué otras normas podríamos aplicarles? Son *hombres*. Sus gestos son gestos humanos, lo mismo que su cortesía y su modo de sonreír. Tendrían que alegrarse de vernos. Pero, no, se han presentado aquí, tranquilamente, y aquí están, sin decir una sola palabra.

»Les hemos tocado discos, les hemos proyectado películas, les hemos enseñado libros, instrumentos científicos... ¡Tendrían que haberse interesado por *algo*! Todo ha sido inútil. Lo más próximo a una comunicación que hemos establecido fue cuando le dieron a entender cortésmente a uno de nuestros técnicos que tocar la planta de energía podía resultar peligroso.

—Sí, he visto el informe del técnico. Demuestra que las intenciones de los Otros no son hostiles, lo cual no deja de ser un consuelo.

—Que no resuelve nuestro problema —añadió Buchan, en tono huraño—. Bueno, vamos a terminar con este whisky y me marcharé a casa. Hace tres días que no he visto a mi esposa.

—Afortunadamente, me veo libre de ese problema —dijo Sykes—. Mi esposa está en Cambridge, probablemente pensando que soy un héroe, Dios la bendiga.

—También mi esposa lo pensaba... al principio —dijo Buchan, suspirando.

## II

A la mañana siguiente, Buchan llegó a su oficina de muy mal humor. Freda, su esposa, había quedado agradablemente sorprendida al tenerle en casa la noche anterior, y había sugerido que podían ir al teatro; pero él estaba demasiado preocupado por el asunto de los Otros y no quiso salir. La velada resultó muy aburrida, y Buchan bebió más de la cuenta, tratando de animarse. Freda le había dejado en su sillón favorito, sumido en una especie de sopor. Se despertó a las tres de la mañana, entumecido, y subió a acostarse para dormir un sueño lleno de pesadillas.

Estaba enojado consigo mismo por permitir que la tarea que le habían encomendado le obsesionara hasta tal punto, y mientras se dirigía a la oficina pensaba seriamente en lo que iba a hacer. Cuando llegó Sykes, le dijo:

—Vamos a ir los dos a la nave. Si esta vez no rompemos el hielo, dejaré que intervengan los chiflados.

—¿Los chiflados? —repitió Sykes.

—Médiums, fakires, un zahorí de Arizona, un individuo que pretende poseer un idioma universal que puede aprenderse en media hora... En fin, un montón de gente que no ha cesado de importunarme. Si fracasamos, les permitiré actuar. Vamos.

La oficina provisional de Buchan había sido instalada en un edificio del Gobierno que miraba al parque. Los dos hombres cruzaron el césped en dirección a la nave. Yacía allí como un resplandeciente balón, pero su tamaño era el de la mitad de un campo de fútbol. Los centinelas echaron una breve ojeada a sus pases antes de que subieran la rampa. Encontraron a los Otros en la gran cámara central. Estaban sentados en sus sillas de tres patas, semejantes a un grupo de bailarines de ballet descansando entre dos ensayos. Cuando Buchan y Sykes entraron, los Otros se pusieron en pie como un solo hombre, se inclinaron ligeramente y volvieron a sentarse.

Buchan se entregó directamente a la rutina familiar. Les mostró un juego de naipes. Uno de los Otros miró las cartas, sonrió cortésmente y se las devolvió. Sus compañeros ni siquiera las tomaron en sus manos. Parecían sumidos en un ensueño Comunitario.

Buchan insistió. Los libros, los cuadros, las tentativas de situar el mundo natal de los Otros... Era casi la hora de almorzar, y cada nuevo intento encontraba la misma respuesta: una cortés falta de interés.

Sykes empezó a impacientarse.

—Su abulia es casi esquizoide —dijo.

—Bueno, yo...

Buchan se interrumpió mientras alguien entraba en la cámara. Era Miss Cass. Los Otros se pusieron en pie con su habitual cortesía, pero esta vez no volvieron a sentarse. Buchan observó con enojo que incluso en materia de etiqueta sus modales



eran semejantes a los que imperaban en la Tierra.

—¡Oh, Mr. Buchan! —dijo Miss Cass—. El general Myers desea verle a las dos. Insistió en que se trataba de algo muy urgente, de modo que pensé que sería preferible que le diera el mensaje yo misma.

—Gracias —dijo Buchan—. ¡*Diablo!* ¿Otra conferencia? De acuerdo, Miss Cass.

Miss Cass estaba ahora mirando a los Otros con inusitada atención. No pareció haberle oído. Buchan no repitió las palabras de despedida, dándose cuenta de que era la primera vez que Miss Cass, después de haber manejado todos los detalles de los Otros, se encontraba cara a cara con ellos. Los Otros parecían tan interesados como ella. La miraban con la misma expresión cortés con que habían recibido las cartas, los libros, los cuadros y todo lo demás... pero con una diferencia. *Continuaban* mirando. Lo raro del caso era que Miss Cass, una joven habitualmente tímida, no daba la menor muestra de turbación.

Súbitamente, Buchan comprendió lo que ocurría. ¡*Desde luego!* ¡Qué estúpido había sido! Los Otros eran hombres, hombres que por añadidura habían estado cruzando el espacio durante un incalculable período de tiempo... ¡Y él había estado tratando de despertar su interés con naipes y cuadros! Eran hombres, y Miss Cass era una mujer: la primera mujer que subía a bordo desde que la nave había aterrizado. Ésta podía ser la respuesta, la fisura que había estado buscando inútilmente.

—¡Miss Cass!

La secretaria tardó unos segundos en reaccionar. Se volvió lentamente, como en sueños.

—Eso es todo, Miss Cass. Gracias —dijo Buchan—. Muchas gracias.

—¡Oh! Sí, Mr. Buchan.

Miss Cass abandonó la nave, andando más lentamente que de costumbre. Buchan sonrió. Su secretaria era una muchacha agradable, pero no la Venus de Milo. Para ella, el hecho de que veinte pares de ojos masculinos la contemplaran con tanto interés debía de haber constituido una nueva experiencia.

—Vamos —dijo Buchan, cogiendo del brazo a Sykes. Mientras bajaban la rampa, añadió en tono excitado—: ¿Se ha dado cuenta?

—Desde luego —dijo Sykes—. Lo teníamos delante de las narices, y no se nos había ocurrido... Ahora, lo único que tenemos que hacer...

—... es encontrar a veinte muchachas guapas, que estudien semántica. ¿Cree usted que encontraremos veinte?

Sykes palmeó su hombro alegremente.

—Conozco a dos en Cambridge. Si vale el promedio, sólo tendremos que acudir a diez Universidades.

Fueron a almorzar, animados por una nueva esperanza.

Después de almorzar, Buchan fue a ver al general Myers. Dejó que el militar se explicara.

—Buchan, tengo malas noticias para usted. A menos que nos proporcione usted algo tangible en las próximas veinticuatro horas, vamos a arrestar a los Otros y a interrogarles severamente. Si no les gusta, pueden recurrir a su cónsul.

La mirada que dirigió a Buchan era prácticamente una orden militar para que riera su chiste. Buchan se rió, en efecto, aunque por motivos distintos.

—No creo que tengamos que llegar tan lejos, general. Me parece que he encontrado la clave.

—¿De veras? ¿Cuál? ¿Cómo?

—Lo siento, general. No puedo adelantarle nada. Me ha concedido usted veinticuatro horas. Mañana, a esta misma hora, le daré un informe.

Sonrió en su fuero interno al ver la expresión de Myers sabiendo que su respuesta era inatacable. Durante un par de segundos, gozó del placer de la venganza por todo lo que hasta entonces había tenido que soportar de los militares.

—Muy bien —dijo Myers, con el ceño fruncido—. Espero que habrá dado usted en el clavo.

*Lo mismo espero yo*, pensó Buchan, mientras regresaba a la oficina para recoger a Sykes.

Mientras abría la puerta silbaba una melodía. Miss Cass alzó la cabeza ante el insólito sonido.

—¿Dónde está el Profesor? —inquirió Buchan.

—Le he hecho entrar en su despacho —dijo Miss Cass, con una extraña tensión en la voz. Necesito hablar con usted a solas, Mr. Buchan.

—También yo quiero decirle algo, Miss Cass —declaró Buchan alegremente—. Creo que es usted una maravilla. Procuraré que el país, agradecido, le conceda una medalla. Nos ha puesto en el buen camino.

—¿Yo? —inquirió Miss Cass, desconcertada.

—¿No se dio cuenta? Todos los informes han pasado por sus manos: ¿menciona alguno de ellos la clase de interés que *usted* despertó?

Miss Cass pareció recobrar el uso de la palabra.

—¿Cómo ha podido enterarse?

—¿Cómo? Lo vi, sencillamente.

—Perdone, Mr. Buchan, pero es imposible que lo *viera*.

Ahora, el desconcertado era Mr. Buchan.

—¿De *qué* está hablando?

—De mi contacto con los Otros.

—Bueno, a eso me refería yo.

—Mi contacto telepático, quiero decir.

—¿*Qué*?

—Supongo que fue eso...

—¿Quiere decir que usted...? —Buchan se dejó caer sobre una silla—. Pero, ¿por qué no me lo dijo inmediatamente?

—Estaba muy confusa, Mr. Buchan. No me di perfecta cuenta de lo que había sucedido hasta que salí de la nave.

De modo que su aspecto soñador, su andar de sonámbula, no habían sido provocados por el hecho de que la mirasen. ¡La habían *pensado*!

—¿Vivió usted anteriormente alguna experiencia telepática?

Miss Cass sacudió la cabeza.

—En absoluto.

—¡Qué raro! —Buchan vaciló, dándose cuenta de lo delicado de la pregunta que iba a formular—. Ejem... Miss Cass... ¿qué fue lo que le dijeron, exactamente?

Por un instante, a los ojos de Miss Cass asomó de nuevo la expresión soñadora.

—Si no le importa, claro está —se apresuró a añadir Buchan—. Para nosotros es muy importante.

—¿Importarme? —dijo Miss Cass, dirigiéndole una extraña mirada—. No, no me importa. ¿Por qué habría de importarme? Pero resulta difícil traducirlo en palabras. En primer lugar...

—¡Oh! Un momento, Miss Cass —Buchan acababa de recordar que Sykes estaba esperando en su despacho—. Vaya a buscar al Profesor Sykes, ¿quiere? No, no se moleste, iré yo mismo.

Decididamente, Miss Cass era la persona más importante de la oficina en aquel momento. Buchan se dirigió a su despacho y llamó a Sykes, resumiéndole lo que Miss Cass acababa de contarle.

—¡Santo cielo! —exclamó Sykes.

—Miss Cass va a decirnos ahora lo que ocurrió entre ellos, exactamente.

—Bueno —dijo Miss Cass—, su primera reacción fue de sorpresa. Verá, al descubrir que no éramos una raza telepática, los Otros consideraron que no valía la pena establecer contacto con los habitantes de este planeta. Creo que detecté, aunque no puedo estar segura, algo así como un *temor* a la palabra hablada. No puedo explicarlo claramente, Mr. Buchan. No estoy preparada para ciertas cosas...

—Lo hace usted muy bien —se apresuró a decir Buchan—. Continúe...

—Bueno, hubo una especie de bienvenida. Y capté una vaga impresión de espacio, de distancias estelares...

Miss Cass se interrumpió. Buchan vio aletear una sonrisa en sus labios.

—Y... ¿qué más, Miss Cass? —apremió amablemente.

—¿Qué más? Nada. Sólo estuve allí unos segundos —Miss Cass vaciló—. Bueno, hubo una especie de sensación.

—¿Una sensación? ¡Ah! ¿Qué clase de sensación?

—Una... bueno, *ellos* no la tradujeron en palabras, de modo que yo sería incapaz de hacerlo. Pero fue una sensación como... Bueno, ¿recuerda usted la primera vez que leyó a Keats, Mr. Buchan?

—¿Eh? —inquirió Buchan, cogido por sorpresa—. ¡Oh! Temo no haber leído nunca a Keats, Miss Cass.

Sykes se apresuró a intervenir.

—Mi autor preferido, Miss Cass. ¡Oh, el poema de Santa Inés! *El frío amargo en los helados campos...* ¡Unos versos maravillosos!

Miss Cass no pareció muy convencida por su entusiasmo pero continuó:

—Bueno, la primera vez que se lee a un poeta así, se experimenta la sensación de que se ha penetrado en un universo nuevo, de que se han adquirido súbitamente unas facultades de percepción ignoradas hasta entonces...

—Desde luego, desde luego —se apresuró a asentir Sykes, sin el menor convencimiento.

—Y, ¿no hubo nada más, Miss Cass? —inquirió Buchan, dispuesto a llegar hasta el fondo del asunto—. Después de todo, ellos son hombres y usted es una mujer...

Miss Cass le miró despectivamente. Irguió la barbilla, con aire belicoso.

—Mr. Buchan, puedo asegurarle que nuestros visitantes son la esencia de la cortesía y del buen gusto.

Buchan parpadeó.

—Lo siento, Miss Cass, pero tenía que preguntárselo.

—No tiene importancia, Mr. Buchan —dijo la secretaria, evidentemente ofendida.

—Bueno —dijo Buchan, en un tono que quería ser jovial—. Esto cambia mucho las cosas, ¿no es cierto? —Se volvió hacia Sykes—. Vamos, Profesor, pasemos a mi despacho y hablaremos del asunto.

Cerró cuidadosamente la puerta detrás de ellos.

—¡Uf! —exclamó.

—Bueno, eso parece confirmar que no andábamos desencaminados con nuestra idea de las veinte seductoras semánticas, ¿verdad? —dijo Sykes.

—Creo que ya no vamos a necesitarlas. Pero, ¿por qué tenía que ocurrirle precisamente a Miss Cass? Si poseyera una facultad telepática, la hubiera manifestado antes, ¿no? El teléfono que utilicé no captó absolutamente nada. Y estaba considerado como muy bueno en su especialidad. Él dijo, que había...

Sykes se puso en pie de un salto.

—¡Desde luego! Él. Ésa es la respuesta.

—¿Él? —dijo Buchan, desconcertado.

—¿No se da cuenta? Fuimos testigos del efecto que les causaba Miss Cass, *la primera mujer que veían*.

—¡Cáspita! ¿Quiere usted decir que *cualquier* mujer les hubiera causado el mismo efecto? ¿Que no se trata de un don especial de Miss Cass, sino de algo inherente a la mentalidad femenina?

—Exactamente —dijo Sykes.

—Vamos. En seguida lo sabremos.

Antes de dirigirse a la nave se detuvieron en la cantina y Buchan habló con una camarera de mediana edad. La petición de Buchan no pareció entusiasmarla.

—Va a prestar usted un gran servicio a su patria, Misstress Robinson.

—Mrs. Robson.

—¡Oh, sí, Mrs. Robson!

La mujer le miró con aire dubitativo.

—No veo cómo puedo ayudarles. Si se tratara de servir a una mesa...

—Lo único que queremos es que los conozca. No tiene que hacer absolutamente nada. Sólo permanecer allí unos minutos. ¿De acuerdo?

La mujer no pareció muy convencida, pero asintió:

—Bueno... si usted lo dice...

La llevaron a presencia de los Otros. Al cabo de un par de segundos, Mrs. Robson tuvo una especie de sobresalto, miró a Buchan, luego se volvió hacia los Otros y pareció relajarse.

Buchan le concedió un minuto entero y luego dijo:

—Bien, Mrs. Robson, es suficiente. Muchas gracias.

Su reacción fue la misma de Miss Cass. Buchan tuvo que repetir sus palabras antes de que ella se volviera. Y cuando lo hizo, tenía la misma expresión soñadora.

Mientras Buchan y Sykes la acompañaban a la cantina, parecía sumida en una especie de trance.

—¿Bien? —le preguntó Buchan.

Mrs. Robson parpadeó.

—¡O-o-oh! —exclamó, sin salir de su éxtasis.

—Pero, ¿qué impresión ha obtenido usted?

—¡Oh Ha sido algo maravilloso. Ma-ra-vi-llo-so.

El rostro de Mrs. Robson, más bien hombruno, parecía haberse suavizado.

Buchan y Sykes se miraron el uno al otro.

—Pero, ¿qué ha pasado? —insistió Buchan—. ¿Qué han dicho?

—¡Oh! No han dicho nada.

—Sí, lo sabemos. Pero, ¿qué han *pensado* de usted?

Mrs. Robson suspiró.

—Ha sido como un sueño. Un sueño maravilloso... —Se interrumpió, lo mismo que Miss Cass, en su esfuerzo por describir con palabras su experiencia—. Bueno, caballeros, si han terminado conmigo, voy a dejarles. En cualquier momento que me necesiten, estaré a su disposición.

—Gracias, Mrs. Robson. Nos ha sido usted muy útil.

De nuevo en la oficina, Buchan se encaró con Sykes.

—¿Bien?

—Es cierto —dijo Sykes—. Si puede sucederle a una persona tan estólida y tan antipsíquica como Mrs. Robson, le sucederá a cualquier mujer.

—Es posible que las mujeres posean una facultad de la cual carecemos los hombres.

—Desde luego.

—¿Recuerda usted aquella sueca, Ellen Key? Mi esposa la ve a menudo. Y hay otra que escribe sobre las mujeres, afirmando que todavía no han llegado a su plenitud, y que cuando sus facultades latentes se hayan desarrollado por completo florecerán en direcciones insospechadas.

—Sí —dijo Sykes—. Y... y ésta es una de las insospechadas direcciones.

—Eso parece. Lo que ahora necesitamos es una mujer realmente inteligente.

—Bueno, a fin de cuentas tendremos que recurrir a las veinte seductoras semánticas.

Buchan sonrió.

—Para empezar, bastará con una. Y no es necesario que sea seductora.

### III

La doctora Gertrude Vickers no era seductora, desde luego. Podía haberlo sido, ya que no estaba mal equipada físicamente. Pero era una belleza rubia y fría, vestida con un traje chaqueta de color gris y una blusa muy poco femenina.

Buchan la «presentó» a los Otros. La relación quedó establecida rápidamente. Se reunieron alrededor de ella con algo semejante al entusiasmo.

Mientras los segundos se convertían en minutos, Buchan y Sykes empezaban a sentirse incómodos, tan fuera de lugar como dos diabéticos en una pastelería. Miss Vickers, desde algún rincón de su conciencia, les oyó rezongar. Se volvió un segundo:

—Gracias, caballeros, puedo cuidar de mí misma.

Duchan y Sykes se miraron el uno al otro, se encogieron de hombros y se marcharon hacia el puesto de guardia.

—¡Oh! Quería preguntarle una cosa —dijo Sykes—. ¿Ha visto los periódicos de la mañana?

—No. ¿Por qué?

Sykes sacó un ejemplar de un periódico local de su cartera de mano y se lo tendió a Buchan. Éste vio los grandes titulares: 0+7 - TODAVÍA SIN RESPUESTA.

Buchan sonrió.

—Bueno, a este periódico le ha dado por ahí. Lo ha estado haciendo a partir de 0 más dos. Llama Día 0 a la fecha en que aterrizaron los Otros.

—No me refiero a eso —dijo Sykes, y señaló un recuadro, en el centro de la primera plana.

Llevaba el encabezamiento ¿TIENE LA LLAVE EL AMOR?, y decía:

Ayer fueron admitidas dos mujeres en la Nave, la segunda de ellas por el propio Jeff Buchan. ¿Se trata acaso de una nueva tentativa de acercamiento? Nuestro enviado especial interrogó a la segunda, Mrs. Robson, una jovial matrona. Mrs. Robson se limitó a sonreír enigmáticamente ante la sugerencia. Admitió que había sido presentada a los Otros, pero se negó a dar más detalles, afirmando que era una empleada del Gobierno.

—¡Santo cielo! —exclamó Buchan—. No se me ocurrió advertirla. Y menos mal que ha mantenido la boca cerrada. No me gustaría que Myers leyera la noticia en los periódicos antes de que le informara yo personalmente. Anoche le di un informe preliminar. Y creo que se alegrará de poder facilitar a la prensa alguna información concreta. Están empezando a pedir nuestras cabezas.

Se sentaron a esperar. Al cabo de media hora enviaron a un centinela a la nave

para que comprobara que todo iba bien. El centinela regresó muy intrigado, diciendo se limitaban a permanecer sentados, mirándose mutuamente.

Exactamente dos horas después de haber entrado en la nave, la doctora Vickers descendió por la rampa. Andaba como en éxtasis, con el semblante iluminado por una especie de luz interior. Pero, cuando le dirigieron la palabra, volvió a la normalidad rápida y fácilmente.

—Asombroso —dijo la doctora Vickers—. Realmente asombroso.

No pudieron sacarle nada más hasta que estuvieron en la oficina.

Allí, abrió el tarro de las confidencias.

—Ha sido una experiencia muy interesante, Mr. Buchan. El hecho de que las ideas puedan ser comunicadas sin necesidad de asociarlas a la palabra resulta sorprendente.

—Desde luego —dijo Buchan, tratando de disimular su impaciencia—. Pero, ¿le han dicho de dónde han venido... y por qué?

Miss Vickers le miró fríamente.

—Mr. Buchan, hay ciertas cosas que debe usted comprender. Sin duda le resultará difícil apreciarlo, dado que está excluido de la experiencia, pero existen determinadas leyes de urbanidad, por así decirlo, en la comunicación telepática, que no pueden saltarse a la torera. Una de ellas estipula que no deben formularse preguntas que la otra persona no desea contestar.

Buchan tragó saliva.

—Pero, ¿cómo puede saberse que la otra persona no desea contestar una pregunta sin habérsela formulado?

Miss Vickers sonrió desdeñosamente.

—Lo que yo decía, Mr. Buchan. Tratar de explicárselo sería como explicar el carácter de la música a un sordo.

—¡Oh! ¿De veras?

Buchan empezaba a sentirse irritado por el tono condescendiente de la doctora Vickers.

—No tiene por qué enojarse, Mr. Buchan. Comprendo que se sienta decepcionado, pero no hay modo de evitarlo. Es preferible que acepte las cosas como son.

—De acuerdo, doctora Vickers. ¿Qué averiguó usted, si puede saberse?

Se odió a sí mismo por el tono suplicante que se había deslizado en su voz. Pero aquello pareció ablandar a la rubia amazona.

—No soy astrónoma. Pero es evidente que proceden de otro sistema solar. En cuanto al motivo de su venida, cae de lleno en lo que antes le dije acerca de la urbanidad. La cuestión va asociada a una especie de malestar, de modo que es un tema que no puede ser tocado.

—Pero, ¿no le explicaron por qué escogieron este planeta y por qué, una vez llegados aquí, parecen tan desinteresados por él?



—Mr. Buchan, usted se acerca a ellos desde un punto de vista demasiado materialista, es decir, desde el punto de vista del hombre. —Pronunció la palabra *hombre* de un modo que hizo estremecer a Buchan—. He llegado a la conclusión de que su aterrizaje fue completamente arbitrario. No sienten curiosidad por nuestra civilización, porque significa muy poco para ellos. No tienen una mentalidad materialista.

—¡Diablo! ¿Con una nave como ésa?

Buchan no pudo evitar que en su voz se reflejara la incredulidad.

—Sí, con una nave como ésa. No puede usted comprenderlo, ¿verdad? Ellos se limitan a *utilizar* aparatos mecánicos, del mismo modo que... bueno, del mismo modo que un gran compositor puede volar en un aeroplano.

—Pero el compositor no ha construido el avión en el cual vuela —objetó Buchan.

Por un instante, la rubia doctora perdió su impasibilidad, con gran regocijo por parte de Buchan. Pero no tardó en recobrase.

—¿Por qué no podría hacer ambas cosas una mente superior? Si existe una gran debilidad en nuestra civilización, es porque nos dejamos gobernar por nuestras máquinas. Pero esa gente ha progresado más. Su mayor alegría de vivir, casi su constante ocupación, es una especie de ensueño colectivo, un compartir las infinitas variaciones de los sutiles pensamientos de cada uno de ellos.

—Pero no creo que necesiten aislarse hasta ese punto. ¿O acaso somos demasiado toscos?

—Exactamente. Por lo menos, eso fue lo que pensaron mientras su contacto se limitó a los hombres. Verá, ellos asocian en sus mentes la palabra hablada con la falta de refinamiento y de delicadeza. Ahora están muy interesados en quedarse. Cuando me marché, manifestaron su deseo de que se les facilitara compañía. Femenina, desde luego.

—¿Qué más, Miss Vickers?

—¿Qué más? Nada más. Les he proporcionado toda la información que conseguí reunir.

—Pero, usted estuvo allí dos horas...

—¡Oh! El tiempo no significa nada, Mr. Buchan. Desde luego, hubo mucho más de lo que le he contado, pero usted no podría comprenderlo. Es como una sinfonía. Sí, la analogía con la música es muy adecuada. Una sinfonía puede tardar media hora en ser interpretada, pero el tema consiste solamente en unas cuantas notas. Le he dado a usted el tema. ¿Comprende, ahora?

—Sí, Miss Vickers, comprendo —dijo Buchan secamente—. Comprendo que esos Otros son un grupo antisocial. Parecen desear el tráfico en una sola dirección. Ahora, permítame aclarar una cosa: les proporcionaremos toda la compañía femenina que deseen. Pero, a cambio, tendrán que cambiar de actitud, aunque opinen que el lenguaje hablado es poco fino. La mente masculina puede ser tosca, pero al menos es honrada.

—¡Honrada! —La doctora Gertrude Vickers se puso en pie bruscamente, temblando de indignación. Era un espectáculo imponente—. ¿Utilizando a las mujeres para sus cambalaches?

—Mire, doctora Vickers, la llamaron a usted para que cumpliera una tarea. Usted se mostró de acuerdo. En caso contrario, hubiéramos tomado las medidas necesarias para obligarla a colaborar. Éste es un asunto de interés nacional.

—Lo es, pero no en el sentido que usted parece creer. Buenos días.

Y la doctora Gertrude Vickers salió de la oficina como una gran tigresa rubia.

—¡Qué mujer! —exclamó Sykes, en tono maravillado—. Espléndida, ¿eh?

Duchan suspiró.

—Magnífica, sí —admitió—. Pero no ha hecho más que complicar las cosas.

—¿Usted cree? Le encargaron que descubriera el medio que utilizan los Otros para comunicarse con los demás.

—¿Olvida al general Myers y a sus alegres colegas? Lo que ellos quieren saber es cómo funciona la nave, para mí, eso es sólo un símbolo, un símbolo de algo concreto. Me sentiría dichoso si pudiera arrancarles a los Otros un comentario sobre las condiciones meteorológicas del planeta del cual proceden.

Sykes se frotó la barbilla.

—Comprendo sus sentimientos. Pero no creo que le proporcionen ese comentario. Y ahora que pueden comunicarse directamente con las mujeres, opino que se sentirán todavía menos inclinados a hablar.

—Eso es algo que está por ver —dijo Buchan, con el ceño fruncido—. Hasta ahora he sido demasiado tolerante con esos individuos. He tratado de despertar su interés del mismo modo que una maestra de escuela se esfuerza por que sus clases resulten atractivas a una pandilla de delincuentes juveniles. Pero ahora voy a ser duro.

—Ése es el sistema —aprobó Sykes con entusiasmo. Luego, su aire se hizo dubitativo—. Pero, ¿cómo...?

—Conocemos el modo de acercarnos a ellos. Vamos a proporcionarles la compañía que desean. Pero será la compañía que les proporcione yo. Voy a reunir el peor grupo de individuos del Estado. Y les sacarán la información que necesitamos a esos pájaros, del mismo modo que les sacan los diamantes a otros varones.

## IV

Aquella noche, Buchan regresó a su casa invadido por una nueva confianza. Al día siguiente se iniciaría el ataque. Había informado a Myers de su plan y recibido la aprobación del general. No estaba seguro del resultado. Pero sabía que sus tropas y su armamento estaban a punto. El aprender a desplegarlas vendría con la práctica. Después de todo, aquélla era una nueva clase de campaña, con tácticas todavía a desarrollar.

Mientras se acercaba a su casa se preguntó qué sucedía. Por un instante creyó que se trataba de un incendio o de un accidente, ya que alrededor de la vivienda se había reunido una gran cantidad de gente. Al apearse del automóvil comprendió: eran los chicos de la prensa. Le estallaron unos *flashes* en pleno rostro, y un rosario de preguntas en los oídos. Dos corpulentas figuras luchaban por abrirle paso entre aquella multitud. Eran los dos policías de paisano que montaban guardia en la casa desde el principio.

—Están aquí desde que la radio dio la noticia —explicó uno de los agentes.

—¿Puede hacer unas declaraciones para nuestras lectoras, Mr. Buchan? —preguntó una atractiva rubia, lápiz en ristre.

Buchan se dio cuenta de que una gran mayoría de los cazadores de noticias eran mujeres.

Sonrió cortésmente.

—Lo siento. Ya sabe usted que el asunto afecta a la seguridad nacional.

—Pero yo represento a una revista con tres millones de lectores —dijo otra mujer—. Éste es un asunto de vital interés para todas las mujeres del país.

Buchan se encogió de hombros y sacudió la cabeza. Protegido por los agentes, se abrió paso entre la irritada multitud y entró en su casa.

—Han estado asediando el lugar —le informó su esposa—, ¿De veras has encontrado una solución?

—Bueno, disponemos de un medio.

—¿No es maravilloso que las mujeres posean ese poder? Cuánta razón tenía Mrs. Hartley al afirmar que algún día las mujeres andarían a la par con los hombres, no como simples imitadoras de cosas que los hombres pueden hacer mejor, sino como verdaderas *asociadas*.

En sus ojos había un brillo que alarmó vagamente a Buchan. Y luego comprendió el motivo de su alarma. Era el mismo brillo que se había reflejado en los ojos de Miss Cass, de Mrs. Robson y de la doctora Vickers después de haber estado en contacto con los Otros.

—La cosa no es tan sencilla como parece —dijo Buchan bruscamente—. ¿Dónde están los periódicos de la tarde? No los he visto aún.

Su esposa le miró breve pero deliberadamente.

—Debes de estar cansado, querido —dijo, en tono tranquilizador—. Iré a buscar tus zapatillas.

Le obligó a sentarse en su sillón favorito, le calzó las zapatillas y le besó cariñosamente.

—Me alegro mucho de que estés en casa esta noche, querido. Te he preparado tu plato preferido: *wiener schnitzel*.

Y Mrs. Buchan se encaminó a la cocina.

Su marido la contempló mientras se alejaba, preguntándose qué diablos ocurría. Freda era una buena esposa, pero normalmente no se comportaba con tanta solicitud. Tenía sus propios puntos de vista sobre las relaciones domésticas. Unos puntos de vista ecuanímenes, que no incluían la ayuda en el lavado de la vajilla. Pero tampoco incluían el hacerse calzar las zapatillas.

Buchan suspiró y se relajó, diciéndose a sí mismo que la ansiedad y el exceso de trabajo le estaban convirtiendo en un estúpido suspicaz. Cogió los periódicos de la tarde. Su fotografía figuraba en primera plana, y se dio cuenta de que todos los periódicos habían escogido la más alegre: una que le habían tomado durante unas vacaciones. Últimamente, se habían acostumbrado a publicar otras en las que aparecía con un aspecto preocupado.

Después de cenar, mientras tomaban el café, Freda alzó súbitamente la mirada y dijo:

—Jeff, ¿crees que yo podría subir a bordo de la nave?

—¿Tú? —La pregunta le había cogido desprevenido—. ¿Por qué?

Freda sonrió y se encogió de hombros.

—¡Oh! Por nada. Simple curiosidad.

—Lo siento, Freda, pero ya sabes que el asunto afecta a la seguridad nacional.

—Desde luego. Pero a ti te sería fácil conseguirme un pase.

Por algún motivo ignorado, Buchan empezó a sentirse enojado.

—Lo siento. La nave no está abierta al público.

—Pero yo no soy el público. Soy tu esposa. Las esposas de otros hombres de tu categoría tienen pequeños privilegios. Yo no tengo ninguno.

—¿Acaso no pasaste quince días en Nuevo Méjico, cuando me ocupaba del caso González?

—¡Oh, *aquello!* Fue la mar de aburrido. —El tono petulante se trocó en súplica—. ¡Oh, Jeff! No creo que pudiera ser un estorbo. Al contrario, es posible que pudiera prestarte alguna ayuda...

—¡No se hable más del asunto! —cortó Buchan, bruscamente.

Un helado silencio se estableció entre los dos esposos.

El primer tiro en la nueva campaña fue disparado a la mañana siguiente en la persona de una tal Mamie LeHoyt. Buchan la había localizado por medio del Departamento de Policía.

Buchan la aleccionó en su despacho, mientras la joven mostraba generosamente la esbeltez de sus piernas.

—Comprendo que esto será algo nuevo para usted, Miss LeHoyt. Ellos... bueno, *la soñarán*, por así decirlo. Pero no permita que el sueño la envuelva. Quiero que les diga sin rodeos que queremos que nos proporcionen un plano de su nave.

—Pero, mi querido Mr. Buchan —dijo la joven—, ¿cómo voy a decírselo, si no hablan?

—Limítese a *pensarlo*... con todas sus fuerzas. Dígales que si no nos complacen en eso, no tendrán más compañía. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Parece un poco complicado, Mr. Buchan —dijo la rubia—, pero haré todo lo que pueda.

El trío regresó media hora más tarde con aspecto derrotado.

—*Lo intenté*, Mr. Buchan —gimió Mamie por enésima vez—. Lo intenté. Pero lo único que capté fue la idea de que se estaban riendo de mí.

—Bueno, la risa es algo nuevo de todos modos —dijo Sykes en tono lúgubre.

—No era exactamente una risa. Parecía más bien... como si me compadecieran. Tal vez soy demasiado sentimental, Mr. Buchan. Ya se lo advertí. Tal vez...

—De acuerdo, Miss LeHoyt —dijo Buchan—. Hizo usted todo lo que pudo.

—Tengo una amiga, una tal Miss Treeverne, que no es tan sentimental como yo. Le gustaría mucho ayudarles.

Buchan suspiró.

—De acuerdo. ¿Cuál es su número de teléfono?

Después de Miss Treeverne, Buchan hizo otras quince tentativas. Todas las reacciones fueron cuidadosamente anotadas. Y ninguna de ellas indicó que los Otros picaran en el anzuelo. Buchan y Sykes cambiaron de sistema y volvieron a las letras, a las señas, en una palabra, se encontraron de nuevo como al principio.

Tras el fracaso de la tentativa número diecisiete, Buchan se reunió con Sykes en su despacho.

—Bueno —dijo Sykes, malhumorado—, no parece que estemos llegando a alguna parte.

—Sólo se me ocurre una posibilidad —declaró Buchan—. La de que esos pájaros son unos adultos de inteligencia infantil. Construyeron esa nave por pura casualidad, y la nave despegó por sí misma y aterrizó aquí por sí misma.

—Calma, viejo, calma —murmuró Sykes.

—¿Se le ocurre a usted algo mejor?

—No —confesó Sykes, suspirando—. Es un verdadero problema. Lo malo es que todas las mujeres del país están interesadas en él. Anoche recibí un telegrama de mi esposa, anunciándome que hoy mismo tomaría un avión.

Buchan no pudo evitar una sonrisa.

—¿La suya también? Hace dos días, Freda me pidió que le permitiera entrevistarse con nuestros amigos.

—¿Y usted se negó?

—Desde luego. ¿Le gusta la idea de que su esposa sea *soñada* por esos pájaros?  
—Buchan hizo una mueca—. De todos modos, las mujeres se muestran muy enojadas por haber sido excluidas del caso. ¿Se ha fijado en los modales de Miss Cass estos últimos días?

En aquel momento zumbó el interfono. La voz de Miss Cass era decididamente fría.

—Mrs. Buchan desea verle, Mr. Buchan.

—Voy a ...—empezó a decir Sykes, poniéndose en pie.

—No, quédese.

Súbitamente, Buchan sintió la necesidad de un apoyo moral.

Pero su esposa entró con una sonrisa.

—Estoy muy ocupado, querida —dijo Buchan—. ¿Qué sucede?

—¡Oh, nada! Se me ha ocurrido entrar a verte un momento, aprovechando que estaba aquí.

—¿Aquí? —inquirió Buchan, alarmado.

—Sí —Freda sacó un rectángulo de cartulina azul de su bolso—. Voy a entrevistarme con los Otros. Éste es mi pase.

—¿Qué?

Buchan extendió rápidamente la mano, con la intención de cogerlo.

—¡Cuidado! —dijo Freda, en tono de reproche—. Esto no es para ti: es para el centinela.

—¿Dónde lo has conseguido?

—Mrs. Myers pertenece al comité de mi club. Convenció al general de que las organizaciones femeninas debían saludar a nuestros huéspedes. Yo soy una de las delegadas.

Buchan temblaba de indignación.

—¿Y si yo te prohibiera ir? —rugió.

Freda sonrió dulcemente.

—Sería una cosa irrazonable, querido, e impropia de ti —dijo Freda.

Agitó alegremente la mano, giró sobre sus elegantes tacones y se marchó antes de que Buchan pudiera reaccionar.

Sykes estudió con mucha atención las puntas de sus zapatos.

—¡Miserables traidores! —estalló Buchan.

Ciego de cólera, se marchó a ver a Myers. Sin hacerse anunciar por el asombrado secretario, irrumpió en el despacho del general.

Myers alzó la mirada, y al ver a Buchan se puso en pie rápidamente. Fue a decir algo, pero Buchan se le adelantó.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó furiosamente—. Nadie me habló de una delegación que iba a visitar a los Otros, ni de que incluía a mi propia esposa... Me ha colocado usted en una posición humillante.

—Cálmese, Buchan —dijo Myers, con una mueca que quería ser una sonrisa—. No podíamos mantener incomunicados a los Otros por más tiempo. No puede imaginar las presiones que he tenido que soportar; incluso se han producido interpelaciones en el Congreso... El asunto ya no está en nuestras manos. La decisión de que las mujeres responsables debían ser admitidas en la nave ha sido una decisión —miró significativamente a Buchan— de las altas esferas. ¡De las *altas* esferas!

—Eso es una capitulación —dijo Buchan—. Los de este país se han dado por vencidos ante un puñado de histéricas. Esto dará origen a una verdadera guerra.

—¡Fíjese en esto! —le interrumpió Myers, blandiendo un manojito de recortes de prensa—. ¡Éste es el peor, pero los demás no le van a la zaga!

Buchan leyó los llamativos titulares: EL GOBIERNO EXPLOTA A UNAS MUJERES. «UNA INFAMIA», AFIRMA UNA ATRACTIVA PROFESORA. Debajo había una gran fotografía de Gertrude Vickers, luciendo su aspecto más severo. Buchan siguió leyendo: «La rubia y escultural doctora Vickers afirma: Las mujeres de este país tienen el deber de actuar. La pantalla de seguridad que rodea la Nave está rebajando a las mujeres a un nivel que el mundo civilizado dejó atrás hace siglos. Desde la época de la esclavitud, no se...».

Buchan alzó los ojos hacia Myers.

—Pero, eso es absurdo...

—Lo cierto es que las mujeres poseen una facultad que nosotros no tenemos, ¿no es cierto? —dijo Myers—. Y, naturalmente, quieren utilizarla.

—Es lógico —admitió Buchan, y se preguntó si hasta entonces no había obrado a espaldas de la lógica.

—Tiene usted aspecto de cansancio —dijo Myers—. ¿Porqué no se toma unas vacaciones hasta que baje la marea?

El furor de Buchan volvió a estallar ante aquella sugerencia.

—¡Oh, comprendo! ¡Quiere usted librarse de mí! Bueno, permítame decirle que me he tomado muy en serio mi tarea. Hace unos días hubiera renunciado a ella de buena gana. Pero ahora tendrá usted que echarme a cañonazos.

El general palmeó afectuosamente su hombro.

—Vamos, vamos... Nadie trata de librarse de usted. Pero, después de todo, sus tentativas no se han visto coronadas por el éxito, admítalo. Tómese unos días de descanso, y verá cómo se le ocurre alguna idea nueva. ¿Qué me dice?

Buchan se daba cuenta de que *estaba* realmente cansado. No le vendría mal un reposo de unos cuantos días.

—De acuerdo, general. ¿Quién quedará a cargo del asunto durante mi ausencia?

—Uno de mis hombres, no se preocupe. Además, tendremos a mano al Profesor Sykes.



## VI

Veinticuatro horas en las colinas bastaron a Buchan para convencerle de que estaba cometiendo un error. Con el problema sin resolver, le resultaría imposible relajarse. El pescar, que habitualmente le parecía una agradable ocupación, significaba ahora para él una imperdonable pérdida de tiempo. La segunda mañana se levantó tarde, con un insoportable dolor de cabeza. El lugar era ideal para reposar — sin teléfono, sin radio, sin periódicos—, para alejarse de los problemas. Pero no ahora. No de *aquel* problema. Maldijo su estupidez al haber permitido que Myers le ofreciera un automóvil del Gobierno. «Iré más seguro —le había dicho en tono tranquilizador—. Además, se evitará el tener que conducir hasta allí». De modo que le había recogido un automóvil de las fuerzas de seguridad, con un agente al volante. El descanso durante el viaje le había sentado bien. Y el vehículo se había marchado con instrucciones concretas de volver a recogerle dentro de cuatro días. Hasta entonces, estaría virtualmente exilado.

Paseaba por el bosque, aplicándose a sí mismo los peores epítetos, cuando oyó un sonido en el cielo y comprobó que se trataba de un helicóptero. Parecía... sí, se estaba acercando a su cabaña. Echó a correr y llegó a tiempo de ver posarse el aparato en el pequeño claro que se extendía delante de la cabaña.

Un piloto del ejército se apeó de la carlinga y le entregó un sobre. Buchan lo abrió y leyó el mensaje que contenía. Era muy breve:

*Venga inmediatamente. Buenas noticias. Sykes.*

De modo que Sykes lo había conseguido. Pero, ¿cómo?

—¿Sabe usted algo de esto? —le preguntó al piloto.

—No, señor. He venido desde Bird Field. Llegó una orden por radio para que le recogiera a usted y le llevara a Washington. Esto es todo lo que sé.

—De acuerdo. En seguida estaré listo.

Buchan no se entretuvo en cambiarse de ropa, y sólo cuando estuvo a bordo del helicóptero recordó que había dejado su caña de pescar parada en el río. Durante todo el trayecto no cesó de preguntarse qué sorprendentes noticias tendría Sykes para él.

Pero su primera sorpresa llegó antes de que viera a Sykes. El piloto tenía órdenes de dejarle en el interior del cordón de seguridad, y Buchan parpadeó al contemplar el escenario. El cordón continuaba allí, lo mismo que las multitudes. ¡Pero no había ninguna nave!

Sykes acudió corriendo a su encuentro, y cuando Buchan se apeó le cogió del brazo.

—¿Qué ha pasado? ¡Cuénteme! —dijo Buchan, incapaz de reprimir su excitación.

—Vayamos a su despacho —dijo Sykes, en un tono muy raro—. Estoy seguro de que no podría dominarme si...

Dejó la frase sin terminar, y frunció los labios como si el controlarse le costara un

gran esfuerzo.

Buchan se encogió de hombros y obedeció. Pero en cuanto llegaron al despacho, se encaró con su amigo.

—¿Qué es lo que pasa?

Pero Sykes se había dejado caer en una silla y se estaba destornillando de risa.

—Oiga —dijo Buchan, frunciendo el ceño—. ¿Se han vuelto todos locos desde que me fui? ¿Qué ha pasado?

—Lo siento, viejo —dijo Sykes, dominando su hilaridad—, pero no he podido evitarlo. La respuesta es que nuestros amigos *no construyeron* la nave.

—Entonces, ¿*quién* la construyó?

—Sus mujeres.

—¿Sus *mujeres*?

—Sí. Verá, en el lugar de donde procedían —y aún no tengo una idea exacta de la situación de ese lugar—, las mujeres desempeñan el papel que desempeñamos aquí los hombres, es decir, trabajan, crean, construyen... Los hombres son exactamente lo que parecen ser: soñadores. Ellos *robaron* la nave. Su manejo es tan sencillo, que no representó ninguna dificultad.

—Pero eso no explica por qué vinieron aquí.

—Iban huyendo.

—¿De quién?

—De sus esposas.

—¿Cómo lo sabe?

—Las esposas vinieron a buscarles.

—¿*Qué*?

—Sí, hace dos horas aterrizó otra nave. Las mujeres saltaron a tierra. Unos tipos formidables... —Súbitamente, Sykes se puso serio—. Lamento que se haya perdido usted el espectáculo. Traté de que se quedaran un poco más, pero estaban tan contentas por haber recuperado a sus maridos que no me hicieron caso.

—Pero, ¿cómo consiguió comunicar con ellas?

—¡Oh! Son la eficiencia personificada. Un par de ellas instalaron una especie de cerebro electrónico, y con su ayuda la cosa marchó sobre ruedas. Al cabo de media hora nos entendíamos perfectamente.

—¿Quiere usted decir que son capaces de hablar, si lo desean?

—Sólo las mujeres. Los dos sexos son telepatas, pero únicamente hablan las mujeres, las cuales no tienen el sentido telepático tan desarrollado como los hombres. Hasta cierto punto lo desprecian, del mismo modo que los hombres desprecian la palabra hablada.

—La palabra que Miss Cass utilizó para describir la reacción de los hombres fue *temor*, ¿no es cierto?

Sykes se echó a reír.

—No le sorprendería si hubiera visto a sus mujeres. En su mundo, las mujeres son

mucho más numerosas que los hombres. Nuestros Otros eran una parte considerable de toda la población masculina. Tienen asignada una función puramente biológica, y ello les produce una especie de complejo. Cuando el grupo que llegó aquí tuvo una oportunidad de huir, la aprovechó, aunque la nave espacial era un engorro para ellos. No tienen el menor interés en la mecánica. Su única ocupación en la vida consiste en soñar despiertos, tal como indicaron nuestras mujeres.

La risa se había contagiado ahora al propio Buchan.

—De modo que todo nuestro trabajo fue tiempo perdido... ¿Existe alguna posibilidad de que vuelvan?

Sykes sonrió y sacudió la cabeza.

—No lo creo. Las mujeres se mostraron muy contentas al encontrar a sus extraviadas ovejas. Opinan que los hombres son unos seres indefensos, incapaces de velar por sí mismos. ¡Si hubiera visto cómo les tiraban de la oreja! Se dividieron en dos grupos, la mitad de los hombres y la mitad de las mujeres en una nave, y la otra mitad en la otra. Las naves despegaron y desaparecieron.

—Pero, ¿cómo funcionaban? ¿Qué dijo Myers? ¿No intervino el ejército?

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Sykes.

—El ejército, predominantemente masculino, olvidó con mucha oportunidad todo lo relativo al funcionamiento de las naves. Si hubieran tratado de detenerlas, creo que el aspecto de aquellas Amazonas habría bastado para hacerles renunciar a la empresa. Lamento muy de veras que no pudiera usted verlas.

Buchan estalló en una carcajada.

—Bueno, me alegro de que todo haya terminado. Ahora volveremos a la normalidad.

## VII

*¡Volver a la normalidad!* Saboreó las palabras mientras regresaba a casa, aquella misma noche. Al pasar por delante de una floristería se apeó, obedeciendo a un repentino impulso, y compró un gran ramo para Freda. Sabía cómo iba a recibirlo: con una expresión suspicaz y una velada sonrisa. Sospecharía que era una oferta de paz... y estaría en lo cierto. Pero, comprendería. Freda era una mujer razonable. Y él, por su parte, procuraría no volver a bromear acerca de los Otros ni del efecto que habían causado. *¡Volver a la normalidad!* Aparcó el coche delante de la puerta y entró silbando.

La casa estaba sumida en un profundo silencio. Lástima que Freda hubiera salido... Pero el armisticio podía esperar hasta que regresara. Buchan colocó el ramo de flores en la cocina. Luego se dirigió al salón, y...

Una docena de rostros femeninos se alzaron hacia él, contemplándole fijamente. Miembros del club de Freda, a juzgar por su aspecto. Pero habían permanecido desacostumbradamente silenciosas.

—¡Oh, *querido!* —Era Freda, mirándole con un aire de leve enojo. Pero inmediatamente se volvió hacia sus compañeras—. Bueno, creo que hemos terminado, ¿verdad?

Hubo un murmullo de asentimiento. Mientras el grupo de mujeres empezaba a dispersarse, Buchan consideró más discreto retirarse a la cocina. Desde allí oyó que su esposa decía:

—No lo olvidéis, chicas. Mañana, a la misma hora, en casa de Olive.

Buchan suspiró. Desde luego, las cosas volvían a la normalidad. La vida del club recobraba toda su importancia.

Freda entró en la cocina.

—Lamento haberos interrumpido —dijo Buchan—. Pero, estabais tan calladas...

—Sí, querido, celebrábamos nuestra primera reunión oficial. Cuando la cosa adquiriera una amplitud nacional, escogeremos el nombre.

—¿El nombre? ¿Qué nombre? —inquirió Buchan, desconcertado.

—Bueno, de momento vamos a llamarle el grupo.

—¿El grupo?

—Sí, querido. Grupo telepático. ¿No te has enterado? Todas las que establecimos contacto con los Otros somos ahora capaces de entendernos telepáticamente. Y, lo que es más, podemos enseñar a desarrollar esa facultad, latente en todas las mujeres.

Súbitamente, Buchan creyó oír una carcajada, como surgida de lo más profundo de una cueva. Oyó la voz de su esposa como en un sueño.

—Verás, no todo el mundo tiene las mismas posibilidades. Tal como decía Mrs. Hartley, nosotras...

Freda se interrumpió.

—¿Qué te pasa, querido? ¿Te encuentras bien?

# Mecanismo de escape

Arthur Sellings

El famoso doctor Jessup hojeó impacientemente el informe y luego lo dejó caer sobre su escritorio con un «¡Bah!» de fastidio.

¿Por qué le enviaba siempre casos como éste el imbécil de Nyren? ¿Creía acaso que la Fundación Jessup no tenía nada mejor que hacer? Releyó la nota unida al informe:

*Creo que este caso tiene algunos aspectos interesantes que podrá utilizar para su libro. A propósito, ¿cómo marcha el libro?*

Impertinente, como de costumbre. La cosa estaba clara. El doctor Jessup comprendía por qué no había podido quitarse de encima a Nyren desde que sus caminos se habían cruzado en aquella recepción en honor de Neurath, el analista Vienés. Estaba tratando de crearse un espacio en la introducción de la gran obra *Deeper Analysis*, de Jessup. ¿Qué esperaba? «¿Debo agradecer a mi docto colega, el doctor Nyren, su valiosa ayuda?». ¡Absurda esperanza!

¿Qué clase de casos le planteaba? Vulgares, sin la menor complejidad, desprovistos de interés. El de la ninfómana bailarina de cabaret, por ejemplo... El doctor Jessup se estremeció al recuerdo del olor a perfume barato que persistió en el consultorio durante varios días. Y aquel anciano profesor, con su manía persecutoria, que estaba convencido de que él, el doctor Jessup, era el presidente de un comité de investigación. Y...

Sacudió la cabeza para desviar el curso de sus pensamientos. Si continuaba en aquella dirección, él mismo iba a crearse un complejo de persecución.

Pero el caso que tenía delante de él era el colmo. *Henry Saunders, 32 años, casado, sin hijos. Historial clínico:*

—Bueno, era el caso más simple y evidente de paranoia. Tendría que enviarle a Nyren una nota breve y explícita, escogiendo cuidadosamente las palabras. Breve, explícita... y *final*.

El doctor Jessup alargó la mano para coger su pluma.

En aquel preciso instante sonó el zumbador de su escritorio.

—Mr. Saunders, doctor —anunció la quebradiza voz de miss Coald, su secretaria.

—Hágale pasar —gruñó el jefe de la Fundación Jessup.

Se abrió la puerta y Henry Saunders entró en el consultorio, con evidente timidez. Era un hombre alto y robusto, y de su persona emanaba un aire de desdicha

resignadamente soportada.

—Buenos días, doctor —dijo, casi en tono de disculpa.

—Son las once, treinta y seis minutos y treinta segundos —dijo el doctor Jessup—. Buenos días. Siéntese. No, ahí no. Aquí, junto a mi escritorio. Vamos a ver... Tenía usted hora para las once y media, exactamente. En otras palabras, Mr. Saunders, durante seis minutos y medio todo el complicado mecanismo de la Fundación Jessup ha quedado interrumpido en espera de su llegada... *inmovilizado*. Durante seis minutos y medio el monstruo del desequilibrio mental del hombre ha andado suelto como un Moloch de destrucción, mientras la Fundación Jessup quedaba inmovilizada, impotente para luchar contra sus estragos.

—Mi esposa, doctor —dijo Henry, parpadeando—. Lo siento mucho, pero...

—¡Su esposa! —exclamó en tono de reproche el gran analista. Pero el rostro de Saunders tenía tal expresión de apenada sinceridad, tal expresión de buena voluntad irremediadamente frustrada, que el doctor Jessup no pudo evitar el trocar la exclamación en una amable pregunta—: ¿Su esposa?

—Sí —respondió Henry ávidamente—. Ésa es la raíz de todo. Por eso he llegado tarde, y estoy convencido de que me encuentro aquí por eso. Siempre he tenido que decirle a mi esposa adonde iba, y no podía decirle que venía aquí, porque ella no cree que me ocurra absolutamente nada, y yo sé que me ocurre algo, algo terrible, y...

—De acuerdo, *de acuerdo* —dijo el doctor Jessup, levantando una mano y tomando una nota con la otra—. Su esposa no comprende. Pero nosotros descubriremos lo que le ocurre a usted, tranquilícese.

—¿Quiere usted decir que vienen aquí otras personas que sufren de lo mismo que sufro yo?

—Centenares, mi querido amigo.

—Nunca he visto a nadie con la misma clase de molestia que me aqueja a mí —dijo Henry, en tono dubitativo.

El doctor miró unos instantes en silencio a su paciente.

—Bueno, Mr. Saunders —dijo finalmente—. Cuénteme su historia, Y sea breve.

—Verá, la primera vez que ocurrió fue hace tres semanas. Mi esposa es una mujer bajita, eso es muy importante...

—Mr. Saunders, quiero oír *su* caso. Me interesa *su* mente, no el físico de su esposa.

—Lo siento —se apresuró a decir Henry—, pero la raíz del asunto en ésa. Le llevo la cabeza y los hombros a mi esposa. Si yo fuera uno de esos hombres pequeñitos, con un bigote sin recortar, como los que aparecen en las historietas cómicas, y ella fuera una mujer de gran tamaño, la cosa sería distinta, ¿verdad? Más natural. Pero cuando uno tiene una esposa bajita con una lengua tan afilada como una navaja de afeitar y...

El famoso doctor Jessup se sentía cada vez más molesto por el fracaso de sus renombrados modales profesionales, impotentes en esta ocasión para contener el

torrente de lamentaciones de su paciente Pero, por otra parte, considerándolo con la objetividad de que hacía gala, pensó que tal vez estaba siendo un poco injusto. Quizás descargaba el mal humor que le había provocado Nyren sobre el caso que le había enviado.

—*Por favor*, Mr. Saunders. Seamos breves. Creo que el vocablo que está usted buscando es *incordiante*. Su esposa le fastidia continuamente. Dejando aparte el hecho de que todas las esposas fastidian a sus maridos en mayor o menor grado, reconozco que en su caso puede tener alguna influencia en sus trastornos. *Esposa incordiante*. Tomo nota. Ahora, quiero que me cuente lo que le ha ocurrido *a usted*. Pero, brevemente, *brevemente*, Mr. Saunders. Más tarde podrá hablarme con toda la extensión que desee... como parte de su tratamiento. Pero ante todo los cimientos, el mapa del país... Continúe.

—Verá; íbamos a comprar un traje. Tal vez debiera decir que mi esposa me llevaba a comprar un traje. Da la casualidad de que a mí me gustan los trajes llamativos, ¿sabe?, y mi esposa cree que me gustan porque con ellos llamo más la atención a las mujeres. No es cierto, se lo aseguro. Amo a mi esposa. Mejor dicho, *la amaba*. Y continuaría amándola, si no me atosigara con sus sospechas. —Captó súbitamente la expresión del rostro del doctor Jessup—. De acuerdo, de acuerdo, voy al grano.

»Bueno, compramos un traje... si es que puede dársele ese nombre. Gris oscuro, con una gruesa raya negra. Cuando salimos de la tienda vi una corbata en otro escaparate. Una corbata de color anaranjado que en mi opinión haría juego con aquel espantoso traje... suponiendo que algo pudiera hacer juego con él.

»Volví la cabeza para mirar aquella corbata. Y en aquel preciso instante pasó una rubia. Al menos, mi esposa dijo que había pasado una rubia. Yo no vi ninguna. Me limité a volver la cabeza para mirar la corbata. Así empezó la cosa.

»Mi esposa se paró en seco y me acusó de mirar a las otras mujeres. Le dije que estaba equivocada, pero no conseguí convencerla. Estábamos en medio de la acera. Ella empezó a insultarme, con su voz chillona. Y pensar que antes de casarnos siempre cantaba *Always*, y yo pensaba que tenía una encantadora voz de soprano... ¡Cómo cambian las cosas! De acuerdo, doctor, voy al grano...

»Estábamos allí, en medio de la acera, y todo el mundo se había parado para ver lo que pasaba. ¡Oh! Fue algo terrible, créame. —Se estremeció al recordarlo—. Y, entonces... todo desapareció. La calle, la gente, mi esposa... Incluso el sol desapareció.

—Una descripción poética, Mr. Saunders. ¿Se desmayó usted?

—¡Oh, no, no! Me encontré súbitamente en un lugar distinto. No sólo distinto del lugar donde me encontraba un segundo antes, sino de cualquier lugar conocido por mí. Para empezar, el sol era doble, como si estuviera viendo una película tridimensional sin gafas. Había un sol azul y un sol amarillo, muy juntos, que proyectaban una doble sombra. Yo estaba de pie en el lindero de un bosque de plantas



azules, y el suelo era blando y de color parduzco, como una alfombra de rizados helechos.

—Sí, recuerdo que en su historial clínico se menciona ese detalle. También dice que no es usted bebedor... ¿Es cierto eso, Mr. Saunders? Conteste con toda franqueza, se lo ruego. Estoy aquí para ayudarle.

—Lo más que he llegado a beber ha sido un vaso de cerveza un día de mucho calor. Oiga, no estará tratando de insinuar que me había emborrachado, ¿verdad?

—Calma, calma. Nada de eso. Me limito a asegurarme de los hechos.

—Bueno, eso es otra cosa. Supongo que cualquiera pensaría que estaba borracho. Pero no lo estaba, palabra.

—Entonces, ¿puedo atribuirle una viva imaginación?

—Pero, no se trata de imaginación... —gimió Saunders—. Me ha dicho usted que estaba acostumbrado a casos como el mío, y ahora me dice que fue mi imaginación.

—Vamos, vamos, Mr. Saunders. ¿Por qué toma en un sentido peyorativo el hecho de que le atribuya una viva imaginación? El poder de la imaginación ha hecho historia.

—Pero yo *estuve* allí. Lo sé, porque lo primero que hice fue mirar a mi alrededor y no pude creer a mis propios ojos. De momento, pensé que se trataba de algún anuncio de esos que ahora están de moda. Desde que vi una gran tinaja llena de sirenas bajando por la calle anunciando unos trajes de baño, aprendí a no sorprenderme de nada. Pero yo estaba allí, solo, en el lindero de aquel bosque azul.

»Y luego pensé que si estaba *allí*, donde quiera que fuese, no podía estar con mi esposa, y que Dios sabe lo que ella estaría pensando, y aquello me asustó. Y súbitamente me encontré de nuevo en la calle.

—¿De pie?

—¿Eh? ¡Oh, ya vuelve usted a las andadas! No cree en mí. Piensa que me desmayé, o que fue un sueño... Pues sí, estaba de pie. Mi esposa se impresionó. Fue la primera vez en muchos años que la dejé sin habla. En todo el camino de regreso a casa no dijo una sola palabra. Yo la miraba por el rabillo del ojo, y vi que de vez en cuando me contemplaba de un modo muy raro. Pero, en cuanto llegamos a casa, volvió a ser la de siempre. Dijo que en adelante tendría que andar aún con más cuidado, puesto que yo era más astuto de lo que ella había imaginado. Creía que yo me había deslizado por entre la multitud.

—Sí, sí —dijo el famoso doctor Jessup. El hecho se explicaba—. ¿Ha sufrido usted otro de esos ataques desde entonces?

—Dos —respondió Henry—. Tuve otro después de haber hablado con el doctor Nyren.

—¿Y los tres fueron precedidos por algún escándalo de su esposa?

—No. El segundo, sí. Ella me estaba importunando con alguna de sus fantásticas acusaciones, y decidí salir de casa para escapar de su voz. Crucé la puerta... y me pareció que estaba andando por aquel otro lugar.

—¿Y el tercero?

—Estaba en casa, solo. Mi esposa había ido a la compra. Rumiaba las cosas que me habían sucedido... me refiero a esas anomalías, y en aquel momento sucedió.

—¿Y todas las veces vio usted el mismo paisaje?

—Sí. Desde ángulos distintos, pero siempre el mismo. Una de las veces vi una corriente de agua, y en las dos últimas ocasiones una mujer. La primera vez desde cierta distancia, y cuando ella me vio echó a correr y penetró en el bosque. Pero la segunda vez me encontré muy cerca de ella, y no huyó. Incluso sostuvimos una conversación, si puede dársele ese nombre. Yo dije: «Buenos días», y ella se echó a reír con una risa musical y dijo algo en un idioma desconocido. Y luego yo hablé un poco más. La mujer parecía bastante... ejem... amistosa.

—¡Ah! —exclamó el doctor Jessup—. ¿Una mujer *guapa*?

—Sí, supongo que puede llamársela guapa. Aunque era un poco distinta de las mujeres corrientes. Tenía la piel de color de miel y una cabellera rojiza. Y llevaba una especie de conjunto de tenista, aunque era verde, no blanco.

—¿Y dice usted que tenía una voz musical?

—Sí.

—Dígame, ¿de qué color son los cabellos de su esposa?

—Negros. Mi esposa es morena —dijo Henry, intrigado.

—La cosa está clara como el agua —dijo el famoso doctor cortésmente.

—¿De veras? —inquirió Henry—. Bueno, me quita usted un gran peso de encima.

—Sí, el suyo es un caso evidente de demencia paranoica. No hay motivo de alarma, y estoy convencido de que podremos curarle en un corto espacio de tiempo. Lo que ha ocurrido es esto:

»Bajo la tensión de la desarmonía conyugal, usted ha buscado refugio en otro mundo, un mundo de su propia creación. A usted, por ejemplo, le gustan los colores llamativos. De modo que el mundo que se ha creado es un mundo de colores chillones. Asimismo, la mujer que ha creado es radicalmente distinta de su esposa. Morena: pelirroja. Voz chillona: voz melodiosa. Esa otra mujer habla un idioma que usted no comprende, en contraste con el lenguaje de su esposa, el cual comprende usted demasiado. ¿Me equivoco?

—No... quiero decir sí, sí.

—¡Ah! Teme que he sacado demasiado brutalmente a la superficie la verdad. Se niega a reconocer esas fantasías por lo que son. Pero trate de ver la realidad, Mr. Saunders. Tal como proclama el lema de esta Fundación, la verdad es el principio de la curación.

—No *quiero* admitirlo. —Henry se removió en su asiento—. No es cierto. Lo que usted dice acerca de la voz chillona y la voz melodiosa, y todo eso, puede ser verdad... pero yo no lo imagino.

—¿No, Mr. Saunders? Nosotros podemos probarlo, ya que su ilusión lleva en sí

misma la imagen de su irrealidad. En el cielo de lo que usted imagina sé encuentra el símbolo de su dilema. *Un doble sol*. Dos soles de colores complementarios, la imagen de la doble naturaleza de su existencia. La imagen de su *culpabilidad*, podríamos decir. Ya que usted no puede superar un sentimiento de culpabilidad por huir de la realidad, y esa culpabilidad se manifiesta en términos simbólicos visuales, hasta que su amenazadora presencia le obliga a regresar.

En su elocuencia, el famoso doctor Jessup se había puesto en pie, inclinándose sobre su escritorio, de modo que su rostro estaba muy cerca del de Henry. La agitación de Henry había ido en aumento a medida que el analista definía su caso. También él se puso en pie, pero impulsado por el temor y el desconcierto.

—¡No! —gritó.

El doctor Jessup estaba acostumbrado a los efectos de sus exposiciones sobre los pacientes. Dio la vuelta al escritorio para tranquilizar a Henry. Pero Henry retrocedió, asustado.

—No se acerque a mí —gritó.

Y entonces ocurrió la cosa.

Henry desapareció.

Los ojos del famoso doctor Jessup se desorbitaron. Anduvo de espaldas hacia su sillón, agarrándose a la mesa, se dejó caer en el asiento y se sirvió una generosa ración de whisky.

¿Alucinaciones?

Eso hubiera pensado, ordenándose a sí mismo un completo y prolongado descanso... si no hubiera sido testigo de la obstinada defensa que el propio Henry hacía de la realidad de sus traslados. El doctor Jessup se llamó seriamente al orden, recordándose a sí mismo que su vida había sido dedicada a la cordura, a la lógica. Y la lógica, en este caso, apuntaba en una sola dirección. La de que su paciente había desaparecido... corporalmente. Sólo cabía hacer una cosa: esperar su regreso.

Pulsó el botón del interfono:

—Miss Coald, no quiero ser molestado por nadie, ni siquiera por usted.

Luego se retrepó en su sillón y esperó.

Transcurrieron seis... siete minutos. Entonces, de un modo tan inexplicable como había desaparecido, Henry regresó en toda su indudable solidez.

Miró al doctor Jessup con una expresión de triunfo.

—Bueno, ¿me cree usted *ahora*?

—*Asombroso* —dijo el doctor Jessup—. Realmente asombroso. En toda mi larga vida profesional no me había encontrado con un caso como el suyo. ¿Podría quedarse unos cuantos días en la Fundación, para ser sometido a observación?

—¡Oh, no! —se apresuró a decir Henry—. No puedo hacer eso. ¿Cómo iba a explicárselo a mi esposa?

—Es una lástima. ¿Cree que si yo le explicaba...?

—Imposible —dijo Henry en tono firme.

Empezaba a notar una desacostumbrada sensación de confianza. Había conseguido refutar las afirmaciones del doctor en el sentido de que estaba loco. Sin embargo, aquella confianza no era lo bastante fuerte como para hacerse a la idea de que su esposa aceptaría la situación.

—Bueno —dijo el doctor Jessup—, tendrá que concederme algún tiempo para meditar su caso. Vuelva pasado mañana. A las... ejem... A la hora que mejor le vaya.

—Pero, ¿no hay nada que pueda usted hacer ahora?

Incluso el famoso doctor Jessup debía recurrir a los procedimientos rutinarios.

—Tómese esto —dijo abstraídamente, entregando a Henry una cajita de pastillas—. Una, tres veces al día.

—Bien, de acuerdo —dijo Henry, en tono dubitativo.

Se encaminó hacia la puerta, pero antes de llegar a ella se volvió.

—¡Oh! Por si se le ocurre pensar que los dos hemos imaginado todo esto...

Dejó sobre el escritorio un rizado helecho de color parduzco.

El doctor Jessup lo cogió y le dio vuelta entre sus manos mientras su paciente se marchaba. No era botánico, pero sabía que aquel helecho no procedía de ningún lugar de la Tierra.

Lo contempló fijamente durante largo rato. Luego, un extraño brillo asomó a sus ojos. Pulsó de nuevo el botón del interfono:

—Miss Coald, venga en seguida. Tengo un pequeño trabajo para usted.

Henry acudió el día fijado, pero no lo hizo hasta la tarde. De todos modos, el doctor Jessup había cancelado todos sus compromisos para aquel día.

—Bien —dijo, en cuanto Henry entró en el consultorio—. ¿Cómo le ha ido?

—Muy bien, gracias —dijo Henry—. No he vuelto a aquel lugar. Aquellas píldoras que usted me dio, seguramente. Pero mi esposa está peor que nunca. No comprendo lo que ha pasado. Dice que unas mujeres han estado llamando por teléfono y preguntando por mí. Estos dos últimos días, mi vida ha sido una espantosa pesadilla.

—Un experimento clínico, sencillamente —dijo el doctor Jessup, en tono de disculpa—. Tenía que hacerlo.

—¿Quiere decir... que *usted*...?

—Mi secretaria, miss Coald, le ha estado llamando para informarse de su estado. Era esencial para... bueno, para calentar su medio ambiente.

—Pero, no comprendo...

—Mi querido amigo —le interrumpió el analista—, sus preocupaciones han terminado. Su problema está resuelto, esta vez definitivamente. Cuando se marchó de aquí el otro día le di un vulgar sedante, sin saber aún el mal que le aquejaba. Cuando lo supe, y al mismo tiempo me di cuenta de que un vulgar sedante podía ser el remedio, tuve que asegurarme de que sus nervios estarían sometidos a la necesaria tensión, por así decirlo. Lo han estado, evidentemente. Pero el sedante obró efecto e

impidió que sufriera usted un espasmo cuatridimensional.

—¿Un *qué*?

—Sí, es un nombre un poco raro, debo admitirlo. Tendría que repasar el diccionario griego y encontrar algo mejor. Pero expresa lo que en realidad le ha ocurrido a usted. Bajo una poderosa tensión emotiva, usted se distendió, sencillamente. Pero, en vez de una distensión corriente, la suya es cuatridimensional. En otras palabras, en vez de distenderse en este mundo, de tres dimensiones, lo hizo en otro mundo contiguo al nuestro que tiene una dimensión más.

»Hasta cierto punto, el traslado alivia temporalmente la tensión, pero al cabo de unos instantes reaparece la tensión ante las consecuencias... y se produce el fenómeno en sentido inverso. Al parecer, lo único que usted necesita es un sedante tomado de un modo regular. Aquí tiene una receta para un centenar de píldoras. Continúe tomándolas tres veces al día. Cuando las termine, vuelva y le haré otra receta.

—Gracias —dijo Henry, cogiendo el papel—. Muchas gracias.

—De nada, estamos aquí para servirle —dijo el doctor Jessup en tono pomposo—. Bueno, otra cosa: debido a que su caso es único, comprenderá mi ansiedad por informar acerca de él al mundo médico. Por lo tanto, le agradecería que me hiciera un detallado relato de su experiencia y de aquel otro mundo. Y también espero que uno de estos días acceda usted a prescindir del sedante, aquí, en la Fundación, y haga una demostración de su notable facultad ante unos escogidos colegas.

—Desde luego, doctor. Lo que usted quiera. Pero ahora no puedo entretenerme. Debo regresar a casa. Ya sabe usted lo que ocurre...

Henry pensaba profundamente mientras tendía la receta por encima del mostrador de la farmacia. Pensaba en el otro mundo que ahora no volvería a ver. Pensaba en los largos años que se extendían delante de él. Había tenido una aventura, una rara y desconcertante aventura, es cierto, pero en su vida habían escaseado las aventuras dignas de ser recordadas. Y ahora que todo había terminado, se sentía triste y pesaroso. Luego, su mirada se iluminó. Sacó su pluma y efectuó unos rápidos cálculos.

—Oiga, ¿podría venderme otras cincuenta mil píldoras de ésas? —inquirió, cuando el dependiente volvió al mostrador con la caja.

—¿*Cincuenta mil*? ¿Está usted loco? Es una cantidad suficiente para suicidarse quinientas veces... Además, sólo podemos servirle las que indica la receta.

—Pero, yo... ejem... voy a hacer un largo viaje.

El dependiente le miró con aire suspicaz.

—En cualquier lugar del mundo le venderán estas píldoras, si lleva la receta de un médico.

—Pero... voy a marcharme a la selva —dijo Henry desesperadamente.

—Explorador, ¿eh? —dijo el dependiente, mirando a Henry de arriba abajo, con

visible incredulidad—. No tiene usted tipo de explorador. Mire, no me importa lo que quiere hacer con las píldoras. El bromuro produce los mismos efectos y no necesita usted receta. Si lo desea, puede comprar un millón de pastillas de bromuro.

—Con cincuenta mil habrá bastante —dijo Henry, con un suspiro de alivio—. ¿Está seguro de que es lo mismo?

—No es lo mismo. Pero produce el mismo efecto. Es un sedante.

—¿Un sedante? ¡Ah, estupendo! ¿Cuántas puede venderme ahora?

De regreso a casa, Henry entró en un bar y pidió un whisky: algo que nunca había hecho hasta entonces. Estaba a punto de tragárselo, cuando se le ocurrió la idea de que el alcohol podía afectar de algún modo lo que estaba tramando. Era preferible actuar sobre seguro. Se llevó el whisky al lavabo, se llenó la boca con el ardiente licor, reteniéndolo unos instantes, y luego lo escupió. No le gustó el sabor del líquido, pero impregnaría satisfactoriamente su aliento.

La vaharada alcanzó a su esposa en el instante en que Henry entró en casa. Aquél solo hecho fue suficiente para ponerla en guardia. Y cuando olió el aliento de su marido mientras éste se inclinaba a besarla, sus peores sospechas se vieron confirmadas.

La andanada que disparó a continuación fue algo que el propio Henry no había oído nunca.

Henry esperó. No había tomado ninguna pastilla. Continuó esperando. Los reproches subieron de tono. No pasó nada. Estaba demasiado tranquilo, pensó Henry. Reunió todo su valor...

—¡No me hables así, estúpida! —tronó.

Su propia temeridad le asustó. Y llegó la *distensión*, como la había calificado el doctor Jessup...

Henry estaba de pie sobre unos helechos parduscos, bajo un doble sol azul y amarillo. Abrió el paquete de pastillas de bromuro y tomó una. Luego se sentó en la alfombra de helechos y esperó. Consultó su reloj. Diez minutos. Veinte.

Exactamente. Dos veces más que en la más larga de sus experiencias anteriores. De modo que las pastillas también eran eficaces allí. Por un instante, experimentó una especie de remordimiento al darse cuenta de que no podría prestarle al doctor Jessup la cooperación que le había pedido. Pero apartó fácilmente la idea de su cerebro. Tal vez se presentara otro caso para darle al doctor la confirmación que necesitaba.

Se puso en pie y lanzó un grito.

En el bosque azul resonó un grito de respuesta... proferido por una voz melodiosa. Henry vio un verde resplandor que avanzaba hacia él a través de las hojas.

Henry Saunders suspiró, satisfecho.

# Pequeño resumen de historia del futuro

Jacques Sternberg

1962

Temida desde hace más de un año, una crisis general azota al mundo entero.

Las grandes potencias son las más gravemente afectadas. Sus presupuestos se cierran con un enorme déficit, y sus industrias pesadas van a la quiebra. Los bancos cierran uno tras otro.

1963

El desastre ha adquirido tal amplitud, que las principales potencias deben resignarse a licenciar sus ejércitos y a vender en el mercado comercial su material de guerra.

Los Ministerios de Defensa Nacional se convierten en Ministerios de Venta Nacional.

Triunfo y prosperidad del pequeño burgués que ha sabido hacer economías, sin caer nunca en la tentación de abrir una cuenta en un banco: ahora puede adquirir por cuatro cuartos un bombardero (completamente equipado) o un tanque. Los padres acomodados pueden ofrecer por fin a sus hijos auténticos cañones, por una suma irrisoria.

1964

Desarmados a pesar suyo, convertidos así en vulnerables, los países que desde hacía siglos sólo soñaban en conquistas y en anexiones no hablan más que de «entente cordiale» y de paz eterna, con la rama de olivo entre los dientes.

En el mes de manso, los Estados Unidos y la U.R.S.S. firman un tratado de no agresión valedero hasta el 2064, con garantías concretas. Los dos gobiernos, en prenda de fidelidad recíproca, intercambian palomas y cigarros.

Las principales potencias de Oriente y Occidente se adhieren al pacto

El mundo no es más que un cántico a la gloria de la Paz en la Fraternidad y el Trabajo.

1965

Albania, país olvidado por la historia desde hace algún tiempo, se vanagloria de no haber firmado ningún pacto y, apoyándose en ese principio, su gobierno declara la guerra a la U.R.S.S.

Por sorpresa, Albania arroja sobre Georgia la bomba atómica que fabricaba en secreto y, unos días después, los 74 soldados del ejército albanés penetran como vencedores en Moscú.

Encandilados por aquella fulgurante derrota, los Estados Unidos rompen el pacto firmado el año anterior y deciden asestar a la U.R.S.S. el golpe mortal: por encima del Polo, apuntando a la capital, lanzan su último proyectil dirigido atómico.

Pero los soviéticos han tenido la misma idea: en el mismo instante, han lanzado también su último cohete teledirigido, apuntando a Nueva York.

Los dos proyectiles se encuentran en pleno cielo, a diez mil metros de altura, encima del Polo Norte.

El cielo estalla.

Por un fenómeno de adrinosis descentrífuga y de filcresis manganásuca, se produce una reacción de una amplitud imprevista y en el lugar que ocupaban los hielos eternos del Polo, se abre un abismo sin fondo.

Por reacción contraria, la tierra se crispa en la U.R.S.S., y en América del Norte surgen unas montañas de las entrañas del suelo y, arrastrados por su peso y por su espasmo orgánico, los dos continentes pierden literalmente el equilibrio, oscilan y se hunden con toda su civilización en el abismo polar.

Así desaparecen la U.R.S.S., Alaska, Canadá, Estados Unidos, Méjico y algunos países de menor importancia.

Sólo Guatemala escapa por milagro al cataclismo y, catapultada por algún capricho de la naturaleza, deriva en pleno océano Atlántico y se convierte en una isla.

Guatemala, convertida en Guatemalamérica del Norte, enarbola desde entonces la bandera estrellada.

Por Navidad, matanza general de todos los negros del país, en memoria de los Estados Unidos, prematuramente desaparecidos en pleno vigor del odio.

1966

En Europa, donde la crisis es cada vez más aguda, se plantean nuevos problemas sin que se intuya el modo de resolverlos.

¿Quién aprovisionará en el futuro el mercado de películas del Oeste? ¿Dónde encontrar caviar, Lucky Strike, dólares? Y, si bien la desaparición de *Pravda* afecta a pocas personas, ¿cómo reemplazar el *New Yorker* o *Playboy*? ¿Soportará el hombre



ese estado de cosas? ¿Cómo reaccionará? Preguntas todavía sin respuesta.

La respuesta es más sorprendente de lo que la Historia podría temer: el hombre no reacciona.

Por otra parte, reacciona cada vez menos desde hace algunos años y acoge el aniquilamiento de una importante porción de su planeta con una indiferencia ejemplar.

Contra toda previsión, acepta con la misma indiferencia el hecho de que nadie reemplazará nunca a Marilyn Monroe o de que tendrá que renunciar a las hojas de afeitar Gillette, made in U.S.A.

1967

Sin embargo, privada de su principal proveedor, Europa tiene que admitir que no se basta a sí misma.

Y el hecho de que el dólar no pagará ya los platos rotos no arregla nada. Y mucho menos la crisis.

Por otra parte, sin el ejemplo tónico de los Estados Unidos, Europa parece caer en una apatía que no anuncia nada tranquilizador.

Además, Europa carece de una serie de productos de primera necesidad. Eso sin hablar de lo superfluo, ya que *Cinemonde* no puede reemplazar el *Movieland*, el 2 CV no le llega a la suela del zapato al Thunderbird y, a falta de consumidores exigentes, Escocia acaba de interrumpir la fabricación de whisky.

Pero, en realidad, esos problemas, que podrían creerse decisivos, no parecen interesar más que a los estadísticos, ya que los consumidores no les conceden la menor importancia.

Hay que reconocer, además, que el consumidor consume cada vez menos: los 2 CV que continúan existiendo no son mucho más solicitados que los desaparecidos Thunderbird, y el tiraje de *Cinemonde* ha descendido en tales proporciones que se presiente la quiebra inminente de aquella empresa, otrora tan próspera.

*France-Soir* conoce las mismas amarguras. Los *Chismorreos de la Comadreno* interesan ya más que a algunos maniáticos. Lo mismo que las historietas de dibujos, que los lectores consideran estúpidas e inútiles. Asimismo, las mecanógrafas han dejado de consultar su horóscopo cotidiano.

Ese conjunto de hechos, más que cualquier sondeo, da que pensar.

Se emprende la tarea: los pensadores profesionales empiezan a pensar en serio.

Ya que, evidentemente, algo ha debido cambiar en el mundo. Pero, ¿qué?

1968

Algo ha cambiado, el hecho es inexplicable, pero flagrante. El resultado de los

referendums y de las encuestas, realizados en gran escala, lo demuestra.

En pocos años, la mentalidad del hombre ha cambiado, no puede negarse. ¿Por qué milagro ha cambiado? Hay interpretaciones para todos los gustos. Pero si las causas permanecen oscuras, las consecuencias, en cambio, adquieren más peso cada día: el hombre se hace cada vez más lúcido, despierta a la verdad, cada día más. Su legendaria estupidez conoce una fulgurante regresión, su pasión por la diversión trivial desaparece, el sentido del humor y de la angustia parecen desgarrarle de parte a parte, como surgidos de lo más profundo de una conciencia nueva.

Inexplicable evolución: el hombre de la calle, el hombre medio, se convierte en un ser humano.

En efecto, las revistas dedicadas al culto de la frivolidad no pueden ya subsistir, faltas de lectores.

La radio ya no tiene oyentes, nadie enciende ya un aparato de televisión; los cines y los teatros ya no tienen público. Ni tampoco personal, ya que a ningún asalariado se le ocurre ya la idea de repetir interminablemente todos los días, a una hora determinada, los mismos gestos y las mismas frases.

Incluso las antiguas *vedettes* de mirada o de piernas míticas carecen de admiradores. Y, desde hace años, los «Consultorios amorosos» no reciben una sola carta.

En cuanto a los intérpretes de música ligera, hace mucho tiempo que han tenido que buscarse otro medio de ganarse la vida, en tanto que los discos de Webern, Várese, Bartok, Schoenberg y Alban Berg superan todas las marcas de venta.

Desde 1965, las librerías sólo han vendido cuatro ejemplares de Françoise Sagan. Los últimos libros de Jean Duché o de Hervé Bazin, lo mismo que los de Dañinos o los de Druon, han arruinado a sus editores.

Las obras que se venden mejor desde hace un año son las de Samuel Beckett, cuyo *Molloy* ha alcanzado una tirada de cinco millones de ejemplares, en tanto que en 1960 se había detenido en los trescientos veinticinco. Cloran obtiene también un gran éxito, y su *Précis de Décomposition* ha recibido el Gran Premio de la Academia Francesa. Rene de Obaldia, que acaba de ingresar en la Academia Goncourt, Jacques Sternberg, que con *Le Délit* ha salvado milagrosamente de la quiebra a las Ediciones Pión, Borges, Matheson, Michaux, Lautreaumont y algunos otros, se han convertido en autores de moda y sus obras se encuentran en todas las viviendas de las porterías y en los bolsillos de todos los peones de albañil.

En cambio, desde hace un año, revistas como *Paris Match*, *Reader's Digest*, *Cine-Révue*, *Marie-Claire*, *Intimité* o *A Tout Ceur*, han tenido que cerrar sus puertas después de haber luchado en vano contra una pérdida progresiva de toda su cuéntela.

Realmente, algo está pasando. Han sido creados verdaderos Centros de Sondeo Psicológico para analizar la situación y tratar de arrancarle sus secretos.

Nunca se sabrá a qué atenerse exactamente, ya que los investigadores profesionales han renunciado a sus tareas. No desean ya investigar. De hecho, ése es el mal que parece aquejar al mundo: nadie tiene ya deseo de nada.

O, mejor dicho, la opaca resonancia que contiene la palabra «NADA» parece imponer su ley. Una ley que produce desgarradores y terribles estragos en todos los terrenos.

En efecto, de un modo cada vez más evidente, como un germen fatal, la necesidad de renunciar se apodera de toda Europa. Necesidad que cada día gana terreno. La Industria, el Comercio, las Artes, sean decorativas o culinarias, abstractas o coreográficas, reciben por doquier millones de cartas de renuncia.

Los industriales abandonan sus ambiciones sin advertir a nadie, los banqueros desaparecen sin tomarse siquiera la molestia de llevarse los fondos, los pintores de fama arrojan sus pinceles por la ventana, los responsables se descargan sin más de sus responsabilidades e innumerables subordinados desertan de sus lugares de trabajo, sin avisar con anticipación a sus empresas. Con la misma desenvoltura, abandonan a veces su hogar, su familia, su domicilio legal.

En todas partes, en todos los terrenos, sea cual sea su función social o su educación, su futuro o su pasado, el hombre afirma sin discursos y sin actitudes teatrales, no sólo su renuncia a cargar por más tiempo con lo absurdo de su existencia, sino también su negativa a toda compensación.

Sabe. Quiere saber. No dice nada acerca de ello, pero lo demuestra. No cree ya en nada. Ni en su existencia, ni en sí mismo.

Sin embargo, por raro que pueda parecer, no se suicida. No busca la muerte, la espera. Como un verdadero condenado a muerte, sin drogas, encerrado en la triste celda que él representa. La acepta, y no intenta ya nada para olvidar ese hecho. Ni siquiera se emborracha, y la disipación no le aporta ya ninguna ayuda.

Por primera vez desde que la Tierra es patria humana, el curso de la Historia va a cambiar porque el Hombre ha cambiado.

1970

Podría festejarse el centésimo aniversario de la guerra de 1870, si se festejara aún algo. Pero, ¿cómo podrían admitir los hombres de 1970 que un día fueron tan ingenuos y tan estúpidos como para llegar al extremo de defender una patria, una causa o una frontera?

Ninguna guerra es ya posible, ninguna revolución, ningún conflicto, por leve que sea. Nadie obedecería ya una orden de movilización, y, por otra parte, a nadie se le ocurriría la idea de ordenar un acto tan disparatado. Los vocablos «jefe», «subordinado», «responsable» o «superior», como tantos otros, no tienen ya más que un valor abstracto. Sin duda figuran aún en el diccionario, objeto arcaico que nadie

experimenta la necesidad de consultar.

1971

Poco a poco, unas tras otras, las tiendas cierran sus puertas y liquidan sus existencias a bajo precio; lo superfluo no se vende, prácticamente, y lo esencial cada vez menos.

Las fabricas detienen sus máquinas, los bancos cierran sus verjas, las oficinas no tienen ya razón de existir, puesto que nadie tiene ganas de hacer gestiones o reclamar algo.

Correos y Telégrafos funcionan al ralentí, ya que son muy raros los que experimentan el deseo de enviar un mensaje cualquiera a través del mundo.

Incluso el teléfono se convierte en un objeto anticuado, sin empleo. En cuanto a los transportes, cada vez son menos utilizados. Las malas hierbas devoran los raíles. Los hombres casi no se desplazan. No tienen nada que vender o que representar, nada que encontrar o de que huir.

En el mes de junio se registra un echo que derriba los cimientos de una pirámide edificada a través de los siglos: la moneda deja de circular. Nadie acepta dinero, nadie lo quiere. La Era de la Compra y de la Venta termina. El hombre coge lo que necesita donde lo encuentra. Lo coge sin ningún frenesí, ya que desde hace mucho tiempo toda rapacidad ha quedado ahogada en él. Y no coge más que lo estrictamente necesario. A veces intercambia, pero sin ninguna intención de lucro ni de beneficio, por mínimo que sea. La Era de la Indiferencia alcanza su apogeo.

A fines del verano, queriendo sin duda grabarse un nombre en la Historia, los suizos, galvanizados por medios químicos, atacan a la vez a Francia y a Alemania. El ejército suizo llega hasta Berlín y París sin encontrar la menor resistencia.

Ni siquiera puede hablarse de una guerra, ya que el acontecimiento pasa completamente inadvertido. Los dos periódicos que continúan apareciendo no hablan de él en su única página.

Después de un mes de ocupación inútil, los suizos regresan a sus montañas, sus lagos y sus quesos. Vencidos por una fuerza de inercia contra la cual no han podido intentar nada.

1972

La hora de la descomposición de un mundo parece haber sonado. Y ello sin la ayuda artificial de algún desastre atómico, sin el benévolo apoyo de un cataclismo natural. Ninguna fuerza se opone ya al desastre determinado por una licuefacción general de todo lo que constituía la vanidad y el orgullo, la vanidad y la pretensión de ese bípedo llamado Hombre.

Nada podrá oponerse a la nueva Era que se anuncia. No existen ya gobiernos, ni jefes, ni partidos dispuestos a defender la derecha o la izquierda, el centro o la retaguardia. No hay nada que defender, nada que atacar. Incluso las leyes han sido olvidadas. No servirían de nada. Desde hace dos años no ha sido cometido ningún delito. El hombre no siente ya odio, ni amor, ni rebeldía, ni deseo de obrar en un sentido más bien que en otro. Se ha convertido en un ser átono. No alza nunca la voz. Por otra parte, habla cada vez menos. Ha comprendido. Sabe. Se aburre. Le tiene sin cuidado.

Los periódicos dejan de aparecer. Por una parte, no quedan ya aficionados a los sucesos ni a las elucubraciones, materiales o abstractas. Por otra parte, nadie tiene nada que decir.

Algunos lectores añoran vagamente el folletón de Beckett, que tenía aún cierto éxito. Pero el texto no llegó a terminarse. El propio Beckett se cansó de escribir.

1973

¿Humor helado y gratuito? ¿Voluntad de ejercer una acción irrisoria? El año 1973 es suprimido oficialmente del calendario.

1974

En las ciudades, donde casi todas las puertas y ventanas permanecen eternamente cerradas, la vida pierde su ritmo, su relieve y su sangre.

Muchos habitantes no salen, por así decirlo, de sus apartamentos. Viven en un estado de letargo permanente. La necesidad de diversión se convierte en un mito: los últimos cinematógrafos han quebrado recientemente; los teatros, desde hace mucho tiempo.

Nadie va a la taberna. No existe ya ningún comercio de lujo. A menudo se encuentran sartas de perlas en el arroyo, pero a nadie se le ocurre recogerlas.

Adaptándose insensiblemente al clima de aquella vida vegetativa, el hombre llega a subsistir haciendo una sola comida cada cinco días. Devorado por la indiferencia que le invade, no come ya nada cocido. El pescado crudo no le desagrada ya; la carne, todavía menos.

Se señala que los últimos vehículos han desaparecido. Las grandes estaciones sirven de dormitorio a millares de vagabundos que no tienen el valor de regresar a sus casas. Hay que observar que el hombre no destruye nunca nada de lo que abandona detrás de él: lo rechaza todo, pero sin veleidades de rebelión, sin crisis nerviosas.

1975

Se anuncia la Era del Estancamiento.

Han cesado incluso los intercambios. Los hombres pierden la costumbre de dirigirse la palabra. Hace mucho tiempo que no tienen órdenes que darse, y ahora tampoco tienen nada que confiarse.

Desde hace algunos meses, todas las escuelas han cerrado sus puertas. Ningún niño aprenderá ya a leer, a contar o a escribir. En cuanto a los que saben, su única ambición es olvidar.

Algo más grave aún: desde hace un año, la natalidad es nula. He aquí un problema esencial igualmente resuelto. Las parejas no quieren hijos, y tal vez no son capaces de engendrarlos, debilitadas por las privaciones que sufren sin quejarse, condicionadas por unas necesidades físicas cada vez más insignificantes.

Además, las parejas son cada día más escasas. Las que existían se desintegran lentamente y apenas se forman otras. El hombre, en efecto, no experimenta ya la necesidad de abordar a una mujer, y la mujer no piensa ya en él varón.

El reino de los sentimientos ha muerto hace mucho tiempo: el de las sensaciones parece tocar a su fin.

Nadie podrá escribir ya la Historia general del Mundo. Todos los contactos están cortados, todo interés se ha desvanecido, el espíritu de síntesis ha muerto. De todos modos, la Historia podría resumirse en una sola frase: no pasa nada.

1976

No comunicando nada a nadie, no telefoneando ningún mensaje, no escribiendo y no experimentando la necesidad de expresarse, el hombre pierde poco a poco el uso de la pluma y de la palabra.

La mayoría de los seres duermen ahora de quince a veinte horas diarias. Se dejan caer en cualquier lugar, en una plaza, en una calle, en un portal...

Despiertos, pasan el tiempo vagando, con los ojos semicerrados, los brazos caídos, sin expresión. Sus gestos son lentos, imprecisos. Les resultaría imposible correr o saltar. No son más que sopor, molicie, indolencia.

La mortalidad podría ser importante, ya que no hay médicos ni enfermeras. Pero las causas de muerte violenta han desaparecido: automóviles, guerras, armas de fuego, locos furiosos. Una cosa compensa la otra.

1977

Un moho sutil invade las ciudades que yacen en una suciedad que ya no preocupa a nadie.

Los habitantes no saben ya exactamente dónde viven, y no les importa. Desconectados de todo, se alojan al azar de las puertas siempre abiertas, se alimentan

de lo que cae en sus manos en las tiendas, cuyas existencias disminuyen de semana en semana.

Pero el hombre se contenta ya con una sola comida al mes.

Puede afirmarse que el hombre pierde poco a poco la memoria. Sus sentidos se apagan progresivamente. No ríe nunca, aunque a menudo esboza una extraña sonrisa que demuestra una glacial lucidez.

Una inundación arrastra a un millón de individuos que no han considerado útil el huir ante los elementos desencadenados.

1978

Empieza el Gran Éxodo: los hombres, unos tras otros, abandonan las ciudades.

Huyen de la podredumbre de los cadáveres, de los cuales ya no se ocupa nadie, y abandonan al mismo tiempo las tiendas, cuyas reservas están a punto de agotarse.

1979

Desinteresándose de todo, el hombre no se fija en la proliferación de las hormigas en las ciudades.

Parecen proceder del subsuelo y lo atraviesan todo, surgiendo a la superficie a través de los parquets de los apartamentos.

1980

Ya no hay hombres en las ciudades. Todos han emigrado hacia las campiñas y los bosques.

No hay suicidios, pero millares de seres mueren todos los días porque carecen de la voluntad necesaria para buscar lo que necesitan para subsistir.

Los supervivientes viven aislados, eternamente solitarios. La mayoría se entierran bajo montones de ramas que utilizan para confundirse con el suelo.

En cambio, las hormigas abandonan la naturaleza y despliegan una actividad desbordante.

Las hormigas lo dejan también todo detrás de ellas, pero ganan con el cambio, ya que se lanzan al asalto de la civilización técnica y comercial que el hombre acaba de abandonar.

Millones de tribus toman posesión de las ciudades. No luchan nunca entre ellas. Por el contrario, parecen colaborar y puede admitirse que persiguen un objetivo perfectamente definido.

1981

Se trata de un objetivo concreto. En efecto, las hormigas parecen tomar el relevo y utilizar lo que el Hombre ha rechazado.

Con una feroz obstinación, las hormigas se afanan en los laboratorios como si trataran, ante todo, de descubrir ciertos misterios químicos.

1982

Ixxs han descubierto y consiguen lo que pretendían: las hormigas aumentan su tamaño artificialmente. Su talla alcanza ya 60 centímetros.

Las más dotadas aprenden a andar sobre dos patas.

Aprenden también a utilizar los múltiples despojos de la civilización de la Humanidad.

1983

No cabe duda: las hormigas están catapultadas por una oscura fuerza que supera todas las dificultades. A menos de admitir el Azar y sus derivados, parece existir una intervención divina en su potencia de acción, ahora sin límites.

No hay ya misterio.

Una hormiga ha galvanizado a sus hermanas, las ha dotado de la voluntad de actuar y de la ciega fuerza de la obstinación.

En una palabra, hay que admitir la inimaginable verdad: las hormigas poseen una fe. En nombre de esa fe, electrizadas, se lanzan a la conquista del mundo que el hombre ha dejado detrás de él con su renuncia.

1984

Aturdidas de estupor y de alegría ante tantos nuevos utensilios, las hormigas aprenden a servirse de un lápiz, de un compás, de una palanca, de un paraguas, en resumen, de los millones de objetos que les han caído en las patas. Su altura alcanza ahora los 120 centímetros, y parece haberse estabilizado. Pero su fe es más alta que la que tenía el hombre.

Más ágiles, más flexibles y más fuertes, las hormigas realizan con una destreza infinitamente superior a la del hombre los mil gestos tradicionales de la vida cotidiana.

1985



¿Puede hablarse aún de los hombres que a veces se encuentran en parajes remotos de la campiña? ¿Puede llamárseles aún seres humanos? No son más que larvas humanas. Sordos, mudos, casi ciegos, han perdido sus dientes, sus uñas, sus cabellos. Sus rasgos parecen cerrarse como cicatrices. Viven como enormes topos, casi paralizados, atrofiados, más grises ya que el suelo en el cual parecen hundirse. Se alimentan de raíces, de gusanos, de hojas secas. Pueden beber el agua estancada de cualquier pantano sin el menor riesgo de enfermar.

En cuanto a las hormigas, evolucionan como virtuosas en su nuevo mundo. Crean oficinas, bancos, centros administrativos, y «inventan a un ritmo acelerado todas las maravillosas instituciones que los hombres habían tardado siglos en poner en pie.

Las hormigas cuentan ya en dólares, y el comercio y la industria funcionan sobre esa base.

Naturalmente dotadas, habiendo sido siempre socialistas, las hormigas no pierden un segundo, ya que ignoran la pereza y la pasión de dormir. En efecto, de 24 horas, sólo se toman una hora de sueño. Lo cual significa que no tardarán en llegar a la civilización que el hombre hubiera alcanzado en el siglo XXII.

Las hormigas han adquirido conciencia de una moral y, lógicamente, han vuelto a adoptar el uso de la reverencia, de las cárceles, de la guillotina, del asesinato, de la conciencia profesional, de las leyes y de los reglamentos, y, desde luego, del servicio militar.

La divisa del mundo nuevo de las hormigas es, en efecto.

Trabajo, Familia, Patria. No hay peligro de fracaso: ninguna hormiga tiene sentido del humor.

1986

Las hormigas intelectuales dicen, refiriéndose al mundo de los hombres, el de 1955, por ejemplo:

«Aquéllos eran unos buenos tiempos».

En efecto, los tiempos son más duros para las hormigas: el dólar resulta difícil de ganar, los salarios son bajos y las viviendas familiares no existen. Los horarios de trabajo están fijados implacablemente en 22 horas diarias. En presidio, se trabajan 23 horas al día. El servicio militar tiene una duración de cinco años, un período muy largo, ya que las hormigas no han conseguido prolongar su vida más allá de seis años.

Además, el código penal se ha endurecido: una falta profesional en una oficina, o una ausencia, incluso bajo un pretexto válido, acarrea automáticamente la pena capital.

Y las compensaciones son escasas, de momento. Las hormigas no han vuelto a abrir los estudios cinematográficos ni las salas de espectáculos. Consideran que se trata de una pérdida de tiempo inútil, además de un insulto a la moral.

Para divertir al pueblo se ha creado un Teatro Nacional, que sólo ofrece obras de

un descarnado realismo.

1987

Acusada de Alta Traición, la Hormiga Jefe es fusilada.

1988

Sus antiguas partidarias son perseguidas a muerte.

1989

Estalla una guerra civil muy violenta. Se le da el nombre de Guerra de Secesión.

1990

Las hormigas emprenden la conquista del cielo: un avión remonta el vuelo y bombardea las líneas enemigas de uno de los bandos, el cual capitula inmediatamente.

1991

Fundación de los Estados Unidos de Europa.

1992

Se anuncia el siglo de oro. Las hormigas han superado ya el nivel de civilización de los hombres.

Aprovechando el hecho de que poseen antenas, las hormigas se equipan de pequeños radios que les sirven al mismo tiempo de cabeza, de teléfono, de micrófono y de electrófono.

Las hormigas, por otra parte, piensan poco: prefieren actuar.

1993

Se produce el acontecimiento que el mundo esperaba desde hacía tantos años: procedentes del espacio, los marcianos desembarcan en la Tierra.

Sorpresa: son unas gigantescas hormigas.

«¡Hermanas mías!», exclaman las hormigas marcianas y las hormigas terráneas.

1994

Un año más tarde, estalla una guerra sin piedad entre los marcianos y los terráneos.

Las hormigas marcianas ocupan la Tierra, lo cual no cambia absolutamente nada, ya que no aportan a ella nada nuevo.

En resumen, aquella guerra produjo muchas víctimas, y las larvas humanas que subsistían aún sobre la Tierra agradecieron aquel final: en efecto, comer hormiga cruda se había convertido, no sólo en una exquisitez, sino también en su único placer.

# El niño nacido para el espacio

Pierre Versins

No debieron imponerte nunca ese oficio. Si es que se trata de un oficio. No porque fueras incapaz, al contrario: aparte de ti, nadie en el mundo hubiera sido capaz. No porque fueras demasiado joven, la edad no tiene importancia. E incluso parece que... Pero era una responsabilidad tan pesada, una atención tan enorme para la mente, para tu mente... Y además, ¿codificar esas cosas? Era destruir su armonía, su valor, quizás. ¿Qué edad tenían cuando empezó la cosa? Era en el 57, a finales del 57, y tú naciste en el 49. Habías cumplido ocho años en noviembre, cuando por primera vez... No hace tanto tiempo; recuerdo al preceptor, a tu padre, a tu madre, y al doctor Faure, y a Annette. Y a ti, sobre todo a ti. Tenías unos cabellos rubios de niña que desbordaban sobre tu nuca. Aquello te irritaba, ¿verdad, Claude? No quiero decir nada contra tus padres, pero debieron de darse cuenta de que a los ocho años, a un muchacho le avergüenza que le tomen por una niña. Mucho por cuanto tus ojos, de un azul tan claro que parecían blancos cuando la luz era fuerte, a mediodía, aumentaban la semejanza hasta un punto asombroso.

En fin, no tienes ya ocho años. Pero tu rostro continúa siendo delicado, tus cabellos rubios y tus ojos azules, aunque su mirada se haya endurecido. ¡Veinte años son más que suficientes para empañar la inocencia, y veinte años tan intensos como los que tú has tenido que pasar!...

Y tus compañeros, ¿te acuerdas? No voy a extender la vida delante de ti como una alfombra gastada por el uso, pero es necesario que hable, aunque sólo sea para olvidar.

Tratar de olvidar. Pienso únicamente en los que han permanecido, más o menos, amigos tuyos. Sobre todo en George Charpentier, Jo-la-Terreur-des-Mouches-á-Boeufs. ¿Acaso le ves tal como era en el 57, en el 58?

El 57 habrá sido el Año, con una A mayúscula, para la mayoría de nosotros. Tú eras bastante precoz. El primer Sputnik sólo apasionó e interesó realmente a los mayores, los que entonces tenían al menos once o doce años. Pero es cierto que, para ti, aquello tenía que resultar interesante. Desde el principio, aquello fue tu vida, y si no desde el principio, al menos desde que hablaste. A partir de aquel instante no podías retroceder, estabas cogido. ¿Has contado tu historia a alguien? Probablemente, no se sabrá nunca. Tus padres han olvidado, el preceptor murió en Marte a causa de la fiebre roja y tú no has querido hablar. Por eso hablo, yo que apenas he sido un testigo, apenas una ayuda para ti. Si hubiese sido más viejo en el 57, hubiera podido apoyarte de un modo más eficaz. Y, también, tú te habrías apartado de mí como te apartabas de

los otros, de los adultos, que no te gustaban. Entonces, si has permanecido niño hasta ahora, ¿por qué has sido su único apoyo durante los titubeantes principios de la conquista del espacio? Y? que sin ti, es cierto, los hombres estarían aún pegados a la Tierra. O, al menos, hubieran pagado más cara su evasión. ¿A causa de la perra?

¿Sabes que todo el mundo, un día u otro, se ha formulado esa pregunta? ¿Por qué Claude Beranger, que odia tan visiblemente a los hombres, les ha ayudado y sostenido? ¿Por qué? Incluso yo lo ignoro. He sido, de todos, el más próximo a ti, probablemente me has querido, o al menos soportado, más que a todos los otros, y desde el 57 (en aquella época yo tenía doce años) me has escuchado, y de cuando en cuando has seguido mis tímidos consejos. ¿Por qué te habrían impresionado mis sugerencias, si no las necesitabas? Pues bien, no sé nada sobre ti, sobre lo que te ha hecho actuar, a lo largo de tu extraña carrera. Los detalles externos de lo que los periodistas han llamado tu epopeya los sé de memoria, podría citar las fechas, las horas y los minutos durante los cuales has aceptado lo que los otros no podían soportar; pero no consigo ver la razón profunda de tu aceptación. Es posible que tú mismo la ignorases... Tal vez has obrado como cualquier hombre... Tal vez las circunstancias te han guiado, impulsado y constreñido más de lo que tú has querido admitir...

Lo único que sé es que también a mí me has aceptado. Es posible que sea a título de juguete, o de animal familiar, como si yo fuera tu gato o tu perro, o incluso tu oso de peluche. No me molesta, ¿sabes? He podido hacer lo que me parecía lógico, he podido amueblar tu soledad hablando, hablando, haciendo asomar a tu rostro una sonrisa, a veces, o una sombra de interés. Tú no me has rechazado. Incluso en lo más intenso de tu desdicha, incluso cuando todo el mundo se alejaba de ti con un sobresalto de horror que ahogaba súbitamente en el mundo entero la admiración que habías despertado, incluso entonces me has retenido cerca de ti. Me has retenido por la manga cuando, discreto, quería dejarte un poco solo. Gracias a mí, en suma, no has estado nunca solo en la vida, desde el 57, en todo caso. Y eso es lo único que he recibido de ti, lo único que ahora me queda, el recuerdo de nuestra soledad en común.

Incluso tu matrimonio, que no cambió nada...

Sin embargo, en el 57 te conocía muy poco, no te apreciaba, por así decirlo. Nunca me peleé contigo, porque tenías aspecto de niña y me hubiera avergonzado provocarte. Pero, no, la verdad no es ésa, puesto que me peleé a menudo con tu hermana. Sí, pero ella me devolvía mis golpes.

Tú no te peleaste nunca con tu hermana, ya que ella me lo hubiera dicho. ¿Preferías soñar? Eso se dice pronto, pero no es cierto. Es lo único que adiviné de ti: no soñabas, conocías tu fantástico poder *antes*, antes del Sputnik, antes de Laika, mucho antes. Incluso me he preguntado hasta qué punto lo habías experimentado ya a la edad de cinco o seis años.

En todo caso, fue antes del 54, puesto que el padre de Annette vivía aún cuando,

en mi opinión, salvaste a su hija. ¡Oh! No le he hablado de ello a nadie, no me hubiera atrevido a desvelar un secreto que tú has guardado con tanto celo, y del cual ni siquiera estoy seguro.

Y tú no estabas triste, como podría creerse, como la mayoría de los otros creían. Sabías reír, reír como nunca he oído reír a nadie. No con una de esas risas que alivian al que ríe de algo, una risa nerviosa que nos libra de un peso que gravita sobre nosotros, sino con una risa exultante para los demás, no exultante, sino exaltante, puesto que al oírte reír de aquel modo yo mismo me sentía mucho mejor que antes, y si estaba deprimido, dejaba de estarlo cuando te habías reído. Creo que tu poder se manifestaba también, aunque más débilmente, por medio de tu risa. Distendías así la atmósfera más árida, recalentabas las reuniones más frías. Desde luego, tu risa era algo raro, que no derrochabas y hacías bien. Para mí y para algunos otros era algo muy valioso, aunque es posible que no te dieras cuenta.

En suma, aquello hubiera podido durar mucho tiempo, siempre; tú nos habrías ayudado a los que estábamos a tu alrededor, y luego a los que nos hubieran sucedido, sin que nosotros lo sospecháramos y sin que ellos lo sospecharan, toda la vida. Nadie hubiese sabido nada y tú no estarías probablemente ahí... ¿O quizá sí? Pero hubo aquella perra. Y tú, que eras tan personal y tan secreto, tuviste que salvar los nervios de personas de las cuales lo ignorabas todo. No pudiste elegir. ¿Acaso fue eso lo que te corroyó hasta el punto de conducirte a la demencia?

Desde luego, fue demencia, nunca creeré otra cosa.

Los detalles del lanzamiento de los primeros satélites artificiales han sido olvidados, hoy que se aprende eso en la escuela, apenas un cuarto de siglo más tarde, y la era espacial no empieza el 5 de octubre de 1957, sino el día que el primer hombre abandonó la Tierra para no regresar a ella. Resulta bastante normal relacionarlo todo con el hombre. Sin embargo, para mí, y también para ti, todo empezó en 1957. El 3 de noviembre, cuando los rusos lanzaron su segundo satélite.

Transportaba una perra viva alrededor de la Tierra. Recuerdo haber oído una noche, por aquella época, a un eminente físico que explicaba claramente en la radio el motivo por el cual el Sputnik II gravitaba como una pequeña Luna en la zona de atracción de nuestro globo. Decía que el satélite caía, caía sin cesar, hacia la Tierra, pero que en virtud del juego de la gravitación universal, gracias a su velocidad y a su dirección en el espacio, la Tierra hacia la cual caía no estaba nunca allí para que el Sputnik chocara contra ella. Aquello me impresionó. Entonces yo no estaba preparado para comprender, pero la imagen de Laika, encerrada en aquel cohete que caía siempre, sin cesar, me hizo entender el misterio de la libre caída y me aterrorizó.

Para ti, la cosa era distinta. Tú viviste la libre caída inmediatamente, sin previo aviso. Tu padre le contó al mío lo que ocurrió aquel día, pero en aquella época no le concedí la importancia suficiente como para recordar exactamente las palabras que utilizó. Yo estaba allí, escuchaba, y al igual que tus padres y los míos he olvidado los

detalles del acontecimiento más grandioso de la historia de la humanidad.

Estaba oscuro y oíste la perra. Al menos, así veo yo las cosas. Antes que nadie — excepto los rusos, naturalmente— supiera que en el Sputnik II había una perra encerrada, y aullando su angustia, tú lo supiste. Y no pudiste evitar el ayudarla.

Recuerdo todas las fechas desde el domingo, 3 de noviembre, hasta el jueves, 7.

En el Centro te interrogaron largamente, pero no quisiste decir nada. Si no hubieras sido tan manifiestamente el único, si no hubieras sido el socorro inesperado de los hombres, empezando por Francia, con un gran retraso que superar, habrían roto tu resistencia. Habrían querido comprender, y no podían comprender tu naturaleza si tú no se la explicabas. ¿Por qué tenías que explicársela, en nombre de qué?

«Podrían causar tanto daño, con lo que yo soy, a través de mi...», me has dicho varias veces.

¿De veras lo creías? ¿O era el miedo? Después de todo, no me atrevería a afirmar que no hubo nadie en el mundo que soñara en transformar tu maravilloso poder en arma. ¡Era tan fácil de pensar!

Aullaste con Laika del 3 al 7, durante cinco días, durante cinco noches, aullaste de miedo, de terror, de dolor, respirabas apenas y aullabas tu terror al rostro de tu horrorizada madre. Tus gritos cubrían el barrio con una chapa hermética y concreta como una cúpula. Aullaste con Laika pero, a decir verdad, ella estaba tranquila en su jaula, allá arriba, que gravitaba alrededor de la Tierra tan aprisa, tan aprisa... Sus aullidos los proferías tú, ella no sentía nada, puesto que la habías privado de su dolor, de su angustia. La experiencia que ella debió vivir la viviste tú, cinco días y cinco noches, hasta que ella murió. Y en todo el pueblo, nadie hablaba, nadie reía ni cantaba. Todos cohabitaban con tu miedo, y sé de algunos que se marcharon para no volver.

Después hablaste, pero transcurrieron varios días. El médico trataba de curarte de una enfermedad de la cual descorría hasta el nombre. ¿Cómo hubiera podido comprender, entonces? ¿Una enfermedad? Tal vez... Pero yo creo que tú eras un nuevo ser, no muy distinto de nosotros, tal vez ni siquiera una prefiguración del hombre del futuro, tal vez un retrasado biológico. ¿Quién sabe?

La única persona a la cual confiaste un poco de tu misterio fue el preceptor. No reveló a nadie tu confidencia. Hizo bien. Porque nadie en el mundo podía hacer nada por ti. Fue también el único que nunca te despreció. Porque incluso yo, en ciertos momentos... Pero precisamente había que comprenderte y aceptarte, sin saber.

¿Sabes que eres como un artículo de fe?

Cuando pienso que algunos han querido hasta divinizarte... Se crearon más sectas

religiosas en un año, del 65 al 66, cuando todo el mundo supo, que durante todo un siglo. ¿Te enervó aquello como a mí?

Ignoro por qué no te hospitalizaron, al prolongarse tus aullidos. Debieron considerarte «intransportable». La única ojeada que pude echarle, el miércoles por la mañana, me convence hoy de ello. Estabas arqueado sobre tu cama, hasta el punto de que parecía que tu espina dorsal iba a ceder. El médico que te cuidó me dijo, más tarde, cuando pude comprender, que reaccionabas a tu dolor como a un electroshock. Reacción tetánica.

—«Mira —me dijo el doctor Faure—, sucede como si se administrara a sí mismo una serie de descargas eléctricas...».

No lo entendí muy bien. Él, incomprensivo al principio, había pasado varios años tratando de aclarar tu caso.

«Pero, todo está en su cráneo, doctor —objeté—, en el interior de su cerebro. ¡No tiene ninguna relación!».

«Sí —replicó, fulminándome con la mirada—. ¿Sabes lo que es un electroshock? ¿Conoces el principio del electroshock? Es como un sistema de acción y reacción, de tensión y de relajamiento, de crispación y de calma, ¿de acuerdo?»

Asentí, en principio, pero seguía sin entender. Entonces me lo explicó todo, supongo que lo recuerdas, ya que te lo conté y sus palabras te impresionaron tanto como a mí mismo, e incluso te ayudaron más que las doctas deducciones de los psicólogos diplomados del Centro.

«No se encuentra siempre en tensión, como creen esos asnos del CERA. Pasa sencillamente por unos estados de tensión insoportable y unos estados de calma relativa. Pero es un columpio: no puede conservar esa calma, o al menos no quiere: cuando le ataca el dolor se crispa, a la vez para acogerlo, y para rechazarlo. Para acogerlo, porque así lo desea, y para rechazarlo, porque siempre llega un momento en que no puede soportarlo más. Entonces, cierra su mente de un modo instintivo al espantoso contacto. Pero, inmediatamente, el otro, la persona a la cual ayuda, se siente de nuevo presa del dolor y Claude vuelve a abrir su mente, para quedar inmediatamente sumergido».

Fue la única exposición realmente correcta que he oído nunca acerca de ti. Pero tenía que formular una objeción, una objeción de envergadura.

«No se ha observado nunca —dije, casi gritando— que los que son ayudados por Claude hayan tenido paralelamente altas y bajas de tensión...».

«Bien respondido —me dijo—, pero falso. Ten en cuenta que Claude toma su dolor durante unas nueve décimas partes del tiempo en que se manifiesta. Digamos, si quieres, que está en tensión nueve de cada diez segundos. Eso hace que el dolor sea enteramente suyo, que no llegue a franquear el umbral de la conciencia de los otros. Pero, como de todos modos se manifiesta a ellos durante un segundo —no olvides que mis cifras son puramente teóricas—, está allí, presente, sordamente presente, y de ahí el hecho de que los otros experimenten, ora el malestar latente, ora la euforia,



asimilable a la de los convalecientes. En tanto que Claude sólo tiene de latente el período ínfimo de un segundo de calma. Lo cual equivale a decir que sufre siempre...».

«Entonces, ¿por qué aquella complicación?».

«Porque, al nivel inconsciente, tiene también su segundo de respiro».

En marzo, los primeros periodistas. No pudieron sacarte nada. El 1 de febrero de 1958 fue lanzado al espacio el primer Explorer norteamericano, y el segundo, el que no pudo alcanzar su órbita porque el último piso del cohete no funcionó, en marzo. Tú no te habías convertido aún en el Niño Nacido Para el Espacio. Un hermoso y estúpido título que te atribuyeron allí. Pero en nosotros, en todos nosotros, hay un gusto por el determinismo que hace que semejantes afirmaciones impresionen a la imaginación y nos hagan pensar que, si hemos nacido, ha sido por y para algo.

En realidad, tú estabas allí y te necesitaban. No voy a llegar más lejos. Es posible, por otra parte, que en aquella misma época existieran otros seres como tú, dotados de poderes fantásticos, y que nunca han tenido ocasión de utilizarlos. Y sin duda existirán otros, cuando nadie les necesite, porque se habrá encontrado el modo de prescindir de ellos.

No, los periodistas no pudieron sacarte nada, ya que ni tú mismo sabías aún nada concreto, y, además, nunca te ha gustado hablar de ti.

Te abandonaron, pues, a tu suerte, ingresaste en el Instituto, vivías, en apariencia sin preocupaciones, leyendo libros de aventuras, como todo el mundo, cuando estaba prohibido; soñando en las vacaciones, donde volvíamos a encontrarnos los cuatro, Annette, Georges, tú y yo, el rostro un poco más duro cada vez, sin distinguirse en nada de los millones de chiquillos de tu edad, olvidando, quizás. Olvidando, quizás. Incluso aprendiste a perseguir a las muchachas, precoz como todo el mundo.

Y luego te perdí de vista. Era normal, yo tenía cuatro años más que tú. Cuando cumplí los quince años, te encontré súbitamente demasiado pequeño. No tenía nada que ver con un crío de once años. Annette, con sus trece primaveras, empezaba a adquirir unas formas que me atormentaban.

Ella fue la que reconstruyó el puente entre nosotros. Annette nos quería a los dos, lo suficiente o lo bastante poco como para no abandonar al uno por el otro.

En la Pascua del 63 llegó a mi casa, sin aliento, y se precipitó sobre mí.

«¡Han raptado a Claude, esta tarde! En automóvil. ¡Eran cuatro! Apenas le han dejado tiempo para poner un poco de ropa en una maleta...».

«Bueno, bueno —dijo mi madre, que no se altera nunca—. ¿De quién se trata? Tranquilízate, niña...».

«De Claude», declaró Annette.

«No, han venido a buscarle», concretó mi madre.

«¡Le han raptado! ¡Como unos gangsters!».

Traté de hacerme el gracioso.

«¿En un DS negro?».

«¡Oh! ¡Te estás burlando! —gritó Annette—. ¡Te burlas de Claude, pero yo...!».

«Yo...».

«¡Sí, te burlas de él! ¡Te burlas de él!».

Estábamos a punto de llegar a las manos y yo, sin ver lo que podía haber de dramático en tu rapto, me disponía a aprovecharme de la situación. Entretanto, mi madre había ido a telefonar. Regresó sonriendo.

«No se trata de un rapto, ni mucho menos —dijo, interrumpiendo el comienzo de nuestra pelea—. Su padre me lo ha explicado todo. Son los del Centro Europeo de Investigaciones Astronáuticas, que quieren examinarlo. Mañana volverá a estar aquí».

Despavorido, solté a Annette, que estaba tan asustada como yo.

«¿El Centro? —balbució Annette—. ¿Qué tiene que ver Claude con el Centro?».

Hubo que esperar hasta el 68 para que yo pudiera contestar a aquella sencilla pregunta. Y tal vez para contestar a ella me especialicé en medicina del espacio.

En aquella época todo el mundo empezó a quererte, por todos los medios. Alguien del Centro debió hablar, nunca se ha sabido quién. Y sólo hasta finales del 63, se comprobaron siete tentativas para hacerte emigrar. Dos veces los rusos, tres veces los ingleses, dos veces los americanos. Lo cual era estúpido, e inútil, puesto que tú has ayudado a Gagarin, a Shepard, a Glenn, a Titov, a los gemelos rusos y a los otros, del mismo modo que habías ayudado a Laika. Ahora que pienso en ello, dime: ¿has ayudado a los ratones franceses del Sahara?

Resumiendo, te convertiste en el ser más indispensable para la conquista del espacio. Y los primeros en darse cuenta de ello fueron los rusos, naturalmente. Gracias a los rusos, el CERA se fijó en ti. A finales del 62 y comienzos del 63 fueron vistos tantos eslavos en la región, que el Servicio de Información se olió algo. El CERA no perdió el tiempo. Sumaron 2 y 2, vieron que el resultado era 4, y fueron a buscarte.

Si aquellos raptos fracasaron, fue porque eras demasiado valioso. No se hubieran atrevido a empujarte, siquiera. En tanto que los del CERA, que sabían mucho menos acerca de ti que los ingleses, los rusos y los americanos, no vacilaron en emplear, al principio, sólo al principio, la mano de hierro. Te interrogaron como a un criminal, te atiborraron de pentotal y de otras drogas similares —ignorando que una simple tableta de aspirina te desposeía de todos tus poderes—, te tomaron encefalogramas, te sometieron a una serie de pruebas, a cual más absurda, incluso estuvieron a punto de dejarte marchar...

Hicieron todo lo posible para que aborrecieras a los astronautas. Entre ellos, entre tus torturadores, el primero que venció al espacio, lo venció de veras, sin sufrimientos, sin que la experiencia le dejara marcado. Dime, Claude, ¿por qué le ayudaste?

El ser humano sin el cual el espacio no hubiera sido conquistado por el hombre, ni siquiera abordado, al menos con el handicap de la aceleración, nació en Francia. ¿No te parece raro? En Francia, el último de los países que hubiera podido utilizarte, de no haber existido el CERA. Y, con todo, el CERA...

Y durante ese tiempo, por el hecho de que tú habías nacido en Francia, Rusia y América, y también Inglaterra, pataleaban, parados en seco por un problema insoluble para la técnica de la época. Por un lado, las barreras de radiaciones peligrosas que rodean nuestro globo, las cuales había que franquear rápidamente, muy rápidamente, so pena de recibir en el cuerpo una dosis mortal de roentgens, y por otro, la imposibilidad de que el hombre, por robusto y sano que fuera, soportara la aceleración necesaria para llegar a esas barreras demasiado cercanas a una velocidad suficiente para franquearlas sin peligro.

Doce, fueron doce los que lo intentaron. ¿Acaso no captaste que iban hacia la locura y hacia la muerte? ¿Acaso no estuviste presente en su espantosa agonía, cuando aullaban —debían de aullar, ¿no es cierto?— su angustia? ¿No te impresionó aquello?

Doce hombres que murieron INÚTILMENTE...

Evidentemente, no eran unos perros. A unos perros les habrías ayudado, no hubieras podido evitar el ayudarles. O a unos monos, o a unos gatos... Pero, a los hombres, ¿verdad?

Entonces nadie más se presentó voluntario. Se puede ser voluntario para la muerte, para el sufrimiento, por insoportable que pueda preverse. Pero no se es voluntario para la desintegración mental inevitable, y que no sirve para nada.

Habían instalado micrófonos en las cabinas. Y, desde el suelo, registraban la locura que en el espacio de unos breves segundos se apoderaba de los tripulantes de los cohetes.

Se me ocurrió una idea, hace algún tiempo. ¿Esperabas partir tú mismo hacia el espacio? Lo sé, te adiestraron para ello, pero, ¿lo habías previsto?

Sin embargo, estuvo a punto de sucederte. ¿O debo decir que estuviste a punto de salirte con la tuya?

No lo sé, no lo sé... En eso, como en todo, nunca te has explicado.

Para mí, eras hasta tal punto mejor que un santo, que ni por un instante me rozó la idea de que hubieras podido ayudar perfectamente a aquellos doce desdichados a franquear la barrera mortal. Y tal vez fui yo quien finalmente te convenció. ¡Oh! Sin saberlo ni quererlo, ahora me doy cuenta. Recuerdo que había transcurrido un año desde que me había diplomado en Medicina espacial. Una mañana, Rambert me mandó llamar. Entré en el soleado despacho del jefe. Rambert no me dejó tiempo para sentarme.

«Dígame, Clairval, ¿qué tal marcha Claude Beranger?».

Yo era aún demasiado joven para encolerizarme. Repetí, como un idiota:

«¿Claude Beranger?».

Ya conoces a Rambert. Estalló:

«¡Sí, Beranger! Bueno, ¿no se ha decidido aún a ayudarnos?».

Estuve a punto de preguntar: «¿En qué?». Pero recordé a tiempo que le bastaría una palabra para echarme del Centro, y que entonces estarías solo.

«Continúo observándole —dije—, pero la cosa no es fácil».

»¿Por qué? Conoce usted su oficio, ¿no?

No pude contenerme.

«Sí, pero él no parece conocer el suyo».

Vi una llama en sus ojos, pero se limitó a ponerse en pie y acercarse a mí.

»Tengo la impresión de que no comprende usted la situación —me dijo—. Para millares de personas, ahora, hay un hombre que es más valioso que todos los demás.

No podía ignorarlo, porque nos lo habían repetido hasta la saciedad. Pero la continuación me asombró.

«Y para esos millares de personas hay otro hombre que es casi tan importante como Claude Beranger: usted».

El asombro debió reflejarse en mi rostro. Rambert me hizo sentar en uno de esos butacones donde se pierde todo el valor y toda la combatividad.

«Escúcheme bien. Hace dos meses que pertenece usted al CERA. Goza en él de una situación especial, y envidiable. ¿No le impresionó el hecho de que le llamáramos a colaborar con nosotros?».

«¡Envié una solicitud de ingreso!» protesté.

«¿De veras? No la hemos recibido. Probablemente llegará a nuestro servicio de información dentro de dos años. Es el período de tiempo necesario para efectuar una exhaustiva investigación acerca de cualquiera que deba ingresar en el Centro por la vía normal. En lo que a usted respecta, como sabíamos que íbamos a necesitarle, la investigación se llevó a cabo durante su estancia en Sup d'Ast. ¿Comprende?».

Había comprendido, desde luego. Rambert continuó hablando durante un cuarto de hora, y me dejó marchar con la promesa de que haría todo lo que estuviera a mi alcance para convencerte.

¿Te convencí?

Pensándolo bien, creo que no. Un día, decidiste que ya habías resistido bastante... O bien, como sugirió Donadieu, el comandante médico, sabías infinitamente más que nosotros acerca de ti mismo, y aguardaste a estar preparado, quiero decir, a ser capaz de soportar la locura de otro sin enloquecer. Evidentemente, era una posibilidad.

A propósito, hay un punto que nunca ha sido aclarado, que yo sepa: ¿cómo soportabas un sufrimiento insoportable? Comprendo perfectamente que no tenías que ocuparte de una astronave al mismo tiempo, pero, aun así... ¿Existían pérdidas, entre el astronauta y tú?

Sí, habrá que estudiar eso, entre tantas oscuridades...

Existía Annette, también. Pero, ¿acaso Annette hubiera conseguido triunfar donde todos los demás habían fracasado? Lo dudo.

Por mi parte, hice todo lo que había que hacer, «a pesar de que me repetía continuamente que todo aquello era odioso, que tú eras libre... ¿Libre? Lo has sido, lo has sido siempre, creo, o bien has sido el hombre más encadenado del mundo. Daría una mano por saberlo.

Sin querer, conseguí arrancarte de tu indolencia. Lo habías sufrido todo sin quejarte, pero también sin cooperar.

Un mes después de mi primera entrevista con Rambert, volví a presentarme en su despacho. Varios años más tarde me enteré de que ya lo sabía todo.

«¡Hola, Clairval! ¿Cómo marchan las cosas? ¿Está usted satisfecho?».

Un poco crispado, contesté:

«Me considero un bellaco, desde luego, pero creo haberlo conseguido».

«¿De modo...?».

«Anúnciele a Claude que va a ser sometido a las últimas pruebas y luego que le enviarán con el Traintrain V».

No parpadeó.

«¿Cree que dará resultado?».

«¿Cómo puedo saberlo, tratándose de Claude?», gruñí.

«Bueno, podemos intentarlo —dijo Rambert, frotándose las manos, tras un largo silencio—. ¿Está usted seguro de que no podrá superar las pruebas?».

Sin darme tiempo para contestar, se encogió de hombros y añadió:

«En caso necesario, nos queda el recurso de falsear los resultados».

«¡No cuente conmigo para eso!».—grité.

Era más fuerte que yo. Había ideado una trampa atroz para ti, pero quería que el juego se desarrollara con limpieza, a partir de allí.

Por lo demás, no tomé una parte directa en aquellos exámenes. Te vi surgir de la especie de sopor mental que te paralizaba desde el 63, e incluso te oí reír el tercer día, ya que tú creías que todo iría perfectamente.

¿Creíste realmente que tendrías éxito? ¿Que iban a soltarte al espacio como a la paloma al final del Diluvio?

Fallaste el test de orientación en el espacio.

¿Sabes por qué? Es uno de los secretos mejor guardados del mundo.

Imagina a un hombre, llegado de Inglaterra, por ejemplo, que te hubiese dicho que habían falseado las condiciones de una de las pruebas. Y que hubiese añadido que en Inglaterra, al menos, no estarías expuesto a nada semejante.

El espacio hubiera sido conquistado por los ingleses. Ya que tú has sido un arma; en definitiva, el arma más eficaz, la más absoluta, si puede decirse, de que haya dispuesto nunca un grupo de hombres. Europa ha cerrado el camino del espacio a

quien ha querido, porque tú estabas con nosotros. Y había alguien, en el mismo Centro, que velaba para conservarte entre nosotros. Sí, Senancourt, el tipejo del servicio de información.

A Senancourt se le ocurrió inyectarte una nueva droga *hush-hush* para destruir un poco, muy poco, tu sentido de orientación. Y al cabo de trece días te dijeron que no sabrías situarte en el espacio.

Me parece oírte, súbitamente huraño:

«Y la calculadora, ¿para qué sirve?».

Y Rambert, con voz suave:

«Pero, si se estropea...».

No dijiste nada. Saliste de la sala, haciéndome una seña para que te siguiera.

No sé lo que habría ocurrido si, bruscamente, me hubieras preguntado:

«¿Cómo han falseado el test de orientación?».

Pero te limitaste a decirme:

«Es una estupidez...».

«¿Cree usted que Claude Beranger es normal?», me preguntó Donadieu dos días más tarde.

¿Si eras normal? La expresión de mi rostro hizo enrojecer al comandante. En el CERA hay más genios por hectárea que en cualquier otro punto de Francia, y quizá de Europa. No hablo por mí, que sólo era un instrumento, sino de los otros, de todos los otros. Tal vez por eso se desconciertan tan fácilmente cuando tratan a uno de esos hombres, como yo, para los cuales el mundo es más bien simple y sin misterio, el negro un color y el cristal una piedra que brilla. Me resultó muy trabajoso adaptarme, acostumbrarme a sus hábitos mentales, y nunca conseguí superar, al menos en su presencia, la fase de niño listo que *parece* asimilar. En compensación, ellos, delante de mi sencillez, estaban desamparados. Fue necesario que se acostumbraran a ponerse a mi nivel.

Y cuando te informo de lo que decían, hay que saber que es una traición de mi memoria, en primer lugar, debida también al hecho de que no comprendía la décima parte de lo que sobreentendían mis interlocutores, de que lo aceptaba todo en su valor facial, sin preocuparme de las armonías, a las cuales era sordo.

*De modo que ¿eras normal?*

Donadieu, no lo olvides, fue quien me explicó, al principio de mi estancia en el CERA, lo que entendía por aquello. Comprendí porque, por una vez, era sencillo. Quería saber si habías franqueado la etapa de la infancia. Tenías diecisiete o dieciocho años. Y mi especialidad era la medicina del espacio.

Respondí evasivamente que eras púber, y no más tonto que cualquier otro. Me avergonzaba ver que te estudiaba bajo aquel ángulo.

«¡No se haga el ignorante, Clairval! Sabe perfectamente lo que le pregunto. No se trata de sus hormonas ni de su inteligencia, sino de su actitud. De su actitud ante la

vida».

«Para lo que ha conocido de ella...».

«Precisamente. ¿Acaso ignora que no ha querido conocerla? Ha rechazado todas las facilidades que le han sido ofrecidas».

«¡Diablo! —estallé—. Se lo han dado ustedes todo, no ha tenido nada que conquistar, lo sé...».

«¿Se lo ha dicho él?».

«Si le interesa, Claude me dice muy pocas cosas. Por miedo, seguramente, a decir demasiado».

«¿También a usted le trata como a un enemigo?».

Me encogí de hombros compasivamente. Eras demasiado sencillo para que aquellos genios te comprendieran. Al menos, eso creía yo, y sigo creyéndolo.

«¿Cómo quiere usted que reaccione normalmente, ahora? Desde el 63, pronto va a hacer cuatro años, no ve más que médicos, psiquiatras y técnicos. ¡Oh! No han descuidado ustedes su instrucción, desde luego, el suyo es un internado perfectamente concebido. Le han dado juguetes, libros, regalos. Tiene un aparato de televisión en su cuarto. Sé incluso que no han descuidado el aspecto sentimental de su educación. Sus padres han podido venir a verle...».

Hice una breve pausa, pretendiendo que resultara dramática, o al menos significativa. Y luego continué:

«Pero él no ha podido ir a ver a sus padres. Y no ha dejado de darse cuenta de que a su alrededor, siempre a su alrededor, había unos hombres, uniformados o no, provistos de metralletas, y de que sus armas apuntaban siempre a los seres que le rodeaban. Cuando pienso en eso, me estremezco. Estoy seguro de que ningún hombre del mundo ha sido nunca tan celosamente vigilado como él. Cuando descubrí ese manejo diabólico... Dígame, ¿qué hacen los guardaespaldas, normalmente?».

«No lo sé. No me queda tiempo...».

«A usted no le queda tiempo para averiguarlo, pero yo lo sé. Pues bien, aquel día había dos centinelas con él, arma al brazo, y se apuntaban el uno al otro, con el dedo sobre el gatillo. Claude paseaba de un lado para otro, y sus guardianes le seguían, sin dejar de apuntarse el uno al otro. No había llegado a veinte metros de él cuando surgieron otros dos guardianes, con las armas a punto, uno apuntándome a mí y otro apuntando al que me apuntaba».

«Me deja usted asombrado. Nunca supuse...».

Parecía sincero. Pero yo no había terminado de hablar. Y aquélla era mi oportunidad... y la tuya, tal vez.

«Y eso no es todo. En el interior de un círculo de cinco metros de radio alrededor de Claude. la regla del juego se complica. Continué acercándome. Y vi surgir otros dos guardianes, uno de los cuales me apuntó, mientras el otro le tenía encañonado. Y las tres parejas de centinela?, sin pronunciar una sola palabra, sin entorpecer para nada, en lo material, las evoluciones de Claude ni las mías, se entregaron a una

especie de ballet fantástico, situándose siempre de modo que yo no quedara bajo el fuego de las dos metralletas, al menos sin que Claude cortara la línea de tiro, en tanto que cada guardián era el blanco de otro guardián. Tuve que dibujar dos horas para reconstruir aquello. Es algo infernal».

«Continúo sin ver...».

Le interrumpí:

«Tampoco yo lo veía. Me decía que siempre puede comprarse un guardián. Y ésa fue la reflexión que se hizo el demente de Senancourt, autor anónimo del ballet, jefe del Servicio de Información. En consecuencia, le interrogué. Se echó a reír y me explicó lo que da el último toque a su plan. Me dijo que se había dado cuenta de que un guardián, no importa cuál, tenía no importa cuándo la posibilidad de matar a Claude. Por eso, algunas de las armas, que ellos reciben cargadas y preparadas sin que tengan derecho a revisarlas, llevan cartuchos de fogeo. Pero, ¿cuáles? Y, según Senancourt, puede encontrarse un fanático para toda clase de misiones, con tal de que sus posibilidades de éxito sean apreciables. Si ese fanático piensa que lo que tiene en las manos es un arma descargada... En resumen, Senancourt no cree que los asesinos, profesionales o fanáticos, tengan espíritu de jugador, y hasta ahora ha estado en lo cierto. Aparte del hecho de que las Potencias quieren a Claude vivo, dice».

«Pero, ¿qué sucedería si los ingleses, por ejemplo, encontraran un equivalente de Beranger?», inquirió Donadieu, con aire preocupado.

¿Cómo podías ser normal? Cuando conocí mejor a Donadieu le perdoné su pregunta. El trataba de comprender. No sabía todo lo que sabía yo. Te veía siempre en su despacho, y apenas entrabas allí te sentabas, de modo que los guardianes no se veían obligados a poner en escena su febril carrusel.

Que duró cuatro años, hasta el 67. Más tiempo del que había sido necesario para pasar del primer satélite artificial al hombre en el espacio. Al hombre loco, desde luego, del cual no se habló más que en un círculo muy reducido, el hombre sacrificado porque los que le enviaban, Rusia primero y luego los norteamericanos, no te habían tenido a su disposición. Y los franceses balbuceaban aún sobre el camino del espacio.

Ignoro, por otra parte, cómo hemos podido franquear tantas etapas de golpe. Para alcanzar y luego superar a los norteamericanos y a los rusos. La cosa se produjo en el 69.

Pero, en el 67, yo estaba allí.

Y en el 67, el niño nacido para el espacio era un hombre, casi un hombre. Dieciocho años. ¿Decidiste entonces que podías ayudar a los hombres? ¿Decidiste que debías ayudar a los hombres? ¿Decidiste...?

¿O no decidiste nada? Quizás te habían cansado de ser un juguete en sus manos, y querías jugar a tu vez.



Digo tonterías, es evidente, pero nadie sabe tanto como yo... y yo no sé nada.

Resulta enloquecedor no saber nada, excepto que me quieres. Di, ¿reconoces a las personas por su dolor?

Ésa era también una pregunta que Senancourt se había formulado. Me había formulado. El muy bribón conocía perfectamente su oficio.

¡Cuando pienso que me torturó para ver si tú reaccionabas!

Tú no hiciste nada, no dijiste nada, y yo sufrí como un condenado. Y te lo agradecí sinceramente, puesto que la idea de servirles de cebo me horrorizaba, y mis sufrimientos físicos no eran nada comparados con mi vergüenza. Pero tú no supiste nada, nunca aludiste a aquello.

Llegaron más lejos, incluso. Rambert me dijo, fríamente:

«Es usted un médico del espacio, aunque no sepa nada de la materia... No me mire así, no soy un cucamonas. Y esta historia no me divierte, créalo. Bien, es usted un médico del espacio, y dentro de algunos años irá a bordo de una de las naves que saldrán de la Tierra en dirección a la Luna, a Marte o a otro lugar. Si el piloto sufre un síncope, o si por cualquier otro motivo...».

«¡Sé pilotar!».

«No es suficiente. Hay que *poder* hacerlo».

Entonces, pasé a mi vez por todas las pruebas, por los refinados suplicios debidos a la imaginación de los realistas más fríos de nuestra época.

Al final, muy al final, comprendí.

Donadieu me llamó.

«Beranger no ha dado resultado. En cambio, si quiere usted ser piloto, posee las cualidades requeridas, físicas y mentales».

El hígado me subió de nuevo a la garganta. La náusea.

Y Rambert, más tarde, en tono ceremonioso:

«Incluso nos gustaría mucho, y sabríamos agradecerlo, que pilotara usted el primer cohete, y que...».

Dolivo le interrumpió, cuando yo tenía la misma frase en los labios.

«Pero, comandante, no basta con saber y poder pilotar. Clairval no está entrenado...».

«¿Me toma usted por un idiota? —dijo Rambert—. No se trata de que salga en seguida. Tendrá que transcurrir un año, al menos...».

Yo dije:

«No».

«Insubordinación», murmuró Rambert, sin demasiado convencimiento.

Salí, sin preocuparme de las consecuencias. Acababa de adquirir bruscamente lo que hasta entonces me había faltado. Una conciencia.

Entonces, desapareciste.

Era imposible, desapareciste, y era imposible. Te vigilaban quince hombres, día y noche, y dos de ellos, como mínimo, vivían literalmente pegados a ti.

El hecho no pareció impresionar a nadie. Transcurrieron cinco días, cinco largos «días, antes de que te encontraran y te condujeran al Centro como un malhechor privilegiado. Con Annette. Entonces os casaron.

Estaban enloquecidos, no sabían ya qué hacer. Tu desaparición paralizó todo el CERA. En aquel momento me di cuenta de que todo giraba a tu alrededor, como los propios guardianes; sin ti Francia tenía tantas posibilidades de alcanzar el espacio como un erizo de mar de dorarse al sol del verano.

Reflexioné. Y sabiendo que era imposible que desaparecieses, comprendí que no habías desaparecido. Tu regreso con Annette me lo confirmó. Jugaron contigo, y apostaron. Creo que Rambert, suponiendo que la decisión no fuera adoptada por alguien situado por encima de él, no durmió mucho durante tu fuga concertada. Vigilarte en el Centro ya era difícil. ¿Qué no sería en el exterior, dejándote creer que eras libre y que ibas a encontrarte con Annette?

Annette no fue cómplice, desde luego. Al igual que a ti, le habían dejado aquella ilusión de libertad, confiando en que tú, crisálida, la aprovecharías para transformarte en mariposa.

Y Annette, a la que yo amaba más que a mi vida y más que a ti, se convirtió en tu esposa. Te he matado mil veces, mil veces al menos te he atravesado el corazón, he pisoteado tu cadáver, he desgarrado tu rostro con mis uñas, he soñado tu muerte, despierto o dormido, te he torturado; y mil veces te he quitado a Annette para estrecharla contra mí, temblorosa por haberse librado de ti, ya que ella no te amaba en absoluto y había obrado por compasión, puesto que me amaba a mí. Mi odio te ha cubierto de un manto de inmundicias, y no creas que ahora me avergüenzo de ello: me robaste a Annette. Y sólo pude quererte de nuevo como a un hermano, cuando ella te abandonó. Aunque no lo hiciera para volver a mí. No importa. Ya no está entre nosotros.

Pero tú viviste tres meses con Annette. Tampoco lo comprendí. Excepto considerándolos como una tentativa de evasión, suponiendo que gracias a ella creías poder librarte de tu propio trato. Pero el talento no puede ser operado como un órgano que nos molesta. Aunque no se utilice. Ocurre como con los escritores, los verdaderos, o los artistas, o los sabios. Se ven obligados. Tarde o temprano. Deciden no escribir más, no pintar más, no experimentar más. Porque no son comprendidos, porque lo que hacen se considera feo o falta de interés. Juramento de apasionado. Su talento se acumula y llega un día en que se desborda. Y ponen de nuevo manos a la obra.

También tú.

Si creíste que reemplazarías tu obra por Annette. Pero, ¿pensaste en ello? Hubiera podido ser una debilidad, permitida, incluso recomendada de cuando en cuando, pero

no era tu tipo de debilidad. Tu talento volvió a apoderarse de ti y ya no te soltó.

No quisiera acordarme.

En el Centro casi habían llegado a admitir que se habían equivocado, que tú no eras lo que creían, que no podrías ayudarles. Y por eso lanzaron de pronto su primer hombre al espacio.

Era uno de los que te habían torturado largamente, a veces inútilmente, en el curso de las pruebas y del adiestramiento básico. Y tú le salvaste de la locura, del descuartizamiento físico y mental que le acechaba. ¿Por qué?

Durante cierto tiempo, en Francia no habían sido lanzados animales al espacio. En los Estados Unidos y en la U.R.S.S. se encontraban ya en la etapa humana, con cinco sacrificados en América y siete, al parecer, en Rusia.

Los ingleses pensaron un poco más que de costumbre en las consecuencias. Un mes después, los rusos y los norteamericanos comprendieron a su vez, e interrumpieron sus estúpidos ensayos. Ya que las informaciones recogidas sobre Laika, sobre Strelka y Belka, y sobre los chimpancés norteamericanos, no servían de mucho. No se había tenido en cuenta el hecho mínimo en sí, pero abundante en consecuencias, de que tú sufrías sus sufrimientos, aumentando infinitamente con ello su resistencia. En realidad, al expedir su primer hombre lejos de la Tierra, sustrayéndolo a la atracción, ni los norteamericanos ni los rusos sabían hacia qué le enviaban. Creían saberlo al menos en parte, pero no lo sabían.

Un caleidoscopio de dolores. Pero la especialidad del hombre es no prever. En la perspectiva humana, porque la perspectiva material, sí, la explora lo más lejos posible. Pero nunca se ha visto que el hombre se preocupara por lo que pudiera sucederle a él, a otros hombres, después de una experiencia. ¿Grandeza? La de la inconsciencia, sin duda.

Hubo un período de calma de casi un año en todo el globo. Y, bruscamente, Francia envió su Traintrain VIL Piloto: Marc Halluyn, 32 años, 1,67 m. de estatura, 59 kilos de peso. Cociente de inteligencia, mediano, pero tozudo como una muía, en compensación. Piloto hasta cierto punto, ya que no tenía que hacer nada, excepto una mínima corrección en deceleración, para no caer en un país «enemigo».

La víspera, por la noche, Rambert te anunció:

«Mañana pondremos a Marc Halluyn en órbita. La duración del vuelo será de 62 horas. Período: 119 minutos. Si quiere tomar parte en el juego...».

Se marchó, y tú volviste a sentarte. Yo, no. Te dije:

«Olvídalo, Claude. Halluyn no arriesga nada. No va a franquear los cinturones Van Allen, no pasará de los 9.000 kilómetros, y el primer cinturón no es realmente peligroso hasta los 1.000 kilómetros. La aceleración de una puesta en órbita es soportable. Los rusos y los norteamericanos lo han hecho ya un centenar de veces».

Exageré. Lo que trataba de hacerte comprender no me parecía convincente, y, no

obstante... Tampoco las palabras de Rambert lo habían sido. Nos tomó el pelo a los dos. Había previsto que te darías cuenta de que Halluyn no arriesgaba nada. Y que si tú no te dabas cuenta, yo te lo haría observar. Lo había previsto todo: la psicología más retorcida al servicio de la astronáutica.

Pero, con todo, no previo las consecuencias de su falso maquiavelismo. Y tú, que habías comprendido, aquella noche dormiste tranquilamente, y no despertaste hasta poco antes del lanzamiento.

Yo estaba contigo, me quedé dormitando en la habitación de al lado. También yo sabía, pero la calma y yo...

Oí el rugido de los reactores, y casi inmediatamente tu primer grito. Un grito de terror, todavía no de dolor. Era Halluyn, que empezaba a comprender. ¡Ah! Los hijos de perra...

Y tú, sin ayudarle aún, compartías su terror, habías previsto que le enviarían más arriba de lo que Rambert había dicho, pero no aquella monstruosidad, que le enviarían allí sin decirle nada, sin advertirle, para que el choque emocional fuera más intenso y te obligara a intervenir. Contando con que, una vez cogido en el engranaje, no podrías librarte de él. Rambert y Dolivo se vanagloriaron de ello ocho días más tarde, en mi presencia.

Y yo soy testigo de que Rambert se equivocó. El resultado era el mismo, pero se equivocó. Porque no te conocía, Creyéndote más débil de lo que eres. Yo te seguí, te cuidé como pude durante aquellas sesenta y dos horas y después. Si su imprevisión no tuvo consecuencias graves, fue gracias a mi.

Tuve derecho a las felicitaciones del comandante de la base. Y gané un galón más, el cual me sirvió para ayudarte mejor, para defenderte, puesto que tú mismo no te defendías. Pero tú permaneciste diez días en estado de coma, después de aquellas sesenta y dos horas de infierno. Y Halluyn murió, de todos modos, ya que tú le soltaste, incapaz de sostenerle al cabo de sesenta horas. Y la deceleración le resultó fatal. Pero no Rambert ni Dolivo incurrieron en responsabilidades por ello.

En cuanto a la experiencia, las altas esferas la consideraron «concluyente».

Entonces, construyeron para ti, siguiendo mis instrucciones y con la valiosa ayuda de Donadieu, una celda especial. Un compromiso entre la cápsula del proyecto Mercury y la camisa de fuerza. Un lecho de fibras de cristal y materia plástica que debía moldear las curvas de tu cuerpo y sobre el cual serías atado, conectado a los aparatos médicos de medida, tensión, respiración, corazón, encéfalo, salivación, dosificación de la adrenalina, etc. Sin olvidar lo que se le había ocurrido a Donadieu: la posibilidad de inyectarte diversas drogas según tu estado, y lo que se me había ocurrido a mí: un sistema de comunicación entre tú, en el interior de tu féretro, y nosotros.

Pero nadie había intentado estudiar científicamente el fenómeno que representas.

Desde luego, tú no cooperabas: ¿era ése el motivo? Yo fui, como los demás, demasiado inconsciente. Creía más que ellos, sin duda, en tu facultad particular, pero eso era todo. Lo que hacía falta no era creer, sino trabajar. Médico especializado, debí ver más claro. Fue necesario un breve relato, «*Le Réquisitionnaire*», de Balzac, que descubrí y que te hice leer:

*«La muerte de la condesa fue causada por un sentimiento más grave, y sin duda por alguna visión terrible. A la misma hora en que madame de Dey moría en Carentan, su hijo era fusilado en el Morbihan. Podemos unir este hecho trágico a todas las observaciones sobre las simpatías que desconocen las leyes del espacio; documentos que reúnen con una docta curiosidad algunos hombres solitarios, y que un día servirán para sentar las bases de una ciencia nueva a la cual ha faltado hasta ahora un hombre genial».*

Ese texto apareció el 23 de febrero de 1831, hace exactamente ciento cincuenta años. Me devolviste el libro con una sonrisa, preguntándome si el hombre genial sería yo.

Dije:

«¿Por qué no?».

Y me separé de ti, furioso.

Hay cosas que pueden decirse, y otras de las cuales es preferible no vanagloriarse. Como mis reflexiones en lo que a ti respecta, cristalizadas por «*Le Réquisitionnaire*» y otros textos que no tardé en recordar. Donadieu no sabía apreciarlo.

El nombre de Jacques Winter, entre todos, le sacaba de quicio.

«¡Ese físico fracasado! —gritaba—. Si se hubiera limitado a sus corpúsculos... Pero, ¡un campo de fuerzas biológicas!».

«Sin embargo —replicaba yo, con toda la calma de que era capaz—, sus trabajos, lo mismo que los de Rothen, no sólo lo han puesto en evidencia, sino que lo han concretado».

«Lo que han hecho ha sido resucitar el aura, la antigua aura de los espíritus del siglo XIX, disfrazándola con un vocablo que parece científico».

Subrayaba burlonamente el «parece». De un modo estúpido, en mi opinión. ¿Qué era la electricidad dinámica, si no la fuerza vital que Galvani creía haber descubierto con sus ranas muertas?

«Entonces —decía yo—, ¿la electricidad es también una entelequia?».

«Simbolismo, falsa analogía. ¡Palabra! ¡Demostraría usted cualquier cosa!».

«¿Y Hender, y Rhiner? ¿Eran acaso unos bromistas? Sus laboratorios, ¿eran antros de brujería?».

Me separaba de él, reflexionaba y volvía a la carga.

«¿Le parece delirante invertir la entropía?», le preguntaba.

«¡La entropía! ¡La entropía! ¿Sabe usted lo que es?».

«No más de lo que usted sabe lo que es la vida. Pero es usted médico».

«Vamos, vamos, no nos enervemos —decía bruscamente—. La entropía va quedando cada vez más desacreditada. La asimetría de la vida se encarga de ello».

Yo le contemplaba mientras repiqueteaba en su escritorio con un lápiz anacrónico. Y guardaba silencio. Al cabo de unos instantes, Donadieu continuaba, después de un largo monólogo interior cuyos términos me resultaba fácil adivinar:

«En resumen, lo que a usted le atrae es modificar la probabilidad. ¡Ustedes, los jóvenes...!».

Yo asentía con un gesto, prudente.

Un día le revelé el fondo de mi pensamiento, dejándole asombrado.

«¿Y si partiéramos de una hipertesis absurda? ¿Que el campo biológico de Winter no está limitado en el espacio? Que se desborda... se desborda...».

«»¡Eso es el ectoplasma, caballero!

»Si usted lo quiere así, me tiene sin cuidado. Digamos, pues: estudiar, poner en evidencia el ectoplasma de Bergier».

Donadieu enarcó las cejas.

«Bergier —expliqué—, en un artículo sobre “*Balzac, el precursor de la búsqueda de lo absoluto*”, en el 56, lanzó ese ectoplasma a la faz del mundo».

«¿Y el mundo?».

«No reaccionó. En aquella época. Porque ahora la cosa va a cambiar».

Capituló.

«Bueno, bueno —dijo—, trabaje sobre el ectoplasma de su joven compañero. Pero no lo abisme, es usted responsable de él».

Era lo que yo quería.

Entonces me ocupé de ti. Espero no haberte envenenado demasiado Pero tú no cooperaste nunca. ¿Tal vez no podías? Aunque mi propia experiencia sea muy distinta de la tuya, descubrí bastantes cosas. No en la época en que te estudiaba, sino mucho más tarde, en el 75.

Sin embargo, en el 68 había comprendido ya, a grandes rasgos.

El porqué no lo he sabido nunca y nunca lo sabré, seguramente. Y el cómo lo entreví, visitando una astronave de entrenamiento.

Estás dotado de un campo biológico tan enorme, extendido o extensible, que puedes actuar a distancia, hasta un punto ignorado todavía, pero en todo caso hasta Marte. Es absurdo. Que semejante poder esté concentrado en un solo hombre, y que ese hombre seas tú...

Capté casi inmediatamente toda la complejidad del problema.

Que tu campo biológico se extendía hasta muy lejos.

Que en el interior de ese campo, los hombres, todos los hombres, gravitaban. La Tierra entera y lo que ella contiene.

Y que en ese campo los sufrimientos de los humanos, de los animales, de los vegetales quizás, te resultaban perceptibles.

Pero que debían existir una especie de niveles de urgencia, sin lo cual no hubieras vivido, no hubieras podido sobrevivir.

Y también que podías seleccionar tal sufrimiento entre los miles de millones de sufrimientos del mundo.

Que debías negar tu ayuda permanente, no estando disponible más que para determinados casos.

Y que entonces, dueño de las sinapsis sensitivas de otro, seleccionado, tenías la posibilidad de desconectarlas y de cortar el influjo nervioso transmitiendo al tálamo aquel dolor.

Doble encargo. Pero privilegiado. Centrado únicamente en el recorrido de las células sensitivas terminales del tálamo. O bien ocultabas perfectamente tu juego... ¿Quién puede saberlo?

En cuanto a descubrir a qué nivel exacto actuabas...

Y luego Charpentier, George Charpentier, segundo piloto francés, sobre el Traintrain VIII.

Era el Jo-la-Terreur-des-Mouches-á-Boeufs, menos loco, menos temerario que en la infancia, pero siempre lleno de valor, y audaz... Nada podía resistírsele, y por eso le ponían siempre en segunda fila, en todas partes. Tenía que ser el segundón, para que no saltara todo.

Por otra parte, un buen compañero. Y en la base de Chambreuil...

Bueno, la base de Chambreuil era un poco especial. En primer lugar, muchas personas, como Donadieu, o Dolivo, o yo, sólo estaban allí porque las investigaciones espaciales eran coto cerrado. No teníamos de militares más que las señales externas del respeto de nuestros subordinados. Y yo no creo haber saludado nunca a un oficial superior ya que siempre me las arreglaba para ir destocado en el momento inoportuno.

Charpentier partió el 2 de agosto del 68. Objetivo: ascender hasta 100.000 y bajar, es decir, sobrepasar los dos cinturones Van Allen. Duración: cuarenta horas.

Comprobé que había subestimado a Jo-la-Terreur. El muchacho tenía una idea definida en el cerebro. No sé exactamente quién había decidido aquella absurda trayectoria. Pero no concibo que nadie, aquí, previera lo que iba a pasar...

Charpentier, pues, salió al amanecer, como un condenado, y él era el único que lo sabía. Debí contemplar el cielo color violeta por última vez, y quizá vacilé. Tú estabas en tu celda, y Donadieu y yo, con algunos ayudantes, nos encontrábamos cerca de ti, dispuestos a sostenerte en tus desfallecimientos. No tuviste ninguno. Ayudaste a George casi sin gemir, y tu corazón sólo flaqueó una vez. Solución alcanforada. El segundo cinturón resultó más duro. Pero, finalmente, tu tensión arterial descendió y nosotros relajamos nuestra atención.

No sabíamos lo que estaba pasando en el *count down*, ni en los radares de seguimiento, ni en los departamentos de los cerebros electrónicos y de las gráficas.

Aunque eso no hubiera cambiado nada. Era demasiado tarde.

Charpentier se había desviado hacia una órbita lunar. Con tal de ser el primero, por una vez al menos, decidió suicidarse.

Y, para colmo de males, hubieran podido desconectarle, en el momento en que se dieron cuenta de que su marcha no coincidía con el programa trazado, desconectarle y teledirigirle hacia una órbita de retorno. Pero el radar de efecto Doppler escogió aquel instante para estropearse.

Se pensó en un sabotaje, erróneamente. Una simple avería, eso es todo.

Charpentier había alcanzado la velocidad orbital de acercamiento lunar, entre las de los Luniks II y III del 59. Según Rambert, era imposible. Según Dolivo, era posible, con un margen minúsculo. Y el 3 de agosto, Charpentier se estrellaba con el Traintrain VIII contra la Luna, se supone que en los Apeninos.

¿Por qué quisiste seguir a Charpentier hasta el final y vivir su muerte?

He llegado a captarlo todo, en ti, aunque para, explicarlo, para exponerlo con palabras... Desde hacía mucho tiempo los rusos y los norteamericanos habían llegado a la Luna. ¿A costa de qué sufrimientos? Nunca se ha sabido. Yo estoy convencido de que les ayudaste. Un poco, al menos. Durante cierto tiempo. Ahora, comprendo muchas cosas.

Y no porque Donadieu me invitara a un pequeño experimento, el otro día.

Me quedé de una pieza. ¿Él, Donadieu, interesado en el experimento clásico de Winter para poner en evidencia el campo biológico? Pero, después de todo...

Dolivo, por su parte, se inclinaba por una proyección, tal vez enantiomórfica, de ti mismo según el plano de un espejo de dimensiones. Delirio verbal, opinaba yo.

Comprendo el hecho en sí, pero soy incapaz de captar el proceso y las causas que lo originan. Porque el campo de Winter o la proyección de Dolivo no hacen más que retrotraer el problema...

Luego, Jean Morin, en el Traintrain IX, que alcanzó los 100.000 sin dificultades y regresó. Y que un mes más tarde se unía a los norteamericanos en la Luna, con el Space II. 13 de noviembre del 68.

Naciste a tiempo para estar allí cuando te necesitaran. Los norteamericanos, los rusos, utilizaron material y hombres en masas compactas. Francia no podía hacerlo. Sólo se permitía un fracaso de cada diez pruebas, porque dos fracasos hubiesen sido una desventaja insuperable.

Pero la solución no era eficaz, ya que un hombre no puede reemplazar a una masa por mucho tiempo. Y porque puede fallar súbitamente...

Entonces regresó Annette, encinta.

Todo el mundo se precipitó sobre ella, la encerraron, le quitaron el niño, y durante cinco años aquel pobre ser fue sometido a todas las pruebas imaginables, a todas las torturas. Donadieu casi no dormía, queriendo demostrar que tus talentos eran



hereditarios. Lo hubiera conseguido, quizá, pero el niño murió.

A ti no te asombró verla llegar. Y más tarde, a propósito de otra cosa, Annette le dijo a Donadieu que no había sufrido absolutamente nada al dar a luz. Dime, Claude, ¿has conocido también los dolores del alumbramiento?

Y al niño, ¿le mataste tú? Donadieu tiene una teoría a ese respecto. Vio al niño retorcerse súbitamente con un dolor sobrehumano. A raíz del ensayo fallido de Marcel Gordes. Creyó, cree todavía, que transmitiste los sufrimientos de Gordes al niño, el cual no pudo soportarlos, desde luego. Y, según él, era la prueba de que el niño poseía tus cualidades. No por el hecho de que pudiera recibir los sufrimientos, sino porque tú se los habías impuesto bruscamente, sabiendo que no los resistiría.

¿No querías que sufriera a su vez tu calvario?

Entretanto, Marte era colonizado.

En el 75 estalló el drama. ¿Por qué no previeron que no serías siempre el incorruptible? Tus normas no eran humanas... Es decir, no eran humanas de acuerdo con nuestros conceptos. Pero, ¿en nombre de qué podrían juzgarte? Un poco de comprensión.

Habrían tenido que saber todo lo que hoy sé de ti. Pero eras el Incorruptible. ¿Quién hubiera podido sospechar que ayudabas sin distinción a todo hombre que partía a la conquista del espacio? Creían que sólo ayudabas a los franceses. Y lo creían de veras. Porque tú obrabas con mucha habilidad.

Porque, sin duda a costa de un sufrimiento peor, ocultabas la agonía que te inundaba cuando no se trataba de los nuestros. Multiplicándola al querer ocultarla.

Y, tal vez, para ocultarla mejor, ayudando un poco menos a los otros. Ya que en nuestro pequeño círculo es un hecho conocido que los rusos, los norteamericanos y los ingleses han sufrido más que nosotros.

Pero la respuesta a esa pregunta nadie la ha conocido, nadie la conoce aún.

Marte estaba siendo colonizado y yo me disponía a partir. El CERA había perdido mucha de su importancia. La conquista del espacio no era ya una actividad fuera de serie, y los astronautas se multiplicaban. Chambreuil continuaba siendo la primera base francesa, pero en el 75 sólo se ocupaba de proyectos que sobrepasaban la órbita marciana. Los grandes planetas estaban a la orden del día, o, más exactamente, sus satélites. Y en Chambreuil se elaboraban unos planes que serían llevados a la práctica partiendo de Marte.

Era cuestión de trasladarte a Marte. ¿Por qué no lo hicieron? Supongo que debieron calcular el riesgo. Una astronave de cada tres se perdía en el espacio, y tú eras insustituible.

Pero me enviaron a mí.

Era el último experimento. Yo formaba parte de la tercera tripulación, la que ensayó una nueva órbita, más corta pero más dura que las anteriores. Necesitaban un

médico especialmente capacitado, me dijeron. Yo, que conocía el alcance exacto de mis capacidades, comprendí, creí comprender, comprendí.

Era una trampa más.

El principio es perfectamente conocido: poner a un hombre en una situación tal que su problema sólo tenga una salida. La penúltima jugada en una partida de ajedrez.

Pero aquello era todavía más sutil. Tú tenías dos soluciones, igualmente dolorosas para ti, y, escogieras la que escogieras, te verías obligado a revelar una parte de tu misterio.

Ya que existía el preceptor.

¿Cómo se habían enterado de que le querías más que a nadie en el mundo? Tuve ocasión de hablar con él por teléfono cuando supe que venía con nosotros.

—¿A su edad?

—A mi edad.

—¿Conoce acaso la puesta?

—¿La puesta?

No pareció comprender, pero comprendía mucho mejor que yo. Debieron revelarle lo suficiente para que supiera a qué atenerse, pero no lo bastante para que revelara el secreto.

Y era aún más retorcido que todo lo que podíamos imaginar el preceptor y yo.

—Sí —dije, antes de colgar—, Claude tendrá que escoger entre el piloto y usted.

Y nos embarcamos, siete hombres, el 10 de agosto del 75, a las cinco de la mañana. Tú estabas en tu féretro acolchado, preparado para ayudar al piloto, por lejos que fuera, y Donadieu me reemplazó a tu lado. Alrededor de sesenta horas de viaje, para nosotros, y para ti unas horas de tensión a la salida y a la llegada.

En la Base lo habían previsto todo, y por eso no me sometieron a un nuevo entrenamiento. Tu elección debía basarse en el afecto que nos tenías.

A la salida, el preceptor enfermó como un perro. Tuve que sostenerle varias horas a base de inyecciones, a pesar de que yo mismo me sentía profundamente afectado por el aplastamiento inicial hasta más allá de las capas de Van Allen. Teóricamente, se pueden soportar bien unas  $g$ , pero en la práctica es algo muy distinto. Y aunque la masa de Marte sea mucho más débil que la masa de la Tierra, y, en consecuencia, la deceleración tenga que ser menos dura, no preveía nada bueno.

Pero aquello no entraba en los cálculos de los maquiavelos que nos guiaban desde Chambfeuil. Ya que poco antes de llegar a Marte el piloto se negó en redondo a continuar su tarea.

Estaba previsto, desde luego.

En los primeros momentos le creí enfermo, y le examiné. Pensé que estaba allí para aquello, imagínate. Pues bien, no tenía nada, y me miraba con una expresión que

creí socarrona y que sólo era compasiva. Había recibido órdenes. No me lo confesó, pero su actitud no tardó en revelármelo.

Contestó de un modo invariable a todas mis preguntas:

—No puedo más.

¿Bloqueo físico? Pensé en aquella posibilidad, pero no había nada tangible que me permitiera admitirla. Y, además, no se envía al espacio a un hombre que no está perfectamente equilibrado.

No, si no podía guiarnos más, era porque le habían ordenado que no nos guiara más. Y Marte se aproximaba.

Entonces, hice lo que estaba previsto. Ocupé su puesto en la cabina de mandos.

Unos días más tarde —una fuga informativa, ya que aquello no figuraba en el programa, lo juraría—, todos los periódicos titulaban, en la Tierra, en la Luna y en Marte:

## TRAIDOR AL CÓDIGO DEL ESPACIO CLAUDE BERANGER

¿Periodistas? Como si hubiera un Código del Espacio... para ti, quiero decir, a base del cual juzgarte.

¿Qué pensaste, Claude, cuando tuviste que elegir entre ayudar al preceptor y ayudarme a mí, piloto? ¿Creíste que podrías, alternativamente, ayudarnos al uno y al otro? ¿Con la suficiente rapidez para que el aplastamiento de la deceleración no nos afectara demasiado ni al uno ni al otro?

Éramos los únicos que nunca te habíamos considerado un anormal. Cuando llegó el momento, yo había olido ya la trampa, y es probable que me encontrara en un estado de enervamiento que me hacía demasiado receptivo. Sabía que ibas a abandonarme para asumir el sufrimiento del preceptor, dejándome a mí mismo. Solo. Sabía también que no estaba bien preparado para el pilotaje en deceleración. ¿Acaso aquello empeoró mi situación? Me faltaba entrenamiento, sí, pero lo que me llevó hacia el abismo fue mi estado de ánimo.

Permanecí inconsciente doce minutos. Doce minutos cruciales. Luego, estuve como loco unos instantes, y la astronave dio un terrible bandazo. Algunos expertos han afirmado que es posible que aquello nos salvara a todos, aunque no podían estar seguros.

Finalmente, conseguí dominar la astronave.

He terminado, y voy a dejarte descansar. Está a punto de amanecer, debo partir. Me necesitan aún, durante algún tiempo. Esta semana tengo que hacer sufrir a diez pilotos lo que tú me dejaste sufrir. De esos diez, tal vez dos de ellos saldrán de la

centrífuga parecidos a ti y a mí. Esos dos no sabrán por qué a partir de entonces podrán canalizar hacia ellos el sufrimiento ajeno, pero lo harán. Como tú, como yo ahora, utilizarán su nueva facultad del mejor modo posible. Confiemos en que no haya demasiados granujas entre ellos.

Ayer vino a verme un hombrecillo. Ha comprendido que a fin de cuentas éramos unos hombres. Y ha reprendido a Senancourt delante de mí. Al mismo tiempo que le condecoraba, desde luego, ya que sin su asquerosa combinación... Más tarde, el hombrecillo me ha llamado aparte para decirme que los granujas, con su morbosa imaginación, eran necesarios...

Yo no he contestado nada. Pensaba en unos granujas futuros, ya que nosotros podemos transmitir el sufrimiento a otros, ¿no es cierto?

Granujas necesarios... Por muy seguro que esté de que no hay nada a ganar, a largo plazo, planteando a los hombres unos problemas que les rebajarán ante los demás y ante sí mismos, no puedo desdeñar el resultado.

Ya que la aceleración no es lo único que hace sufrir, ¿verdad, Claude?

Pero tú habrás matado a tu hijo en vano, si es que lo hiciste.

# El perro

Pierre Versins

No estaría mal que me buscaras una hembra... Las palabras resonaron en la habitación que, por costumbre, llamo mi despacho. Tardé un buen rato en darme cuenta de que quien había hablado era el perro. Entonces le pregunté:

—¿Por qué me dices eso?

—Porque es la verdad —contestó él—. Desde hace un cuarto de hora, piensas en voz alta sin darte cuenta. Estoy harto de huesos y de sopa... Ahora necesito una hembra, una perra, si lo prefieres.

—Pero...

Dejé la frase en el aire, sin dejarla caer. Acababa de recordar que, normalmente, los perros no hablan. Cogí mi llavero y salí muy de prisa, cerrando al animal con doble vuelta de llave. No protestó.

En el pasillo reflexioné. ¿Qué estaba pasando? Soy especialista en atraerme complicaciones. Desde que tenía el perro en mi casa, dos meses completos, se había limitado a ladrar y a gruñir. Era muy afectuoso y estaba muy bien educado. ¿Qué más podía pedirse? Sólo le faltaba hablar, como vulgarmente se dice, y ahora, a menos de que yo estuviera chiflado, había adquirido el don de la palabra.

Adopté una resolución, salí y busqué al viejo que me lo había vendido. Uno de esos tipos que duermen debajo de los puentes. Logré encontrarle una hora más tarde y le conté la historia.

—¡Ah! —me dijo, sin inmutarse—. ¿De modo que ha hablado, el muy tunante? No ha perdido la costumbre. Temí...

Le interrumpí:

—¿Quiere usted explicarse con más claridad?

—Es un buen perro, ¿no? Entonces, ¿va usted a conservarlo? Es incapaz de hacerle daño a una mosca y no hablará delante de otras personas, no le avergonzará. Sólo le hablará a usted, si lo trata con cariño... Sin embargo, me había prometido que no hablaría nunca delante de usted... Nunca se sabe, ¿comprende? Claro que, si lo ha hecho, sus motivos tendría. Los perros, ¿sabe?, tienen buen corazón, y cuando alguien les dirige la palabra sienten mucho no poder contestar. El silencio es bueno para los hombres que charlan y charlan sin decir nada, en definitiva. Pero ellos, los perros, no saben hablar y querrían hacerlo.

—¿Quiere usted explicarse de una vez?

—No se sulfure, no se sulfure, caballero. Voy a decírselo todo. Pero, tiene que prometerme una cosa, que no le hará nada a mi perro...

Al oír aquellas palabras solté una frase desdichada que el viejo, por fortuna, no oyó o no quiso oír.

—Yo le compré *su* perro, ¿no? —dije.

—Tiene que prometerme que no le hará ningún daño —continuó el viejo—, y que si no lo quiere volverá a entregármelo. Pasaremos hambre, los dos, pero al menos no será desgraciado. Tendrá con quien hablar, ¿sabe? ¡Oh! Le devolveré el dinero, no se preocupe. Todavía lo tengo. No he podido gastarlo: me hubiera dolido y, además, la gente habría pensado que lo había robado. Un tipo como yo, que no ha tenido un céntimo desde hace años... Bueno, si quiere usted saberlo... Yo, ¿sabe?, no he sido siempre un vagabundo. Estudié, en mi juventud. Sé leer, ¿sabe?

—¿Qué tiene que ver...?

—No se impaciente, caballero, todo llegará... Como le iba diciendo, sé leer, y esto fue el origen de todo. Un día encontré un libro en un montón de desperdicios. Desde luego, faltaban algunas páginas y la cubierta estaba sucia, ya que de no ser así no lo hubieran tirado, ¿verdad? El caso es que recogí el libro, y todavía lo tengo. Lo leí de cabo a rabo, y cuando me da por ahí lo releo, abriéndolo al azar. Se llama «*El hombre y su destino*» y es de un tal Lecomte du Noily, un tipo muy listo, aunque era jesuita. Y no es que yo tenga nada contra los jesuitas, ¿sabe? Bueno, a lo que iba... Leí el libro, y volví a leerlo, y lo leí una vez más para ver si lo había entendido bien. Faltan muchas páginas, pero eso no afecta al conjunto. Y entonces encontré al perro. Era un cachorro de pocos días y flotaba en el Sena. Pero estaba vivo. Cuando se han visto tantos muertos como he visto yo, se sabe reconocer a los vivos. De modo que lo pesqué, lo calenté y lo llevé a un amigo mío que tenía una perra que acababa de dar a luz... Acampé con mi amigo una buena temporada, y el cachorro creció que daba gusto verlo. Y yo continuaba leyendo mi libro.

—¡Dios mío! ¿Qué tiene que ver...?

—¡Espere, no tenga tanta prisa! Si ejerciera usted mi profesión, caballero, aprendería a ser paciente. Leía, pues, mi libro, y cuanto más lo leía más me decía que la cosa tenía que ser factible. Me refiero al capítulo octavo del libro tercero: la suma considerable de conocimientos que un niño puede acumular durante los primeros años de su vida. Y, en la página siguiente: un niño de tres meses puede aprender perfectamente. No se trata de ser severo, sino paciente y obstinado, más obstinado que él. ¿Se da cuenta?

—No entiendo nada.

—Pues bien, va usted a verlo. A fuerza de leer, y releer, y volver a releer, pensé que si un crío podía aprender a los tres meses, ¿por qué un cachorro de tres meses, que es mucho más listo, sin ofender a nadie, no podía aprender también, e incluso más, puesto que es más listo? De modo que cogí el perro y me marché al campo, para que no se burlaran de mí si la cosa fallaba. Tuve paciencia, fui obstinado, y aprendí lentamente a hablarle al cachorro. Lo sostenía sobre mis rodillas, con la cabeza vuelta hacia mí, y le contaba cosas, despacio, abriendo bien la boca para que viera cómo se

hace. ¡Oh! Fui más obstinado que él, desde luego. Incluso cuando se meaba sobre mis piernas, no lo soltaba. Debo reconocer, para ser franco, que tardó mucho tiempo en decir «papá», pero finalmente lo dijo, y luego «mamá», y luego todo lo demás. Y, si quiere usted creerme, caballero, ese perro, que ahora tiene tres años, sabe hablar como una persona mayor. Le hablé de las estrellas, de los planetas, del sol, de la Historia de Francia y de la geografía, enseñándole todo lo que yo sabía. Y si se lo vendí, hace dos meses, fue porque pasaba hambre y, educado como es, le daba vergüenza hurgar en los montones de basura. Por más que traté de explicarle que yo también era un hombre instruido, sin que por ello me avergonzara de ser un vagabundo, todo fue inútil: prefería morirse de hambre a rebajarse a ciertas cosas.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? Bueno, es usted quien tiene que decir lo que piensa hacer. Yo ya le he explicado el cómo y el porqué...

Traté de asumir un aire docto, para decir:

—Voy a hacerle examinar.

—Perdón... ¿Decía usted, caballero?

—He dicho que voy a hacerle examinar por un amigo que es un gran especialista en psicología animal.

El viejo dio un salto. Me agarró por los hombros y gritó:

—¡Ah! ¡No haga eso, caballero, no haga eso! No es un perro de circo, es un buen perro que nunca ha molestado a nadie. ¿Por qué molestarle a él? No, caballero, devuélvame, ya veo que le está creando complicaciones. Yo ya estoy acostumbrado... No olvide que fui yo quien le enseñó a hablar. Me lo llevaré, pues, y le devolveré su dinero. Y todo el mundo quedará contento.

En aquel preciso instante llegó el perro, cojeando. Nos explicó que había saltado por la ventana del primer piso. Entonces, no teniendo nada más que decir, me marché. No, no acepté el dinero.

Cuando me volví para mirar, estaban aún allí, inmóviles, el perro y el viejo, haciéndome señas.

Ésa es la parte absurda de la historia. Ahora, pasemos a la parte seria.

Al cabo de poco tiempo, cuando casi lo había olvidado todo, encontré a mi amigo Fraysse sobre el puente de las Artes. Fraysse es uno de esos sabios poco rentables que se pasan el tiempo descubriendo la pólvora, los cráteres de la Luna, etc. No está descartado que esos seres, a menudo excelentes compañeros, acaben por inventar, después de haber efectuado todo el periplo de la Historia de las Ciencias, algo que no había sido inventado ya.

Eso último es lo que le había ocurrido a Fraysse, según él. Su rostro tenía una expresión hermética, y apenas se dignó reconocerme y dar un corto paseo por los muelles en mi compañía, a pesar de que por regla general la aceptaba encantado.

—¿Qué sucede? ¿Qué te pasa? —le pregunté rompiendo un penoso silencio.

—Déjame en paz, por favor...

—Pero, dime, ¿qué diablos...?

Se encaró conmigo.

—¡Oh! ¡Tú y tus expresiones de mal gusto! Te repito que me dejes en paz.

—Bueno, no insisto. No quiero insistir. Además, insistir sería inútil, ¿verdad? Por lo tanto, no insistiré...

Le conozco, y sé que una broma basada en un juego de palabras o en una absurda repetición le llenan de gozo. Efectivamente, mi pequeña treta surtió efecto. Fraysse desarrugó el entrecejo y se volvió hacia mí.

—¿Eres capaz de guardar un secreto? —susurró.

—Desde luego —contesté.

—Bien. Entonces, vamos a mi hotel. Te invito.

—¿Una herencia?

—No, exactamente. Un invento presentado en el Ministerio de la Guerra.

Emití un silbido de admiración.

—¡Diantre! Y... ¿aceptado?

—Aceptado. Y pagado. No mucho, ésta es la verdad, pero, en fin, cuenta también la satisfacción de haber trabajado por la patria.

Llegamos a su hotel, situado en una calleja entre Saint-Michel y la calle Saint-Jacques. Fraysse cogió una botella de Sancerre y dos vasos de detrás de un mostrador y subimos a su habitación, en el segundo piso.

—Me asombra —dije súbitamente, cuando estuvimos instalados—, que puedas hablar de esas cosas...

Me interrumpió:

—Pero, si no puedo hablar de ellas... ¡Eso es lo terrible!

—Bueno —dije—, yo no te pregunto nada.

—¡Oh! Contigo es distinto. Y, además, un día u otro va a saberse. ¡Son tan estúpidos! Cuando pienso que han estado a punto de insertar un anuncio en los periódicos...

Enarqué las cejas y, cosa rara, Fraysse se dio cuenta.

—Es cierto —dijo—. Será mejor que te lo cuente todo desde el principio.

Bebió un sorbo de vino, chasqueó la lengua, elogió el Sancerre y se lanzó:

—Verás, como ya sabes, o tal vez no lo sepas, hace dos años que me intereso por la glotis...

—¿Por la...? Ejem... Continúa.

—Por la glotis, por la lengua, por el paladar, por los dientes, en una palabra, por el aparato fónico, que permite emitir sonidos y modularlos. Me había fijado como objetivo el que los mudos pudieran hablar. Pero, lo principal...

Hizo un gesto evasivo.

—Bueno, el caso es que triunfó lo accesorio. Los mudos no hablarán, al menos por ahora, pero hablarán algunos animales.



—¡Vaya! —exclamé—. Eso me recuerda...

—Deja los recuerdos de tu infancia privilegiada para más tarde. El hecho es que yo sé que los animales hablan... Y al decir hablan, me refiero a que hablan como nosotros, expresándose con la ayuda de palabras-clave, de símbolos accesibles a la mayoría. Por lo tanto, algunos animales hablarán. Tuve que hurgar no sólo en la lingüística, sino también en la frenología, la neuropsiquiatría y la teoría de la información. Resultado: mediante una acción a la vez química y médica —te ahorro los detalles—, seguida de un adiestramiento progresivo, conseguí hacer hablar a un perro, en primer lugar...

—¡Ja! —exclamé—. ¡Ja!

—No te rías. Te estoy hablando muy en serio.

—No lo dudo, y no me reía.

—Bien. Por desgracia...

—Por desgracia —terminé—, Lo has perdido. Y tus militares querían insertar un anuncio en los periódicos para encontrarlo.

Me miró intensamente por espacio de unos segundos.

—Algo por el estilo —dijo—. Excepto que no lo perdí. Se escapó, diciendo — parece increíble el desarrollo que experimenta el espíritu lógico por el simple hecho de poder hablar—, diciendo que en su calidad de primate de su raza tenía derecho a ciertos miramientos, y que no estaba dispuesto a servir de conejo de Indias por más tiempo. Es absurdo, pero le había tomado cariño. Después he hecho hablar a otros perros, desde luego, pero no era lo mismo.

—¡Ah! —dije, algo inquieto—. ¿Has hecho hablar a otros? ¿Y no se han escapado?

—No hay peligro de que lo hagan. Están en un campo de... bueno, en un campamento militar.

—Comprendo.

Dejé transcurrir un silencio, para demostrar hasta qué punto comprendía. Luego:

—Bueno, amigo mío, creo que tengo una sorpresa para ti.

—¿Agradable?

—Sí. Tu perro, si no me equivoco, ha sido el mío durante dos meses. Se lo compré a un viejo vagabundo...

Le conté toda la historia. Me escuchó sin parpadear. Cuando hube terminado, dijo:

—Ese vagabundo te tomó el pelo. Debe de ser el viejo que rondaba alrededor de mi laboratorio de Fontenay. Se atraería al perro Dios sabe con qué promesas. ¿Y el perro te dijo que se llamaba Ric? En realidad se llama Rae. ¿Te das cuenta? Ha adquirido incluso el sentido del disimulo inteligente...

Se extasiaba. Creo que eché un jarro de agua fría sobre su entusiasmo:

—Sí, y de ese modo no necesita cambiar la inicial de su ropa interior...

—¡Idiota! Bueno, ¿dónde está ese *enfant terrible*?

Vacilé, preguntándome si haría bien denunciando al pobre animal. Después de todo, si Ric... o Rae... había decidido disfrazarse de perro de modelo corriente...

—¿Qué vas a hacer con él? O, mejor dicho, ¿qué van a hacer con él tus militares? No veo la utilidad...

Fraysse estalló:

—¡Oh! ¿Crees que voy a entregárselo a los militares? Ellos tienen otros, los suficientes, y disponen del medio de tener todavía más. Rae, ¿sabes?, es un fenómeno, hasta cierto punto, pero ante todo es un perro, y con unas condiciones excelentes para la caza. Y la caza, para mí, ya sabes...

Tras un breve silencio, se puso en pie.

—Vamos a buscarlo —dijo—. ¿Te das cuenta? Poder cazar con un perro que sabrá discutir y preparar un plan de ataque conmigo, como de hombre a hombre...

No era ya necesario preguntarle a qué uso destinaban los militares a aquellos animales sabios...

# El pulgar verde

Poul Anderson

## I

Pete se sentía responsable de la muerte de Tobur, y su preocupación era tan intensa que, al principio, tío Gunnar y tía Edith temieron que tendrían que llevarle a un psiquiatra de Stallemont. Pero finalmente lograron tranquilizarle.

—No fue culpa tuya, Pete —repitió tío Gunnar una y otra vez—. Tenía que ocurrir. ¿Cómo podías saber —cómo podía saber nadie— que aquellas inofensivas campanillas eran un cebo para atraer al animalito al pantano? Tal vez no debiste salir solo, pero también nosotros nos hicimos responsables al no vigilarte...

Y así días y días, para que la idea se grabara en la mente de Pete.

—No sabemos lo suficiente acerca de este planeta —insistía tío Gunnar—. La gente —se refería también a los no-humano-humanos como Tobur— muere a causa de tormentas, terremotos y animales salvajes; enfermedades y veneno; y continuarán muriendo de mil modos diversos, aquí en Nerthus y en otros mil mundos, hasta que consigamos conocerlos. Hasta que comprendamos la totalidad de una geología y de una ecología distintas de las de la Tierra, con las diferencias que dos mil millones de años de evolución separada pueden crear. Es el precio que tenemos que pagar. Gracias a la muerte de Tobur, ahora sabemos que las campanillas representan una amenaza, y podremos salvar a algunos de los chiquillos que han venido desapareciendo como hiciste tú, Pete, y estaremos un poco más seguros sobre este planeta. Desde luego, le echaré de menos. Toda la vida voy a echar de menos su feo rostro... pero su muerte ha servido para algo.

Resultaba duro pensar que un planeta tan bello como Nerthus podía matar a la gente. Nerthus era casi otra Tierra. La luz del sol se derramaba desde un alto cielo azul sobre llanuras y colinas y resplandecientes ríos; los bosques crujían y susurraban; los prolongados y tristes vientos soplaban sobre más kilómetros de soledad y de paz de los que un hombre podía imaginar. No había aún muchos colonos —Stallemont era el único pueblo—, y las granjas estaban muy esparcidas. Cuando se poseía un aeromóvil y un televisor no se estaba lejos de nadie en el tiempo, pero los vecinos se encontraban todavía lejos en el espacio y las noches eran largas y solitarias.

De modo que Pete quedó sorprendido cuando se presentó Joe, a pie.

Ocurrió una tarde cuando Pete estaba solo en aquellas cincuenta hectáreas de

bosque y de césped a las que daban el nombre del patio delantero. Tía Edith se encontraba en la casa, la cual podía divisar Pete a través de los árboles; y tío Gunnar estaba en la parte de atrás, reparando una de las máquinas semirroboticas. Pete se había cansado de mirar cómo trabajaba y había marchado al lugar donde se encontraba ahora: tendido boca abajo, contemplando una colonia de hormicoides que construía uno de sus enormes nidos.

Joe llegó muy silenciosamente. De pronto estuvo allí, una sombra alta, delgada e inmóvil. Peter levantó la mirada, tragó saliva y notó que su corazón palpitaba más aprisa. Aquél era un extranjero.

—Ho... hola —dijo, poniéndose en pie.

—¿Cómo te encuentras? —dijo el extranjero.

Hablaba el idioma terrestre con un academicismo que revelaba que lo había aprendido por medios psicofónicos; su único acento era el que su forma de su aparato vocal le obligaba a emitir, una especie de siseo apenas audible.

Pete le contempló con curiosidad. No era humano, ni pertenecía a ninguna otra raza de la que Pete hubiera oído hablar. Pero existían tantas razas rondando por la Galaxia en aquellos tiempos —y continuamente se descubrían otras— que nadie podía pretender conocerlas todas.

El extranjero era muy alto, casi dos metros y medio, con largas piernas y un cuerpo ñaco: clasificable como «humanoide», excepto por el hecho de que tenía cuatro brazos; un par más pequeño encima, y debajo el otro par. Su cabeza era grande y redonda, con largas orejas puntiagudas y unos grandes ojos amarillos, entre los cuales se encontraban las fosas nasales sin nariz, y encima de los cuales se agitaban dos emplumadas antenas. Aparte de un abolsado cinturón, iba desnudo, pero una alisada piel verdosa cubría todo su cuerpo. Parecía un Vashtrian o quizás un Kennacor, pero no lo era.

—¿Quién eres? —preguntó Pete. Luego recordó sus modales, después de todo, iba a cumplir once años, y dijo—: Perdone. Soy Wilson Pete, de Sol, y este lugar pertenece a mi tío Thorleifson Gunnar. ¿Puedo servirle en algo?

—Es posible —dijo el extranjero—. Creo que tu tío está buscando un ayudante.

Tío Gunnar necesitaba a alguien imperiosamente. A pesar de los autómatas y semirroboots de que disponía, un hombre no podía trabajar por sí solo una hacienda de aquella extensión. Después de la muerte de Tobur, había puesto un anuncio en el teleprograma pidiendo un jornalero, pero no confiaba mucho en el resultado. El trabajo escaseaba todavía en Nerthus, y los recién llegados preferían quedarse en Stallemont, donde podían obtener un empleo mejor pagado. De modo que la presencia del extranjero era una verdadera suerte.

—Desde luego —dijo Pete—. ¡Venga!

Y echó a correr, seguido del extranjero, cuyas largas piernas le permitían seguir al muchacho sin apresurarse.

Encontraron a tío Gunnar sudando y sucio de grasa en el cobertizo de las

máquinas. Alzó la mirada, se secó el sudor del barbudo rostro y saludó cortésmente al recién llegado. Cuando se enteró de que el extranjero quería trabajar para él, sus ojos se iluminaron; pero se limitó a inclinar la cabeza.

—Entremos en la casa y hablaremos del asunto —sugirió.

De modo que entraron en la vivienda, y tío Gunnar se quitó las grasientas ropas... como cualquier persona sensible hubiera hecho en un día tan cálido como aquél. Tía Edith se quedó sorprendida al ver al extranjero; no estaba acostumbrada a los no-humanos, como lo estaba un antiguo explorador del espacio como tío Gunnar, y no sabía qué actitud adoptar. Pero al extranjero no pareció importarle.

Tío Gunnar vaciló en el momento de las presentaciones.

—Soy de Astan IV —dijo el recién llegado—. Mi nombre... bueno, llámenme Joe.

—Astan IV... Nunca he oído hablar de ese planeta —dijo tío Gunnar—. ¿Recién descubierto?

—No del todo. Hace varios años aterrizaron unos exploradores galácticos. Pero siendo, en conjunto, una raza sin demasiado interés por la tecnología ni por los viajes, hemos permanecido ignorados. Yo soy uno de los pocos que desean ver cómo es la Galaxia y sus civilizaciones. De modo que me puse en camino, y me gano la vida trabajando. Es el mejor sistema para aprender.

La voz de Joe era muy suave y tranquila, y en sus ojos amarillos había algo que a Pete le gustó.

—¿Por qué no se ha quedado a trabajar en Stallemont? Allí hubiera ganado más dinero del que yo puedo pagarle —dijo tío Gunnar.

—Ya he visto otros pueblos coloniales; son muy parecidos. Esta vez deseaba contemplar la vida colonial desde dentro, por así decirlo... y al mismo tiempo evadirme un poco de unos contornos demasiado... mecánicos. Oí su anuncio y vine hacia aquí.

—¿Desde Stallemont? ¿A través del bosque inexplorado? Eso significa un viaje de varias semanas; y no hace tanto tiempo que puse el anuncio.

—¡Oh! Un colono me llevó en su aeromóvil parte del camino. Y el bosque no me asusta. Mi planeta natal está lleno de bosques.

—Bueno...

Tío Gunnar se rascó la cabeza. Era evidente que se preguntaba si podía arriesgarse a aceptar a un extranjero que a lo mejor no le resultaba útil... que incluso podía ser un fugitivo de la ley. Pero necesitaba ayuda imperiosamente, y Joe era tan agradable y tan bien hablado...

—Bueno... ¿por qué no? —Tío Gunnar sonrió—. Veremos cómo funciona, Joe. Siéntese y descanse un poco. Edith, ¿dónde diablos está aquel whisky?

El extranjero no empezaría a trabajar hasta la mañana siguiente, pero tío Gunnar dedicó la tarde a enseñarle su hacienda. Pete les seguía con los ojos abiertos como platos. Cuando regresara a la Tierra tendría algo que contarles a los muchachos.

«Teníamos a un extranjero trabajando para nosotros. Venía de tan lejos, que ni siquiera mi tío había oído hablar nunca de su planeta. Tenía cuatro brazos, no tenía nariz, y le llamábamos Joe».

Fueron a ver los animales. Tío Gunnar sólo tenía unos cuantos de la Tierra: un par de vacas, varios cerdos y gallinas. Estaba más interesado en domesticar a los animales nativos, y no le había ido mal con un par de las especies de mamíferos de seis patas. Había allí algunos «novillos» que le proveían de carne y de cuero; algunas «jacas» que podían ser montadas a través de los bosques, en lugares que un automóvil o un tractor no podían cruzar; y ahora estaba trabajando con las aves de cuatro patas.

—Muchos colonos importan todos sus animales y plantas, y tratan de cultivarlos como si Nerthus fuera la Tierra —explicó tío Gunnar—. Es un error. No podemos encajarlos en una ecología completamente distinta sin un largo período de cuidadosa adaptación. Han de verse afectados por mil pequeñas cosas; las mordeduras de ciertos insectos los emponzoñarán; la hierba y el suelo no tienen la composición adecuada; faltan elementos esenciales... Mire aquellas vacas mías, por ejemplo. Están que da pena verlas, a pesar que importo forrajes de la Tierra para complementar su dieta. En cambio, los novillos nativos están gordos y relucientes.

»Tendremos que hacer muchas pruebas, antes de descubrir las especies que serán más fáciles de domesticar. En la Tierra, al hombre le costó mucho tiempo descubrir que el caballo y la vaca salvaje podían ser domesticados, en tanto que el bisonte y la cebra no podían serlo; pero el resultado compensó con creces la espera.

Las vacas se removían, inquietas, en el establo; Joe las ponía un poco nerviosas. En cambio, los animales nativos permanecían tranquilos. Alguna pequeña diferencia en el olor, sin duda.

—¿Y puede el hombre, vuestra raza, comer alimentos nativos sin padecer las mismas deficiencias? —preguntó Joe.

—Ésa es una buena pregunta —dijo tío Gunnar—. Y corresponde a uno de nuestros mayores problemas. En primer lugar, desde luego, tenemos que descubrir qué plantas y qué carne son realmente nocivas para nosotros: es una cuestión de análisis químico, o de experimentación con animales de la Tierra. Luego tenemos que saber qué vitaminas, minerales y elementos básicos que necesitamos faltan en los alimentos que podemos comer. Actualmente, complementamos nuestras dietas con pastillas que contienen los factores ausentes. Pero en definitiva tendremos que cambiar el ganado nativo —mediante mutaciones y crianzas selectivas—, y nosotros mismos tendremos que cambiar también hasta cierto punto. Esto último tardará unas cuantas generaciones en realizarse.

»Somos una raza adaptable, y todos los que nazcan aquí experimentarán una leve modificación debido a que las diferencias actuarán sobre ellos desde el momento mismo de la concepción. La selección natural cambiará la herencia... digamos en el curso de un millar de años, aproximadamente. Nadie morirá, pero las personas cuya herencia esté un poco mejor adaptada a Nerthus tendrán más hijos.

—De modo que al final se convertirán ustedes en... nerthusianos —dijo Joe.

—Exacto. Del mismo modo que los hombres que colonicen otros mundos se adaptarán a ellos. Del mismo modo que el hombre, en la Tierra, se ha adaptado racialmente a medios distintos. Los antiguos esquimales, por ejemplo, gozaban de una salud perfecta con una dieta exclusivamente cárnica. Los bosquimanos Kalahari se adaptaron a beber agua salobre, y desarrollaron la capacidad de almacenar agua en su propio cuerpo para los períodos de escasez.

Tío Gunnar tenía toda una biblioteca sobre el tema de la adaptación.

—¿Y no existe aquí ninguna raza nativa? —preguntó Joe.

—¿Vida inteligente? No. Este planeta fue explorado a conciencia en busca de tales seres antes de quedar abierto a la colonización, con resultado negativo. No había aldeas; no había artefactos; ni siquiera herramientas de piedra. Sería muy agradable que hubiera nativos: podrían decirnos un montón de cosas que tendremos que descubrir por nosotros mismos. Claro que, en el caso de que hubiesen existido aborígenes, la ley hubiera prohibido la colonización.

—Ésa es una actitud... humana.

—Y también una actitud sensible. En épocas anteriores, los hombres se establecían en planetas en los cuales vivían razas indígenas primitivas. Ello provocaba numerosos conflictos en los cuales el hombre, aunque siempre vencedor, pagaba a menudo un elevado precio por su victoria. Y lo peor del caso era que una vez iniciada la colonización no podía ser interrumpida; no se puede evacuar a unas personas que se han creado una existencia en un determinado lugar. En consecuencia, la lucha tenía que continuar hasta que se llegaba a establecer una fórmula de compromiso... que por regla general dejaba insatisfechas a las dos partes.

Joe asintió, lentamente, sus ojos brillando en la semioscuridad con extraños reflejos amarillos.

## II

En los días que siguieron, se hizo evidente que Joe no era apto para tratar con máquinas. Lo intentaba, pero sólo conseguía embarullar las cosas. No pudo aprender los principios más sencillos de reparación y mantenimiento. Cuando conducía un camión o un tractor, su tensión era tal que parecía que iba a estallar, y la máquina gruñía quejándose de su manejo.

En cambio, con los animales y las plantas era otra cosa. Podía hacer que las jacas —todavía medio salvajes— realizaran cosas que nadie había soñado. Tirar de una carreta sin conductor, por ejemplo, y acudir cuando él silbaba, y permanecer quietas mientras él rascaba sus lustrosos flancos color gris-verdoso. Iba a los bosques y regresaba con una cesta llena de pasto que los animales devoraban golosamente. Cuando tío Gunnar le preguntó a Joe cómo sabía todo aquello, se encogió de hombros.

—En Astan IV vivimos más cerca de la naturaleza que ustedes —dijo—. Y conocemos instintivamente lo que puede ser nutritivo para los animales.

Estudió el jardín, la huerta y los campos, y un buen día se presentó con una pequeña flor azul.

—Plante unas cuantas con su cereal nativo —dijo—. Tendrá usted una cosecha mejor.

—¿Cómo es posible? —inquirió tío Gunnar—. No es más que un hierbajo.

—Sí, pero siempre se encuentra creciendo juntamente con los prototipos silvestres del cereal. Supongo que existe alguna clase de simbiosis entre ellos. Pruébalo, de todos modos.

Tío Gunnar se encogió de hombros, pero dejó que Joe plantara alguna de las flores en un campo. No pasó mucho tiempo sin que se diera cuenta de que el cereal era allí más sano que en ninguna otra parte.

—Joe debe pertenecer a una extraña raza —dijo tío Gunnar—. Son muy torpes en lo que respecta a las cosas mecánicas, pero poseen una sensibilidad para los sistemas vivientes que los humanos no tendremos nunca.

—Tal vez nuestra raza pudiera aprovecharse de ella —dijo tía Edith.

Se había encariñado mucho con Joe... especialmente cuando descubrió una mezcla de hierba y arcilla que podía ser utilizada para fabricar cacharros de alfarería. A tía Edith no le gustaban los objetos de plástico confeccionados en Stallemont, e importarlos de la Tierra resultaba demasiado caro.

—Todas las especies tienen su propia fuerza —respondió tío Gunnar—. He visto razas como la suya en diversos puntos de la Galaxia, viviendo en una simbiosis tan estrecha con la naturaleza que nunca tuvieron que desarrollar ninguna tecnología mecánica. Pero no por ello eran las menos inteligentes. Sin embargo, las razas preocupadas por las máquinas, como la nuestra, tienen también su papel a



desempeñar.

Pete había salido en busca del ayudante de tío Gunnar. Le encontró plantando unas matas licopersiconoides en el jardín. Tenían unas bayas excelentes, pero los humanos no habían sido nunca capaces de hacerlas arraigar. Joe había traído algunas de los bosques, y crecían normalmente.

—Tiene un pulgar verde —decía tía Edith, sonriendo.

—Es posible —sugirió tío Gunnar— que una de nuestras hormonas, segregada en cantidades microscópicas a través de la piel, mate la simiente... y que el metabolismo de Joe no incluya esa hormona.

El extranjero alzó la mirada y su boca se contrajo en lo que quería ser una sonrisa.

—Hola, Pete —dijo.

—Hola —respondió Pete, agazapándose a su lado—. ¿No estás cansado?

—No —dijo Joe, continuando su tarea; sus manos eran ágiles y suaves entre los delicados tallos—. No, esto me gusta. Sol y aire, el dulce olor de la vida... ¿Cómo pueden cansarle a uno? —Sacudió su redonda cabeza—. ¿Cómo es posible que los humanos os apartéis deliberadamente de la vida?

Joe no entraba mucho en la casa, excepto a la hora de las comidas. Dormía fuera, debajo de un árbol... incluso cuando llovía.

—¡Oh! Una nave espacial es estupenda —dijo Pete.

Joe se estremeció ligeramente. Alzó de nuevo sus ojos, barriendo el amplio horizonte y el susurrante bosque bañado por el sol.

—¿De veras queréis acabar con este mundo? —preguntó—. ¿De veras vais a cortar los árboles, y herir a la tierra con minas, y ocultar el cielo con ciudades?

—Supongo que no —dijo Pete—. En la Tierra hay ahora también muchos bosques. Pero, desde luego, vendrá mucha más gente y tendrán que construir y edificar.

—Conozco un poco vuestro espíritu —dijo Joe—. Es un espíritu mecánico, Pete, un espíritu matemático. ¿Os habéis preguntado nunca si pueden existir otros espíritus, si los antiguos espíritus de un territorio pueden tener algo que decir?

—No lo sé —murmuró Pete. A veces, Joe hablaba de un modo muy raro.

—En la fría oscuridad del espacio, entre los llameantes soles —dijo Joe— puede conocerse el Cosmos. Espanto, y maravilla, y magnificencia impersonal... sí. Pero mis espíritus viven en los bosques, y en los ríos, y en los suaves vientos: espíritus de vida, Pete, no de llama y vacío. Pequeños espíritus, tal vez, relacionados con un árbol, o una flor, o un cerebro que sueña... no con la inmensidad sin sentido; no con un universo que en su mayor parte es gas incandescente. Pero continuó pensando que en el último día mis espíritus serán los que hablarán en voz más alta.

Pete no supo qué contestar. Pensó que tal vez Joe temía que los hombres se establecieran en Astan IV, de modo que se apresuró a decir:

—Tendréis vuestro propio planeta; nadie va a quitároslo. El hombre no lo hará, y no permitirá que otros lo hagan.

—Quizás no —admitió Joe—. Pero, aún con las mejores intenciones del universo, podéis conquistar a otras razas: no físicamente, sino por medio de otra clase de dominación, obligándoles a imitar vuestros sistemas o a hacerse insignificantes. Si nosotros empezáramos a tener minas y fábricas en nuestro propio mundo —aunque las minas fueran nuestras—, nunca volvería a ser el mismo planeta, y nosotros no volveríamos a ser la misma raza. Habríamos escogido un destino extraño a nosotros.

—¿Qué aspecto tiene Astan IV? —preguntó Pete.

—¡Oh! Es como Nerthus... Selvático, y abierto, y casi vacío. No somos muchos allí, pero nos gusta el espacio. No puedo explicarlo muy bien.

—¿Has estado alguna vez en la Tierra?

—No, ni en ninguno de los grandes mundos de la Galaxia. Me he limitado a trabajar a lo largo de ignorados y lejanos planetas. Temo que tendría muy pocas cosas interesantes que contarte.

—¡Oh!

Pete estaba decepcionado. Tío Gunnar contaba muchas historias acerca de sus viajes, y lo mismo había hecho Tobur. Joe era simpático, pero no tan divertido como Tobur.

—En realidad, yo seré el único que haga preguntas —dijo Joe—. He venido a aprender, puesto que tengo tan poco que enseñar... o, mejor dicho, los hombres no escucharían nunca cualquier cosa que yo tratara de enseñar. ¿Cuántos humanos existen, en total?

—¡Uf! No lo sé. Ni creo que nadie lo sepa. Están extendidos por tantos mundos... Pero, vamos a ver...

Pete pensó en lo que había aprendido en la astrografía, en las películas y escuchando las conversaciones de los mayores. Al cabo de unos instantes le estaba diciendo a Joe todo lo que sabía, mientras el extranjero asentía y formulaba preguntas. Era la primera vez que Pete le explicaba cosas a alguien que no fuera un chiquillo más pequeño que él, y casi estallaba de satisfacción, sintiéndose como un personaje importante.

—Comprendo —dijo Joe—. Los humanos están muy esparcidos, y Nerthus tiene poco contacto directo con la Tierra. Pero, dime, Pete: si la civilización de la Tierra es tan satisfactoria como dices, ¿por qué han venido aquí los hombres? ¿Qué pueden ganar con ello?

—¡Oh! Cosas distintas, supongo. Muchos de los colonos no han estado nunca en la Tierra; nacieron en otros planetas, y no han sido nunca acondicionados para establecerse en su verdadero mundo. No serían felices viviendo allí, hay que crecer en una civilización integrada para que a uno le guste.

—Ésas son palabras muy elevadas para un chiquillo de tu edad —sonrió Joe.

—No las comprendo —confesó Joe—. Pero dicen que algún día las entenderé. Bueno, de todos modos, hay personas a las cuales les gusta disponer de mucho espacio, y personas que continuamente desean hacer algo distinto... y... bueno, toda

clase de personas.

—Pero, ¿qué motivo económico puede haber aquí? Me has dicho que hay muy poco comercio exterior: las cosechas de avertigonita apenas compensan las importaciones que tenéis que efectuar. ¿Qué valor económico tiene para vuestra civilización una colonia como ésta?

—Principalmente, proporciona espacio vital a muchas personas. Tienen que ir a alguna parte, ¿comprendes? Y desean un hogar, unas tierras de su propiedad, un lugar al cual pertenecer. Dicen que... ejem... el valor social de una empresa tiene pri... prioridad sobre el valor económico. Eso significa que si la gente es feliz no importa que no hagan muchos créditos.

—Comprendo. Una actitud recomendable, supongo... aunque parece que a vuestra raza le ha costado un tiempo enormemente largo descubrir un hecho tan evidente. Pero, ¿quieres decir que los colonos —aquí en Nerthus, por ejemplo— están dispuestos a quedarse a toda costa?

—Desde luego. ¿Qué clase de pioneros serían los que abandonarían el campo a las primeras dificultades? Joe sacudió la cabeza.

—Los humanos llegaréis lejos —murmuró—. Sois todavía animales de lucha. Lucháis incluso por vuestra felicidad.

—Se incorporó—. Bueno, por hoy basta de plantas. Vamos a echar un vistazo a los novillos, ¿quieres?

### III

A veces, cuando las lunas estaban llenas, Pete no podía dormir.

Aquella noche se despertó y permaneció tendido unos instantes en medio de las sombras de su cuarto. La fría y extraña luz se filtraba a través de las ventanas y se extendía por el suelo, proyectando dobles sombras que eran tan agudas y negras como si alguien las hubiera cortado con un cuchillo. Por las ventanas abiertas penetraba una suave brisa, agitando los visillos como a pálidos fantasmas; Pete podía oír su quejumbrosa voz en los árboles del patio. Y había seres que hablaban y cantaban en la noche, pájaros e insectos desconocidos en la Tierra, un dulce trino, y una risa líquida, y el tintineo de unas campanillas de cristal. Pete permaneció tendido, muy quieto, escuchando.

Luego decidió levantarse y mirar al exterior mientras estuviera despierto. Se asomó a la ventana, y la luz de la luna era como un día frío y descolorido. Podía ver con gran claridad hasta el lindero del bosque.

De repente se quedó rígido. Una forma alta y delgada avanzaba sobre el césped, negra contra la claridad lunar. Sí, era Joe... Pero, ¿qué estaba haciendo?

El extranjero se detuvo antes de llegar a los primeros árboles y silbó, un suave trino musical. Tal vez silbaba aquella melodía para sí mismo, pensó Pete; tal vez le gustaba pasear solo bajo la luna y hablarle a la noche.

Súbitamente, Pete pensó que sería divertido seguir a Joe sin que se diera cuenta, y aparecer de repente y decir «¡Buu!». Quizás después se sentaran bajo el árbol de Joe, con la luz de la luna salpicando las sombras a su alrededor, y hablarían de los planetas del espacio exterior. Hablar con Joe resultaba muy interesante.

De modo que Pete descendió a la planta baja, abrió la puerta principal y salió de la casa sin hacer el menor ruido. Ahora se sentía completamente despierto, pero de un modo raro, como si los rayos de la luna brillaran dentro de su cabeza. Se echó a reír, anticipándose al susto que daría Joe cuando él gritara.

Los árboles y los arbustos le ofrecían abundante protección. Pete se deslizó suavemente a través del húmedo césped, medio cegado por la luz de la luna, hasta que estuvo agachado a la sombra de un gran tronco a poco más de tres metros de distancia de Joe.

El extranjero era todavía una alta y delgada silueta con demasiados brazos, y por un instante Pete experimentó un leve temor. La noche estaba llena de voces, de ojos y de sombras fugaces, y la casa era únicamente un vago borrón entre los árboles.

Joe silbó de nuevo, y ningún humano podría haber silbado como él lo hizo. Y unas alas descendieron del cielo.

Era un gran estrigiformoide nocturno. Pete lo reconoció: había oído su extraño huchear en los bosques, y había visto fugazmente sus enormes ojos amarillos reluciendo en la sombra. Aquel ejemplar descendió hasta posarse en una de las

muñecas de Joe, el cual lo acarició con otra mano mientras le murmuraba cosas en un lenguaje gutural. Pete contemplaba la escena sin atreverse a hacer ningún movimiento. Apenas se atrevía a respirar temiendo que aquellos terribles ojos pudieran volverse y descubrirle.

Joe rebuscó en una bolsa con sus otras dos manos, sacó un rollo de papelita y lo ató alrededor de una de las patas del ave. Luego se rió, de un modo que no era humano, y lanzó su carga al aire.

Alas negras contra las estrellas. Luego, silencio.

Pete se movió, sin darse cuenta. Y Joe cayó sobre él con un gran salto.

Se irguió ante el muchacho con una cabeza que parecía rozar las lunas, y sus propios ojos ardieron con fuego amarillo. Pete se encogió todavía más.

—¡Pete! —Súbitamente Joe se echó hacia atrás, de modo que la luz de la luna cayó sobre su rostro. Sonrió forzosamente—. Pete, me habías asustado. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He... he salido... a dar un paseo —murmuró Pete, sin levantar la mirada.

—¿A estas horas de la noche? ¡Vaya, vaya! —Joe sacudió la cabeza—. A tus tíos no les gustaría eso, Pete.

—Vi que estabas aquí, y vine para hablar contigo...

—Puedes hacerlo siempre que quieras, Pete, excepto a estas horas. Tendrías que estar en la cama. Ahora, vuelve a la casa. No se lo diré a nadie.

—¿Qué estabas haciendo con aquel pájaro?

—¡Oh! Lo tengo domesticado. Acude cuando lo llamo.

—Creí que no podían ser domesticados. Tío Gunnar conoce a un hombre que intentó domesticar uno, para cazar... y no lo consiguió.

—Yo he tenido más suerte, Pete. Ahora, vamos. Joe posó una mano sobre el hombro de Pete y ambos echaron a andar hacia la casa.

Pete ya no tenía miedo, y volvió a la carga:

—¿Para quién era el mensaje que le ataste a la pata?

—No era un mensaje, sino un simple rollo de papelita. Estaba experimentando para ver si el orvish... el estrigiformoide puede ser amaestrado para llevar cartas. Son unos pájaros muy inteligentes, y creo que puede enseñárseles a ir de un lugar a otro.

—Pero, ¿quién necesita eso? Todo el mundo tiene un «visor».

—Los televisores pueden estropearse.

—No, no se estropean nunca; y si se estropearan, vendría alguien en seguida a enterarse del motivo de nuestro silencio.

—Bueno, eso demuestra lo poco enterado que estoy de esos asuntos —rió Joe—. Pero es posible que me lleve algunos estrigiformoides a Astan IV cuando regrese allí, para utilizarlos como correos. Ya te he dicho que en Astan IV no queremos máquinas.

Habían llegado cerca de la casa y Joe se detuvo.

—Date prisa, Pete. Sécate los pies: los tienes empapados de rocío. Y si tú no le

dices a nadie que has salido por la noche, yo tampoco lo haré —dio media vuelta—. Buenas noches Pete.

Cuando Pete despertó al día siguiente, pensó que tal vez había sido un sueño. Pero luego se convenció de que no había soñado: tenía aún manchas de hierba en los pies.

Joe se mostró tranquilo y agradable como siempre a la hora del desayuno. Terminadas sus tareas, volvió a sus libros. Le había pedido prestados muchos volúmenes a tío Gunnar —todos ellos sobre temas biológicos—, y aprovechaba todos sus momentos libres para estudiarlos. Estaba especialmente interesado en la bioquímica y la biofísica, las cuales le hablaban de cosas que nunca había sabido, a pesar de que su pueblo era tan bueno en las ciencias de la vida.

—¿Qué te pasa, Pete? —preguntó tía Edith. Siempre llamaba al muchacho sin recurrir al diminutivo—. Te encuentro un poco triste.

—Estoy pensando —dijo Pete.

Tenía muchas cosas en que pensar. No había llegado aún muy lejos en la asignatura de psicología, pero había aprendido las bases de la evaluación multiordinal, lo cual significaba que uno tenía que mirar las cosas dos veces y pensar en ellas por sí mismo, en vez de limitarse a aceptar la palabra de otra persona. De modo que Pete se estaba interrogando acerca de Joe.

Encontró su lugar favorito —una enorme roca musgosa calentada por el sol— y se sentó con la espalda apoyada en ella, dejando que su mente vagara por algún tiempo. Pero no tardó mucho en incidir sobre lo que Joe había hecho y dicho.

Desde luego, Joe era simpático, pero había en él un montón de cosas que no encajaban. Cosas sin aparente importancia. Como el modo que tenía de eludir la conversación sobre los planetas en los cuales había estado, incluso sobre su mundo natal. Como lo que había estado haciendo la noche anterior... Su explicación había sido absurda, si se pensaba en ella de nuevo: Joe no podía marcharse cargado con una jaula de estrigiformoides... Y, de todos modos, los habitantes de Astan IV debían disponer de unos medios de comunicación algo mejores que unos pájaros mensajeros.

Bueno, la psicología de los extranjeros no era humana, y podían adquirirse hábitos y costumbres muy raras. Pero, incluso así...

Pensando en ello, Joe afirmaba que su mundo natal era muy parecido a la Tierra y a Nerthus. Pero la Tierra y Nerthus eran los terceros planetas de un sistema solar enano, y en ambos el cuarto planeta era muy frío. Los sistemas de estrellas similares eran muy semejantes. Astan podía ser una excepción, desde luego... pero...

Podía ser que Joe estuviese mintiendo. Podía ser que perteneciera a una civilización ajena a la humana. El hombre, y las razas aliadas con el hombre, no sabían en realidad demasiado acerca de la Galaxia; era demasiado grande. El hombre había encontrado otras varias especies que habían desarrollado por sí mismas los viajes interestelares, y no existía ningún motivo para suponer que las había encontrado todas.

Si una de aquellas posibles civilizaciones deseaba espiar la humana sin darse a conocer —porque tuviera ideas hostiles o por simple precaución—, ¿qué es lo que haría? La respuesta era fácil; Pete había visto una docena de estéreo-films con aquel argumento. Enviar sus agentes a territorio humano para que se fingieran inofensivos turistas, estudiantes u obreros de alguno de los millares de planetas de los cuales nadie había oído hablar.

Joe podía haber llegado en una nave espacial que ahora estuviese oculta en algún lugar del inexplorado bosque. Podía estar transmitiendo información por medio de un pájaro, por temor a que una instalación de radio fuera localizada... o simplemente porque un vagabundo como el que Joe pretendía ser no era lógico que viajara con una emisora de radio. Y cuando poseyera toda la información que deseaba...

¿Sería Nerthus una buena base para los extranjeros? No poseía ninguna defensa; bastaría un acorazado espacial para tomarla.

Tal vez estaba haciendo una montaña de un grano de arena. Tío Gunnar se echaría a reír y le aconsejaría que dejara de leer novelas de misterio durante una temporada. Pero, de todos modos, un tipo no podía permanecer cruzado de brazos, aunque no estuviera seguro de sus sospechas.

Pete empezó a imaginar lo que haría un buen detective. Sus pensamientos le llenaron de excitación. Sería bastante fácil, además, y dejaría resuelto el problema poniendo sobre aviso a la gente.

Sí, era una idea muy buena. Sólo que... un momento. Tenía que obrar en secreto, porque sabía que los mayores le prestarían poco crédito. O, si le creían, y le permitían hacer aquella llamada, Joe podía estar oculto en alguna parte y utilizar sus misteriosos poderes para detenerles.

También podía ocurrir otra cosa: que le dejaran poner en práctica su idea, y que Joe resultara ser lo que había dicho que era... En tal caso, Pete haría el más espantoso de los ridículos. De modo que tenía que esperar hasta la noche.

Aquel día fue interminable; parecía como si el sol estuviera pegado al cielo y no fuera a hundirse nunca en el horizonte. Y Joe estaba alrededor de la casa, trabajando, sin decir nada, pero con los grandes ojos muy abiertos.

—¿Qué te pasa, Pete? —volvió a preguntar tía Edith a la hora del almuerzo—. Tienes muy mal aspecto.

—¡Oh! Me encuentro perfectamente —murmuró Pete—. De veras, tía Edith.

—¿Qué es lo que te preocupa, Pete? —inquirió Joe, que estaba sentado junto a él.

—Nada. Absolutamente nada —dijo Pete.

Joe untó de mantequilla un trozo de pan..., resultaba extraño que hiciera aquello todos los días, mientras el recuerdo de soles lejanos ardía en su cráneo.

—Tendrías que ocuparte en algo para distraer tu mente —sugirió Joe—. ¿Por qué no vienes conmigo esta tarde? Voy a ir al bosque en busca de un poco de mantillo. Las caudatrémulas de tu tía no crecen como es debido, y sospecho que se debe a que

la tierra es deficiente.

—¡Oh, no! No puedo —se apresuró a decir Pete, y su corazón pareció a punto de estallar a través de sus costillas.

—Desde luego que puedes —dijo tío Gunnar—. Un poco de ejercicio te sentará bien.

Pete luchó para no ponerse en pie y gritar que no podía acompañar a Joe; que no se atrevía a acompañarle; que Joe estaba enterado de sus sospechas, y le asesinaría en medio del verde silencio. Pero, tal vez Joe no lo hiciera.

—De acuerdo —dijo—. Pero antes tendrán que disculparme un momento.

Subió a su cuarto y garrapateó una nota, la cual dejó en su mesilla de noche, donde podría ser encontrada fácilmente.

*Joe es un agente extranjero. Si no regreso, será porque él no quiere que hable. Con afecto, Pete.*

Pensó lo que sus tíos sentirían al leer aquel valiente mensaje, y unas lágrimas llenaron sus propios ojos. Luego recordó que, en el adiestramiento psíquico, se advertía contra tales pensamientos; bajó lentamente a reunirse con Joe.

De modo que se llevaron una jaca y una carreta y se dirigieron al bosque; no ocurrió nada en toda la tarde. Joe habló como siempre lo hacía, en especial acerca de lo vergonzoso que era que la gente acudiera a perturbar los tranquilos bosques, y a cortar los hermosos árboles de las altas colinas. Y en un momento determinado miró a Pete con un aire extrañamente compasivo y sacudió la cabeza, muy lentamente. Pero aquello fue todo, y regresaron a casa a tiempo para la cena.

Pete se sentía más inquieto que nunca; y lo peor de todo era que ya no se sentía tan seguro de sus sospechas. Joe no actuaba del modo que se espera que actúe un espía no-humano. Pensándolo bien, ¿qué diablos había allí para espiar?

Sólo que... Joe continuaba sin parecer sincero.

El sol se hundió en medio de una neblina de fuego, y poco después Pete fue enviado a la cama. Permaneció tendido en el lecho durante otro interminable siglo, mientras sus tíos conversaban en el salón. E incluso después de que las luces se apagaron, esperó hasta que no pudo resistir más y se Deslizó fuera de las sábanas.

Se arriesgó a mirar a través de la ventana hacia el césped bañado por la luz de la luna. Era todo blanco, y gris, y sombra negra deslizante, con el canto de la noche y el lejano brillo de las estrellas. No había señales de Joe; tal vez estaba dormido bajo su árbol.

¡Ojalá estuviera dormido!

Pete bajó al salón. La luz de la luna no iluminaba aquella parte de la casa; la habitación era un pozo de oscuridad a través de la cual avanzó a tientas hasta el televisor instalado en un rincón. En un momento determinado crujió algo, como bajo una pisada, y Pete se detuvo, temblando; pero el lugar continuó silencioso.



Manejó el luminoso disco produciendo el menor ruido posible. La pantalla se iluminó, proyectando su resplandor sobre los muebles, que hasta entonces se habían erguido como otras tantas fieras acechantes. Deseaba llamar a la oficina central del espaciopuerto de Stallemont. Ignoraba qué hora del día o de la noche sería allí, pero siendo el único espaciopuerto del planeta el servicio era permanente, desde luego.

Al cabo de un rato apareció en la pantalla el rostro de una joven.

—Estoy llamando en nombre de mi tío, Thorleifson Gunnar —dijo Pete.

—¿Cómo dice? —inquirió la joven, con una voz que pareció sacudir las paredes—. No le oigo. Aumente un poco el volumen, por favor.

Pete acercó una mano temblorosa al mando que regulaba el volumen. ¡Santo cielo! El aparato estaba haciendo el ruido suficiente como para despertar a todo el planeta.

—Mi tío desea una información —continuó—. Pero está muy ocupado y me ha encargado que llame en su lugar.

—Comprendo.

Todo el mundo, al parecer, conocía a tío Gunnar.

—Tienen ustedes un Catálogo Galáctico, ¿verdad? Una lista de todos los planetas conocidos, con descripciones.

—Naturalmente. Todos los espaciopuertos la tienen.

—La que poseen ustedes, ¿está al día?

—Bueno, relativamente al día. Hace menos de un año que fue confeccionado. ¿Qué es lo que desea saber?

—Mire... ¿existe un planeta llamado Astan IV? Ése es probablemente el nombre nativo, aunque no estoy seguro.

—No importa; el Catálogo incluye los nombres en todos los idiomas. Pero, ¿no puede usted decirme algo más acerca de él?

—Bueno, es semejante a la Tierra y fue descubierto hace varios años, aparentemente. Los nativos... —Describió a Joe lo mejor que pudo, finalizando con la observación de que su cultura era no-mecánica—. Mi tío también desearía saber si algún nativo de aquel planeta, o cualquier ser que responda a aquella descripción, ha llegado últimamente a Stallemont.

—Puedo revisar el registro de pasajeros. Pero, ¿puedo preguntar por qué desea su tío saber todo eso?

—Verá... está escribiendo un libro, y no está seguro acerca de ese planeta...

—Comprendo. Bueno, tenga la bondad de esperar unos minutos, mientras consulto los archivos-robot.

—¡Muchas gracias!

La cabeza de la muchacha desapareció de la pantalla. Pete miró a su alrededor, emitiendo un suspiro de alivio.

—¿No confías en mí, Pete? —preguntó Joe.

Pete se estremeció.

## IV

La alta y delgada figura de Joe se recortó en el umbral de la puerta, con los cuatro brazos plegados y una sonrisa en el rostro que no era una sonrisa humana. Al leve resplandor de la iluminada pantalla, sus ojos eran como lunas ambarinas.

Habló en voz baja:

—¿Qué crees que soy, Pete?

—Yo... Yo...

De repente, Pete abrió la boca para gritar.

—No lo hagas —dijo Joe.

En una de sus manos brillaba ahora un arma.

Pete trató de dominar el febril temblor de su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vi una claridad en el salón y pensé que lo mejor sería subir a echar una mirada —dijo Joe. Cruzó la habitación, en dirección a las estanterías de los libros—. ¿Por qué le hacías esas preguntas a la mujer?

—Eres un extranjero —dijo Pete a través de unos dientes castañeteantes—. Eres un espía enemigo...

—¿De quién?

La voz de Joe era tan suave y agradable como siempre. En el sombrío rincón donde ahora se encontraba apenas podía vérselo.

—No lo sé. Pero puedo demostrar...

—Sí. Los archivos dirán que no ha existido nunca un planeta llamado Astan IV, que ningún ser que encaje en mi descripción ha aterrizado en Stallemont; por lo tanto, soy un embustero. Pero, ¿significa eso que soy enemigo vuestro?

Pete no contestó. De pronto, Joe suspiró.

—Apaga el televisor, Pete —dijo—. La mujer puede sospechar que sucede algo anormal, pero antes de que pueda ser tomada ninguna medida estaré fuera de aquí.

Empezó a coger libros de las estanterías con dos de sus manos.

—Temo que voy a convertirme también en un ladrón —dijo—, pero no puedo evitarlo. Necesito estos libros.

—¿Qué vas a hacer? —susurró Pete—. ¿Qué es lo que vas a hacer?

—No lo sé —Joe sonrió, y sus blancos dientes brillaron en la oscuridad. Sus ojos eran como doradas linternas—. Depende de mi naturaleza, ¿no es cierto? Si soy el monstruoso invasor que en tus fantasías has imaginado, tendría que matar a todos los habitantes de la casa, ¿no crees? Pero es posible que mi naturaleza no sea ésa. ¿Qué crees que soy, Pete? ¿De dónde he venido?

—No lo sé... ¿cómo puedo saberlo? Por favor, Joe...

—Dime lo que opinas de mí... ¡Rápido!

De modo que Pete se lo dijo, con palabras atropelladas.

Y Joe asintió.

—Eres un chico listo, Pete —dijo—. Sí, has acertado en tus sospechas. Sólo que nuestras intenciones no son perversas. Nos limitamos a estudiar vuestra cultura desde dentro, antes de establecer un contacto directo.

»Ahora tengo que marcharme; mi nave espacial está esperándome en el bosque. Mi informe será uno de muchos, a base de los cuales nuestros jefes decidirán si conviene o no que establezcamos contacto con vosotros. Yo sugeriría que mantuvieras esto en secreto. Cuantas más posibilidades tengamos de estudiaros sin miedo a ser descubiertos, más fácilmente podremos descubrir vuestros aspectos favorables. Yo he descubierto muchos durante mi estancia aquí... Y ahora adiós, Pete.

—¡No!

Joe se quedó muy quieto y sus ojos brillaron a través de la habitación. Tío Gunnar bloqueaba el umbral de la puerta, con un revólver en la mano.

—Llevo un rato escuchando —dijo tío Gunnar—. No se mueva, Joe.

—No pienso obedecerle —replicó Joe en tono tranquilo—. Antes de que pueda usted matarme, podría disparar mi arma, alcanzándoles a usted y al niño. Déjeme salir.

—Ni pensarlo. Este revólver produciría en usted un choque hidrostático antes de que pudiera apretar el gatillo de su arma. Y yo no puedo permitir que una amenaza potencial ande suelta.

—Olvida que hay una nave espacial armada esperando mi regreso —dijo Joe, sin perder la calma—. A mis camaradas no les gustará enterarse de que me han asesinado. Ahora... permítame salir.

Echó a andar a través de la habitación, sin levantar el arma que sostenía en una mano pero manteniendo un dedo curvado sobre el gatillo.

—Tal vez pueda usted alcanzarme primero —dijo—. Pero, ¿arriesgará la vida del niño en el intento?

—Seamos razonables —dijo tío Gunnar—. Le acompañaré hasta esa nave y hablaré con sus amigos.

—No —dijo Joe—. Vamos a marcharnos esta misma noche.

Había llegado casi a la altura de tío Gunnar. Y repentinamente saltó, una gran mancha oscura en movimiento. Se produjo una breve lucha, y luego tío Gunnar salió rodando hacia el centro de la habitación, en tanto que Joe cruzaba la puerta.

Tío Gunnar salió corriendo detrás de él. Joe disparó su arma —un intenso relámpago de luz y un estruendoso ruido—, pero fue contra la cerrada puerta principal. La hizo volar de sus goznes y se abrió paso.

El revólver de tío Gunnar ladró, pero Joe había desaparecido ya entre las sombras del bosque.

Pete lloraba, en brazos de tía Edith, mientras tío Gunnar acariciaba sus cabellos y

le decía que se había portado como un valiente.

—Pero, debiste decírmelo —murmuró—. Debiste decírmelo. Oí ruidos en el salón y me levanté... pero si me lo hubieses dicho antes...

De modo que Pete contó toda la historia de cómo había llegado a sospechar de Joe, y al final tío Gunnar asintió con una dura expresión en los ojos.

Tía Edith estaba muy pálida.

—De modo que Joe ha regresado a su nave espacial —susurró—. Y se marchará a su planeta.

—Tal vez —dijo tío Gunnar, en tono dubitativo—. Pero, ¿por qué se ha llevado mis libros? Miró los lugares vacíos en las estanterías—. Textos biológicos... la aplicación de la ciencia física a la biología... Sin embargo, Joe sabía más que cualquier hombre acerca de los seres vivientes. Se rascó la cabeza.

—No acierto a comprenderlo, Edith. Supongo que deseaba llenar las lagunas existentes en su conocimiento. Eso demuestra que su raza está atrasada en química y en física... Pero, ¿cómo es posible que una raza sin tales conocimientos haya podido construir naves espaciales?

—Tal vez alguna otra raza las haya construido para ellos —sugirió tía Edith.

—Tal vez —admitió tío Gunnar, sin demasiado convencimiento—. Pero hay algo...

Se interrumpió, y permaneció inmóvil largo rato, al tiempo que su rostro se iba palideciendo.

—¡Oh! —exclamó finalmente—. Ésa es la respuesta.

—¿Qué respuesta? —inquirió ávidamente tía Edith.

—Joe... Joe... mintió. ¡Cómo mintió! Y cuando su primera mentira se derrumbó, utilizó otra... ¡Ese ser es un genio!

—¿A qué te refieres? ¿Quién es? ¿Qué es? Tío Gunnar luchó para recobrar el dominio de sí mismo. Luego dijo:

—Todo encaja. La mayoría de los seres vertebrados de este planeta poseen seis extremidades. Los mamíferos tienen una piel verdosa. Lo mismo que Joe.

—¿Quieres decir...? ¡Oh, no!

—Sí, querida. Por eso nuestros animales nativos no se alarmaban al olerle. Por eso sabía tanto de botánica... botánica nerthusiana... el pulgar verde, como tú decías. Joe es un nativo de este planeta.

Se produjo un silencio muy largo. Luego, tío Gunnar rió roncamente y continuó:

—Deben de ser unos seres que habitan en los bosques, de cultura no-mecánica... pero no salvajes. Todo este asunto era demasiado complicado para un salvaje. Nuestros primeros exploradores no los descubrieron porque sospecharon de nosotros y se ocultaron. Y todo este tiempo, cuando creíamos estar solos, nos han estado espionando...

»Les habrá sido relativamente fácil robar cosas: televisores, equipo psicofónico, libros... lo suficiente para hacerse una idea de nuestra cultura y aprender nuestro

idioma. Y finalmente enviaron a un agente para que viviera con nosotros y pudiera conocernos a fondo... Joe.

Rió de nuevo.

—¡Oh! Fue una idea brillante. Y su resultado no lo ha sido menos. Joe se ha escapado con toda la información que deseaba. Y se ha llevado mis libros, los cuales enseñarán a su gente la suficiente biología adicional como para colocarles unos siglos por delante de nosotros. Y, entretanto, continuamos sin saber nada acerca de ellos. Ni cuántos son, ni dónde viven, ni cómo piensan, ni lo que quieren... ¡Nada!

Tía Edith atrajo a Pete un poco más hacia ella.

—Pero Joe era tan... agradable... —susurró.

—¡Oh! Desde luego —admitió tío Gunnar—. Desde luego. Un tipo simpático, aunque no sabemos hasta qué punto pudo haber estado fingiendo. De todos modos, se ha marchado.

—Su raza se encuentra ahora en una envidiable posición con respecto a nosotros. Trataremos de darles caza, naturalmente, pero han tenido mucho tiempo para prepararse.

—Supongo que no se decidirán por la guerra —dijo tía Edith—. Saben que no podrían ganarla contra toda la Galaxia.

—No. Pero pueden obtener toda clase de concesiones de la Galaxia, amenazando con declararles la guerra a los colonos establecidos aquí.

Se encogió de hombros, con aire desalentado.

—Tal vez sus intenciones no sean malas; tal vez decidan colaborar con nosotros. Entre el hombre y los nerthusianos, este planeta podría ser un paraíso para todas las razas. Pero no sabemos cómo son, Edith, no lo sabemos...

# La víspera del juicio final

Robert Moore Williams

## I

Las eyendas acerca de la nueva gente empezaron antes de la guerra, cuando el hombre que encabezaba el grupo, el anciano Jal Jonnor, estaba vivo, pero tuvieron una mayor difusión durante el conflicto.

Si la guerra es larga y la lucha encarnizada, sin que ninguno de los bandos sea capaz de alcanzar la victoria o, cuando menos, una ventaja sustancial, los soldados empiezan a contar extrañas historias de cosas vistas cuando la muerte está cerca, de milagrosos salvamentos de la destrucción e incluso de aliados no-humanos luchando a su lado. Los psicólogos, inclinados a creer únicamente lo que pueden ver, tocar, oír o medir, suelen atribuir esas historias a alucinaciones provocadas por la prolongada tensión, o, en el caso de los aliados no-humanos, a un deseo subconsciente surgido de una profunda sensación de inseguridad. ¿Qué psicólogo está dispuesto a creer que un ángel tomó repentinamente los mandos de un avión que capotaba, haciendo aterrizar normalmente el aparato y curando luego la herida que el piloto había recibido?

Reg-Dog Jimmie Thurman juraba que eso le había sucedido a él. Había entablado combate con un grupo de aviones asiáticos que escoltaban un bombardero sobre el polo norte. Eran los primeros días de la guerra, cuando los bombarderos se deslizaban ocasionalmente a través de las defensas. Red-Dog Jimmie Thurman había alcanzado a uno de los aviones enemigos con sus ametralladoras y se disponía a embestir al bombardero por debajo, cuando un proyectil, procedente de un aparato asiático que no había visto, se llevó la mitad de su ala derecha. Un fragmento del proyectil le hirió en el hombro derecho, destrozando la carne y el hueso.

Girando como una hoja en el centro de un remolino de aire, el aparato inició la larga caída hacia el casquete de hielo polar que se extendía debajo. Jimmie no podía manejar el mecanismo de lanzamiento a causa de su brazo roto.

Poco antes de que el avión se estrellara, Jimmie se dio cuenta de que en el aparato había otra persona, que en aquel momento luchaba para hacerse con los mandos. Dado que Jimmie continuaba en el asiento del piloto, la cosa no resultaba fácil, pero aquella persona había conseguido, no sólo hacerse con los mandos, sino efectuar un aterrizaje perfecto. Luego, descubriendo el hombro destrozado de Jimmie, le había curado.

Al menos, ésa era la historia que Red-Dog Jimmie Thurman había contado

después de que un helicóptero le recogió y le trasladó a su base. Se mostró sumamente obstinado en su relato, insistiendo retadoramente en que alguien había hecho aterrizar el avión. La única conclusión a que Jimmie había llegado acerca de la persona que estuvo en el avión con él —no sabía si era varón o hembra— era que pertenecía a la nueva gente.

Cuando los «psicos» le preguntaron cómo era posible que otro ser humano hubiese entrado en un avión que capotaba a millares de pies de altitud, Jimmie no supo qué contestar. Se limitó a decir que, puesto que la nueva gente parecía capaz de realizar hazañas que estaban más allá del poder de un mortal ordinario, probablemente no eran humanos.

Aquel comentario había determinado su baja permanente para el servicio. Jimmie cayó en un estado de abatimiento, ya que realmente *le gustaba volar*. Luego empezó a preguntarse por qué la nueva gente —suponiendo que existiera—, habría salvado su vida a costa de su cordura. Un año más tarde murió.

El caso de Spike Larson fue distinto. Larson era el comandante de un submarino atómico que operaba en el golfo Pérsico. Estaba posado en el fondo, esperando el paso de un convoy enemigo, cuando tres destructores detectaron su presencia. Al estallar las primeras cargas de profundidad, Larson se dirigió rápidamente hacia el canal de salida del puerto. El aparato de radar detectó unas rocas delante del submarino. Revisando apresuradamente sus cartas de navegación, Larson descubrió que no existían tales rocas.

Profiriendo una maldición, lanzó las cartas a través del camarote. O estaban equivocadas, o el fondo había sido cambiado. Una explosión delante del submarino le indicó que la cosa no tenía importancia: uno de los destructores, apostado en el canal, le había cortado la retirada.

—Ascenderemos y lucharemos en la superficie —le dijo al teniente que estaba a su lado.

El oficial palideció al oír la orden. Pero era un hombre de mar.

—Sí, señor —dijo.

—Yo recomendaría otra cosa, comandante —dijo otra voz.

Larson y el teniente se quedaron helados. En el camarote no había nadie más. Cuando Larson consiguió finalmente volver la cabeza, descubrió que estaba equivocado al creer que se encontraban solos.

Contando la historia más tarde ante un comité de encuesta, dijo:

—Estaba de pie a mi lado, vestida de blanco, la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Quedé demasiado sorprendido para actuar, demasiado maravillado para pensar. ¡Una mujer en mi submarino! ¡Y qué mujer! Mientras yo permanecía rígido como una estatua, ella avanzó hacia los mandos. «Con su permiso, comandante, cerca de aquí hay un nuevo canal que no figura en las cartas. Estos fondos han cambiado mucho últimamente. Los destructores no se atreverán a seguirnos por el nuevo canal, aun en el caso de que conozcan su existencia, debido al peligro que representan las

rocas en uno de sus lados, y los bancos de arena en el otro. Si me da usted permiso para conducir el submarino...».

»Lo único que pude hacer fue asentir —continuó Larson—. Tal como han ido las cosas, aquélla fue la última orden que he dado para lo que me queda de vida. La mujer enderezó la proa del submarino setenta grados, cerró el señalizador de profundidad y el sonar, y nos envió hacia arriba, hasta casi alcanzar la superficie. Mientras hacía todo eso, sorteó dos cargas de profundidad que nos hubieran alcanzado. Luego avanzó tan pegada a unas rocas que se llevaron la mitad de la pintura del casco, y poco después nos había sacado de aquel agujero. Entonces le devolvió los mandos al teniente Thompson, y dijo: “Gracias, comandante. Estoy segura de que a partir de ahora podrá usted manejar competentemente la situación”.

Los miembros del comité de encuesta se habían inclinado hacia adelante para no perderse una sola palabra del informe de Larson. Cuando éste hubo terminado, el miembro más veterano, un almirante, preguntó ávidamente.

—¿Y qué ocurrió después con la mujer, comandante?

—Se desvaneció —dijo Larson.

El almirante se hundió en su asiento como un globo deshinchado.

—El teniente Thompson corroborará todas mis palabras —continuó Larson. Sacudió la cabeza para indicar que todavía no podía comprenderlo, a pesar de no haber pensado en otra cosa desde el día que ocurrió...

—¿Quién cree usted que era esa mujer, comandante? —preguntó un miembro del comité.

—En mi opinión, pertenecía a la nueva gente —respondió Larson.

Su voz era firme, pero continuaba sacudiendo la cabeza cuando salió de la habitación donde se había reunido el comité.

Le asignaron un puesto en tierra. Los «psicos» hicieron todo lo que pudieron por él, pero algo parecía haberse descompuesto en el interior de su cerebro. Ocho meses más tarde desertó.

Luego hubo la historia del coronel Edward Grant, USAF. Grant era el único hombre a bordo de la nueva estación satélite terrestre. Era el único hombre a bordo, porque en aquella época no había sido descubierto el modo de construir y lanzar un satélite que pudiera llevar más de un pasajero. En realidad, sólo se había descubierto el modo de lanzar una de aquellas estaciones y ponerla en órbita. No podía regresar, debido a que no podía transportar el combustible suficiente para el viaje de retorno. Se estaba construyendo una nave espacial que transportaría provisiones y combustible al satélite, pero aquella nave no estaba terminada aún cuando el satélite fue puesto en órbita.

Grant, que había volado en toda clase de aparatos, se ofreció voluntario para tripular la estación, a sabiendas de que cuando el combustible se agotara podía quedar abandonado en el espacio para siempre.



Sin embargo, nadie había previsto que pudiera quedar abandonado. Esta eventualidad sólo surgió cuando las exigencias de producción de la nueva guerra obligaron a un alto en la construcción de su nave de rescate.

El coronel Grant se convirtió en el hombre más solitario en la historia de la Tierra. Las estrellas eran sus compañeras. Permanecería como un solitario Holandés Volador en el cielo, hasta que el final de la guerra permitiera terminar la nave que llegaría hasta él. O tal vez para siempre...

Resultaba inevitable que los asiáticos creyeran que Grant les estaba espiando cuando pasaba en su órbita regular muy por encima de sus cabezas. En realidad, era una necedad creerlo: la estación se encontraba a una altura que no le permitía captar ningún detalle de importancia militar. Al mismo tiempo se aprovechaban de la información científica facilitada por la estación, sintonizando las longitudes de onda en que era emitida.

En un esfuerzo para eliminar aquella imaginaria amenaza del cielo encima de ellos, los asiáticos dispararon un cohete-torpedo contra el satélite.

El coronel Grant, informando más tarde de lo que había sucedido, dijo:

«Aquel torpedo debía estar en camino cuando el hombrecillo apareció en mi satélite. Me habló del cohete que se acercaba. Yo le dije que era muy interesante, pero que no veía qué diablos podía hacer. La estación no disponía de energía y no podía moverse de su órbita. Ni siquiera tenía un paracaídas, y en caso de tenerlo no hubiera podido utilizarlo. Un salto desde aquella altura hubiese significado la muerte mucho antes de alcanzar el aire suficiente para conservar la vida. ¿Que describa al hombrecillo? Desde luego, general. Parecía un Moisés en miniatura, barba blanca, ojos penetrantes y todo eso... No, general, no he visto nunca a Moisés. ¿Cómo iba vestido? Llevaba un taparrabo, general. No, señor, no trato de burlarme de la dignidad de este tribunal, me limito a contar lo que vi con mis propios ojos».

La voz del coronel se había hecho un poco dura. El general se calló. Un hombre que había hecho lo que Grant acababa de realizar, podía permitirse el lujo de alzar el gallo a un general sin que le ocurriera nada.

«¿Qué sucedió a continuación? El Moisés en miniatura me dijo que iba a hacer aterrizar el satélite. Dijo que aunque errasen el blanco con aquel torpedo lo intentarían de nuevo, por el simple motivo de elevar la moral de su propia gente».

«¿Hacer aterrizar el satélite, coronel? —preguntó de nuevo el general—. Si no estoy mal informado, la estación carecía de energía...».

«Está usted correctamente informado, general. Pero eso fue lo que el hombrecillo dijo, y eso fue lo que hizo. Un aterrizaje perfecto. Y, si no cree mis palabras, puede usted comprobarlo por sí mismo».

El satélite espacial posado en medio de un trigal de Kansas era una evidencia que no podía ser ignorada. Una evidencia sólida, metálica, real. El coronel Grant podía haberse desquiciado mentalmente tras una estancia demasiado prolongada en el espacio, pero la estación estaba intacta. Habían tenido que utilizar energía para

moverla. Pero, ¿qué clase de energía?

El coronel Grant no pudo contestar a la pregunta acerca de lo que había sido del Moisés en miniatura después de que el satélite tomó tierra.

«Moisés se marchó por el mismo camino que siguió al llegar, sin que yo le viera —dijo Grant, haciendo un expresivo gesto con las manos».

Basándose en el informe de Grant, se abrió una encuesta. Se reunió una enorme cantidad de datos, algunos de los cuales se remontaban a la época de Jal Jonnor, pero al no obtenerse resultados prácticos inmediatos el proyecto, fue archivado, al menos temporalmente. Los hombres eran desesperadamente necesarios para otras tareas. Cuando se lucha por subsistir, no queda tiempo para pensar en el futuro.

Aquella polvorienta y olvidada masa de documentos fue exhumada por un hombre alto y delgado llamado Kurt Zen, coronel de los servicios de información, que tenía fama de osado incluso entre aquella élite de hombres que miraban diariamente a la muerte cara a cara.

Zen fue destinado a aquella investigación, no sólo a causa de su reputación sino porque las historias acerca de la nueva gente habían aumentado en número hasta ti punto de que debía concedérseles algún crédito. Al mismo tiempo, su contenido se hacía más fantástico. El piloto de un bombardero, por ejemplo, insistía en que una mujer había viajado sobre el ala de su aparato todo el trayecto hasta Asia, dejándose caer del avión en las mesetas de la China occidental. Zen consideró la historia como una evidente alucinación. Muchos de los datos acerca de la nueva gente pertenecían a la misma categoría. Zen se preguntó, malhumorado» si era posible saber dónde terminaba la realidad y empezaba la alucinación. El coronel no tardó en descubrir que su tarea no iba a ser tan fácil como había imaginado.

Aparte de las historias contadas por los soldados —y los combatientes asiáticos también tenían sus historias que contar—, sólo había una cosa cierta: si la nueva gente existía, era muy esquiva. Únicamente la tumba del hombre que había fundado el grupo, el anciano Jal Jonnor, podía ser encontrada aún en las altas Sierras de California. Zen no fue a examinar la tumba, pero vio fotografías de ella. También estudió las biografías que habían sido compiladas sobre aquella colosal pero enigmática figura. ¿Eran acaso la tumba y los atestados archivos las únicas pruebas existentes de que al menos un humano se había atrevido a soñar en una nueva época? Zen no lo creía así. Y lo que más deseaba en el mundo era capturar a un miembro de la nueva gente para interrogarle.

Luego, en un golpe de audacia destinado a establecer una cabeza de puente en el mismo corazón de América, Cuso, el más famoso de los generales asiáticos, descendió con millares de paracaidistas sobre las montañas que se alzan entre la Columbia Británica y los Estados Unidos.

Cuso y sus hombres, ocultos en las montañas, resistieron todos los esfuerzos realizados para desalojarles de allí. Se convirtieron en una espina clavada en el costado de América, una amenaza que no era lo bastante grande como para ser

tomada en serio, ni lo bastante leve como para ser desestimada. Las profundas cavernas de las montañas ofrecían un excelente refugio, contra el cual hubieran sido inútiles los bombardeos, y el terreno era tan abrupto que los paracaidistas podían rechazar el asalto de todo un ejército.

Cuando los hombres de Cuso empezaron a efectuar incursiones en busca de provisiones y de mujeres, los habitantes de la región huyeron, aterrorizados.

Ésta era la situación cuando Kurt Zen acompañó a un cuerpo de tropas que se proponía localizar el escondite de Cuso. Ni las tropas ni Cuso le interesaban realmente. Lo que a Zen le interesaba era una enfermera del destacamento médico. Sospechaba que aquella enfermera pertenecía a la nueva gente.

A través de meses de paciente trabajo, ella era el único hilo capaz de conducirlo hasta aquel grupo que Zen había descubierto.

Ascendía por una ladera montañosa, con tropas delante y detrás, cuando algo que sonaba como un león herido empezó a toser en el cielo por encima de su cabeza.

## II

Kurt Zen oyó toser al león en el cielo, por encima de su cabeza. Sabía que chocaría contra el suelo pasados cuatro minutos y que abriría un túnel hasta el mismo infierno, que las montañas se estremecerían y temblarían, que el aire vibraría como si una docena de rayos hubiesen estallado al mismo tiempo, y que un buen número de las tropas que rodeaban laboriosamente la ladera morirían.

Sabía que muchos de ellos sufrirían una muerte lenta y espantosa a consecuencia de la radiactividad engendrada por la explosión.

—Discúlpeme, Nedra —le dijo a la enfermera, que estaba inmediatamente delante de él.

La muchacha se había detenido para mirar hacia arriba.

—¡Cuerpo a tierra! —aulló Zen a los soldados.

Algunos habían oído ya la tos del león en el cielo y habían empezado a buscar refugio, como expertos combatientes que nunca necesitaban una orden para sumergirse de cabeza en el agujero más próximo. Mientras gritaba, Zen vio que el número de los que habían empezado a besar el suelo era lastimosamente bajo, y conocía el motivo. La mayoría de aquellos hombres eran reclutas que aún no habían entrado en fuego, reclutas que morirían mirando al cielo con la boca abierta.

—¿Qué pasa? —preguntó la muchacha.

—¿No ha oído usted ese zumbido en el cielo, por encima de nuestras cabezas?

—No. Es decir, he oído algo que hacía un ruido raro. Pero... —En su rostro se reflejaban emociones contradictorias, aunque entre ellas no figuraba el miedo. Parecía sentir curiosidad—. ¿Qué significa ese zumbido?

Para una enfermera, o para cualquier americano viviente, era una pregunta increíble. Zen la miró, asombrado.

—¿He hecho alguna pregunta absurda?

—Desde luego —respondió Zen—. Vamos.

—¿Adonde?

—¡Allí!

Zen señaló con la cabeza una especie de túnel, uno de los muchos que habían sido excavados en aquellas montañas por los mineros. En cuanto oyó el zumbido que indicaba que el cohete había cambiado de dirección en el cielo, Zen buscó instintivamente un lugar a propósito para ocultarse. Aquel túnel parecía responder a sus deseos.

—¿Va a pasar algo? —preguntó la enfermera.

—Dentro de dos minutos lo sabrá usted —dijo Zen.

Sus largas piernas habían empezado ya a llevarle hacia el túnel. Tras una breve vacilación, la enfermera le siguió apresuradamente.

El túnel se adentraba menos de diez pies en la ladera de la montaña y no estaba

enmaderado. Afortunadamente. Aquello significaba que ningún pesado tronco se desprendería sobre sus cabezas cuando las colinas empezaran a estremecerse. Un rápido examen reveló que la piedra del techo parecía sólida. Zen se detuvo a unos tres pies de la entrada.

—¿Por qué no nos metemos más adentro? —preguntó la enfermera.

—Para no quedar irremediadamente enterrados si el techo no resiste como espero —respondió Zen.

En alguna parte del exterior un hombre gritó, aterrorizado.

El objeto volvió a toser en el cielo, ahora más cerca.

BRRROOOMMM... BrrroooMMMM... BrOOOm.

El proyectil estalló.

El sonido fue el de numerosos cañones disparando simultáneamente. Las paredes del túnel parecieron encogerse. Unas piedras sueltas cayeron del techo y las paredes desprendieron un fino polvillo. Un peñasco del tamaño de una casa pasó por delante de la entrada, partiendo pinos como A fueran mondadientes. Le siguió una avalancha de rocas. A lo lejos se oyó el ruido de otra avalancha.

Los dedos de la enfermera se tensaron sobre el brazo de Zen, y luego se relajaron. Tixios los nervios del cuerpo del coronel estaban tirantes como alambres de acero mientras esperaba la reacción de la muchacha. No hubo ninguna, aparte de la tensión y relajamiento de sus dedos. Sus manos permanecieron sobre el brazo de Zen y se quedó en el túnel con él. Para Kurt Zen, aquello resultaba decepcionante.

—¿Qué clase de nervios posee usted? La mayoría de las mujeres se habrían echado en mis brazos y habrían enterrado sus narices en mi pecho.

—Lo siento, coronel. Temo que mi educación en lo que respecta a mostrarme asustada no es muy completa.

Tosió, a causa del polvillo.

—¿De veras no tiene usted miedo, Nedra? —preguntó Zen.

—No.

—Entonces, no es usted un ser humano normal...

Inmediatamente, lamentó haber pronunciado aquellas palabras. Podían hacer entrar en sospechas a la muchacha.

—En tal caso, ¿qué es lo que soy?

La voz de Nedra era tranquila.

Zen eludió su pregunta.

—¿Ni siquiera tiene usted miedo a morir?

—Cuando tantos han muerto ya, ¿por qué tendría que vacilar en unirme a ellos? —respondió la enfermera.

Soltó el brazo de Zen y sacudió el polvo de las hombreras de su propio uniforme. Mientras lo hacía levantó los ojos hacia su compañero y pareció que una especie de radiación fluía de sus pupilas. En el exterior, otro peñasco más pequeño rodó por delante de la entrada del túnel. Hurgando en sus bolsillos en busca de cigarrillos, Zen

encontró un paquete arrugado. Ofreció uno a la enfermera, pero ella le dio las gracias y lo rechazó. Zen no insistió. Los cigarrillos eran demasiado valiosos para desperdiciarlos con personas que no los deseaban. En el exterior, otro hombre empezó a gritar. La enfermera se movió automáticamente en aquella dirección. Zen la cogió del brazo y la retuvo.

—Espere hasta que las rocas dejen de rodar, Nedra.

Ella no protestó. Alzando la mirada hacia él dijo:

—Usted cree que soy un miembro de la nueva gente, ¿verdad?

Zen tosió y maldijo el cigarrillo, insistiendo en que el tabaco estaba húmedo. Era una mentira y ambos lo sabían. Pero... ¿qué podía decir? La pregunta de Nedra le había cogido por sorpresa.

—¿Qué es lo que le hace creer eso? —preguntó finalmente Zen.

—Lo creo, sencillamente. Es cierto, ¿no?

En su calidad de oficial del servicio de información, Zen estaba acostumbrado a formular las preguntas, pero aquella enfermera había invertido los papeles. Dio una larga chupada a su cigarrillo.

—No lo sé. ¿Lo es usted?

Procuró que su voz sonara lo más casual posible.

Los ojos de Nedra le estudiaron. Una leve sonrisa frunció las comisuras de sus labios.

—¿Le importaría que le hiciera una pregunta?

—Adelante —asintió Zen.

El hombre había dejado de gritar en el exterior, pero otro peñasco rodaba por delante de la entrada. A lo lejos, la avalancha resonaba como si millones de toneladas de roca se estuvieran desplazando hacia un lugar más seguro.

—¿Es usted un miembro de la nueva gente? —preguntó la enfermera.

Esta vez, la tos no fue fingida. Zen no pudo reprimir su sorpresa.

—¿Qué diablos la ha inducido a formular una pregunta como ésa?

—Tenía ganas de formularla, sencillamente —replicó la enfermera—. ¿Estoy equivocada?

—¿Quiénes son la nueva gente?

—Bueno, todo el mundo ha oído hablar de ellos. Son la nueva raza que proporcionará el núcleo para la nueva vida cuando todos los hombres y mujeres corrientes hayan sido destruidos en esta guerra. —Los ojos color violeta de Nedra reflejaban un sincero asombro—. ¿Quiere usted decir que nunca ha oído hablar de ellos?

—He oído los rumores que circulan —admitió Zen, encogiéndose de hombros—. Pero he sacado la impresión de que todas esas historias eran un montón de mentiras. En realidad, creo que la mayoría de ellas han sido inventadas por el enemigo, para conseguir que relajemos nuestro esfuerzo bélico.

—¿Cree usted eso? —La voz de Nedra tenía un acento intrigado—. ¿Lo cree

sincera y honradamente?

—Creo lo que la evidencia me induce a creer, nada más. Y en este caso, no he visto ninguna de las llamadas evidencias.

Encogiéndose de hombros, Zen avanzó hacia la boca del túnel, para retroceder al tiempo que una masa de rocas se estrellaba contra el suelo, en el exterior.

—Están lloviendo peñascos —dijo—. ¿Qué sabe usted acerca de la llamada nueva gente?

—No mucho —respondió la enfermera.

—Es usted una encantadora mentirosa, pero el hecho de que sea encantadora no la hace menos mentirosa —dijo Zen.

Nedra era muy guapa, con sus ojos color violeta y sus cabellos cobrizos, pero un oficial de servicio de información no podía dejarse impresionar por esas cosas.

—Gracias, coronel —dijo la muchacha—. Pero no esperaba que me trataran de mentirosa. —Su rostro reflejaba la debida indignación, pero al mismo tiempo sus ojos sonreían—. Sin embargo, no creo que pueda hacer nada para remediarlo, ¿verdad?

En aquel momento, parecía una chiquilla injustamente acusada de algo que no ha cometido.

A lo lejos, el ruido de la avalancha había cesado. No bajaban ya más peñascos rebotando por la ladera de la colina. Un vasto silencio llenaba las montañas. En medio de aquel silencio, Zen imaginó que podía oír los pensamientos de los hombres asustados que habían permanecido vivos hasta entonces, y ahora se estaban preguntando cómo prolongar su precaria existencia. También se preguntaban si el continuar vivos merecía el esfuerzo requerido. Por qué no terminar de una vez con todas las tragedias, con todas las lágrimas, con todas las tentativas de encontrar el camino hacia el futuro?

Fuera, un hombre empezó a gritar.

Como una paloma mensajera que finalmente ha encontrado la dirección correcta, la enfermera avanzó hacia el sonido. Zen volvió a cogerla del brazo. Con aspecto intrigado, Nedra se detuvo.

—Por favor, coronel. Me necesitan allí.

Hizo un gesto con la cabeza en dirección al lugar donde había sonado el grito.

—Hay otros muchos que la necesitan a usted, probablemente —comentó Zen.

Ella no pareció comprenderle.

—Soy una enfermera. Mi obligación es la de auxiliar a los heridos.

—Lo sé —Zen quedó un poco desconcertado al descubrir que simpatizaba con aquel impulso—. Pero, todavía no.

—¿Por qué no?

—Porque la ladera no ofrece todavía condiciones de seguridad.

Zen alzó la muñeca izquierda. En vez de reloj, llevaba un diminuto contador Geiger. La aguja oscilaba fuertemente hacia la línea roja.

—La radiación tiene una intensidad de casi cuarenta en la boca de este túnel —

observó.

—Muy interesante —dijo la enfermera. Pero el tono de su voz desmentía sus palabras.

—A media ladera, alcanzará a cien. Y arriba, donde tuvo lugar la explosión, puede llegar a mil.

En opinión de Zen, había dicho lo suficiente.

En opinión de Nedra, no había dicho absolutamente nada.

—Eso no tiene importancia. Allí hay unos hombres heridos. Yo soy una enfermera. Mi obligación es la de auxiliarles.

—Si trata usted de prestarles auxilio en estas circunstancias, se convertirá a su vez en una persona necesitada de auxilio.

—Pero, esos hombres...

—Esos hombres tendrán que salir de la zona de radiación por sus propios medios, o esperar hasta que el área quede limpia y pueda llegar la ayuda hasta ellos.

—¡Es usted despiadado!

—No lo crea —dijo Zen—. Si pudiera hacerse algo para ayudarles, tenga la seguridad de que no estaría aquí en este momento. ¿Acaso no comprende lo que ha sucedido? Ha estallado una bomba N asiática. En una bomba N, los efectos inmediatos son secundarios. El verdadero objetivo del arma es el de rociar la zona con radiaciones de alta intensidad, para convertirla en inhabitable durante meses. Cualquier ser viviente afectado por la expansión directa de la radiación está condenado, y ni usted, ni yo, ni los médicos, podemos hacer nada para ayudarles...

Se interrumpió en el instante en que otro hombre empezaba a gritar.

La enfermera estaba indecisa.

—Pero ese hombre necesita ayuda —insistió.

—Desde luego que necesita ayuda —convino Zen.

—Bueno...

Zen la observó cuidadosamente. Nedra parecía comprender sus palabras, pero algo la empujaba con más fuerza: los gritos del herido. Cada vez que el soldado gritaba, Nedra se volvía en aquella dirección.

—Bueno, gracias, coronel.

Dando media vuelta, Nedra echó a andar con paso seguro ladera arriba.

Zen maldijo en voz baja y salió andando detrás de ella. Pero se detuvo súbitamente, preguntándose qué motivos tendría la muchacha para dar tan poca importancia a su propia vida. Conocía el significado de las radiaciones en cantidades letales. Indudablemente sabía también lo que le sucedía a un ser humano que se aventuraba por una zona caliente.

Pero, ¿era Nedra un ser humano normal? ¿Estaba presenciando Zen uno de los milagros realizados por la nueva gente? Si Nedra descendía la ladera de la montaña viva, el hecho sería una prueba. Zen maldijo de nuevo. Nedra se dirigía a un lugar al cual él no podía seguirla... Si regresaba ilesa, Zen tendría una prueba suficiente para



ordenar que la siguieran hasta el fin del mundo, si era preciso.

### III

La emisora portátil que llevaba Zen era pequeña pero muy potente. No parecía en absoluto una emisora de radio; no tenía antena ni ninguna fuente visible de energía. Sólo el diminuto auricular y el no menos diminuto micrófono revelaban su verdadera naturaleza.

Deslizó el auricular en su oído, adaptó el micrófono a su garganta y luego levantó la pieza de tubo de plástico rojo por un extremo y verde por el otro. Unos alambres iban desde cada extremo del tubo a la cajita que contenía la emisora.

«El rojo corresponde a la mano derecha —murmuró—. El verde a la izquierda. ¿O es al revés?».

Decidiendo que el rojo correspondía a la derecha, cerró los dedos alrededor de los extremos del tubo de plástico y contempló la diminuta aguja del disco situado en la parte superior de la cajita que contenía la emisora.

La aguja osciló.

—Llamando a nueve coma nueve —dijo—. Seis uno llamando a nueve coma nueve.

Repitió la llamada tres veces y luego se sentó sobre sus talones para aguardar la respuesta.

—Seis uno al habla —dijo el auricular—. ¿De qué color es rojo?

—Esta semana es verde —respondió Zen rápidamente.

—¿De qué color era la semana pasada?

—¿La semana pasada? Hum... ¡Oh, sí! De ningún color.

—¿Y eso significa...?

—Blanco. Habla Kurt Zen, coronel, servicio de información. Póngame inmediatamente con el general Stocker.

Satisfecho con la identidad del que llamaba, el operador dijo:

—Un momento, coronel. Veré si el general puede hablar con usted.

—Dígale que es importante —apremió Zen.

—Siempre dicen eso —suspiró el operador—. Le pondré con él en cuanto pueda.

—¡Kurt, muchacho! ¿Dónde estás? —retumbó la voz del general Stocker en un lejano micrófono.

La voz del general siempre retumbaba. Era un hombre eternamente optimista: siempre estaba convencido de que lo que ahora parecía negro acabaría por resultar de color de rosa. Pero cuando la retumbante voz llegó al auricular de Zen, se había transformado en una especie de cloqueo. Kurt creyó captar una nota de intranquilidad en aquella voz, y se preguntó si el general había acabado por darse cuenta de que el final no era tan sonrosado como había supuesto.

—En el infierno, general —respondió Zen. Rápidamente dijo dónde estaba y lo que había sucedido—. El cohete de Cuso ha destruido el último paso por el cual

podíamos enviar una fuerza eficaz contra él. Toda esta zona está cargada de radiación.

—¿Cómo vamos a arreglárnoslas ahora para sacar a ese bastardo de su agujero?

—Eso debe decidirlo el Estado Mayor. Yo tengo noticias más importantes.

—¿De veras? Habla, Kurt, y aprisa. No querrás decir que...

—Sí. Quiero decir que en lo que respecta a la enfermera la respuesta puede ser afirmativa. Aún no lo sé.

Zen explicó lo que había sucedido.

—De modo que si regresa viva sabrás que es inmune a las radiaciones y, por lo tanto, pertenece a la nueva gente, ¿verdad? Pero si regresa muerta, o tan cargada de radiaciones como para morir al cabo de unos días, sabrás que era como el resto de nosotros, ¿no es eso?

Incluso a través del auricular de Zen, la voz del general *había* empezado a retumbar.

—Así es como yo veo la cosa —respondió Zen.

—Que me aspen si... ¿Estás herido, Kurt? —La voz del general se había hecho súbitamente solícita—. ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente —respondió Zen—. Cuando se produjo la explosión me encontraba en un túnel. ¿No cree usted que tengo el sentido común suficiente como para protegerme a mí mismo? —La repentina solicitud del general le había irritado—. Lo siento, señor —se disculpó un instante después.

—No tienes por qué darme explicaciones, muchacho. Sé lo que pasa con los nervios cuando se entra en combate. Pero esa enfermera...

—Así es como yo veo las cosas, señor —dijo Zen obstinadamente—. Y solicito permiso para seguirla.

—¿Si regresa viva, quieres decir?

—Le agradecería que dejara usted de recordarme esa posibilidad.

—¡Oh! De modo que estás interesado sentimentalmente por ella.

—Bueno, y si lo estuviera, ¿qué? Es una muchacha encantadora.

—Todas lo son, muchacho. Todas lo son... hasta que se llega a conocerlas. En cuanto al permiso para seguirla, tienes no solamente el permiso, sino la orden de hacerlo. Hemos de poner en claro lo de la nueva gente. Uno de sus miembros se presentó esta mañana en el despacho particular del Presidente y le dijo que anulara un proyectado desembarco en Asáa.

—¿De veras? —dijo Zen—. ¡En el despacho del Presidente!

—Eso es lo que he dicho.

—¿Sucedió realmente? Quiero decir si había alguien presente.

—Nadie, a excepción de la secretaria del Presidente. Ahora se encuentra bajo los efectos del sedante que tuvieron que administrarle, debido a la fuerte impresión que recibió. Creyó que un ángel se había presentado en el despacho. El viejo no está mucho mejor que ella. —La voz de Stocker reveló síntomas de preocupación—. He

recibido órdenes de Wilkerson en persona y te las traslado a ti. *¡Hay que encontrar a esa nueva gente!* Sigue a esa enfermera hasta el infierno, si es preciso.

—De acuerdo, señor.

—Infórmame cuando tengas algo que decirme... es decir, algo aparte de que has logrado conquistarla. Corto.

Zen hizo una mueca mientras desprendía el diminuto auricular de su oído. Luego deslizó la emisora en uno de sus bolsillos. El nivel de radiación estaba descendiendo, pero todavía era demasiado elevado. Miró pensativamente hacia el camino que discurría por la ladera. Bajaban por él algunos heridos, pero Nedra no estaba a la vista.

Los heridos no eran ya una unidad combatiente, sino que se habían convertido en individuos, cada uno de ellos atento únicamente a su propia supervivencia. El patriotismo se había borrado de sus mentes: no moverían un solo dedo para salvar a su patria, ya que sólo estaban interesados en salvar sus propias vidas.

En lo alto del camino, Zen pudo ver a una alta figura. ¡La enfermera! Descolgó los prismáticos de campaña que pendían de su hombro. A través de ellos, la esbelta figura de Nedra aparecía muy clara. La vio moverse hacia un lado del camino y arrodillarse al lado de un hombre herido que carecía de valor para descender la colina. Nedra le obligó a ponerse en pie y echó a andar con él a lo largo del camino. El herido se tambaleó y cayó. La enfermera volvió a arrodillarse a su lado, pero esta vez no hizo ningún esfuerzo para levantarlo. Fue ella la que se puso en pie.

Zen supuso que el hombre había muerto mientras caía.

Al pie de la colina, rugieron unos motores. Volviéndose, Zen comprobó que acababa de llegar la primera unidad sanitaria. Los médicos trabajaban rápidamente; encaminaban ya a los heridos a la parte trasera de un camión, donde había sido instalado un puesto de reconocimiento. Pero, por aprisa que trabajaran, habían llegado demasiado tarde para ayudar a la inmensa mayoría de los heridos. La inutilidad del esfuerzo deprimió a Zen, de modo que volvió a concentrar su atención en la enfermera.

Nedra se encontraba de nuevo en medio del camino. La avalancha, directamente delante de ella, había detenido su avance. La acompañaba un hombre.

A través de los prismáticos, el hombre parecía tan alto y escarpado como el pico de una montaña. No era soldado, ya que no llevaba casco ni gorro de ninguna clase. Sus cabellos, blancos como la nieve en la cima de un monte, ondeaban al viento. Su rostro semejaba una estatua tallada en granito. Zen supuso que era un habitante de aquella región, un hombre que había creído encontrarse a salvo en aquellas remotas montañas, y que había sido expulsado de su refugio por el cohete radiactivo de Cuso. La enfermera estaba hablando con él.

Involuntariamente, como si tuvieran una voluntad propia, las piernas de Zen echaron a andar ladera arriba. Había dado una docena de pasos cuando recordó el contador que llevaba en la muñeca.

«¡Al diablo con el contador! —pensó—. Voy a obligar a Nedra a bajar. No puedo permitir que arriesgue su vida, mientras yo permanezco escondido como un cobarde. Me importa un comino que pertenezca o no a la nueva gente. ¡Es un ser humano!».

Trepó rápidamente por la ladera. Luego vio que Nedra corría hacia él haciéndole señas para que retrocediera.

—¡Coronel! No puede usted subir aquí.

—¡Estoy subiendo! —replicó Zen.

—¡No!

Al ver que no se detenía, Nedra corrió más rápidamente hacia él. El hombre alto se mantenía a su lado. Al llegar junto a Zen, Nedra le cogió de la manga, le hizo dar media vuelta y le empujó de un modo apremiante.

—No puede usted estar aquí —insistió, con voz jadeante.

—¿Acaso trata de darme órdenes? —gruñó Zen. Pero en su fuero interno se sentía complacido al ver que Nedra estaba preocupada por él.

—Si me lo permite, coronel, creo que la intención de Nedra es la de salvarle la vida —intervino el hombre alto.

Tenía una voz semejante a una campana tañendo a lo lejos, suave y musical, pero con notas de gran fuerza.

—¿Y qué me dice de la vida de *ella*? —inquirió Zen.

—Ahora mismo iba a bajar, coronel —se apresuró a decir la enfermera—. Ha llegado el primer grupo sanitario. Y me necesitarán allí.

—La que va a necesitar sus cuidados es usted —dijo Zen.

—¡Coronel, el contador! —replicó Nedra.

La aguja estaba por encima de cien, y continuaba subiendo.

—Vamos, coronel.

Cogiéndole del brazo, Nedra hizo ademán de reemprender la bajada por el pedregoso camino. Zen no se movió. Nedra tiró de él con más fuerza.

—Su vida está en peligro aquí, señor —dijo el hombre alto, cortésmente.

—Eso es de mi incumbencia —replicó Zen—. ¿Qué me dice usted de su propia vida?

—Coronel, quiero presentarle a un amigo mío— dijo la enfermera rápidamente—. Coronel Zen, Sam West. Hablaremos mientras bajamos hacia el grupo sanitario.

—Encantado de conocerle, señor —dijo West, extendiendo su mano.

—Mucho gusto, Mr. West. ¿Vive usted por estos alrededores?

—Por allí —dijo el hombre alto, señalando vagamente por encima de su hombro.

La enfermera volvió a tirar del brazo de Zen. Éste plantó sólidamente sus pies en el suelo.

—Hablaremos aquí mismo —dijo.

—Está usted abusando de Nedra —protestó el hombre alto—. Esta zona se encuentra sometida a una intensa radiación, y no creo que el momento ni el lugar sean los más adecuados para discutir.

—Entonces, ¿por qué están ustedes aquí?

—Estaba huyendo de la zona lo más rápidamente posible cuando encontré a Nedra —dijo West—. Y continuaría huyendo, más aprisa aún, si usted no me hubiese detenido.

—Yo no le he detenido —protestó Zen—. Ahí está el camino. Y lo mismo le digo a usted —añadió, dirigiéndose a Nedra.

—No sea tonto, Kurt —dijo la enfermera. Su actitud se había hecho suplicante.

—De acuerdo. Pero con una condición. ¿Por qué subió usted allí? Sabía perfectamente que la zona estaba contaminada.

—Yo... bueno, perdí la cabeza —respondió rápidamente la enfermera—. Unos hombres heridos necesitaban mis cuidados. Y fui a prestárselos. Bajaré usted con nosotros, ¿verdad?

Los ojos color violeta le suplicaban a Zen que creyera en ella.

—¿Qué fue lo que le hizo perder la cabeza?

—La... la impresión, supongo. Es la primera vez que presencio un bombardeo. Y los gritos de los heridos. No olvide que soy una enfermera, señor.

En sus labios, la palabra «enfermera» adquiría un importante significado. Los ojos color violeta se estaban cansando de suplicar, y parecían a punto de enfurecerse.

—No creo una sola palabra de lo que ha dicho —insistió Zen—. Cuando estábamos en el túnel no perdió usted la cabeza.

—Por favor, Kurt —Nedra volvió a tirarle del brazo—. Allá abajo hablaré con usted todo lo que quiera. Pero no trate de obligarme a permanecer aquí.

De mala gana, Zen cedió a la presión de su mano. Una expresión de alivio se reflejó en los ojos color violeta, y el rostro del hombre alto pareció súbitamente liberado de una tensión interna. Vagamente, Zen pensó que había visto aquel rostro en alguna parte, pero la idea se desvaneció inmediatamente de su cerebro. Cuando llegaron al pie de la colina, condujo a la enfermera hacia un camión donde los médicos habían instalado un puesto de reconocimiento. De pronto, descubrió que Nedra tiraba de él en la misma dirección.

—Yo no necesito que me reconozcan —protestó—. Estoy perfectamente. La radiación no puede haberme afectado en tan poco tiempo.

—Desde luego que está perfectamente —asintió Nedra, en el tono que emplea una madre indulgente para tranquilizar a un chiquillo que se ha lastimado.

—Usted es la única que necesita ayuda —dijo Zen. Estaba convencido de que la enfermera había pasado demasiado tiempo expuesta a la radiación.

—Si la necesito, no me faltará —murmuró Nedra.

Zen oyó el crujido de unas botas detrás de ellos. West guardaba silencio. No parecía tener ninguna prisa.

Zen empezó a hablarle a Nedra. La idea de lo que quería decir no llegaba a concretarse en su mente, ni encontraba palabras para expresarlo, pero sabía que estaba relacionado con el deseo de que el mundo fuera distinto y de que la raza

humana no estuviera tratando de destruirse a sí misma. ¿Por qué experimentaba aquel deseo? El motivo de sus pensamientos se hizo un poco más claro. Deseaba que el mundo fuera distinto a fin de poder amar a aquella enfermera en unas condiciones que permitieran que su amor diera unos frutos que no fueran la frustración, la desesperación y la muerte.

Se encontró a sí mismo deseando que en alguna parte existiera una casita cubierta de enredaderas, un lugar donde un hombre y una mujer pudieran vivir en paz y en razonable seguridad, criando unos hijos que jugaran en la ladera de una montaña que no estuviera contaminada por radiaciones atómicas.

—Aquí está el primer grupo sanitario —dijo la enfermera—. Y...

—¿Y qué? —inquirió Zen, al ver que Nedra no terminaba la frase.

Nedra le apretó cariñosamente el brazo.

—Y gracias por el sueño —susurró.

Mientras Kurt volvía unos ojos asombrados hacia ella, preguntándose cómo podía haber sabido lo que él había estado soñando, el rostro de Nedra pareció disolverse en una neblina gris.

Zen se desplomó, inconsciente, a los pies de la enfermera.

#### IV

El choque contra el suelo pareció devolver inmediatamente la conciencia al coronel. Cuando Nedra empezaba a arrodillarse a su lado, él se estaba ya poniendo en pie. Nedra trató de ayudarlo a levantarse, pero Zen rechazó su mano.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Nedra.

—Nada —dijo Zen. Pero sabía que no era cierto—. Yo... yo... —Trató de recordar lo que había ocurrido—. Me he desmayado, sencillamente.

A Zen le pareció una razonable explicación de todo lo que necesitaba ser explicado.

Pero Nedra parecía opinar de otro modo.

—Los hombres como usted no se desmayan —protestó.

—Yo lo he hecho.

—No se desmayan... a no ser que les suceda algo —continuó Nedra—. ¿Está seguro de que no sufre los efectos retardados del *shock* provocado por la explosión de la bomba? O...

Se interrumpió, como si no se atreviera a expresar la idea que acababa de ocurrírsele. Detrás de ella, West no dijo nada.

—Me he desmayado, eso es todo —dijo Zen, con creciente indignación—. ¿Quién dice que un hombre no puede desmayarse?

En todo aquel asunto había algo confuso. Zen estaba convencido de que la confundida era Nedra.

—Le he visto desmayarse —dijo la enfermera—. Lo único que trato de decir es que tal vez exista un motivo para su desmayo.

—Tonterías —replicó Zen—. No voy a ir al grupo sanitario. No lo necesito. Estoy perfectamente.

—Lo sé —dijo Nedra. Su rostro tenía una expresión preocupada—. Pero, para más seguridad, no sería mala idea que los médicos le echaran un vistazo.

Zen apenas la oyó. Tenía la impresión de que la confusión de Nedra quedaría aclarada dentro de unos instantes. Recordó la confusión que él mismo había experimentado después de inhalar una bocanada de gas enervante, en cierta ocasión. ¿Cuándo había sucedido aquello? Ahora no estaba seguro. Tal vez ocurrió en un remoto pasado, tal vez en algún otro planeta... Sacudió la cabeza.

—Yo creo, coronel...

—No estaba sacudiendo la cabeza a la intención de usted —rectificó Zen.

—Bien. Entonces, iremos a ver a los médicos.

—Tampoco quise decir eso. Estaba sacudiendo la cabeza para aclararla. Tengo una especie de niebla en ella.

—¿Una niebla?

La voz de Nedra tenía un acento de preocupación.



—Sí. ¿Qué hay de anormal en ello? Muchos hombres tienen una niebla en la cabeza... —Le parecía una afirmación razonable—. Muchos hombres tienen que ir al médico de vez en cuando para que les sople la niebla de la cabeza.

Creyendo haber hecho un chiste, se echó a reír.

Nedra no parecía opinar que lo que había dicho Zen resultara divertido. Le cogió del brazo resueltamente.

—Venga conmigo, coronel.

Mientras Nedra le conducía hacia el camión donde se encontraba el puesto de reconocimiento, sucedió algo.

Zen vio claramente.

Lo vio todo.

La capacidad de ver llegó repentinamente, surgida de ninguna parte. Un segundo antes no estaba allí. Un segundo después se había hecho presente. Era como ver con los ojos, excepto que resultaba mucho mejor que la percepción ocular. Con aquella capacidad, no sólo podía ver las superficies, sino también el interior de las cosas. Y la percepción iba acompañada de una plena comprensión de todo lo que veía. Vio que el Universo era tan alto como un hombre, y no más alto. Vio que era tan espacioso como un hombre, y no más espacioso. Vio que era tan ancho como un hombre, y no más ancho.

Vio la raza humana en su totalidad, un hombre y todos los hombres, todos los hombres en un hombre. Simultáneamente, vio la historia entera de la raza, vio el largo viaje que había efectuado desde la llamada materia inanimada hasta el punto en que ahora se encontraba: un ser que miraba a las estrellas. Vio que el destino de la raza residía en aquellas estrellas, y en todo aquel vasto espacio existente entre ellas, si no se destruía a sí misma en el proceso de situarse a la altura de las estrellas. Vio que la raza podía retrotraerse a sí misma a los átomos que la componían, en cuyo caso la prolongada y agotadora lucha para alcanzar el nivel atómico tendría que empezar de nuevo.

Zen sabía también lo que estaba haciendo con aquella clara visión.

Estaba tocando la mente de la raza. Estaba en contacto con el reino de la raza. El conocimiento fue repentina agonía en él, un dolor penetrante como un pinchazo en la región cordial. El dolor resultaba extraño, porque a pesar de que podía sentirlo y sabía que su cuerpo lo experimentaba, no tenía ningún significado para él. Lastimaba su cuerpo, pero no le lastimaba a él.

Su cuerpo estaba alarmado por el dolor, su respiración se hizo más agitada y un leve rastro de sudor apareció en su piel. Pero él no estaba alarmado. Aunque su cuerpo cayera muerto, a él no le afectaría el hecho.

—¿Qué pasa, Kurt? —oyó que decía Nedra. Había captado su agitada respiración y estaba alarmada—. ¿Va usted a desmayarse otra vez?

—No —respondieron los labios de Zen. Su cuerpo se rió de la pregunta. Oyó el sonido de su risa como si fuera suya y no fuera suya. Su cuerpo sabía que iba a

desmayarse. Su risa sonaba hueca y fuera de lugar, pero tampoco aquello le importaba.

Unos soldados estaban alineados en la parte trasera del camión, esperando turno para el reconocimiento.

—Su graduación le faculta para pasar delante —dijo Nedra en tono inseguro.

—En el lugar donde estoy ahora, mi graduación no existe —respondió Zen—. Me pondré en la cola y aguardaré mi turno.

Se mostró sumamente obstinado en aquella actitud.

La enfermera pareció complacida. Zen se preguntó si había dicho algo importante. En su opinión, lo que acababa de decir era obvio. Detrás de él, West era una sombra silenciosa envuelta en un enigma. Incluso con su nueva percepción, su contacto con una forma más elevada de conciencia, Zen no podía percibir claramente a West. En aquel hombre había algo que desafiaba a la penetración y al análisis.

Los hombres situados en la cola delante de él aguardaban su turno, arrastrándose cansinamente hacia adelante cada vez que los médicos terminaban un reconocimiento. Nadie hablaba. Ninguno de los hombres gruñía, ninguno se quejaba. Conociendo a los hombres, Zen comprendió que aquello era ominoso.

Aquellos hombres estaban contaminados. Y sabían que lo estaban. Ante aquel conocimiento, lo demás no tenía importancia. Externamente, su estado parecía normal. Pero en su interior había ocurrido algo. A Zen le pareció que podía ver unas llamas surgiendo de sus cuerpos. Uno de ellos se tambaleaba. A Zen le pareció divisar una chispa luminosa desprendiéndose súbitamente de su cuerpo y ascendiendo hacia el cielo. El hombre cayó. No movió un solo músculo después de chocar contra el suelo.

Nedra echó a andar hacia él. Zen sacudió la cabeza.

—Es inútil —dijo.

—¿Por qué?

Zen señaló hacia el cielo.

—Se ha marchado allí...

Nedra palideció al captar el significado de aquellas palabras.

—Voy a asegurarme.

Se acercó al caído, se arrodilló a su lado y le tomó el pulso. Luego se incorporó.

Un oficial gritó desde el camión y casi inmediatamente aparecieron dos camilleros. Examinaron el cadáver del hombre caído, lo colocaron en la camilla y lo apartaron a un lado del camino. Uno de los camilleros pasó un contador por encima del cadáver. Luego le gruñó algo a su compañero, el cual ató una cinta roja a la muñeca del muerto.

—Subid allí, muchachos, podéis encontrar alguno más —les gritó Zen, señalando hacia la ladera.

—No somos enterradores —fue la respuesta.

Los soldados de la cola se arrastraron cansinamente hacia adelante.

—¡Eh! ¡Ha desaparecido! —dijo Zen repentinamente.

—¿Qué es lo que ha desaparecido?

—Y yo he regresado —dijo Zen.

—No ha ido usted a ninguna parte —objetó la enfermera.

—*Ha desaparecida y he regresado* significan lo mismo —trató de explicar Zen—. Lo que ha desaparecido es mi contacto con la mente de la raza. *He regresado* significa que, de repente, vuelvo a ser normal. Estoy aquí. Miro con mis ojos. Oigo con mis oídos. Y ya no sé todas las cosas.

Estaba aturdido. Pero peor que el aturdimiento era el hecho de que incluso el recuerdo de la experiencia se estaba desvaneciendo. Y esto le producía una sensación de agonía. Le parecía que aquella experiencia era la cosa más importante que le había sucedido en toda su vida.

Y ahora se estaba desvaneciendo. Zen experimentó la sensación de que corría salvajemente tratando de volver a capturarla. Pero sus esfuerzos resultaban inútiles: la experiencia no estaba fuera de allí; no podría encontrarla aunque removiera todo el mundo.

La experiencia estaba dentro de él.

Nedra miró a West y empezó a hablar, pero el hombre alto hizo un gesto conminándola al silencio.

—Saulo en el camino de Damasco —murmuró Zen—. Algo parecido a esto le ocurrió a Saulo en el camino de Damasco.

—Kurt... —dijo Nedra.

De nuevo, el hombre alto la conminó a callar. West, con su aspecto de rudo campesino, parecía percibir el torbellino que giraba en el interior de un ser humano, y, más todavía, su actitud revelaba comprensión y simpatía.

—He establecido contacto con la mente de la raza —dijo Zen—. Pero ahora ha desaparecido —añadió, tristemente.

—Colócate delante del objetivo, soldado —gruñó una voz detrás de él. Volviéndose, Zen vio que le había llegado el turno. El teniente que acababa de llamarle la atención vio el águila en el casco de Zen y se apresuró a disculparse—: Perdone, señor.

—No tiene importancia —dijo Zen.

Por un instante, como ideas en conflicto que pugnaban por expresarse en él, se preguntó quién era y por qué estaba allí. Luego recordó lo que había sucedido. Sus reacciones volvieron a normalizarse y se colocó en posición delante del objetivo. En el interior del camión zumbó un transformador. Aunque no podía sentirlo, sabía que una poderosa corriente de radiación estaba pasando a través de su cuerpo y que un contador registraba la radiactividad que había absorbido. El teniente estudió las cifras y luego miró a Zen.

—Está usted perfectamente, señor.

Parecía intrigado.

—No hay radiactividad, ¿eh?

—No, señor. Francamente, no lo comprendo. Sí, tiene usted una leve exposición, pero nada grave.

—Cuando estalló el cohete me encontraba en el túnel de una antigua mina — explicó Zen.

—Será eso. Ha tenido usted mucha suerte, señor. El siguiente.

Cogiendo el brazo de Nedra, Zen la situó delante del objetivo. La experiencia con niveles más altos de conciencia había borrado de su mente, y volvía a ser un oficial del servicio de información.

—Teniente, reconozca a esta mujer. ¡Es una orden! —dijo Zen, ignorando las protestas de Nedra.

—Sí, señor —dijo el asombrado oficial.

Detrás de ellos, West les contemplaba con una leve sonrisa de aprobación en los labios.

El teniente alzó la mirada de sus aparatos.

—Está perfectamente —dijo.

—¿Seguro?

—Desde luego. ¡Este contador no miente! —afirmó calurosamente el oficial.

Nedra estaba indignada. Sus ojos color violeta miraban al coronel con una expresión enfurecida. Zen no pareció darse cuenta. En su interior, se sentía enormemente aliviado. ¡Nedra había regresado viva! ¡Estaba ilesa! Ahora, Zen sabía a qué atenerse. Ningún mortal corriente podía haber permanecido tanto tiempo en la zona contaminada y salir de ella ileso. No le importaba su enojo. A continuación se volvió hacia West.

—¡Ahora, usted!

No sabía la clase de respuesta que esperaba del hombre alto. Pero, ante su sorpresa, West sonrió.

—Con mucho gusto, coronel.

Sin vacilar, West se colocó delante del objetivo.

—Aunque estoy convencido de que la contaminación no me ha alcanzado, prefiero seguir su ejemplo y asegurarme de ello.

El teniente volvió a estudiar sus aparatos y volvió a alzar la mirada. En su rostro había una expresión de perplejidad.

—Tres incontaminados, uno detrás de otro. Hasta ahora no había encontrado ninguno.

Su mirada se volvió hacia la ladera donde había estallado la bomba.

—¿Significa eso que estoy bien? —preguntó West.

—Desde luego —respondió el teniente—. Que me aspen si lo entiendo.

—Yo estaba también en un agujero —dijo West. Parecía divertido por algo sólo conocido por él.

El teniente se animó.

—En tal caso, lo comprendo.

«Ojalá pudiera comprenderlo yo», se dijo Zen. Estaba convencido ya de que Nedra pertenecía a la nueva gente. En cuanto a West, era un enigma. No sabiendo el tiempo que West había estado expuesto a la radiación, Zen no podía llegar a una conclusión definitiva acerca de él. Pero no estaba del todo tranquilo.

—Coronel, ha sido un verdadero placer conocerle —dijo West, avanzando hacia Zen con la mano extendida. Zen tuvo la impresión de que la mano del hombre podía convertirse en una verdadera trampa para osos, si West se lo proponía—. Tal vez volvamos a vernos, señor.

Las palabras eran una afirmación, no un interrogante. Una enigmática sonrisa distendía los labios del hombre.

—¿Quién sabe si nos encontraremos de nuevo? —dijo Zen, encogiéndose de hombros—. Generalmente, cuando la gente se despide en estos tiempos, se despide para siempre.

—Lo sé. —En el arrugado rostro de West se reflejó una intensa tristeza—. Es una lástima que las cosas tengan que ser así. Bueno la experiencia es una escuela difícil, pero el *homo sapiens* parece incapaz de aprender en cualquier otra.

—Es la guerra —dijo Zen.

—No estoy de acuerdo con usted —dijo West—. La guerra es sólo un síntoma de la enfermedad, no es más que una expresión humana. La guerra en sí misma no es culpable, sino el hombre. Aunque, en realidad, ningún hombre puede ser considerado como culpable, ya que la humanidad se encuentra en una fase de crecimiento.

Momentáneamente, el recuerdo del contacto con la mente de la raza volvió a la conciencia de Zen.

—Lo sé —dijo. Luego vaciló—. Por lo menos, lo he sabido alguna vez.

—¿De veras? ¿Cuándo?

—Allí, en la ladera, lo sabía. Pero ahora he olvidado lo que sabía.

Zen hablaba lentamente. Estaba tratando de recordar... o de olvidar, no sabía exactamente cuál de las dos cosas.

—Adiós, señor —dijo West—. Nedra, me gustaría hablar un momento con usted antes de marcharme. Con su permiso, desde luego, coronel Zen.

—No faltaría más... —dijo Zen.

Contempló a la enfermera y al hombre alto mientras avanzaban unos pasos por el camino. Hablaban en voz demasiado baja para que Zen pudiera enterarse de su conversación. Luego se separaron. Nedra volvió al lado de Zen.

—¿Vive West por estos alrededores? —preguntó el agente del servicio de información.

—En realidad no lo sé —respondió la enfermera—. Creo que sí, pero no estoy segura.

—Un lugar muy duro para vivir en él.

—Por lo que sé de West, creo que es capaz de vivir en cualquier parte.

—¿Le conoce usted bien?

Los ojos color violeta le miraron, pensativamente.

—Está usted haciendo muchas preguntas, señor.

—Y voy a hacerle muchas más.

—Mi número de teléfono, sin duda. Lo siento, pero no tengo teléfono. Desde luego, si tuviera un número de teléfono, se lo daría con mucho gusto.

Zen notó que una cálida oleada invadía su cuerpo ante aquellas palabras. El sueño que en un momento dado había compartido con millones de otros hombres, de una esposa y unos hijos, llenó de nuevo su mente. Si pudiera elegir libremente, iría con aquel sueño.

Pero sabía que no podía elegir libremente. En realidad, dudaba de que pudiera elegir, sencillamente. Lo mismo que todos los hombres. La historia había barrido la época en que aquel sueño podría ser realizado.

«Nedra es inmune a la radiación», pensó Zen, cuando la enfermera se hubo marchado para incorporarse a su unidad. Esto, en sí mismo, era de suficiente importancia para atraer y retener el interés de las alturas militares y científicas. Tal vez los soldados podrían ser también inmunizados. Tal vez, por algún imposible capricho de la suerte, podría encontrarse un medio para que los obreros regresaran a unas fábricas abandonadas, a unos almacenes que llevaban demasiado tiempo cerrados. Ello podría significar materiales y suministros para unas tropas que andaban desesperadamente escasos de ellos, y para una población civil que empezaba a sentir los efectos del hambre.

Un ser humano que había alcanzado la inmunidad a la radiación, era lo bastante importante como para merecer toda su atención. Al mismo tiempo, existían muchas posibilidades de que Nedra perteneciera a la misteriosa nueva gente. Y había en ella algo que le interesaba a Zen todavía más. Ignoraba lo que era, exactamente, pero sospechaba que tenía que ver con el futuro, con un mundo distinto al único que él conocía. O con otro universo. El recuerdo de su contacto con la mente de la raza pasó de nuevo por su conciencia.

Ahora sabía lo que iba a hacer en lo que respecta a Nedra. Presentía cuál iba a ser el próximo movimiento de la muchacha. Y esperaría a que lo efectuara.

Encontrar un fusil no fue difícil. En el camino había muchas armas abandonadas. Las cartucheras de un soldado muerto estaban llenas de munición. Zen cogió las cartucheras. Empuñando el fusil, se dirigió hacia el arroyo que murmuraba en el fondo de una quebrada. El agua era clara y fría, pero las truchas muertas que flotaban en la superficie indicaban que estaba contaminada.

Buscando un lugar desde el cual pudiera vigilar la quebrada, Zen avanzó por una de las laderas. A través de los pinos veíase un borroso sendero.

«Un antiguo tendido de carriles para las vagonetas», pensó Zen. Los raíles habían sido arrancados hacía mucho tiempo, las traviesas se habían podrido y la hierba había cubierto el camino. Apenas se había instalado en un lugar favorable para observar la quebrada, cuando una piedra rodó por el antiguo camino.

Poco después, Nedra pasó por delante de su escondite.

Zen permaneció agazapado hasta que la muchacha se encontró a cierta distancia. Entonces se dedicó a seguirla.

El sendero trepaba lentamente por la ladera dando vueltas y revueltas. Cuando llegó al lindero del bosque, Zen divisó un terraplén de roca amarilla, el vertedero de una antigua mina, y comprendió por qué había sido trazado aquel tendido para las vagonetas. Más allá había probablemente un pueblo fantasma.

Nedra continuaba avanzando por el antiguo camino.

Zen sentía aumentar su excitación. Estaba convencido de que la enfermera le

conducía directamente al escondrijo de la nueva gente.

En aquellas montañas, un pequeño grupo podía ocultarse indefinidamente. El alimento podía llegar a convertirse en un problema, pero abundaba la caza: gamos, venados y osos, y algunos de los valles altos habían sido tierras de cultivo antes de la guerra. Unos cuantos pioneros osados sobrevivieron siempre en aquella selvaticidad. Si ellos pudieron hacerlo, también la nueva gente podía sobrevivir allí.

Desde luego, tenían que haber eludido a las patrullas de Cuso, que merodeaban en busca de provisiones y de mujeres. Pero no debió resultarles demasiado difícil.

El pueblo fantasma estaba a la vista.

Rodeando una antigua mina, un triturador y un concentrador, el pueblo fantasma estaba también en ruinas. Pero, al contrario de tantas pequeñas ciudades, las ruinas no eran consecuencia de un ataque, sino obra de la naturaleza. Las nieves del invierno habían amontonado su carga sobre unos débiles tejados, las lluvias habían podrido los maderos, con el resultado de que muchas de las casas se habían derrumbado, sencillamente. La maleza crecía en los umbrales, y los arbustos habían arraigado en las calles.

Nedra andaba por *el* centro de la que en otro tiempo había sido calle principal. Su paso era seguro, y parecía saber exactamente adonde iba.

El hombre andrajoso apareció en la puerta del garaje a la izquierda de Nedra. Se dirigió a ella, llamándola. Nedra dio un respingo al sonido de la voz, miró al hombre y continuó andando.

—¡Eh! ¡Espera un momento, preciosa! —gritó el individuo, lo bastante alto como para que Zen pudiera oírle. Luego salió del umbral y se dirigió hacia Nedra. La muchacha se volvió para enfrentarse con él.

Kurt Zen alzó el fusil, pero inmediatamente volvió» a bajarlo. No sólo tenía una gran confianza en la capacidad de Nedra para protegerse a sí misma, sino que deseaba ver lo que iba a ocurrir.

El lazo, arrojado con la habilidad de un vaquero, llegó del lado opuesto de la calle. Cayó sobre los hombros de Nedra e inmovilizó sus brazos contra sus costados. Un fuerte tirón, y la muchacha cayó al suelo.

El hombre que había salido del umbral del garaje saltó hacia ella. Unió las manos de la muchacha a su espalda y empezó a registrarla, buscando un arma.

El hombre que había arrojado el lazo salió de su escondite para ayudar a su compañero. Era muy bajo y tenía las piernas arqueadas.

Zen apoyó la culata del fusil contra su hombro. Aunque no había disparado nunca aquella clase de arma, a la distancia en que se encontraba del grupo no podía fallar.

El grito de Nedra llegó a sus oídos.

—¡Coronel! ¡Cuidado!

Desconcertado y sorprendido, Zen bajó el fusil. ¡Nedra sabía que la estaba siguiendo y que se encontraba muy cerca de ella! ¿Cómo había sabido que la seguía? ¿Por qué le había permitido hacerlo? Más importante aún, ¿adonde le estaba



conduciendo? Y, ¿por qué trataba de salvarle, cuando su propia vida estaba en peligro?

Aunque supiera que Zen la estaba siguiendo, era evidente que ignoraba la presencia de aquellos hombres allí. No había ido a reunirse con ellos. Entonces, ¿cuál era su propósito al trepar a aquel pueblo fantasma situado en unas montañas selváticas ya recorridas por los hombres de Cuso?

El primero de los rufianes se estaba poniendo en pie. Zen apuntó la mira del fusil al centro de su andrajosa chaqueta.

—*¡Deje caer el arma!* —dijo una voz detrás de él.

Más sorprendente incluso que la orden era el hecho de que Zen conocía la voz que acababa de hablar. O creía conocerla. Soltó el fusil.

—Ahora, levante las manos.

Zen obedeció.

—Hola, Jake —dijo.

Detrás de él resonó una exclamación de sorpresa.

—¿Cómo diablos me has reconocido?

—Por la voz —respondió Zen—. ¿Puedo volverme ahora?

—Desde luego. Desde luego. Pero, ¿qué diablos estás haciendo aquí?

Al volverse, Zen vio el rifle automático que le apuntaba. El arma oscilaba ligeramente y el hombre que la empuñaba parecía algo confuso. Su rostro estaba cubierto por una negra pelambrea y unos largos cabellos asomaban por debajo de un baqueteado casco.

—Me alegro mucho de volver a verte, Jake —dijo Zen, avanzando hacia el hombre con la mano extendida e ignorando el rifle automático.

—¡Kurt Zen! No te había visto desde... desde...

—Desde la noche de Denver —dijo Zen. Se estremeció de horror al recordar lo sucedido aquella noche. Un bomba había reducido la ciudad a escombros.

—Sí, eso es. Sí. Creí que te habían pescado aquella noche, Kurt.

—Lo mismo pensé yo de ti. ¿Qué estás haciendo aquí? Y, ¿qué... qué le sucedió a Marcia?

Inmediatamente de haber formulado la pregunta, Zen se mordió los labios, lamentando su curiosidad. Al oír el nombre, los ojos de Jake empezaron a cambiar, pasando alternativamente de la comprensión a la confusión y viceversa. En un momento determinado, los ojos miraron a Zen y el hombre recordó y apreció al coronel. Un instante después, ni los ojos ni la mente que había detrás de ellos le reconocieron. Zen era entonces un desconocido, al cual había que tratar con recelo, temor y, posiblemente, destruir. Cuando Zen le había conocido en Denver, Jake era un joven aviador. Marcia y él acababan de casarse y estaban muy enamorados.

—Ella... ella... —La voz era dolorida—. La radiación acabó con ella. —Por un instante, el recuerdo era verdadero. Pero había demasiado dolor en el recuerdo para que aquel hombre se enfrentara con él. El recuerdo se desvanecía. Sólo quedaba el

dolor—. ¿Marcia? ¡Oh! Está muy bien. En mi próximo permiso, tendremos una segunda luna de miel. —Los ojos del nombre parecieron iluminarse—. Puedo verla ahora, esperándome. En mi próximo permiso tienes que venir conmigo, Kurt...

Zen hubiese podido dominarle. Hubiese podido arrancarle el rifle de sus manos sin que Jake protestara. Pero, no hizo nada. El dolor del hombre era demasiado real para lastimarlo más.

—¿Qué pasa aquí? —inquirió una voz ruda.

Era el hombre de la chaqueta andrajosa. Nedra y el individuo que arrojó el lazo habían desaparecido. No existía ningún indicio del lugar al cual se habían dirigido. El hombre de la chaqueta andrajosa estaba muy delgado. Sus dientes recordaban los colmillos de un lobo, pero sus ojos tenían un extraño brillo, con una eterna expresión de hostilidad y suspicacia. Empuñaba una metralleta, con la cual apuntaba a Kurt.

—¡Oh! Hola, Cal. Yo... —Jake vaciló—. Éste es un viejo compañero mío. Le conocí allá abajo... Le conocí cuando... Es de toda confianza.

Los ojos de Cal decían que no creía una sola palabra de lo que acababa de oír. Miró a Zen de arriba abajo. El cañón de la metralleta continuó apuntando al estómago del agente del servicio de información.

—¿Qué está usted haciendo aquí?

—Tal vez me he cansado de ver cómo van las cosas allá abajo —respondió Zen.

No mentía. Estaba *cansado* de ver cómo iban las cosas. Lo mismo que otros millones de hombres.

Los ojos de Cal revelaron que no le creía. Zen se dio cuenta de que el hombre barajaba distintas posibilidades en su mente. Se sentía inclinado a utilizar la metralleta. Arrojar otro cadáver al barranco sería una fácil solución al problema planteado por un intruso.

—¿Cómo van las cosas allá abajo? —preguntó.

—Mal —dijo Zen, sin faltar tampoco a la verdad.

—¿Qué ha sido el estruendo que se ha oído esta mañana?

—Cuso ha disparado un cohete atómico.

Los ojos de Cal reflejaron un evidente interés.

—¿Qué había por allí que justificara el lanzamiento de un cohete?

—Una columna de tropas destinada a localizar el escondrijo de Cuso —respondió Zen—. Por lo visto, a Cuso no le gustó la idea.

—Es natural —dijo Cal—. ¿Iba usted con esas tropas?

—Sí.

—¿Dónde están ahora?

—Han vuelto a bajar la colina para morir —respondió Zen.

—¿Por qué no se marchó usted con ellos?

—Estaba cansado —dijo Zen.

Agitó sus manos en un gesto que intentaba explicar que un hombre llega a cansarse y busca un lugar donde pueda reposar una temporada. Cal gruñó. Lo

comprendía perfectamente.

—¿Está usted contaminado? —inquirió.

—No. Los médicos me reconocieron poco antes de desertar.

—¿Y hay otros allá abajo dispuestos a refugiarse en las colinas?

—La mayoría de ellos están demasiado cerca de la muerte para efectuar ese esfuerzo. ¿Por qué desertar, cuando se está contaminado?

—El cohete acabó con un montón de ellos, ¿eh?

—Los que no murieron a causa de la explosión, fueron víctimas de la radiactividad.

—¿Cree usted que la contaminación del paso impedirá la llegada de más tropas?

—Desde luego.

—Bueno, si los coroneles desertan, es que las cosas van realmente mal. Esto es interesante. —Cal hizo oscilar la metralleta, pero el cañón no apuntaba ya al estómago de Zen—. ¿Qué busca usted por aquí?

—Un lugar donde ocultarme.

—¿Por cuánto tiempo?

—¿Cómo puedo saber lo que durará esto? —respondió Zen—. E incluso cuando termine, no quiero regresar allí y andar sobre esqueletos.

—¿Andar sobre esqueletos?

—Es lo único que quedará.

—Entonces, ¿cree usted que los asiáticos ganarán?

—Tengo el presentimiento de que también en Asia abundarán *más* los esqueletos que cualquier otra cosa. No, no creo que ganen. Esta vez no creo que gane nadie, a excepción de los que tengan el suficiente sentido común para ocultarse.

Jake despertó de su ensueño y apoyó una mano en el hombro de Cal.

—Kurt es de toda confianza —dijo.

Era evidente que Cal no tenía una opinión muy elevada de aquella recomendación.

—Es compañero mío —continuó Jake—. Vamos a dejar que se una a nosotros. Es un buen elemento. Además, él y yo éramos compañeros. Y había una chica...

Se interrumpió súbitamente y empezó a murmurar en voz baja, atormentado de nuevo por el recuerdo de su esposa.

—¿Iba usted con esa mujer? —preguntó Cal.

—¡Kurt no ha ido con esa mujer en su vida! —gritó Jake—. ¡Era mía! ¡Mía!

—Cállate, imbécil.

—Díselo, Kurt. Dile que Marcia era mía.

—Desde luego, Jake —le tranquilizó Zen—. Todo el mundo sabe que Marcia y tú os pertenecíais mutuamente. Cal y yo estábamos hablando de otra mujer.

—¡Oh! Eso es distinto. Pero no quiero oír decir a ninguno de vosotros que Marcia no me pertenece.

Cal parecía dispuesto a disparar contra Jake.

—¡Cállate de una vez, y no te metas en ésta! —aulló.

—Lo único que trataba de decirte es que Kurt es amigo mío.

—De acuerdo, ya me lo has dicho. Ahora, cierra el pico. —Cal se volvió de nuevo hacia Zen—. ¿Qué hay de esa mujer, coronel? ¿Iban ustedes juntos?

—No —respondió Zen.

—Pero ella gritó advirtiéndole a usted cuando Ed y yo la agarramos.

—Lo sé. La oí gritar.

—¿De veras?

El dedo índice de Cal se encorvó alrededor del gatillo de la metralleta.

—Sí. Estaba siguiéndola, pero ignoraba que ella sabía que la seguía hasta que gritó.

—¡Oh! —Cal mantuvo el dedo sobre el gatillo—. ¿Por qué la seguía usted?

—No eso estúpido! —estalló Zen—. ¿Por qué sigue un hombre a una mujer como ésa?

En el rastro lobuno de Cal se reflejó la sombra de una sonrisa. Se relamió los labios, dando a entender que había comprendido.

—No se lo reprocho. Pero, ¿por qué ha subido ella aquí?

—No lo sé —dijo Zen—. Ni creo que importe demasiado. En cuanto se haga de noche...

—¿Cree usted que puede ser una espía de Cuso que se dirige a su campamento para informar?

Zen se quedó con la boca abierta. Aquélla era una idea que no había pasado por su mente. Y sabía que los asiáticos tenían espías en todos los lugares donde podían introducirlos. La supervivencia de Cuso dependía en gran parte del conocimiento de la cantidad de soldados lanzados contra él, de su armamento y de los pasos montañosos que utilizaban.

—Veo por su cara que ni siquiera se le había ocurrido la idea —dijo Cal—. Entonces, ¿qué vendría a hacer aquí esa mujer?

—Lo ignoro. Me di cuenta de que subía el sendero a cosa de una milla de distancia. En cuanto a lo que está haciendo, tal vez se ha cansado también de cómo van las cosas, y ha decidido ocultarse en las montañas.

—¿Una mujer viviendo en estos parajes?

—Algunas mujeres se hacen la ilusión de que pueden convertirse en un Robinson Crusoe femenino.

—También es posible que ella tenga otra idea —dijo Cal.

Zen se encogió de hombros.

—El saberlo puede ser importante para nosotros —añadió Cal.

—Entonces, lo mejor que podemos hacer es preguntárselo —dijo Zen. Todavía estaba impresionado por la idea de que Nedra pudiera ser una espía.

—¿Quiere usted preguntárselo? —inquirió Cal.

—Desde luego.

—De acuerdo, hará usted las preguntas y yo escucharé. Y no se le ocurra planear ninguna jugarreta. —Su dedo índice se curvó alrededor del gatillo de la metralleta—. Recuerde que si se presentara una patrulla buscando a un desertor, no vacilarían en disparar sobre él. Yo les haría un favor si me anticipara a ellos...

—He borrado todos los rastros —dijo Zen—. Nadie me buscará.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—He cambiado mi chapa de identificación con un muerto, que había sido un GI. Estaba completamente destrozado y nadie podrá reconocerle. Cuando los camilleros le encuentren, recogerán mi chapa de identificación y otro coronel pasará a engrosar la lista de los muertos en campaña. En cuanto al GI, figurará como desaparecido.

—Una buena treta —dijo Cal, en tono de aprobación. Por primera vez, Zen captó un acento de admiración en la voz del hombre andrajoso.

Nedra estaba apoyada contra lo que en otro tiempo había sido el banco de un taller de reparación de automóviles. Iba sin casco, tenía los cabellos alborotados y su túnica aparecía rota. Sus ojos se iluminaron cuando Zen apareció en el umbral. Profiriendo un grito de alegría, echó a correr hacia él.

El hombre patizambo no pareció compartir la alegría de Nedra al ver al coronel.

—¡Quieta! —aulló. Y volviéndose hacia Zen, inquirió—: ¿Quién diablos es usted?

Cal, que había entrado en aquel momento, dijo:

—Ed, éste es Kurt. Va a unirse a nosotros.

La expresión de los ojos de Ed era veneno puro.

—Puede unirse a nosotros, pero no durará mucho. Esta mujer es mía. Yo la vi primero.

Zen lamentó profundamente no tener ya el fusil. Algunos gusanos no merecen vivir. Pero el arma estaba en manos de Jake. Y aunque probablemente podría apoderarse del fusil, Cal seguía empuñando la metralleta con mano firme.

—Esa mujer no es mía, ¿se entera? —le dijo a Ed—. En lo que a mí respecta, puede usted quedarse con ella.

—Bueno, eso es distinto —dijo Ed, tranquilizado.

Si las palabras de Zen tranquilizaron a Ed, ejercieron un efecto completamente opuesto sobre Nedra. Abrió la boca con la intención de decir algo, pero volvió a cerrarla inmediatamente, con un visible esfuerzo para tragarse unas palabras que ninguna dama debía pronunciar.

Cal se echó a reír.

—Ed se muestra muy susceptible en lo que concierne a sus mujeres. Pero eso no debe importarle a usted. Pregúntele qué ha venido a hacer aquí.

—Nada que les importe a ninguno de ustedes —replicó Nedra.

Zen se encogió de hombros y extendió sus manos como diciendo que no había nada que hacer con aquella fierecilla.

Cal asintió.

—Resolveremos este asunto más tarde. —Su tono indicaba que estaba absolutamente convencido de descubrir lo que deseaba saber—. Ahora vamos a cenar. Jake, manos a la obra.

Jake cruzó la calle y entró en otra casa, seguido por el grupo. Cal cerraba la marcha. En medio, Ed llevaba a Nedra cogida del brazo.

Al verlo, Kurt Zen volvió a lamentar el encontrarse desarmado.

## VI

La cena consistía en unos trozos de carne, que Jake guisó en una gran cacerola. Comieron en la mesa de la cocina.

—Por aquí abunda el ganado salvaje —explicó Cal—. Ésta era una buena región ganadera. Y quedan los restos de algunos rebaños. Las reses han aprendido a defenderse de los pumas.

Zen estaba ocupado vigilando a Ed. El patizambo seguía ávidamente todos y cada uno de los movimientos de Nedra, y procuraba estar lo más cerca posible de ella. Insistió en sentarse a su lado en la mesa.

Zen se mantenía silencioso. En su interior, se sentía profundamente preocupado. La noche empezaba ya a arrojar sombras sobre las montañas. ¿Qué sucedería cuando cayera la oscuridad? Tratando de alejar aquellas ideas de su mente, se encontró a sí mismo preguntándose si sería capaz de romperle el cuello al patizambo con las manos desnudas. Decidió que podía hacerlo, y que le gustaría hacerlo, pero que también le gustaría continuar con vida después de hacerlo.

—Las muchachas que andan por las montañas tienen que aceptar lo que les suceda —dijo.

Nedra le ignoró. Ed le miró con una expresión de ira. Cal dejó oír una risita, pero continuó comiendo, sin decir nada. Jake comía como si no supiera lo que estaba haciendo ni dónde se encontraba. De cuando en cuando, miraba hacia el noroeste y blandía el puño en aquella dirección. Zen sabía que, en lo profundo de su mente enferma, Jake estaba soñando en lo que les haría a los asiáticos. Recordando a Marcia, Zen no se lo reprochó.

Ed trató de arrastrar a la enfermera hacia el destartado sofá que había en la habitación, pero ella se zafó del patizambo y se sentó en una lata de pólvora vacía, ante la mirada de disgusto de su pretendiente. Dos personas no pueden sentarse en la misma lata. Jake lavaba los platos en la cocina y luchaba contra unos imaginarios asiáticos. Cal encontró un asiento en un rincón, una posición que le permitía observar a todos los que se encontraban en la habitación. En el exterior, una lechuza siseó.

Ed dio un respingo al oír aquel sonido, cogió la mano de Nedra y trató de arrastrar a la muchacha hacia una escalera que conducía a algún desván. Cal se puso en pie y avanzó hacia la puerta.

—¡Déjeme en paz! —dijo Nedra.

—Pero, querida, tengo que sacarte de aquí... —apremió Ed. El patizambo estaba al borde del pánico.

—¿Por qué?

—Porque el siseo de la lechuza es una señal. Los tipos que van a venir te separarán de mí —explicó Ed.

—Estupendo —dijo Nedra, aliviada—. Después de todo, en el mundo existe la

justicia.

El tono de su voz revelaba que había empezado a dudar de aquello.

—Pero usted no sabe quiénes son esos tipos —protestó Ed.

—No me importa quiénes puedan ser. En estos momentos, acogería con gusto al propio Satanás.

Las palabras iban dirigidas a Ed, pero Nedra miró a Kurt Zen mientras hablaba. Zen no trató de defenderse de la implícita acusación.

—¡Maldita sea! ¡No voy a permitir que la separen de mí? —gritó Ed.

Cogió de nuevo la mano de la enfermera, para arrastrarla hacia la escalerilla. Nedra le golpeó en la boca.

Enfurecido, con los puños cerrados, el patizambo se lanzó contra ella. Nedra se escondió detrás de Zen.

—Déjala en paz, Ed —ordenó Cal.

—¡Es mía, me pertenece! —gritó Ed—. Sabes perfectamente que fui el primero en verla. ¡Tú mismo lo dijiste!

El patizambo estaba fuera de sus casillas.

—Si el teniente decide que la quiere para él, probablemente serás el primero en morir —comentó el hombre andrajoso. Luego se encogió de hombros—. Sin embargo, se trata de tu entierro, no del mío. Aunque lo más probable es que ni siquiera *te* entierren.

La lechuza volvió a sisear, esta vez junto a la casa. Cal abrió la puerta. Entraron un teniente y cuatro soldados. Zen vio los sucios uniformes y los ojos almendrados en unos rostros amarillos y supo que se trataba de unos hombres de Cuso. Al entrar en la habitación, el teniente asumió el mando.

—¿Quién es ése? —inquirió, señalando a Zen. No había visto aún a Nedra, que continuaba detrás de Kurt.

—Un coronel que ha abierto los ojos a tiempo y se ha puesto de nuestro lado —respondió rápidamente el hombre andrajoso.

—Bien. Cuso se alegrará de hablar con él.

La mueca del teniente no dejaba lugar a dudas acerca del significado que se ocultaba detrás de sus palabras. Los métodos de Cuso para extraer información de cualquier persona lo bastante descuidada como para caer en sus manos eran muy conocidos.

—Será un privilegio hablar con el gran caudillo de las fuerzas asiáticas —dijo Zen.

Notó que el sudor empezaba a empapar su cuerpo. En cuanto había aparecido el teniente, supo que Cal era un espía que suministraba información a Cuso.

—Estoy convencido de que Cuso opinará lo mismo en lo que a usted respecta —dijo el teniente. Su rostro se contrajo al ver a Nedra detrás del coronel. Alzó el rifle que empuñaba—. ¿Quién es esa mujer? —preguntó.

—Una enfermera que también se ha unido a nosotros —se apresuró a explicar



Cal.

—¿Qué está haciendo detrás de ese hombre?

—Ed quería que subiera al piso con él, y ella se ocultó detrás del coronel — explicó Cal.

Un tic había hecho su aparición en la mejilla derecha del hombre andrajoso.

—¡Oh! —exclamó el teniente—. Acérquese, por favor.

Cuando Nedra se colocó al lado de Zen, los labios del teniente se distendieron en una sonrisa.

—Ssssí. ¡Oh, sssí! Cuso querrá hablar con ella, estoy absolutamente convencido.

Ed, pálido como un muerto, empezó a protestar. Pero echó otra mirada al rifle que empuñaba el asiático y cambió de idea. El castañeteo de sus dientes se hizo audible en toda la habitación.

—¿Por qué haces ese ruido? —inquirió el teniente, mirándole.

—Hace... hace mucho frío aquí —tartamudeó Ed.

Mientras el patizambo hablaba, Zen se dio cuenta de que la temperatura de la habitación había descendido más de lo que parecía razonable. El haber abierto la puerta, con la consiguiente entrada del aire fresco de la noche, no justificaba el repentino descenso de temperatura de la habitación.

Aquel frío era distinto a cualquiera de los que Zen había experimentado hasta entonces. Parecía iniciarse en la medula de los huesos y abrirse camino hacia afuera, alcanzando la superficie de la piel en último lugar.

—Quiero comer —dijo el teniente.

—Desde luego —asintió inmediatamente Cal—. ¡Jake! ¡Comida para el caballero!

Jake, con ojos enturbiados, estaba de pie ante la puerta que conducía a la cocina. La expresión de su rostro indicaba que estaba a punto de echarse encima de los asiáticos.

—¡Métete en la cocina! —gritó Cal.

—Bueno, bueno, de acuerdo —dijo Jake, desapareciendo de la vista.

—Ese tipo no está bien de la cabeza —comentó el teniente.

—Sólo está un poco atontado —dijo Cal, a la defensiva.

El teniente frunció los labios.

—Me olvidé de mencionar que he dejado a algunos de mis hombres fuera.

—Hágales entrar —se apresuró a decir Cal—. Probablemente estarán hambrientos. Y tendrán frío.

—Creo que voy a dejarlos donde están —dijo el teniente—. Han instalado una ametralladora en el extremo de la calle.

—Comprendo —dijo Cal.

—La ametralladora cubre esta casa —continuó el oficial.

—¡Oh! —murmuró Cal.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Comprendía perfectamente lo que el

teniente había querido sugerir.

A Kurt Zen le pareció que la temperatura de la habitación había descendido otros diez grados. También él estaba temblando bajo los efectos de aquel extraño frío que nacía en la medula de los huesos y se extendía hacia afuera.

De todos los presentes en la habitación, Nedra era la única que no parecía sentir los efectos del frío. Sus ojos brillaban y en su rostro había un cálido fulgor. Zen la observó por el rabillo del ojo. ¿Acaso ignoraba que había escapado de Ed sólo para caer en manos de los hombres de Cuso?

—¿Qué le ha sucedido? —susurró al oído de Nedra.

Vueltos hacia él, los ojos de la muchacha tenían un brillo que parecía proceder de alguna luz que había empezado a arder súbitamente dentro de ellos. El brillo se trocó de púrpura en violeta, y luego en ultravioleta. Después de aquello, Zen no pudo ver ya el brillo, pero sospechó que había alcanzado unas cotas aún más elevadas. Lo más sorprendente era el hecho de que Nedra no estaba ya asustada. Como si la confianza hubiese descendido repentinamente sobre ella.

—¿Qué cree usted que me ha sucedido?

Su voz también había cambiado. Toda la tensión había desaparecido de ella. Semejaba ser la dueña de la situación, y saberlo.

Jake salió de la cocina.

—He captado unas vibraciones —anunció, con un estremecimiento en la voz.

—Vuelve a la cocina —ordenó Cal, mientras el teniente alzaba su arma.

—Sólo estoy tratando de decirte algo...

—Quien va a decirte algo soy yo, si no te metes pronto en la cocina —amenazó Cal.

La mirada de Jake recorrió la habitación, aunque era evidente que prestaba más atención a alguna visión o sonido internos que a las personas presentes.

—¡Ahueca! —gritó Cal.

Jake volvió a meterse en la cocina.

El teniente inclinó el cañón del rifle. Ladró una orden a los hombres que le acompañaban, los cuales se alinearon de espaldas a la pared. El oficial avanzó hacia el hogar y se instaló en una silla.

—¡Tú! —dijo—. ¡Quítame las botas!

Se dirigía a Zen. Kurt midió la distancia hasta la mandíbula del teniente. Por el rabillo del ojo, observó la posición de los soldados asiáticos.

«Demasiado arriesgado —pensó—. Tengo que vivir. Tal vez se me presente una oportunidad».

Cuando empezaba a arrodillarse, tropezó con Nedra, que estaba ya en el suelo deshebillando las botas del oficial.

—Si prefieres hacerlo tú, por mí, encantado —dijo el teniente, sonriendo.

—Es un privilegio, señor —respondió la muchacha.

Tiró de la pesada bota y luego del recio calcetín.

La probabilidad de que le hubiera salvado la vida a Zen era muy grande. Kurt se sintió invadido por una oleada de rabia ante su propia indefensión.

La sensación *de* frío en la medula de sus huesos estaba apareciendo de nuevo. Más fuerte ahora. Se dio cuenta de que las manos de Cal estaban temblando. Los dientes de uno de los soldados apoyados contra la pared castañeteaban audiblemente. Un segundo soldado parecía a punto de dormirse.

Zen descubrió, mientras bostezaba, que también a él le estaba entrando sueño. El teniente, sentado directamente enfrente de él, estaba asintiendo.

¡Todo el mundo tenía sueño! ¿Por qué? ¿Acaso había sido introducido en la habitación algún gas sutil e inodoro? ¿Qué clase de gas? ¿Quién lo había introducido?

*¡Crash!*

El rifle que uno de los soldados sostenía entre sus manos había caído al suelo, disparándose. El proyectil abrió un agujero en la pared, a un palmo de distancia de la cabeza del teniente.

El oficial asiático se puso en pie de un salto, en tanto que el soldado que había dejado caer el rifle se deslizaba hasta el suelo y se quedaba tendido allí, roncando.

Al ver lo que había sucedido, el rostro del teniente se contrajo. Apretó el gatillo del arma automática que empuñaba. El soldado dormido se estremeció a medida que las balas se incrustaban en su cuerpo. Un hilillo de sangre brotó de su nariz y formó un pequeño charco en el suelo.

—*¡Yen thotem ke vos!* —aulló el teniente.

Dos de los soldados se adelantaron a levantar el cadáver de su camarada muerto. El tercero permaneció inmóvil contra la pared mientras sacaban al muerto de la casa.

Zen observó al tercer soldado. Era evidente que luchaba contra el deseo de dormir. Pero, en vista de lo que acababa de presenciar, procuraba no dejar caer el arma. Lentamente, dejó que la culata de su rifle resbalara hasta el suelo. Luego apoyó el arma contra la pared y se sentó al lado de ella.

Estaba realizando inauditos esfuerzos para resistir al sueño, pero el final de aquella lucha sólo podía ser uno: lentamente, pulgada a pulgada, su cabeza se deslizó hacia adelante. Finalmente, cayó sobre sus brazos plegados a través de las rodillas. Empezó a roncar.

El rostro del teniente era el de un tigre asustado de las profundidades de las selvas de Assam. El cañón de su arma cubrió al soldado dormido. Transcurrió una fracción de segundo durante la cual el asiático estuvo a punto de ir a reunirse con sus antepasados.

Dándose cuenta finalmente de que aquel hombre no podía ser hecho responsable de su incapacidad para permanecer despierto, el teniente se contuvo. Dirigió una mirada circular a la habitación. Su rostro era el de un tigre que sospecha que ha sido cogido en una trampa, pero que no está seguro de la naturaleza de aquella trampa. Sus ojos se posaron en Cal.

—Yo... yo juro... —La voz del hombre andrajoso era una especie de murmullo

incoherente.

¡También Cal se estaba quedando dormido!

—¿Qué es lo que has hecho aquí?

—Na... nada. No he hecho nada... y no sé nada... Estoy tan sorprendido como usted.

—¡Eres un embustero!

—No. Digo la verdad... —La cabeza de Cal se inclinaba de un modo irresistible hacia su pecho, y su voz se hacía cada vez más espesa y soñolienta. Con un esfuerzo de voluntad, irguió la cabeza—. No... no sé nada. Algo... ¡Sí! Nunca había visto nada parecido... ¡Diablo! También yo estoy...

Cal volvió a dar cabezadas.

—... soñoliento... tan cansado... Voy a echar un sueñecito.

Sus rodillas se doblaron y Cal se deslizó hasta el suelo, con la cabeza apoyada sobre un brazo doblado.

El teniente empezó a decir algo, pero sus palabras apenas eran audibles. También él se estaba quedando dormido.

Kurt y Nedra eran las dos únicas personas que parecían capaces de continuar despiertas. La enfermera estaba realizando desesperados esfuerzos para resistir a aquella extraña somnolencia. Se volvió hacia Zen, el cual la acogió en sus brazos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Nedra.

—No lo sé —respondió Zen.

—¿Por qué todo el mundo se está quedando dormido? ¿Es acaso la hora de acostarse?

—Posiblemente.

—¿También usted tiene sueño?

Su voz era un fatigado susurro.

—Nunca tuve tanto sueño como ahora —respondió Kurt.

—Entonces, ¿por qué no... descabezamos un sueño? —murmuró Nedra.

Era la sugerencia más razonable que podía hacer. Suavemente, Zen la depositó en el suelo. El pecho de la muchacha empezó a subir y bajar a un ritmo regular.

Si había algo que Kurt deseaba hacer por encima de todo era tenderse en el suelo y dormir. Cada órgano de su cuerpo, cada célula, cada molécula, parecían gritar que necesitaban dormir. Notó que sus rodillas empezaban a doblarse. Tenía la impresión de que toda la fuerza escapaba de su cuerpo, de que sus músculos no podían sostenerle ya en pie.

—¡No te duermas! —le gritó alguien.

Zen quedó sorprendido al darse cuenta de que las palabras habían sido pronunciadas por su propia voz. Y quedó más sorprendido aún por lo furioso del tono.

Sus rodillas continuaban doblándose. A pesar de todos sus esfuerzos, su cuerpo seguía descendiendo hacia el suelo. Los músculos de sus largas piernas parecían

haberse convertido en goma. Cayó de rodillas, pero se mantuvo incorporado apoyando las manos en el suelo.

El impulso para continuar el resto del camino hasta el suelo era como el flujo de una marea. Todos los pensamientos de su cerebro le hablaban de la deseabilidad del sueño. Sería maravilloso dormir, descansar, soñar, no despertar más.

Con una fuerza nacida de la desesperación, luchó contra aquel impulso. Una batalla empezó en el interior de su cuerpo, un conflicto que parecía envolver a cada célula cerebral y a cada terminación nerviosa, y finalmente a cada grupo muscular. El dolor se hizo más intenso a medida que un músculo luchaba contra otro músculo, una célula nerviosa contra otra célula nerviosa, una parte del cerebro contra otra parte. Trató de obligar a su cuerpo a ponerse nuevamente en pie.

—¡Arriba! —se ordenó a sí mismo.

Su cuerpo se estremeció, pero no hizo el menor movimiento. Se repitió la orden. El efecto fue el de aumentar el conflicto. Y el dolor. Nunca había conocido una agonía semejante. Le envolvía de los pies a la cabeza.

*¡Click!*

Lo que sucedió tuvo lugar tan repentinamente, que pareció producirse al margen del tiempo.

## VII

Inmediatamente, mientras sonaba el *click*, Zen se encontró en el exterior de su cuerpo, contemplándolo. El dolor había desaparecido. El conflicto muscular había quedado resuelto. O, por lo menos, Zen no tenía ya conciencia de él. Comprendió que esta última era la verdadera explicación.

—¡En pie! —le ordenó a su cuerpo.

Su cuerpo obedeció la orden. Incorporándose sobre manos y rodillas, se puso en pie.

El hecho no sorprendió a Kurt Zen. Sabía que iba a suceder.

—Deja de temblar —ordenó silenciosamente a su cuerpo.

Inmediatamente, los temblores desaparecieron. El cuerpo conocía a su dueño.

Kurt Zen sabía también que ahora tenía una elección. Podía regresar a aquel cuerpo. O podía ir a... alguna otra parte. Pero sabía dónde era más necesario.

*¡Click!*

Fue como el chasquido de un interruptor. Un instante después Zen se encontraba de nuevo en el interior de su cuerpo, mirando a través de sus ojos, oyendo a través de sus oídos.

Se movió rápidamente, arrancando el rifle automático de las manos del teniente. Luego desarmó a los soldados. Tiró todos los rifles a un rincón y cogió la metralleta que Cal había dejado caer al suelo, junto a él.

En aquel momento vio que Nedra estaba sentada, contemplándole, la expresión de su rostro era la de una chiquilla soñolienta al despertar por la mañana. Mejor dicho, *quería serlo*, sin demasiado éxito. Sus ojos estaban demasiado abiertos y su expresión era demasiado vivaz.

—Hola —dijo Zen—. De modo que decidió usted hacer un poco de comedia, ¿eh?

La idea penetró en su mente y las palabras surgieron de sus labios sin que apenas se diera cuenta.

—¿Se ha dado cuenta? —inquirió Nedra.

—Desde luego —respondió Zen—. Cuando se quedó usted dormida, supe que era un truco destinado a sugerirme que también yo tenía sueño.

—Entonces, ¿por qué me permitió hacerlo?

—Quería comprobar hasta dónde se proponía llegar. Vamos. Tenemos que salir de aquí.

—¿Y esos hombres? ¿Están fingiendo también? —dijo Nedra, señalando los cuerpos tendidos en el suelo.

—Están allí, vigilando —dijo Zen, señalando hacia el techo.

Se echó a reír.

Nedra le miró con una rara expresión.

—Creo que no está usted bien de la cabeza, coronel.

—Tanto mejor —replicó Zen—. Vamos. Tenemos que darnos prisa.

—Olvida usted una cosa, coronel.

—¿Qué?

Nedra señaló al dormido teniente.

—Ese hombre dijo que había dejado algunos soldados de guardia con una ametralladora.

—¡Maldición! Lo había olvidado. Sin embargo, ése es un problema que puede ser resuelto.

—¿Cómo?

—Así...

Avanzó hacia la ametralladora montada en la ventana de modo que su cañón cubriera la calle. Había apoyado ya el dedo en el gatillo cuando se dio cuenta de que Nedra le tiraba del brazo.

—¿Qué pasa? —inquirió Zen.

—No —dijo Nedra.

Su voz tenía un tono firme.

—¿Está usted loca? —preguntó Kurt.

—No tenemos que disparar contra ellos —replicó la muchacha.

—¿Por qué no?

—Porque están ya fuera de combate.

—¿Eh? ¿Cómo lo sabe?

—Lo sé.

—Entonces, ¿sabe también cómo han sido dormidos esos hombres?

Su voz tenía un tono acerado.

Nedra se encaró con él sin temor.

—Sí.

—¿Lo hizo usted?

—No.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—Venga y se lo mostraré.

—¡Hum! —gruñó Zen. Echó a andar hacia la puerta, pero Nedra se le anticipó—. ¡Cuidado! —advirtió—. Lo más probable es que la puerta esté cubierta...

Nedra abrió la puerta sin hacer caso de las protestas de Zen. Después de cruzarla, el coronel pensó que la noche era más fría de lo que normalmente cabía esperar. Nedra avanzó sin vacilar. A cincuenta metros de la casa había una ametralladora montada sobre un trípode en medio de la calle. Al lado de ella, Zen vio a dos hombres tendidos en el suelo. En el silencio nocturno, oyó que roncaban.

—De acuerdo —dijo—. He de admitir que estaba usted en lo cierto. Pero, si no ha hecho usted eso, ¿quién lo ha hecho?

—Dentro de unos instantes tendrá usted una respuesta a *su* pregunta —dijo

Nedra.

Una manzana más allá del lugar donde se encontraba la ametralladora, una alta figura se recortaba en el umbral de un edificio en ruinas.

—¡Eh, muchachos! —dijo.

Al oír el sonido de aquella profunda voz de bajo, Zen supo que era West, el cual no pareció sorprenderse lo más mínimo al ver al coronel.

—¿Qué diablos está usted haciendo aquí? —preguntó Zen.

—Tengo asuntos que resolver —respondió West, en un tono que hizo que Zen se sintiera como un escolar reprendido por un maestro amable, pero firme.

—¿Hizo usted que esa gente se durmiera? —continuó Zen.

—¿Se ha dormido alguien? —inquirió West—. Hum...

—Sí —dijo Zen.

—¿Se ha visto en alguna dificultad? —le preguntó West a Nedra, ignorando a Zen.

—Yo diría que sí —respondió la muchacha—. La verdad es que he estado a punto de ser raptada. Temí no poder reunir me con usted.

—Estaba ocupado y no pude recogerla en seguida —dijo West. Su voz era un murmullo en la oscuridad. No pareció sorprendido cuando la muchacha mencionó lo que había estado a punto de ocurrir—. El coronel la siguió, ¿eh?

—Sí. Ya le dije que lo haría.

—¿Cómo podía saber que iba a seguirla? —inquirió Zen.

Con el rifle automático del teniente en las manos, se sentía muy seguro.

—Cualquier mujer lo hubiese sabido —respondió Nedra. Su risa tintineó en la oscuridad. Encontrando el brazo de Zen, lo oprimió suavemente—. Es un miembro de la nueva gente —añadió, dirigiéndose a West.

Zen deseó que se lo tragara la tierra. West no mostró la menor sorpresa.

—Hum... —murmuró—. Eso es muy agradable.

Pero en su voz había aparecido una nota de reserva.

—Vamos a entrar —dijo Nedra—. Ha sido un día muy agitado y estoy tan cansada que tengo la impresión de que ando sobre los huesos de mis piernas, en vez de hacerlo sobre mis pies.

—Lo siento —dijo West, sin moverse.

—¿Qué pasa? —preguntó Nedra, en tono alarmado—. ¿No cree usted que el coronel es uno de los nuestros? Le he dicho que lo era.

—No he dicho que no la creyera a usted. Pero, ¿y si se equivoca?

—No puedo equivocarme. Me ha seguido, ¿no? Eso demuestra que estoy en lo cierto.

—Los hombres han estado siguiendo a las mujeres desde que Bhumi empezó a girar —replicó West—. ¿Y si se equivocara usted?

—¡Oh! —murmuró Nedra, desalentada.

—En ese caso, ¿quién acabaría con él?



—¡Oh! —volvió a murmurar Nedra, cada vez más desalentada.

—Ya conoce usted las normas. No podemos tener entre nosotros más que a verdaderos mudables.

—Sí.

—En el caso de que alguien nos traiga una persona que no es un verdadero mudable, tiene la obligación de eliminarle.

—Lo sé —dijo Nedra.

—Por lo tanto, tendría que ser usted quien eliminara al coronel —continuó West—. ¿Podría hacerlo?

—Bueno, no quisiera... —vaciló Nedra—. Pero lo haría.

—Espero que no me verá obligado a recordarle su promesa —dijo West—. Bien, pueden entrar los dos. Es decir, si el coronel lo desea.

—Desde luego —asintió Zen—. Ninguno de ustedes es capaz de eliminar a nadie.

Hablaba con aparente seguridad, pero en su fuero interno experimentaba serias dudas. Ninguno de los miembros de la nueva gente había traicionado nunca a su grupo. Eso quería decir algo.

Nedra encontró el brazo de Zen.

—¿Lloraría usted después de haberme eliminado? —preguntó Kurt.

—S-sí.

—Pero, el saber que iba a llorar, no le impediría liquidarme, ¿verdad?

—No.

—Bueno, sería una idea agradable, después de todo, aunque no me favoreciera en nada.

—Lo dice usted como si no le importara demasiado —dijo la muchacha.

—Hay veces en que estoy convencido de que la muerte sería una bendición —afirmó Zen en tono grave—. La vida allí —extendió la mano señalando las lejanas llanuras— llega a hacerse fastidiosa. No soy aficionado a hacer frases, pero lo que le digo es la pura verdad.

La enfermera permaneció silenciosa.

—Sí, lo comprendo —dijo finalmente—. Hubo una época en que también yo opinaba así.

—¿Tendremos que andar mucho antes de llegar a...? ¡Diablo! ¿Adonde vamos ahora, si es que vamos a alguna parte? —preguntó Zen.

—Vamos a nuestro centro —respondió Nedra.

—Hum... —murmuró Zen.

Deseaba decir algo más, pero decidió que le convenía andarse con cuidado.

West les precedió por un antiguo túnel excavado en la ladera de la montaña.

## VIII

—¿Aquí está el centro? —preguntó Zen.

—Desde luego —respondió Nedra.

—Pero, ¿cómo es posible que Cal y sus compinches no lo hayan descubierto?

—Ni siquiera están enterados de nuestra existencia —explicó Nedra—. Y, si la conocieran, no creo que se atrevieran a meterse en los túneles.

—En efecto, el túnel está protegido por una red de cables —dijo West.

—¿Quiere usted decir que recibirían una descarga eléctrica de alta tensión si se aventurasen a entrar?

—No se trata de eso, precisamente —respondió West—. En dos lugares, hay instalados en las paredes unos generadores de alta frecuencia, de modo que una persona que entre en el túnel quede saturada de sus radiaciones, las cuales introducen adrenalina en su cuerpo. El resultado es que repentinamente experimenta un intenso temor.

—¿Eh? —exclamó Zen, asombrado—. ¿Un generador de miedo?

—Exactamente.

—Pero... ésa sería un arma muy poderosa.

—Sí, lo sería —asintió secamente West.

—Si pudieran generar ustedes semejantes radiaciones con la suficiente intensidad y cubrir con ellas una zona lo bastante amplia, podrían aterrorizar a una división, quizás incluso a un ejército.

Zen estaba visiblemente excitado. Sabía que los científicos estaban investigando desesperadamente, tratando de encontrar una nueva arma capaz de terminar con la guerra. Tal vez aquí había un arma semejante.

—Es muy posible —admitió West.

—¿Está enterado el Gobierno de eso?

—Creo que no.

—¿Quién ha inventado esa arma?

—Su invención se atribuye a Jal Jonner —dijo West.

—¡Oh! —exclamó Zen.

El nombre de Jonner se había convertido en una leyenda de los tiempos en que había gigantes en la tierra, hombres poderosos cuyo pensamiento había ido más allá del concepto de naciones para prever una raza que se integrase en un solo ideal, superadora de los dogmas económicos, para afirmar que mientras existiera un hombre hambriento sobre la faz de la tierra, ningún ser humano con una comida completa ante él era libre para alimentarse en paz y seguridad. El pensamiento de Jonner había ido también más allá de un planeta para ver un sistema solar... y más allá de él un universo.

—Aquí está el primer generador —dijo West. Proyectó el rayo de su linterna

contra la pared—. Desde luego, no hay nada que ver. Pero podrá usted sentir algo.

Cuando el coronel avanzaba, se sintió súbitamente asaltado por una sensación de miedo. Le pareció que le rodeaba un gran peligro, posiblemente mortal. Recordó la primera vez que entró en combate, el zumbido de los proyectiles de la artillería, el fragor de las explosiones, el estremecimiento del suelo.

Al propio tiempo, su cuerpo empezó a temblar.

«¡Corre! —gritó una voz en su interior—. ¡Huye de aquí! ¡Salva tu vida!».

Reprimió el impulso de echar a correr.

—Es un efecto muy interesante —comentó—. ¿Tiene la misma eficacia sobre todas las personas?

West continuó andando sin contestar a la pregunta. Nedra oprimió su brazo en silencio.

West no dijo dónde se encontraba el segundo generador, pero Zen notó que sus radiaciones le alcanzaban, mucho más intensas que antes. Esta vez estaba mentalmente preparado, pero a su cuerpo no le ocurría lo mismo. Notó que sus músculos se agarrotaban. Los gritos incitándole a echar a correr eran ahora como el desesperado ulular de un lobo enloquecido.

Zen continuó andando. Salió de la zona de radiación tan bruscamente como había entrado en ella. Delante de él, West caminaba en silencio. Al parecer, ni West ni Nedra habían sido afectados por las radiaciones. ¿Qué clases de personas eran, para poder caminar a través del infierno sin verse afectados por su influencia?, se preguntó Zen, mientras secaba el sudor que empapaba su frente.

Poco después, West gruñó algo y paseó la luz de su linterna sobre una de las paredes. Volvió a gruñir. La pared empezó a retroceder y apareció una puerta. Desde el túnel, la pared parecía una piedra maciza, pero a medida que se abría la puerta Zen pudo comprobar que la parte trasera era de metal. Un túnel iluminado conducía a una amplia galería.

—Entre —dijo West.

—¿Quién ha hecho todo esto? —inquirió Zen.

—Esta antigua mina pertenecía a Jal Jonner. Él y sus hombres cegaron los túneles más profundos, los ensacharon, instalaron un sistema de ventilación, construyeron laboratorios y viviendas y convirtieron esto en un mundo oculto y confortable.

Zen se dio cuenta de la inutilidad de sus preguntas. La respuesta era siempre la misma: Jal Jonner lo había hecho todo, a excepción quizás de poner los cimientos del mundo.

—Comprendo —dijo—. Hizo todo esto antes de morir.

Ninguno de los informes que había leído mencionaba esta actividad, ni siquiera aludía a ella, pero a Zen no le pareció oportuno decirlo.

—No —denegó West.

—Pero, acaba usted de decir...

—Lo hizo después de morir —explicó West.

—¿Cómo? —se extrañó Zen—. Perdona, pero creo que hay una pequeña confusión. Me ha parecido oírle decir a usted que Jonner hizo todo esto después de morir.

—Eso es lo que he dicho. Eso es lo que he dicho —repitió tranquilamente West.

—Yo... —Zen cambió apresuradamente de idea acerca de las palabras que estaba a punto de pronunciar. En su interior, se preguntó si West estaba incurablemente loco. ¿Cómo podía construir nada un hombre muerto?— Me doy cuenta de que no estoy demasiado familiarizado con lo que realmente ocurrió. Lo siento mucho, pero no he tenido tiempo de aprender.

—Comprendo —dijo West—. No necesita disculparse. Aquí aprenderá.

—Bien —dijo Zen.

Dudaba si se sentía mejor debido a que su explicación había sido aceptada. Las últimas palabras de West habían tenido un ominoso retintín.

—Su falta de familiaridad con la historia de Jonner es evidente —continuó West.

—Pero, si estaba muerto...

—Jonner no murió —explicó pacientemente West—. Fue enterrado. Sobre su tumba se erigió un bello monumento. Pero él no estaba en la tumba.

—¡Cada vez lo entiendo menos! —exclamó Zen—. ¿Por qué todo ese lío?

—Para despistar a los agentes del servicio de información demasiado curiosos —respondió West, en tono muy serio.

Zen ignoró la encubierta amenaza. Estaba dentro, y esto era lo que importaba. También le intrigaba la idea de uno de los más precoces hombres de ciencia del mundo —Jal Jonner—, escondiéndose en un lugar en el cual podía trabajar sin ser molestado en compañía de otros hombres que compartían su sueño. ¿Sería posible que aquella caverna subterránea fuera en realidad una moderna Arca de Noé, excavada en el corazón de una montaña a fin de que al menos unos cuantos humanos pudieran escapar al diluvio de fuego?

La idea impresionó a Zen. Había leído la predicción de que la Tierra sería destruida por el fuego. Y aquí existía la prueba de que al menos un ser humano había tomado la predicción lo suficientemente en serio como para construir un refugio a prueba de bombas y de radiaciones.

—Parece usted pensar seriamente —observó West.

—Quizás por primera vez en mi vida, estoy haciendo exactamente eso. Mi cerebro trabaja a toda presión.

—¿Le sorprende lo que ha encontrado aquí?

—No. Es decir, no demasiado. Más bien puede decirse que me siento complacido.

—Bien —West parecía estar satisfecho—. Ahí está John que viene a recibirnos.

Su rostro se iluminó mientras un joven alto salía de un túnel contiguo y se adelantaba a su encuentro. Saludó respetuosamente a West, miró brevemente a Zen, pero la enfermera atrajo y retuvo su interés.

—¡Nedra! ¡Has regresado!

—Desde luego que he regresado, John.

Como si fuera la cosa más natural del mundo, Nedra permitió que John la cogiera en sus brazos. West sonrió con benevolencia. En cuanto a Zen, apartó cuidadosamente la mirada.

—Éste es el coronel Kurt Zen —dijo West.

El joven alto alargó una mano y dijo que estaba encantado de conocer a Kurt. Tenía un rostro moreno, las mejillas flacas y ligeramente hundidas, pero sus ojos eran claros y su apretón de manos tenía una firmeza que no llegaba a resultar ofensiva.

—Imagino que Kurt estará cansado —dijo West—. Si quisieras buscarle un lugar donde alojarse, John...

—Con mucho gusto —dijo el joven alto—. Venga conmigo, Kurt.

Zen dio las buenas noches a Nedra y a West y siguió a John. Estaba terriblemente cansado. La fatiga agarrotaba sus músculos y sus nervios. Sabía que se sostenía en pie gracias a un sobrehumano esfuerzo de su voluntad.

—Le cederé mi habitación —dijo John.

—No quisiera privarle a usted de su alojamiento, amigo mío —protestó Zen.

—No se preocupe —dijo John—. Pasaré la noche con Nedra.

—Hum... —gruñó Zen.

Los celos que experimentó casi le hicieron olvidar lo cansado que estaba.

La habitación era tan sencilla como la celda de un monje. La cama, de madera de pino sin desbastar y con unas cuerdas en vez de somier, no tenía colchón. En una pequeña repisa, a la cabecera, había unos cuantos libros.

—Espero que esté usted cómodo aquí —dijo John—. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—Nada. Gracias.

John escogió un libro de la estantería colocada a la cabecera de la cama y preguntó ansiosamente si había algo más que pudiera hacer a fin de que el coronel pasara una noche cómoda. Zen respondió negativamente y el joven se marchó con su libro. Bueno, pensó Zen, si el joven iba a pasar la noche con Nedra, al menos habría un libro entre ellos.

Colocó el rifle automático del teniente en un lugar que le permitiera alcanzarlo fácilmente. Su contador le dijo que no había la menor radiactividad en el ambiente.

Al tenderse en la cama, su mirada recorrió la hilera de libros del estante. Uno de ellos —mejor dicho, el nombre de su autor— retuvo su atención: Jal Jonnor.

Se sabía que Jonnor había escrito varios libros, pero muy pocos habían sobrevivido. Si siquiera la Biblioteca del Congreso los poseía.

Mientras leía la introducción, Zen se olvidó de su cansancio y del lugar donde se encontraba. Inmediatamente supo que había entrado en contacto con las susurrantes aguas de la propia vida.

## INTRODUCCIÓN

*Para empezar, voy a hacer una afirmación inexacta. Voy a decir que la lectura de este libro puede abrir una nuevo, vida pura ti. Ahora, permíteme explicar por qué esa afirmación es inexacta.*

*En primer lugar, es inexacta porque éste no es el principio de tu vida. Ese principio tuvo lugar hace millones de años: más millones de años de los que yo pueda mencionar aquí.*

*De modo que tu vida no empezará con la lectura de estas palabras. En cuanto a la utilización de la palabra «nueva», también es una inexactitud. Para ti, las ideas expresadas en este libro pueden resultar nuevas. Pero no son nuevas en el sentido de que no acaban de ser creadas, de que ni siquiera las he creado yo. Estaban implícitas en la formación de la primera molécula de protoplasma que existió sobre este planeta. Por lo tanto, son tan antiguas como la vida.*

*La norma que tú puedes, o no puedes, seguir, se encontraba en la primera molécula de protoplasma que apareció sobre este planeta, como la Ley del Crecimiento.*

*Sin embargo, no existe ninguna ley que exija que una especie de este planeta, ni siquiera todas las especies combinadas, deban sobrevivir al crecimiento hasta alcanzar su completa estatura. La posibilidad de crecimiento se encuentra implícita en toda forma de vida; es latente, y capaz de desarrollo en todas las especies. Sin embargo, la especie que no aprovecha la oportunidad que se le ofrece, que no consigue desarrollar su potencial, debe dejar paso inevitablemente a la especie que se está desarrollando. En su época, los dinosaurios gobernaron el planeta. Tuvieron su oportunidad, pero no consiguieron desarrollarse.*

*¿Dónde están ahora los dinosaurios?*

*La Ley es Crecer o Morir. Y ESTA LEY TAMBIÉN TIENE VIGENCIA PARA EL HOMBRE.*

*Este libro puede ser considerado como un punto de partida de tu aventura en el próximo desarrollo del hombre. Es el primer libro de texto que recibirás. Es el comienzo del camino.*

*Los progresos que realices en ese camino, el dominio que adquieras de la Ley del Crecimiento, dependen, en gran parte, de ti. Recibirás ayuda, a veces sin que lo sepas, pero no será la clase de ayuda que retrase o debilite tu crecimiento. La nueva gente no será ayudada... demasiado. Necesitarán fortaleza, y la fortaleza sólo se adquiere a base de superar obstáculos.*

*El próximo paso que dará la raza —si sobrevive a sus propios impulsos autodestructores— será de tal naturaleza que exigirá la máxima fortaleza y el máximo valor de aquellos que participen en él.*

*Aquel paso, justo es decirlo, será en dirección a un desarrollo mas elevado de la conciencia.*

*Buena suerte... y que Dios sea contigo.*

*Jal Jonnor.  
El Gran Sur.  
Julio de 1971.*

Escrito en 1971, el libro tenía ahora una antigüedad de 49 años, decidió Zen después de un rápido cálculo. La guerra había empezado en 2009. Y ahora corría el año 2020.

Ávidamente, se adentró en la lectura del capítulo primero. Le pareció que su vida estaba empezando, que todo lo que le había sucedido y lo que había hecho hasta entonces era una preparación para aquel momento, cuando la vida empezara realmente.

Después de leer dos páginas, llegó a la conclusión de que, si aquél era un primer texto, el siguiente sería verdaderamente difícil. El libro empezaba con unas matemáticas dos veces más complicadas que el cálculo integral. Mientras trataba de concentrarse, notó que las cifras se hacían borrosas a sus ojos. Luego, a medida que le vencía la fatiga, toda la página se hizo borrosa y desapareció. Zen estaba dormido.

Pero no estaba realmente dormido. El cuerpo dormía. Pero él no era el cuerpo. Él era la conciencia que animaba al cuerpo. Y la conciencia no dormía nunca.

Despertó al contacto de una mano en su hombro.

## IX

Al volver a la conciencia, Kurt Zen se dio cuenta de que, al tiempo que despertaba, algo que había estado experimentando y que había sido muy importante se borraba de su memoria, como un fantasma gris alejándose lentamente entre nieblas.

Nedra estaba sacudiéndole por el hombro y le sonreía.

—Despierte, dormilón. Lleva usted dieciocho horas en la cama.

El rostro de Nedra tenía una expresión radiante.

—Está usted muy guapa —murmuró Zen, recordando lo que John había insinuado—. ¿Ha dormido bien?

—Un par de horas.

—¿Nada más?

—No necesitaba dormir más.

Zen estuvo a punto de preguntar: «¿Sola?», pero se contuvo a tiempo. Contempló pensativamente a la muchacha.

—Parece usted muy contenta —dijo—, sin añadir que en su experiencia las mujeres que parecían tan contentas sólo tenían un motivo para ello.

—¿Por qué no tendría que estarlo? Después de pasar tanto tiempo en el desierto, vuelvo a encontrarme en la antesala del cielo.

—¿Qué es el desierto?

—El mundo de allá abajo...

Extendió la mano en un gesto que incluía las invisibles llanuras que se alargaban más allá de las montañas.

—¡Ah, sí! —asintió Zen—. Antes de quedarme dormido estuve leyendo un libro fascinante. Voy a enseñárselo...

El libro no estaba sobre la cama. No estaba en la estantería. Ni en el suelo.

—Ha desaparecido —dijo Zen. Miró a su alrededor. Descubrió que faltaban otras cosas—. ¡El rifle del teniente! ¡Y mi mochila!

—Tal vez ha soñado que ha estado leyendo un libro.

—Pero no he soñado el rifle y la mochila. Estoy seguro de haberlos traído.

—Puedo explicarle eso. Se los han llevado.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Aquí no están permitidas las armas. Por ese motivo se llevaron su rifle y su mochila.

—Hum...

Zen trató de apartar aquellas cosas de su mente, con la intención de hablar de ellas más tarde. Algo más importante había sucedido. ¿Qué era? Un recuerdo de su sueño cruzó por su mente, pero desapareció antes de que pudiera retenerlo. Enarcando las cejas, dijo:



—Sé...

Mientras trataba de hablar, lo que se proponía decir se borró de su mente.

—¿Qué es lo que sabe? —inquirió Nedra.

—Todo.

En el rostro de Nedra se reflejó una expresión de sorpresa.

—Es mucho saber para un hombre. ¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Completamente seguro?

—¡Sí!

Una emoción que era como una cortina abriéndose y cerrándose cruzó por el rostro de la muchacha.

—Bueno, en ese caso, dígame cosas.

—Lo haría, si no fuera porque no puedo recordarlas.

La duda asomó a los ojos color violeta.

—Lo que necesita es un buen desayuno. Sus niveles de azúcar en la sangre están demasiado bajos. El desayuno se ocupará de eso.

Su voz era firme y segura.

—Necesito un buen desayuno —convino Zen, con voz igualmente firme—. Pero hay algo que no necesito: un reconocimiento por un explorador de cerebros.

—¿Un qué?

—Un psiquiatra —explicó Zen—. Les llamo exploradores de cerebros porque eso es lo que hacen. ¡Oh!, tal vez necesite ese reconocimiento, pero no estoy dispuesto a someterme a él.

El desayuno consistió en unas gachas de maíz, con mantequilla y miel. No había café, pero Zen había aprendido a pasarse sin él. Comió vorazmente.

—Nunca había tenido tanta hambre —confesó Zen—. ¿De dónde proceden estas provisiones?

—Nos hacemos con ellas —respondió Nedra evasivamente.

—¿Se dedican acaso a saquear la región, como los hombres de Cuso?

—No, coronel —replicó la muchacha, muy seria—. Nosotros no somos ladrones.

—Bueno, ¿dónde obtienen la comida? Ignoro cuántos de ustedes hay aquí, pero si son un centenar, por ejemplo, los suministros tienen que representar un verdadero problema.

Estaba tirando el anzuelo para ver si pescaba la información acerca del número de personas ocultas en aquella antigua mina.

—En realidad, se necesita muy poca comida.

—¿Acaso no comen?

—¿Está usted leyendo mi mente? —preguntó la muchacha—. Si es así, sepa que el hacerlo no está considerado como correcto entre nosotros —Nedra estaba furiosa—. Y, además, si insiste, cerraré mis pensamientos para usted.

Zen, con una cucharada de gachas a medio camino de su boca, quedó tan

sorprendido que trató de hablar y de engullir las gachas al mismo tiempo, con el resultado de que se atragantó. Las últimas palabras de Nedra abrían amplios horizontes a la especulación mental. ¿Sería en realidad una cosa corriente en aquel refugio la lectura del pensamiento?

—Lamento de veras que se haya atragantado —dijo Nedra, palmeando la espalda del coronel.

—No siga dándome golpecitos... —protestó Zen.

Si Nedra había creído que él leía sus pensamientos, ¿significaba eso que ella era realmente capaz de leer los suyos? ¿Podían todas aquellas personas leer sus pensamientos?

—Coronel, creo que se está ruborizando —dijo Nedra, con un centelleo en los ojos.

—No —mintió Zen—. En realidad, me estaba preguntando...

—¿Si soy o no capaz de leer su pensamiento? Ya le he dicho que entre nosotros no es correcto.

—Correcto o no, parece usted saber lo que yo estaba pensando.

—No es necesario leer en su mente para saber lo que está pensando si hay una mujer guapa de por medio —dijo Nedra melindrosamente—. Lleva escritos los pensamientos en la cara.

—¡Uh! —La confusión de Zen iba en aumento. Nedra era demasiado perspicaz. ¿Estaba acaso jugando con él, divirtiéndose? Si era así, podían ser dos a jugar—. Bueno, puesto que sabe ya lo que pienso, ¿qué opina de ello? —inquirió, mirándola osadamente.

Nedra comprendió lo que Zen acababa de insinuar. Por un instante, los ojos color violeta se entristecieron. Parecían indicar que Nedra estaba decepcionada con Zen, que había esperado algo mucho mejor de él.

—Ya le dije en cierta ocasión...

—Sí, lo sé. Va usted a lavar mi cerebro con jabón. Pero, vamos a dejarlo para más tarde. Ahora tengo hambre.

—Es usted uno de los hombres más desconcertantes que he conocido —dijo Nedra, mientras se disponía a llenar de nuevo el plato de Zen—. Y uno de los más rápidos...

—Creí que íbamos a dejar de lado ese tema —protestó Zen.

—Iba a decir de los más rápidos en el terreno mental —replicó Nedra—. Y si no deja usted de interrumpirme para hacer juegos de palabras, voy a darle un coscorrón. Cuando termine con el desayuno, Sam quiere verle.

—¿Sam? —inquirió Zen, sin el menor entusiasmo.

Por algún motivo, aquella mañana no le apetecía ver a West. Pero había el asunto de la mochila y del rifle desaparecidos, y Zen suponía que West podría aclarárselo.

West estaba solo en la habitación a la cual Nedra condujo a Zen cuando éste terminó de desayunar. Al entrar los dos jóvenes, West, que se encontraba de espaldas

mirando a través de una ventana, se volvió y les hizo una seña para que se acercaran. Kurt Zen se asomó a la ventana y contempló un paisaje impresionante. Directamente debajo de ellos, el acantilado descendía centenares de pies, una interminable pared de roca. A la izquierda, trepando hacia el cielo, se erguía el pico de la montaña, de macizo granito. Se encontraban en el mismo lindero del bosque. Más abajo empezaban los árboles: abetos rojos y álamos temblones, extendiéndose sobre una serie de colinas que ocultaban más de lo que revelaban. A lo lejos se divisaban unas agrupaciones de cúmulos, fraguando una tormenta más allá de las montañas.

*La majestad púrpura de las montañas  
encima de la ubérrima llanura...*

Kurt recordó la antigua canción. Debajo de él estaba... América. O lo que quedaba de ella. Se le hizo un nudo en la garganta y notó una rara opresión en la boca del estómago. Kurt había amado a aquel país.

América se había alzado en armas por la libertad. Sus hijos habían luchado por ella, en los campos de batalla de todas las partes del mundo, desde el África Ecuatorial recocida por el sol hasta las heladas estepas del Asia Central. Mientras sus hijos habían encontrado tumbas, luchando por la libertad, algo le había ocurrido a la libertad por la cual luchaban.

Nadie sabía exactamente lo que había sucedido, pero la libertad había desaparecido. Posiblemente se había perdido a medida que una emergencia seguía a otra emergencia en el escenario internacional; posiblemente había sido estrangulada con cinta roja a medida que una norma seguía a otra norma en el escenario nacional. También en América, como en los países extranjeros, había llegado el momento en que todos los actos que no eran obligatorios estaban prohibidos.

Así había muerto la libertad.

—¿Tanto lo siente usted, coronel? —inquirió West en voz baja.

Su rostro estaba muy serio, y cada una de sus arrugas parecía labrada en otra clase de granito, mucho más duro.

—¡Parece tan vergonzoso! —exclamó Zen—. Yo amaba este país. Era mi patria.

—Somos muchos los que lo amábamos.

—¿Muchos? —dijo Zen—. Viniendo de usted, esas palabras suenan un poco raras.

—Todos nosotros hemos amado este país, coronel, y los principios por los cuales se puso en pie. Por eso estamos aquí.

La voz de West se había hecho más suave, al tiempo que aumentaba la seriedad de su rostro.

—Unas palabras muy hermosas —dijo Zen—. Sin embargo, si algo he aprendido, es que las palabras no cuestan dinero. Son ustedes unos fuera de la ley, ocultos aquí, y no obstante hablan de amor a la patria a la cual no han querido servir.

Notó lo ronco de su voz mientras hablaba.

—Una frase muy valiente, coronel —aplaudió West. En sus ojos había un centelleo que lo mismo podía ser de admiración que de contenido furor—. De un modo especial teniendo en cuenta que se encuentra usted en poder de esos... fuera de la ley.

—Muy valiente —convino Nedra—. Y muy estúpido.

—No me ha traído usted aquí para decirme que me encuentro en su poder —replicó Zen—. Ni para comentar mi valentía. Ni mi estupidez.

—Creo que puede leer los pensamientos —dijo Nedra.

—Yo estoy convencido de ello —respondió West—. Si no poseyera esa capacidad, en algún grado, por lo menos, no estaría aquí.

—Yo, a mi vez, creo que ustedes dos están chiflados —dijo Zen—. No estoy representando ningún número de lectura del pensamiento.

—De un modo consciente, no, desde luego —convino West—. Usted cree que sus pensamientos son propiamente suyos. A menudo lo son. Pero también hay veces que tienen su origen en los de otra persona. Sin embargo, antes de queme diga que no le he traído aquí para discutir su capacidad, o su falta de capacidad, para leer los pensamientos ajenos, voy a enseñarle un motivo de que le haya llamado. Coja los prismáticos y enfóquelos sobre aquel grupo de pinos, en línea recta con la montaña. Dígame qué es lo que ve allí.

—Caballos —dijo Zen—. No, mulas. Con jinetes. Los hombres de Cuso que salen en busca de provisiones, munición y mujeres, si pueden encontrarlas.

—Exacto, coronel. Excepto que probablemente tienen la tarea adicional de comprobar los daños que su cohete causó al estallar.

—Espero que comprueben esos daños desde muy cerca —dijo Zen fervientemente—. Aquella zona está contaminada. Sólo con que pasen una hora allí...

Se interrumpió al recordar que Nedra y West habían pasado mucho más tiempo en la misma zona contaminada.

—No serán tan estúpidos —dijo West.

—Conozco a algunas personas que lo han sido —replicó Zen.

—Tal vez la zona, al menos en sus bordes, no estaba tan contaminada como usted creía —sugirió West.

—Mi contador señalaba que lo estaba —dijo Zen.

—Posiblemente, su contador se equivocaba Ahora, si quiere acompañarme, coronel...

West cruzó un arco labrado en la pared de piedra y entró en otra habitación, sosteniendo a un lado unos pesados cortinajes a fin de que Zen y Nedra pudieran entrar. En la pared frontal había una pantalla opaca. En el centro de la habitación veíanse varias sillas y una butaca con pulsadores en los brazos. West cerro la cortina sobre el arco a través del cual habían entrado e invitó a Zen a sentarse, mientras él se

instalaba en la butaca. Nedra se sentó al lado de Zen. Relajada en su silla, Nedra parecía haber olvidado que existieran seres tales como coroneles del servicio de información. West oprimió un pulsador. Una imagen empezó a formarse en la pantalla. Fue concretándose lentamente, hasta convertirse en una ciudad.

O en lo que había sido una ciudad.

El lugar estaba ahora ennegrecido, los edificios en ruinas. Las huellas del fuego eran visibles. Aquí y allá, unos altos edificios se habían derrumbado sobre unas calles que se cruzaban y entrecruzaban en ángulos absurdos.

—¡Washington! —exclamó Zen—. Ése fue su primer blanco. Pudimos interceptar sus bombarderos, pero más tarde la alcanzaron con un proyectil dirigido. La ciudad está aún contaminada. Puede apreciarse perfectamente en la pantalla. ¡Ni una señal de vida!

Zen se había excitado al revivir aquellos momentos de locura, cuando la Federación Asiática había asestado a América tan doloroso golpe. A partir de entonces, la poca libertad que quedaba en América había sido suprimida ante la necesidad, al parecer mucho más importante, de conservar la vida.

—Sí —asintió West—. ¿Qué es lo que ve ahora?

La devastada Washington se borró de la pantalla. Mientras se borraba, la destrozada cúpula del Capitolio, cuya parte superior había quedado arrancada a consecuencia de la explosión, se revelaba como un misterioso cráter lunar abierto en el mar del espacio.

Otra ciudad apareció en la pantalla, una masa de edificios derruidos en la confluencia de dos ríos.

—Creo que es Pittsburgh —dijo Zen—. Estaban muy interesados en destruirla, para asestar un duro golpe a nuestro potencial industrial. Por el mismo motivo atacaron Gary, Indiana y Chicago. A pesar de nuestros esfuerzos por impedirlo, alcanzaron nuestros centros de producción más importantes. Si no hubiésemos previsto la posibilidad de que eso ocurriera, y no hubiéramos atomizado nuestra industria, repartiéndola por todo el país, nos hubieran asfixiado casi antes de que empezara la guerra. Sin embargo, incluso con la atomización de nuestros centros de producción, cuando alcanzaron las fuentes de nuestras materias primas, nos hirieron... gravemente. Las reservas se agotaron en un par de años. Desde entonces nuestra necesidad de metales se ha hecho angustiosa.

—Sí. Lo sé —dijo West.

—Desde luego, mientras ellos nos golpeaban, no permanecíamos con los brazos cruzados, precisamente —continuó Zen—. También nosotros les enviamos unos cuantos proyectiles dirigidos. No puede decirse que estuviéramos indefensos.

En su voz había una nota de orgullo.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo West—. ¿Le gustaría ver alguno de nuestros resultados?

—Desde luego —se apresuró a decir Zen, sorprendido—. Nuestros aviones de

reconocimiento no han podido tomar nunca buenas fotografías. Tenían que volar a demasiada altura. Sí, se han publicado muchas fotografías de las ciudades enemigas bombardeadas, pero estaban muy retocadas, á fin de elevar la moral de la nación. Pero... ¿cómo funciona ese radar? ¿Es posible que penetre hasta el corazón de los países enemigos?

Era evidente que estaba intrigado. Pero, al mismo tiempo, en su voz había una nota de ávido interés. Un invento que permitía ver lo que sucedía en los países enemigos era muy importante, aunque West no pareciera darse cuenta de ello.

En la guerra, la información es siempre tan importante como las armas, y a veces más. El conocimiento de la disposición de las tropas enemigas, de su potencia y de su debilidad, significaba a menudo tener ganada media batalla.

West no respondió. Otra ciudad apareció en la pantalla. Zen divisó un único minarete irguiéndose entre los montones de ruinas, y aventuró un nombre.

—¿Moscú?

—Sí.

—Bien. Uno de nuestros aviones ultrarrápidos la alcanzó en pleno día, dejando caer su carga. Cuando pasó el avión de reconocimiento, horas más tarde, la ciudad continuaba ardiendo. ¡Fue un buen trabajo, desde luego!

—Parece usted complacido, coronel. ¿Sabe cuántos millones de personas murieron directa o indirectamente a consecuencia de la explosión de aquella bomba?

—¿Cuántos millones de personas murieron en Washington, Pittsburgh y Chicago?  
—estalló Zen.

—De acuerdo —respondió West—. Pero, después de que ha sido asesinado el primer hombre, ¿resuelve la situación asesinar a un segundo hombre?

—Estamos en guerra.

—Sí, estamos en guerra —asintió tristemente West—.

Sin embargo, las normas de vida no cambian por el hecho de que los hombres declaren la guerra.

—No hay que ser académico hasta el punto de olvidarse de ser realista. Ellos nos hirieron en pleno corazón —dijo Zen, en tono de profunda amargura—. Nosotros no buscamos esta guerra. Hicimos todo lo que pudimos para evitarla. Tratamos de parlamentar, de buscar fórmulas de compromiso... Todo fue inútil. Nos atacaron a traición, sin previa advertencia.

Mientras hablaba, su amargura iba convirtiéndose en furor.

—También en eso estamos de acuerdo —dijo West, mientras la derruida ciudad desfilaba por la pantalla—. Pero eso no cambia las cosas.

Zen le miró fijamente, preguntándose qué clase de hombre era. En la penumbra de la habitación, las facciones de West resultaban apenas visibles.

—Sí que las cambia —replicó apasionadamente Zen—. Nosotros creemos en la justicia. Ellos la ignoran. Nosotros creemos en un mundo mejor. Ellos quieren sumirnos en una noche de barbarie. Nosotros creemos en la libertad. Ellos quieren

esclavos. Ellos han establecido un estado esclavo y envían ejércitos de esclavos contra los hombres libres. No nos quedaba más alternativa que la de luchar.

—No encuentro nada discutible en todo lo que acaba de decir —respondió West—. Ni quiero justificar los actos de las democracias occidentales, que no necesitan ser justificados. Y lo mismo digo de los actos de la Federación Asiática. Desde su punto de vista, tienen razón.

En su voz, monótona, no había la menor huella de emoción.

—Entonces, ¿qué se propone usted? —inquirió Zen.

—En primer lugar, poner de relieve que la raza humana es un organismo. Vista en su conjunto, no es más que eso, un organismo. Los miles de millones de individuos que la componen son simples células de ese organismo.

—Conozco esa teoría —dijo Zen—. Unos cuantos chiflados han insistido siempre en que todos nosotros somos una entidad biológica. Pero no han conseguido demostrarlo.

—¿De veras no lo han conseguido? —inquirió West, en tono levemente irónico.

—Hasta ahora, no, al menos que yo sepa.

—¿No es posible, coronel, que no sepa usted todas las cosas? —preguntó West.

—No es sólo posible, sino evidente —respondió Zen, molesto por la incisiva pregunta—. Si lo supiera todo, no estaría aquí hablando con usted. Estaría allá abajo ganando una guerra.

—Lo que me interesa puntualizar, coronel, es que la raza humana se encuentra dividida contra sí misma. Históricamente, ha venido ocurriendo así desde los más remotos siglos. A una guerra ha seguido otra guerra.

—No creo que América sea responsable de los errores de la historia —dijo Zen—. Nosotros hemos tratado de evitarlos. Dios sabe que hemos tratado de evitarlos.

—Yo no he dicho que fueran errores, coronel —replicó West—. He dicho simplemente que eran historia.

—Pero, ¿acaso no se propone usted demostrar que las guerras son errores? —preguntó Zen, sorprendido.

—Lo único que me propongo señalar es que la guerra parece ser el medio a través del cual la entidad, la raza humana como conjunto, evoluciona. El sistema de evolución revelado por la historia es el enfrentamiento de una parte de la entidad contra otra parte, y una lucha feroz entre ellas para comprobar cuál es la más eficaz.

—Ésa es una filosofía muy salvaje —comentó Zen.

—Permítame opinar lo contrario, coronel: yo no creo que esta filosofía sea necesariamente salvaje. Desde luego, muchos hombres mueren de un modo espantoso. Muchas mujeres y niños sufren. Sí, este sistema provoca el hambre en el mundo, y un temor tan profundo y tan intenso que el corazón se desgarraría sólo al contemplarlo.

—¿Y dice usted que no es necesariamente salvaje? —protestó Zen—. No importa quién lo haga: es una barbarie sin nombre.

—Ése es un punto de vista de alcance limitado y que no tiene en cuenta todos los factores de la ecuación. ¿Cuál es el objetivo final de esa barbarie, si no el de obligar a los hombres a crecer y a aprender? ¿Y si esa llamada barbarie es también resultado de la ignorancia, de una entidad que trata desesperadamente de aprender a resolver un problema, sin conseguirlo nunca del todo?

—Tiene que existir algún medio que no lleve implícitos tantos sufrimientos —protestó Zen.

Se sentía cada vez más incómodo. Tenía la impresión de que se estaba desviando del verdadero meollo de la discusión, sin darse realmente cuenta de ello. O tal vez era West el que se desviaba. Y aquella desviación provocaba en Zen una gran confusión mental.

—Yo había alimentado la misma esperanza —dijo West—. Sin embargo, no conozco ningún medio para alcanzar ese resultado. Un ser humano es un organismo en desarrollo que posee un cerebro muy perspicaz y una insaciable curiosidad. Un organismo semejante, por su propia naturaleza, tendrá que probar todos los caminos posibles.

West apretó un pulsador.

La pantalla volvió a cobrar vida. Unas figuras humanas empezaron a moverse en ella. Kurt Zen se inclinó hacia delante para verlas con más claridad.



## X

Al principio, las figuras eran borrosas y Zen no pudo distinguirlas claramente. Se lo indicó a West.

—Dentro de un instante serán más visibles —respondió West.

Su voz se había convertido en un susurro que parecía llegar desde muy lejos. Zen le miró para convencerse de que continuaba allí. El coronel tuvo la vaga impresión de que la butaca estaba vacía, pero antes de que aquella impresión se confirmara West ocupaba de nuevo su asiento.

—Mire la pantalla ahora, Kurt —dijo.

Las figuras se habían aclarado. Parecían encontrarse en una cueva subterránea, trabajando en un objeto que semejaba... Zen entrecerró los ojos, para asegurarse.

—¡Una nave espacial! —exclamó.

Al igual que tantos jóvenes nacidos en el siglo de la ciencia, Zen había soñado en el día en que los hombres conquistarían el espacio exterior. La ciencia había prometido que aquel sueño se haría realidad, pero la guerra lo había impedido. Ninguno de los dos bandos disponía de materiales ni de técnicos capacitados para construir una nave espacial.

—No —¿jjo West—. Lamento tener que contradecirle, coronel, pero eso no es una nave espacial, aunque está diseñado para volar fuera de la atmósfera durante cierto tiempo. Mírelo bien.

—¡Diablo! ¡Es una superbomba! —exclamó Zen, tras contemplar atentamente la pantalla.

—Exactamente, coronel.

—Una bomba lo bastante grande como para asolar un continente...

Un estremecimiento recorrió la espina dorsal de Zen.

—Exactamente, coronel —repitió West. Su voz era tan seca como el viento de Nevada.

—No sabía que estábamos construyendo una bomba semejante —dijo Zen.

—Observe a esos hombres, coronel. Mírelos bien.

—¡Son asiáticos! —exclamó Zen, dando un respingo—. No había visto los rostros amarillos y los ojos almendrados... West, eso es un enorme proyectil dirigido. ¡Y está siendo construido para dejarlo caer sobre nosotros desde el cielo, a una velocidad terrorífica!

—Sí —dijo West, sin mover un solo músculo de su cuerpo.

Al otro lado de Kurt Zen, Nedra permanecía sentada, igualmente inmóvil y silenciosa.

—Tengo que salir de aquí —dijo Zen—. ¡Esta información debe llegar inmediatamente al estado mayor central!

—La nueva gente no lucha —objetó West—. Creí que era usted uno de nosotros.

—No importa quién pueda ser yo —se apresuró a decir Zen—. La construcción de esa bomba representa una amenaza demasiado grave. Debemos alertar a todos nuestros cazas a reacción para que se mantengan constantemente en el aire, con la esperanza de que puedan localizar y destruir esa bomba antes de que aterrice. No podemos perder de vista esos trabajos, a fin de saber el momento exacto en que la bomba será disparada. Y eso significa que tendremos que traer aquí a los mejores especialistas del servicio de información, para que puedan seguir paso a paso la construcción de esa bomba. También podemos llevar este superradar al cuartel general y utilizarlo allí. Ésta sería la solución más práctica.

Zen se había puesto en pie y paseaba nerviosamente de un lado a otro de la habitación, planeando las medidas que debían adoptarse.

—¡West! ¿Se da usted cuenta de que ese superradar suyo ganará la guerra? —inquirió Zen, en tono excitado—. El enemigo no podrá hacer un solo movimiento que no conozcamos de antemano.

Su excitación iba en aumento a medida que su íntimo anhelo de que terminara la guerra trataba de salir a la superficie.

—Tiene usted lágrimas en los ojos, coronel —dijo West.

—Está usted soñando —replicó Zen. Pero sabía que West decía la verdad—. Tenemos a los asiáticos cogidos por el cuello. Sabremos de antemano todo lo que se propongan hacer.

—Siempre he sabido de antemano lo que se proponían hacer —dijo tranquilamente West.

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho usted? —inquirió el coronel, como si no pudiera dar crédito a sus oídos.

West repitió sus palabras.

—Entonces, ¿por qué no nos advirtió usted? —estalló Zen—. ¿Por qué no nos advirtió? ¿Por qué permitió que tantos de nosotros murieran innecesariamente?

West no respondió.

El silencio en la habitación se hizo más profundo. En la pantalla, las silenciosas figuras continuaban atareadas en la construcción de su bomba.

—¿No se da cuenta de que al negarse a informar acerca de lo que sabía incurrió usted en alta traición? —insistió Zen.

El silencio pareció aumentar en intensidad. West permanecía sentado, tan macizo y tan inmóvil como una montaña. Nedra, encogida en su asiento, recordaba más que nunca a una chiquilla que había conseguido introducirse en un mundo de adultos y estaba tremendamente confusa y dolida por lo que sucedía allí.

—¿No me ha oído? —continuó Zen.

—Sí, le he oído —respondió finalmente West—. Su lealtad a su patria le honra a usted, coronel. Es lo que cabe esperar de una persona en su fase de desarrollo. Sin embargo, parece haber olvidado que yo no soy un ciudadano de su país. ¿O quizás ignoraba este detalle?

—¿Cómo? —inquirió Zen, asombrado—. Esta montaña es América... No sé si se encuentra en territorio canadiense o en los Estados Unidos, aunque para el caso es lo mismo. En virtud de su tratado de doble ciudadanía, los dos países se han convertido en una sola nación. Un ciudadano del Canadá es automáticamente ciudadano de los Estados Unidos.

—Es cierto, coronel —asintió West.

—Entonces, ¿a qué país pertenece usted? Habla como un americano...

—Nací en los Estados Unidos.

—Entonces, es usted ciudadano de los Estados Unidos.

—No. Renuncié a mi ciudadanía. En cuanto a mi verdadera patria, es un país muy lejano. Estoy convencido de que no tiene usted noticia de él. Debo mi lealtad, coronel, no a una nación determinada, sino al... crecimiento, a la nueva gente que surgirá a la vida algún día.

Mientras West hablaba, el frío estremecimiento que helaba la espina dorsal de Zen se desvaneció súbitamente y fue reemplazado por una repentina sensación de calor. Las palabras de West parecían pulsar un resorte oculto en su interior.

—Debo mi lealtad al futuro, a lo que la raza humana será, no a lo que es actualmente. Sólo el futuro tiene significado, coronel, y yo he dedicado mi vida a la construcción de ese futuro.

A pesar de la impresión que le producían aquellas palabras, Zen sabía que estaba obligado a refutarlas.

—Eso es un sofisma —replicó—. Creo que cualquier tribunal lo consideraría como una evasión de sus verdaderas obligaciones. No puede usted continuar viviendo en un país disfrutando de sus ben...

Se interrumpió brujamente.

—¿Iba usted a decir *Bendiciones*, coronel? —inquirió West, casi maliciosamente.

—Sí.

—¿Podría citar esas bendiciones?

—Hubo una época en que las teníamos —dijo Zen—. Y volveremos a tenerlas.

—¿De veras lo cree?

West señaló la pantalla donde los técnicos, enemigos continuaban atareados con su superbomba.

—Ahora que sabemos que existe, esa bomba no llegará a aterrizar —dijo Zen—. Yo me ocuparé de ello.

—¿Cómo piensa hacer frente a esa responsabilidad? —inquirió West.

—Ya encontraré algún medio —respondió Zen.

—Admiro su temple, coronel, aunque no necesariamente su propia estimación de la situación en que se encuentra. Mire, hay otra cosa que deseo enseñarle.

La pantalla se oscureció. Luego, lentamente, empezó a formarse en ella otra escena, muy parecida a la anterior.

—¡Ésa es otra! —exclamó Zen—. ¡Están construyendo dos superbombas! No creí

que dispusieran de los materiales y de los técnicos necesarios para construir ni siquiera una... Eso hace el problema mucho más difícil...

—Mire otra vez, coronel —sugirió West.

Una segunda mirada le permitió a Zen ver algo que antes le había pasado inadvertido.

—¡Son americanos! ¡También nosotros estamos construyendo esa bomba!

Sus palabras resonaron como pequeñas explosiones en la silenciosa habitación.

—Exacto —dijo West.

—Entonces, ¿se trata de una carrera para ver quién construye primero la bomba? —preguntó Zen.

No sabía si le gustaba o no lo que sus ojos estaban viendo y la interpretación que su mente estaba dándole.

—Temo que sí —asintió West, a regañadientes—. Pero, ¿no cambia eso el cuadro, coronel?

—¿Por qué? Tenemos que ganar una guerra. Y vamos a ganarla.

Las palabras fueron pronunciadas en tono firme, pero en ellas parecía flotar una leve duda, como si quedara algún punto por examinar.

—El otro bando también cree que va a ganar —observó West.

—¡Al diablo con lo que ellos crean! Nosotros no empezamos la guerra. Fueron ellos. No irá usted a decirme que va a quedarse sentado aquí, contemplando cómo dos naciones tratan frenéticamente de destruirse una a otra —y tal vez a la Tierra con ellas—, teniendo en sus manos el medio de evitarlo...

Las palabras de Zen estaban impregnadas de horror.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer —afirmó West.

Su voz era tan firme y tan sólida como el núcleo de granito de una montaña.

—¡No puede usted hacer eso! —exclamó Zen.

—¿Por qué no? —inquirió West—. No soy ciudadano de ningún país, y no le debo nada a ninguna nación.

—Aunque no sea ciudadano de ningún país, continúa siendo usted un ser humano. Tiene usted que ser fiel a su propia raza —dijo Zen.

West mostró leves señales de malestar. Pero, cuando habló, su voz seguía siendo imperturbable.

—De acuerdo con su afirmación, ¿qué es lo que propone usted que haga?

—Detenga a los asiáticos —se apresuró a responder Zen—. Facilítenos una información completa acerca del lugar donde se encuentra su superbomba. Nosotros procuraremos terminar la nuestra antes, y la utilizaremos para volar su instalación.

—Eso crearía el peligro que está usted tratando de evitar, ¿no es cierto —observó West—. Las dos superbombas estallarían simultáneamente. ¿Cree usted que la Tierra permanecería en su órbita si ocurriera eso?

—No lo sé —respondió Zen—. Eso tendrían que decidirlo los físicos y los astrónomos. En cualquier caso, si el peligro fuera demasiado grande, utilizaríamos

otras armas para neutralizar su superbomba.

—Los asiáticos trabajan en una cueva subterránea, que se encuentra por lo menos a trescientos pies de profundidad —dijo West—. ¿Poseen ustedes un arma que pueda penetrar a esa profundidad?

—¡Construiremos una!

—Habla usted con mucha volubilidad, coronel.

—¡Porque puedo hacerlo! —dijo Zen orgullosamente—. Si los asiáticos construyen su bomba en una cueva subterránea, es indudable que proyectan darle salida por alguna parte... Localizaremos esa salida y dejaremos caer una bomba-H sobre ella.

—¿Destruyendo así su bomba y sus mejores científicos e ingenieros?

—Estamos en guerra. Y en la guerra no caben los sentimentalismos. ¿Qué quiere usted? ¿Quedarse sentado aquí sin hacer nada?

—Lo que yo deseo es que los dos bandos se destruyan mutuamente en la medida que deseen y puedan hacerlo. Luego, cuando hayan demostrado la inutilidad de sus *esfuerzos*, cuando los escasos supervivientes hayan comprendido que la guerra no sirve para nada, la nueva gente hará acto de presencia para mostrar el camino verdadero a los que hayan sobrevivido.

La voz de West era tranquila. Parecía estar examinando una situación analizada a menudo y llegar a una conclusión previamente establecida.

—Pero eso implica una matanza insensata —protestó Zen—. Éste fue el motivo de que se lanzara la primera bomba atómica: dar término a una matanza insensata...

—Toda matanza es insensata, coronel, aunque desde el punto de vista del individuo o de la nación que la lleva a cabo, la matanza suele ser considerada como justa en el momento en que se produce.

Zen empezó a comentar lo que West acababa de decir, pero inmediatamente cambió de idea. ¿Estaba tratando con un loco? Tal vez. Las palabras de West, desde luego, no encajaban con ninguna norma conocida de Zen. El acto de permanecer sentado mientras dos naciones se suicidaban iba más allá de los límites del pensamiento racional.

—Le ruego que me permita informar de esto al alto mando —dijo Zen, en una última súplica.

—Permítame, a mi vez, formularle una pregunta —dijo West—. ¿Qué les sucedería a las personas que se encuentran aquí, y a mi mismo, si revelara la existencia de este instrumento?

—Se convertiría usted en un héroe —respondió Zen, a sabiendas de que estaba mintiendo—. Y esas personas serían protegidas.

—Me disgusta tener que llamarle embustero, pero no tengo más remedio que hacerlo —dijo West—. Nuestra actitud sería considerada como traición. El gobierno confiscaría mi equipo, y sólo con mucha suerte me libraría de enfrentarme con un pelotón de ejecución. Sinceramente, coronel, ¿no sería eso lo que sucedería?

Por primera vez, en las palabras de West había una nota de contenido furor.

—Sam... —dijo Nedra—. Algo...

La voz de la muchacha era un susurro procedente de muy lejos.

—¿Qué pasa, Nedra? —preguntó West, olvidándose por completo de Kurt Zen.

La enfermera estaba sentada, rígida e inmóvil. Todo el color había huido de su rostro.

—Algo...

—Nedra, ¿qué pasa? —volvió a preguntar West, francamente alarmado.

En vez de contestar, la enfermera se deslizó desde la silla al suelo, desmayada.

Apagado y distante en el silencio que siguió, llegó un sonido repiqueteante.

*Rat-tat-tat-tat-tat-tat...*

Zen había oído demasiado a menudo aquel repiqueteo mortal para equivocarse acerca de su identidad.

—¡Una metralleta!

Los cortinajes que cubrían el arco que conducía a la habitación donde se encontraban se apartaron a un lado. Un hombre cayó a través de ellos. Zen se dio cuenta inmediatamente de que era otro de los jóvenes que vivían ocultos en la cueva de la montaña. De un orificio abierto en su espalda brotaba la sangre, y hacía desesperados esfuerzos por respirar.

—Vienen... con armas —jadeó.

West se dejó caer de rodillas y apoyó la cabeza del joven en su regazo. Su rostro se ensombreció al ver la herida de la espalda. Meciendo la cabeza del joven en su regazo como se mece a un chiquillo asustado, inquirió:

—¿Qué ha sucedido, Carl?

—No lo sé. Surgieron de improviso. Y entraron disparando.

Mientras hablaba, un hilillo de sangre empezó a deslizarse por la comisura de su boca.

—¿Cuántos eran? —preguntó Zen.

—Docenas —murmuró Cari.

La sangre que brotaba de su boca se deslizaba ahora a través de las piernas de West y formaba un charco en el suelo.

Tendiendo el oído, Zen pudo distinguir ahora el tableteo de tres metralletas. Unos hombres aullaban. Se oían los gritos de una muchacha. Los labios del coronel se fruncieron en una línea tan afilada como el borde de un cuchillo.

—¿Cómo han conseguido eludir sus emanadores de miedo? —le preguntó a West.

—Lo ignoro —respondió West—. Tal vez han encontrado un túnel sin vigilancia.

Zen comprendió que el medio de que se habían valido los intrusos para entrar carecía de importancia. El hecho era que estaban allí.

—¿Dónde están sus armas? —inquirió.

Estaba convencido de que la nueva gente disponía de arreas adecuadas para

defender su ciudadela.

—¿Armas? —West no parecía haber comprendido la pregunta—. No tenemos ninguna.

—¿Qué? —dijo Zen. Seguramente, West no le había entendido. Todo granjero, todo ranchero, todo propietario de una casa disponía de algún arma—. ¿No tienen ningún rifle?

—No.

—¿Ni siquiera gases lacrimógenos?

—No, coronel.

—Entonces, cómo diablos pensaban conservar la vida? —estalló Zen—. No podía usted ignorar que algún día le localizarían.

—Conservar la vida no es tan importante como usted cree. Sí, hijo mío...

West se había inclinado de nuevo para escuchar las palabras del joven Cari.

—Bien... bien...

El susurro era muy débil.

West comprendió.

—Adiós —dijo—. Volveremos a encontrarnos. Pero, de momento, adiós.

El joven suspiró. El dolor y el miedo desaparecieron de su rostro. La *paz* descendió sobre él.

Pero cuando West se puso en pie, su rostro estaba muy pálido.

—Era nuevo aquí —dijo, como si explicara algo que en su opinión necesitaba ser explicado.

En alguna parte, una mujer estaba gritando. West tendió el oído tratando de localizar el lugar de donde procedía el sonido y luego echó a andar hacia él. Zen le cogió del brazo.

—Los invasores tienen armas. —Su tono llevaba implícita una acusación contra West por el hecho de que no hubiera ningún arma en el interior de la mina—. ¿O es que quiere usted ir a reunirse con él?

Señaló con un gesto el cadáver tendido en el suelo. La sangre había dejado ahora de brotar de aquel cuerpo. La esencia de la vida le había abandonado.

—Sí —respondió West bruscamente—. Quiero ir con él.

Su rostro había palidecido todavía más. Pero en sus ojos brillaba una cálida luz.

Zen reprimió el impulso de gritarle a West lo que opinaba de su modo de reaccionar.

—De acuerdo —dijo—: Adiós.

West le miró con una expresión de desconcierto en los ojos.

—Eche a correr —añadió Zen.

—¿Eh?

—Yo me quedaré aquí para hacer frente a la lucha de la que usted deserta —dijo Zen.

Como si tratara de despejar una niebla de un oculto rincón de su cerebro, West

sacudió la cabeza.

—Lo siento —se disculpó—. Sin embargo, la llamada es muy fuerte. Únicamente el sentido de una tarea sin terminar me ha impedido marcharme por... un largo tiempo. —Volvió a sacudir la cabeza—. No, no voy a seguirle, aunque estoy convencido de que él es mucho más afortunado que nosotros.

—De acuerdo —convino Zen.

Inclinándose, West recogió a Nedra del suelo. La muchacha permaneció en sus brazos como una niña cansada y soñolienta. ¿Habría seguido al joven? Kurt Zen notó una rara opresión en el pecho mientras la idea cruzaba por su mente, pero se tranquilizó al comprobar que la muchacha respiraba de un modo regular.

—Sígueme —dijo West.

La cálida luz continuaba brillante en sus ojos mientras cruzaba la habitación. La sólida pared se deslizó a un lado dejando al descubierto otra puerta.

—Nadie conoce la existencia de esta puerta —explicó West—. La cerradura sólo funciona en presencia de mi cuerpo.

Al cruzar la puerta, Kurt Zen pudo oír a la muchacha que continuaba gritando en alguna parte.

El pasadizo era muy angosto. A un lado, otro pasadizo conducía a una habitación en la cual había una serie de aparatos eléctricos en funcionamiento. Zen supuso que se trataba a de la maquinaria del superradar.

Delante de él. West gruñó un sonido que surgió de las profundidades de su garganta. Se había detenido y estaba contemplando fijamente una abertura disimulada en la pared.

Zen vio que aquella abertura, por medio de alguna invisible disposición de espejos. revelaba el interior de la amplia galería donde había pasado la noche.

Y en aquella galería se había desencadenado ahora el infierno.



## XI

Jake, Ed y Cal formaban parte de aquel infierno. Cada uno de ellos llevaba un arma humeante en las manos. Un cadáver yacía en el suelo. En una de las pequeñas habitaciones, una mujer estaba gritando. En el centro de la galería se erguía el hombre que estaba evidentemente al mando de la situación. Al ver a aquel hombre, Kurt Zen no pudo evitar un estremecimiento.

¡El teniente de Cuso!

Le acompañaban los asiáticos que estaban con él la noche anterior.

—Debí degollarles mientras estaban dormidos y en mi poder anoche —murmuró Zen, rabiosamente.

El único sonido que se oía en el pasadizo era el de la pesada respiración de West, como un hombre que ha corrido una maratón y ha perdido. Zen le sacudió por el hombro.

—¡West! No deben apoderarse de ese superradar. Si lo perdemos, habremos perdido la guerra.

West no hizo el menor movimiento.

La voz de Zen se hizo más angustiada.

—Si perdemos ésta, será la primera guerra que habremos perdido. Y la última. Detrás de nosotros no quedará nada, excepto la muerte y la desolación.

—Lo sé —dijo West—. El alma de la raza tendrá que empezar de nuevo, en las marismas y en las llanuras fangosas, tratando de reconstruir la raza con herramientas gastadas desde hace mucho tiempo y completamente inadecuadas para la época.

De nuevo había sonido de campanas en su voz, pero ahora las campanas doblaban por la muerte de un pueblo, doliéndose porque el mundo que algunos hombres valerosos habían tratado de edificar iba a convertirse en cenizas.

—¿Cree usted también en el alma de la raza? —murmuró Zen.

—*Creer* es una palabra demasiado débil. Sé que existe.

Nedra suspiró en los brazos de West y abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado? —susurró—. Yo... creo que me he quedado dormida.

West la dejó de pie en el suelo y señaló la abertura. Al ver lo que estaba sucediendo en la galería, Nedra se agarró a la pared.

—West, ¿cuántos muchachos tiene usted aquí? —preguntó Zen.

—Unos cincuenta —respondió West—. No sé cuántos quedarán ahora, ni puedo conjeturar cuántos preferirán conservar la vida si son vencidos antes de que su adiestramiento haya terminado.

—¿Y ninguna arma?

—Ninguna.

—¿Dónde está el rifle que se llevaron de mi habitación mientras dormía?

—¿Qué beneficio nos reportaría ahora un rifle?

—Ninguno, supongo —dijo Zen, desalentado—. Pero, de todos modos, me gustaría tenerlo. Al menos me llevaría a unos cuantos asiáticos por delante antes de que acabasen conmigo.

—Nosotros sobreviviremos —murmuró West.

Zen señaló a través de la abertura los cadáveres tendidos en el suelo debajo de ellos.

—Ésos no han sobrevivido —dijo.

West se encogió de hombros.

—Si dispusiera de tiempo, trataría de explicarle que la supervivencia no reside en el cuerpo y no puede ser alcanzada nunca aquí.

—No tengo tiempo para la metafísica —replicó Zen—. Con vistas a la defensa, voy a asumir el mando.

Mientras hablaba, se daba cuenta de lo insensato de sus palabras. ¡Asumir el mando! ¿Qué recursos tenía a su disposición, qué tropas, qué armas? Si por lo menos dispusiera de los restos de la columna desperdigada por las montañas después de su desastroso encuentro con el cohete de Cuso... Se le ocurrió una idea. Tal vez podría disponer de aquellas tropas.

—¿Dónde está mi mochila? —preguntó.

Su emisora de radio estaba en la mochila.

—Fue a parar, juntamente con su rifle, a un pozo natural que tiene una profundidad de centenares de pies —respondió West.

—¡Maldición! —exclamó Kurt Zen. La depresión era en él tan profunda como aquel pozo natural—. ¿No hay ningún lugar donde podamos ocultarnos?

—Muchos lugares —dijo West—. Toda la montaña es una colmena de túneles y pozos. Nosotros hemos explorado hasta quince niveles independientes, y sabemos que existen otros.

West no había protestado cuando Zen dijo que iba a asumir el mando; por el contrario, parecía dispuesto a someterse a la autoridad del coronel, y también interesado en ver cómo se desenvolvía Zen.

—Entonces, busque un lugar donde podamos ocultarnos y decidir lo que podemos hacer para eliminar a los hombres de Cuso. Lo más urgente será disponer de un equipo de radio. En cuanto disponga de una emisora de onda corta, haré venir a un regimiento de paracaidistas.

—Habla usted como si tuviera autoridad —comentó Nedra.

—La tengo.

—Sin embargo, me dio usted la impresión de que era un desertor.

—En el cuartel general no han descubierto todavía eso. De modo que, en lo que a ellos respecta, me encuentro en misión secreta. Y yo no he desertado de la raza humana.

Subrayó las últimas palabras, como dando a entender que Nedra y West eran realmente desertores.

—Bueno, coronel, veremos lo que puede hacerse.

West había recobrado casi todo su aplomo. De nuevo parecía estar observando desde una gran distancia los caprichos de aquella extraña especie llamada humana. Pero su rostro continuaba estando pálido, y sus ojos despedían la misma cálida luz. Se apartó de la abertura.

Y se detuvo mientras resonaba un ruido metálico delante de ellos.

Se abrió una puerta. A través de ella apareció un soldado asiático que empuñaba un rifle. Luego entró otro soldado. Los dos rifles cubrieron a West.

Zen levantó los brazos hacia el techo. Ni West ni Nedra movieron un solo músculo.

Lentamente, West y Nedra levantaron sus manos. Bajo la amenaza de sus rifles, los soldados les condujeron a la galería principal. Al verles, el teniente se apresuró a llamar a Cal.

—¿Es ése? —preguntó, señalando a West.

—Sí —respondió Cal—. Es el jefe, el hombre que usted busca.

Una expresión jubilosa cruzó por el amarillo rostro del teniente asiático. Ordenó a dos de sus hombres que apartaran a West a un lado, tratándole con un respeto que bordeaba la deferencia, pero al mismo tiempo con gran firmeza.

—Ustedes dos colóquense contra la pared con los otros —ordenó el teniente, dirigiéndose a Nedra y a Kurt Zen.

En su voz no había la menor deferencia—. ¡Si se mueven, disparad contra ellos! —advirtió a los guardianes.

Mientras Nedra y Kurt obedecían, el teniente empezó a conversar con West. Sus hombre? estaban todavía ocupados registrando los túneles de la antigua mina. De cuando en cuando, traían más cautivos a la galería principal.

Cal, Jake y Ed permanecían en el centro de la amplia estancia. Cal trataba de hacerse el importante, pero la expresión de su rostro indicaba que no las tenía toda? consigo. En cuanto vio a Nedra, los ojo? de Ed se clavaron en ella, aunque no la miró a la cara. Jake, por su parte, miraba a su alrededor con aire ausente. No parecía darse cuenta de lo que estaba viendo, como si se encontrara en algún otro mundo todavía más confuso y más nublado.

La muchacha morena salió cojeando a la galería procedente de una de las pequeñas habitaciones. Tenía una expresión desconcertada en el rostro y miraba a su alrededor como si no comprendiera lo que estaba sucediendo. Al verla, el teniente interrumpió su diaria con West, con los ojos brillantes. Pero su conversación con West era más importante que la muchacha. Le hizo un gesto para que se colocara contra la pared. Ella le miró como si no le comprendiera. El teniente repitió el gesto, acompañándolo con una amenazadora oscilación del arma que empuñaba.

La muchacha avanzó tambaleándose hacia la pared, pero antes de llegar a ella cayó al suelo, boca abajo.

Nedra, con un pequeño grito de piedad en los labios, se acercó rápidamente a la

muchacha morena. Zen empezó a moverse, y luego se detuvo, aunque no a causa del rifle que uno de los guardianes blandía para amenazarle. Nedra se arrodilló junto a la muchacha, pero volvió a ponerse en pie casi inmediatamente.

—¿Está muerta? —inquirió Zen.

—Sí. ¿Cómo lo sabía?

—Un simple presentimiento. ¿Ha muerto de la impresión?

—Supongo que sí.

Unas lágrimas fluyeron de los ojos color violeta de Nedra y se deslizaron por sus mejillas. Pero no sollozó, aunque los músculos de su garganta se agitaron convulsivamente.

West miró a la muchacha morena. Parecía saber, sin que nadie se lo hubiera dicho, lo que había sucedido. Su rostro palideció intensamente. El teniente contempló también el cadáver de la muchacha con una expresión decepcionada en los ojos. Cuando un soldado penetra en la estancia, el teniente le ordenó que sacara el cadáver de allí.

Zen tuvo la impresión de que el teniente, a pesar de su ávida conversación con West, estaba esperando. Cuarenta miembros de la nueva gente se encontraban ahora en la galería, alineados contra la pared. Ninguno de ellos había cumplido los treinta años, y algunos no llegaban siquiera a los veinte. Tenían un aire aturdido, pero se mantenían silenciosos.

Zen oyó que el teniente le preguntaba a West:

—¿Están todos aquí?

West debía conocer ya la respuesta a aquella pregunta, pero se entretuvo contando a los presentes.

—Sí, todos —dijo, en tono convencido.

El teniente pareció creerle, pero Zen hubiese apostado cualquier cosa a que el hombre estaba mintiendo.

El teniente continuó esperando.

Un soldado, entrando apresuradamente, saludó. Cuando Zen vio a la persona que entraba detrás del soldado, supo a quién había estado esperando el teniente.

Cuso entró en la galería.

El caudillo asiático era un gigante de casi siete pies de estatura, robusto y musculoso. Parecía capaz de matar a un hombre sin más armas que sus manos, y probablemente lo era. Al mirarle, Zen comprendió por qué había sido escogido para el desembarco aéreo en América. Irradiando poder y fortaleza, era el tipo indicado para aquella clase de misión.

Además de poder, irradiaba algo más. Zen lo captó como una molesta sensación en la boca del estómago, un endurecimiento de músculos en el diafragma.

Cuando Cuso apareció, el teniente adoptó posición de firmes y casi se rompió el brazo saludando. Él y Cuso hablaron en un dialecto cantarín absolutamente desconocido para Zen. Mientras hablaban, el teniente no dejó de señalar a West. Una

leve sonrisa se dibujó en el rostro de Cuso. Hizo una seña a West para que se acercara a él.

West se acercó, pero no saludó. A los prisioneros no les estaba permitido saludar. Tampoco se inclinó sobre sus manos y rodillas, lo cual no sólo estaba permitido sino que era obligatorio entre los asiáticos. West permaneció erguido como una flecha.

A pesar de sus desacuerdos con él, en aquel momento Zen se sintió orgulloso de Sam West. Cuso sonreía benévola, pero a pesar de la sonrisa West no podía ignorar que estaba mirando a la muerte, que el más leve síntoma de resistencia por su parte tendría un solo resultado, aunque Cuso querría extraerle primero toda la información posible. Zen no tenía la menor duda de que el asiático deseaba información por encima de todo. Y recordó la tradición de torturar a los prisioneros indefensos.

—He oído hablar mucho de usted —dijo Cuso. Tratándose de un asiático, hablaba un inglés excelente.

—Me siento muy honrado —respondió West—. Sin embargo, me gustaría saber cómo ha llegado a oír hablar de mí.

En el rostro de Cuso se dibujó una astuta sonrisa.

—Tenemos nuestras fuentes de información —dijo.

—¿Espías? —inquirió West.

—Tenemos espías, desde luego, pero ellos no han podido descubrir muchas cosas acerca de usted. Existen otros medios... ¿cómo los llaman ustedes?

—¿Videntes? —sugirió West.

—Sí, eso es.

Cuso pareció complacido por el hecho de que le hubieran indicado la palabra exacta. Pero, al mismo tiempo, mostraba cierto desconcierto ante la prontitud con que West había acertado con el medio utilizado por los asiáticos. Zen, que estaba escuchando, quedó también sorprendido. Sabía que a menudo se había sugerido la utilización de videntes para enterarse de lo que estaba haciendo el enemigo. En su calidad de agente del servicio de información, había realizado investigaciones acerca de varios videntes que se habían ofrecido voluntarios para aquel propósito. Ignoraba los resultados de aquellas tentativas. Pero el enterarse de que el enemigo no sólo había tenido la misma idea, sino que había utilizado a los videntes con éxito, al menos parcial, no dejó de asombrarle.

—Sospechaba de los videntes —dijo West.

—¿De veras? —inquirió Cuso—. ¿Sospechaba también que el único objetivo de nuestro desembarco aéreo era el de capturarle a usted?

A pesar del perfecto dominio que West ejercía sobre sus facciones, no pudo ocultar cierta crispación al oír aquellas palabras.

—No soy un personaje tan importante —dijo.

Cuso hizo un gesto con las manos, como para indicar que no compartía aquel punto de vista.

—Me han encargado que le ofrezca el bastón de mariscal de los ejércitos del Asia Unida —dijo, sonriendo.

West parpadeó, y luego devolvió la sonrisa a Cuso.

—Muy interesante. Pero ¿qué le hace creer que puedo estar interesado en ocupar ese cargo —o cualquier cargo— en sus ejércitos?

—Para protegerse a sí mismo, en primer lugar —se apresuró a responder Cuso—. Nuestros informes señalan que no es usted ciudadano de ningún país. Teniendo en cuenta que este hecho le deja a usted sin ningún amigo que le proteja, la situación no resulta demasiado deseable. Por otra parte, puesto que no pertenece usted a ningún país, todos los países le consideran un enemigo. Y su vida está constantemente en peligro. Aceptando nuestro ofrecimiento, se convertirá automáticamente en un ciudadano del Asia Unida y estará bajo nuestra protección.

Cuso hablaba como si el ser ciudadano del Asia Unida fuese una cosa muy importante, y como si ostentar un cargo en sus ejércitos lo fuese todavía más.

—¿Cree usted que no tengo amigos? —preguntó West.

—Bueno, no es usted ciudadano de...

—¿Por qué cree que necesito protección? —continuo West.

La sonrisa se borró del rostro de Cuso. Por un instante, quedó sustituida por una expresión bestial, reveladora de la verdadera naturaleza del gigante, asiático.

—Tal vez no necesite usted una protección personal. Pero, en las condiciones que acabo de sugerirle, nuestro manto se extendería automáticamente a las personas que trabajaran con usted

Sus ojos recorrieron la galería, posándose en los jóvenes alineados contra la pared, y deteniéndose significativamente en los cadáveres tendidos en el suelo.

West palideció. Comprendía perfectamente lo que se ocultaba detrás de las palabras de Cuso.

—¿Qué quiere usted de mí? —murmuró.

Su voz tenía una nota de infinito desaliento, como si se viera obligado a rendirse ante unas circunstancias desesperadas.

Cuso volvió a sonreír, esta vez de oreja a oreja. Aquello significaba la victoria, la sumisión del enemigo. Aquello era lo que sus jefes deseaban. Aquello podía significar un bastón de mariscal también para él.

—Muy poca cosa, en realidad —dijo—. Simplemente, que nos muestre todo lo que tiene usted aquí. Y, desde luego, que explique su funcionamiento a nuestros científicos y técnicos.

La galería quedó muy silenciosa cuando Cuso terminó de hablar. West parecía reflexionar.

—¿Qué cree usted que tenemos aquí? —preguntó finalmente.

—Si conociera la respuesta a esa pregunta, no sería tan estúpido como para formularla —dijo Cuso.

—Es cierto —convino West. Se encogió de hombros—. Sueno, ¿cuándo y por

dónde quiere usted que empiece?

La expresión de su rostro revelaba una mezcla de miedo y resignación

—Señor; habla con cordura —dijo Cuso enfáticamente—. Empezará ahora mismo y me enseñará, personalmente, todo lo que haya de importancia en esta montaña.

—Muy bien. Sígame.

West dio media vuelta y avanzó hacia la abertura que conducía a la habitación donde estaba oculto el superradar.

—Espere aquí —ordenó Cuso, dirigiéndose al teniente—. Y dispare sobre cualquiera que haga un movimiento sospechoso.

—Sí, jefe —respondió el teniente, saludando.

Aquella era la clase de orden que le gustaba obedecer.

Cuso y West desaparecieron de la vista.

Jake, Cal y Ed continuaban en el centro de la galería. Ed se acercó al teniente, señaló a Nedra y murmuró unas palabras. El teniente sacudió vigorosamente la cabeza, con un gesto que parecía indicar que Ed se estaba mostrando muy estúpido. El patizambo gruñó algo en voz baja y se apartó, sin dejar de vigilar a Nedra con el rabillo del ojo.

Nedra le ignoró, ignoraba también a Kurt Zen. Silenciosos como estatuas, los miembros de la nueva gente permanecían alineados contra la pared. Su aspecto era de aturdimiento. Les había sucedido lo imposible, y les resultaba difícil asimilarlo. John no estaba en la galería. O había conseguido ocultarse, o le habían asesinado.

El joven estaba al otro lado de la galería, directamente enfrente de Zen. A su lado había una encantadora rubia. Cuando no miraba a Nedra, Ed dedicaba su atención a aquella muchacha. Sus movimientos parecieron enfurecer al teniente. Alzando su rifle, disparó contra el patizambo.

Ed se desplomó, con la cabeza atravesada por una bala. Dos soldados asiáticos se llevaron el cadáver.

—A ese teniente no le gustan los Donjuanes —susurró Zen.

Nedra no le contestó. Estaba muy pálida y tenía la frente empapada en sudor. Al mirarla, Zen tuvo la impresión de que la enfermera estaba escuchando.

¿Qué esperaba oír?, se preguntó. Lo único que quedaba para cualquiera de ellos era el rencor de las trompetas del juicio final. Zen no se hacía ilusiones en lo que respecta a las promesas de Cuso. Cuando hubiera extraído de West toda la información que deseaba, el pozo sin fondo recibiría un montón de cadáveres.

En cuanto a la promesa de Cuso en el sentido de convertir a West en mariscal de la Federación Asiática, el coronel sabía que en las listas de los desaparecidos asiáticos figuraba más de un mariscal. Un mariscal que caía en desgracia se desvanecía.

Al otro lado de la galería, el joven gordo se había desvanecido también.

Un segundo antes estaba allí, y un segundo después había desaparecido.

## XII

Ni el teniente ni ninguno de los asiáticos se dio cuenta de que un hombre había desaparecido. Cal y Jake, con el recuerdo de la muerte de Ed fresco aún en sus mentes, procuraban pasar inadvertidos. Y a juicio de Zen, ninguno de aquellos jóvenes altos y sanos alineados contra la pared sabía que acababa de suceder algo anormal.

Al lado del coronel, Nedra parecía mucho más tranquila. Sus ojos tenían una expresión ausente, como si no vieran nada. En su frente veíase aún una delgada película de sudor. Zen se disponía a preguntarle si había observado algún cambio, pero se contuvo. No era el momento de correr riesgos innecesarios.

En la galería había un sonido, una nota elevada de una frecuencia casi superior al alcance del oído, semejante al zumbido de una abeja. ¿Había estado presente aquel sonido todo el tiempo? ¿O se había hecho audible en el preciso instante en que el joven gordo desapareció? Zen no hubiese podido decirlo.

Un rostro apareció en el centro de la galería. A unos diez pies encima del suelo, miró brevemente a su alrededor y se desvaneció.

Cal pareció verlo también. En su rostro se dibujó una expresión de desconcierto. Abrió los ojos de par en par. Cuando el rostro desapareció, Cal parpadeó apresuradamente varias veces, y luego miró furtivamente a su alrededor.

Jake saludó al rostro, en voz alta:

—¡Hola, amigo! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Dónde has estado?

—¡Cierra el pico, estúpido! —gruñó Cal.

—Acabo de ver a un viejo amigo —trató de explicar Jake.

—No has visto nada.

—¿De qué estáis hablando? —inquirió el teniente.

—De nada —se apresuró a responder Cal. Se llevó el dedo índice a la sien, haciéndolo girar allí y señalando a Jake—. Ya sabe que está chiflado, teniente.

—¡Oh, sí! —asintió el teniente, como si acabara de recordar algo.

Alzó de nuevo el rifle.

Jake cayó muerto.

El teniente deslizó otro cartucho en la recámara.

—Mientras nos necesitaba... —empezó a decir Cal.

—Pero ya no os necesito para que me ayudéis a encontrar a los emboscados —replicó el teniente—. Eso cambia las cosas, ¿no es cierto?

—Desde luego —admitió Cal—. Pero, ¿por qué disparó usted contra él?

—Hace muchos meses que me había hecho el propósito de eliminarle, en cuanto no le necesitara —respondió el teniente—. Estaba demasiado loco para confiar en él.

—Pero localizó este lugar para usted y le libró de aquellos generadores del diablo —objetó Cal.



—Es cierto. Pero ahora ya conocemos el lugar y hemos dejado atrás los generadores.

Estaba dando a entender que la situación era ahora distinta y que Cal haría mejor comprendiéndolo así y adaptándose a aquella idea.

Cal empezó a decir algo, pero lo pensó mejor y cerró la boca.

—¿De qué estabais hablando? —preguntó el asiático.

—Jake dijo que había visto un rostro en el aire —respondió Cal—. Y yo le repliqué que estaba chiflado y que se callara.

—¿Había un rostro en el aire?

—Yo no vi nada —respondió Cal.

Mientras el teniente y Cal estaban hablando, Zen observaba a un joven que se encontraba al otro lado de la galería. Muy erguido contra la pared, parecía haber sido clavado allí, pero sin hacer el menor ruido, el joven se estaba desvaneciendo lentamente.

Mientras el joven desapareció, resonó en el aire la extraña nota aflautada. Cuando el joven se hubo desvanecido, la nota se apagó.

El teniente pareció olfatear algo anormal. Paseó una mirada suspicaz por las personas alineadas contra la pared.

—Creí que había más... —murmuró. Las contó lentamente—. Treinta y ocho —dijo.

Repitió la cifra, como si quisiera grabarla en su memoria.

En aquel momento, uno de los soldados asiáticos se dirigió a él hablando atropelladamente.

Zen no pudo entender lo que estaba diciendo, pero a juzgar por los gestos que hacía el soldado, señalando el lugar que había ocupado el joven gordo, llegó a la conclusión de que el soldado informaba a su jefe de lo que había presenciado.

Mientras estaban hablando, el rostro apareció de nuevo en el aire, en el centro de la galería. Era el rostro de un hombre. Llevaba bigote y miraba alrededor de la galería con unos perspicaces ojos castaños. Asintiendo para sí mismo con aparente satisfacción, se desvaneció.

A poca distancia de Zen, una joven desapareció.

Se desvaneció rápidamente, en un abrir y cerrar de ojos.

A continuación desapareció el joven que estaba al lado de la muchacha.

Volviéndose, el teniente se dio cuenta de que había sucedido algo. Contó apresuradamente a las personas alineadas contra la pared.

—¡Treinta y seis! ¿Quién se ha deslizado fuera de aquí mientras yo estaba vuelto de espaldas?

Al tiempo que formulaba la pregunta, tres miembros de la nueva gente se desvanecieron detrás de él. Nadie le respondió. Se volvió de nuevo, y comprobó que había nuevos huecos en las filas de los prisioneros.

Detrás de él, desapareció otro miembro de la nueva gente.

Zen gozaba del espectáculo que hacía enloquecer al teniente asiático. Mientras el teniente miraba a una persona determinada, no le ocurría nada a la persona en cuestión. Pero, detrás de él, otra persona desaparecía.

Por unos instantes, Zen casi compadeció al teniente. El coronel sabía la suerte que le aguardaba a aquel oficial cuando regresara Cuso y descubriera que los prisioneros habían escapado. Los asiáticos no se distinguían precisamente por su clemencia con los hombres de su propio bando que descuidaban sus obligaciones.

El teniente sabía tan bien como Zen lo que le sucedería. Pero estaba indefenso. Mirara donde mirara, siempre le daba la espalda a alguien. Y la persona a la cual no miraba, desaparecía.

Invisible para el teniente, el rostro que parecía estar dirigiendo la operación aparecía y desaparecía en el centro de la galería. Se situaba directamente encima de la cabeza del teniente, moviéndose cuando él se movía, desapareciendo cuando el teniente alzaba la mirada.

La nota aflautada sonaba y dejaba de sonar, continuamente, al compás de las desapariciones.

El sudor que goteaba de la barbilla de Zen formó un pequeño charco a sus pies. No sabía lo que estaba sucediendo. Experimentaba una sensación muy parecida al pánico, pero no movió un solo músculo. Temía que el rostro pudiera mirarle y también él se desvaneciera.

¿Dónde se encontraría a sí mismo si se desvanecía? ¿Volvería a encontrarse a sí mismo? ¿Acaso todas aquellas personas se disolvían para siempre en algún espacio interdimensional donde no había Tierra, ni luna, ni estrellas?

A lo largo de las paredes únicamente quedaban Nedra y él.

Los otros se habían desvanecido.

El teniente había enloquecido del todo. Chapurreando una mezcla de chino y de inglés, apretaba su rifle contra el estómago de Nedra y aullaba:

—¡Tze! ¡Márchese! Si lo intenta la mataré. ¿Dónde ha ido esa gente? Exijo una respuesta. ¡Hable!

—No lo sé —respondió la muchacha.

—¡Hable! ¡Se lo ordeno! ¡Cuso me hará degollar si permito que todos ustedes escapen!

—Ya le he dicho...

El teniente apoyó el cañón de su rifle contra el estómago de la muchacha.

—¡Si intenta marcharse, la mataré!

Estaba dispuesto a hacerlo.

Sonriendo suavemente, Nedra desapareció.

El teniente apretó el gatillo del arma. Los proyectiles aullaron salvajemente a través de la galería. Zen se dejó caer apresuradamente al suelo. La muerte estaba demasiado cerca de él para que pudiera asombrarle el espectáculo de un oficial asiático disparando... contra nada.

El teniente dejó de disparar cuando el cargador quedó vacío. Mientras colocaba otro, pareció recobrar algo de cordura. No disparó contra el coronel.

De todos modos, apuntó a Zen con el rifle todavía humeante.

—Si trata de marcharse...

Zen se puso en pie.

—Si supiera cómo hacerlo, ya me hubiera ido —dijo.

—¿Adonde se han marchado? ¿Cómo lo han hecho? —inquirió el teniente, rabioso.

El sonido del plomo caliente resonaba aún en los oídos de Zen. En cualquier momento, el teniente podía empezar de nuevo a disparar, por cualquier motivo. O sin motivo alguno.

—No lo sé —dijo Zen.

—Tiene que saberlo. Es usted uno de ellos.

—¿Cree que si fuera uno de ellos estaría aquí, expuesto a que usted me mate? —replicó Zen.

Lo lógico de aquella pregunta debió penetrar en la ofuscada mente del oficial.

—No. Es decir, supongo que no. Pero también podría tratarse de un truco para embaucarme. —La idea de ser embaucado pareció enfurecerle—. Ya me engañaron una vez, usted y la muchacha.

—¿Cómo? —inquirió Zen.

—¿Acaso no nos dejaron dormidos, usted y esa chica? No me diga que no fue usted. Yo estaba allí.

—También yo estaba allí, pero no tuve nada que ver con el asunto. Ni la muchacha.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—West. Estaba fuera, con un generador de sueño que funcionaba electrónicamente.

En el rostro del teniente se reflejó la duda. ¿Cómo podía saber si aquel yanqui alto y delgado decía la verdad? Le habían enseñado que todos los americanos eran unos embusteros. ¿Por qué tenía que confiar en éste?

—Si me está mintiendo...

—Lo sé. Disparará usted contra mí. Y yo regresaré del otro mundo y le estrangularé cualquier noche, mientras esté durmiendo.

El tiro dio en el blanco. Como la mayoría de asiáticos, aquel oficial era supersticioso. Observando su reacción, Zen se preguntó si aquel hombre se atrevería siquiera a volver a entregarse al sueño por la noche. Los terribles *dugphas*, los espíritus malos de los muertos, podían estrangularle en el instante en que cerrara los ojos.

Por otra parte, estaba Cuso. El teniente *sabía* lo que el caudillo asiático haría con él. Zen le vio vacilar entre la amenaza de los espíritus del mal y el peligro que representaba Cuso. Por lo visto, el teniente acabó decidiendo que Cuso era un riesgo

más real y más inmediato.

—¡Miente usted! —exclamó, alzando el rifle.

En aquel momento entraron Cuso y West. El teniente inclinó el rifle, se acercó apresuradamente a su jefe y saludó.

Luego, postrándose en el suelo, cogió el pie de Cuso y trató de colocarlo sobre su cuello, en prenda de sumisión.

Cuso le dio un puntapié en la cara. Los ojos del caudillo asiático recorrieron la galería. Inmediatamente vio que los prisioneros habían desaparecido. Golpeando de nuevo el rostro del teniente, quiso saber lo que había ocurrido.

El desdichado oficial empezó a hablar atropelladamente, agitando las manos como para indicar que los prisioneros estaban allí, pero habían desaparecido misteriosamente.

—Se los han llevado los *dugphas* —gritó en inglés.

Cuso le propinó otro puntapié, esta vez en el cuello. Cuso no creía en los malos espíritus, ni les temía.

West, entretanto, permanecía como al margen de aquélla, escena. Miró a su alrededor, pero en su rostro no se reflejo la menor sorpresa. ¿Sabía lo que había sucedido durante su ausencia? Cuso, mientras escuchaba al teniente, miró de soslayo a West, con evidente suspicacia. De haber sido posible, le hubiera arrancado la piel a tiras sin esperar a más.

Pero no podía hacerlo. Un hombre despellejado no revela sus secretos. Sólo puede morir.

Cuso se volvió hacia West.

—Parece ser que su gente se ha... marchado —dijo.

—Al menos, no parecen estar aquí —convino West.

Su voz volvía a tener resonancias de campana.

—Un hecho muy interesante —dijo Cuso.

—Desde luego —asintió West.

—¿Cómo lo consiguieron?

West extendió sus manos en un gesto de impotencia.

—Tal vez sería mejor preguntárselo a ellos.

—Usted lo sabe.

No era una pregunta, sino una afirmación.

—Es posible —admitió West.

—Entonces, ¿cómo lo hicieron? —Las palabras de Cuso resonaron como el resorte de una trampa para osos al cerrarse—. Quiero saberlo. Nada de coartadas. Nada de evasivas. Nada de excusas. Sólo la verdad.

West sonrió.

—¿Acaso me he mostrado evasivo? ¿No ha visto usted todo lo que tenemos aquí?

—He visto muchas cosas. Pero no sé si lo he visto todo.

—Ha visto usted lo que el coronel —West señaló a Zen con un gesto— llama mi

superradar.

—¿Se lo ha enseñado usted? —preguntó Zen.

—Desde luego. No tengo ningún secreto para el gran asiático. Además, ¿no me ha prometido acaso el cargo de mariscal de las fuerzas armadas de su país?

West hablaba en tono voluble, pero Zen se dio cuenta de que en realidad trataba de ganar tiempo. ¿Qué esperaba? ¿La aparición de aquel rostro en el aire, en el centro de la galería? ¿Que se presentaran los desaparecidos, poderosamente armados, e hicieran prisioneros a los asiáticos?

—¿Ha perdido usted la cabeza? —gritó Zen—. Sabe perfectamente que ese hombre no cumplirá ninguna promesa.

—¡Cállense! —rugió Cuso. El estampido de su voz chocó contra las paredes de la galería y retumbó en los túneles que conducían al exterior—. Está usted tratando de ganar tiempo. Pretende engañarme.

West permaneció silencioso.

—Mi perro dice que los prisioneros se desvanecieron —Cuso golpeó con el pie a su teniente para indicar a quién se refería—. ¡Ladra, perro!

El teniente obedeció. Se encontraba en tal estado de ánimo, que si Cuso le hubiera ordenado que se muriera probablemente hubiese obedecido, como resultado del terror y de la sugestión.

—¿Quiere usted ladrar también como un perro? —preguntó Cuso, dirigiéndose a West.

—Realmente, la posibilidad no me preocupa —respondió tranquilamente West—. ¿La ha previsto usted para mí?

—West, no es momento para sacar las cosas de quicio —gruñó Zen.

—No era ésa mi intención, coronel.

—Usted admitió en cierta ocasión que lo que más deseaba era ir a reunirse con el joven que acababa de morir. Le estoy preguntando...

—¡Silencio! —gritó Cuso—. Al primero que vuelva a abrir la boca sin mi permiso lo dejo seco.

—¡Ah! —dijo West.

El caudillo asiático empezó a gritar una orden a sus soldados para que disparasen contra West, pero luego cambió de idea al darse cuenta de que con ello posiblemente mataría a la gallina que podía poner un huevo de oro. Por mucho que deseara ver muerto a West, por haberle desafiado, sabía que tendría que dejar aquel placer para más tarde.

Cuso se tragó su rabia. Y dado que su rabia era tan grande, tuvo que tragar varias veces antes de que le pasara cuello abajo.

—Bueno, vamos a ser razonables —gruñó.

—Por mi parte, estoy dispuesto —dijo Zen.

—¡Usted no me importa en absoluto! —rugió Cuso.

—Pero me importa a mí —intervino West.

Cuso parecía a punto de estallar de rabia.

—¿Hay algo más razonable que un cadáver? —continuó West.

La pregunta desconcertó a Cuso. Pero sólo por un instante.

—Pensándolo bien, tiene usted razón. No he visto nunca nada más agradable que un cadáver... ¿Sigue usted dispuesto a adquirir voluntariamente esa posición, o mejor dicho, *ésa condición!*

—En cualquier momento —respondió West—. Tal como le dije a Kurt hace algún tiempo, estoy cansado de este plano de existencia y me gustaría ver lo que hay más allá. Y no porque no lo sepa —añadió.

—¿Sabe usted lo que hay más allá de la muerte? —preguntó Cuso, interesado a pesar de sí mismo.

—Desde luego —aseguró West.

Mientras le escuchaba, Zen tuvo de nuevo la impresión de que West trataba de ganar tiempo. Por otra parte, era posible que estuviera diciendo la verdad literal, era posible que supiera lo que había al final de la vida. Si era así... Zen apartó apresuradamente aquella posibilidad de su pensamiento. Ahora tenía más cosas en que pensar que células cerebrales para llevar a cabo aquella tarea.

—Entonces, ¿qué es lo que hay más allá? —preguntó el caudillo asiático.

—¿Ha oído usted hablar del cielo?

—Sí.

—Allí es donde voy ahora.

Mientras hablaba, West desapareció.

Un pesado silencio planeó sobre la amplia galería. Cuso, con la boca abierta por el asombro, permaneció inmóvil, ligeramente inclinado hacia adelante.

En el suelo, el teniente se arriesgó a sentarse. Se arriesgó incluso a hablar.

—¿Se da cuenta? Así fue como desaparecieron los otros. No pude hacer nada por evitarlo.

Cuso gritó una orden a sus hombres.

Zen se encontró a sí mismo atado de pies y manos. Un furioso maníaco paseaba agitadamente de un lado para otro, delante de él. De cuando en cuando, Cuso le propinaba un puntapié. Gritando con todas sus fuerzas, el caudillo asiático invitaba a Zen a desaparecer como los demás.

Fue inútil que Zen se desgañara protestando que él no era un miembro de la nueva gente y que desconocía por completo el método que habían utilizado para desaparecer.

En la mente de Cuso, él era uno de ellos.

Y tenía que ser tratado como a tal.

### XIII

Al principio, los fósforos encendidos bajo las uñas de los dedos de sus pies dolían como el mismo diablo. Zen no había experimentado nunca un dolor tan intenso. Luego olvidó los fósforos que ardían en sus pies. Empezaron a encenderlos bajo las uñas de los dedos de sus manos.

—¿Adonde han ido? —volvió a gritar Cuso—. ¿Cómo se han marchado?

Hacía mucho rato que Zen había cesado de intentar decir que no lo sabía. En vez de hablar, sacudió la cabeza. Era lo único que podía hacer. Cuso interpretó aquel movimiento como una obstinada negativa a contestar. Propinó un puntapié al coronel en pleno rostro.

Con el puntapié, pareció encenderse la mente de la raza. Aquél fue el efecto que Zen experimentó: como si una tercera persona hubiese entrado en juego súbitamente. El dolor del puntapié no le pareció ya tan importante. También el ardor de los fósforos bajo sus uñas pareció disminuir.

Y no por que el contacto con la mente de la raza anulara el dolor o lo hiciera menos real. El fuego continuaba siendo fuego. Pero dejaba de ser importante.

Otras cosas lo eran.

Zen trató de concentrar su atención en las otras cosas. La habitación, el aullante Cuso, los dos asiáticos que le sujetaban, el tembloroso Cal, el teniente que se desvivía en obedecer las órdenes de su jefe, todo aquello parecía brumoso y vago. Eran cosas reales, indiscutiblemente. Pero la mente de Zen estaba en contacto con otra realidad que hacía distintas aquellas cosas. El tiempo empezó a perder su significado.

Zen se preguntó si se estaba desmayando. Otra pregunta llegó a través de sus pensamientos, como un barco navegando a toda vela a favor del viento. ¿Se estaba muriendo?

La idea no le produjo la menor impresión. Si tenía que morir, estaba más que dispuesto.

—No te estás desmayando, ni te estás muriendo —le susurró la mente de la raza—. Acércate más a mí.

—¿Cómo puedo acercarme más a ti?

—Déjate ir. —La voz de la mente de la raza era como un susurro procedente del otro lado del infinito—. Déjate ir y acércate a mí.

Zen se preguntó vagamente cómo podía dejarse ir. La respuesta llegó con la pregunta. Las palabras querían decir exactamente lo que decían, el significado era literal: *dejarse ir*.

Mientras realizaba el acto que correspondía a las palabras, la amplia galería, Cuso, el teniente y los verdugos se desvanecieron para convertirse en parte de un mundo nebuloso que no parecía tener una existencia real. Incluso el dolor se desvaneció.

«Acércate a mí» —susurró la mente de la raza, y una y otra vez, una voz insinuante que le atraía irresistiblemente.

Bruscamente, se encontró de nuevo en la galería. Ignoraba cuánto tiempo había estado ausente, pero se dio cuenta de que debió ser el suficiente como para permitir a los asiáticos instalar una emisora portátil de radio. La emisora parecía muy potente. Un soldado de tez amarilla se afanaba en los mandos.

«En contacto con el cuartel general asiático» —pensó Zen. Sabía que no se equivocaba.

En alguna parte, fuera, se oyó un sonido significativo: una nave-cohete que aterrizaba o que se disponía a despegar. Probablemente esto último. Una larga hilera de asiáticos, cargados como acémilas, estaba cruzando la galería.

Zen comprendió inmediatamente cuál iba a ser el cargamento de aquella nave: el equipo del centro de la nueva gente. Vio algunas piezas del superradar en las espaldas de sudorosos soldados asiáticos, y supo dónde las llevaban.

Zen experimentó una sensación de indecible angustia. Con el superradar de West en su poder, los asiáticos se enterarían de todos los secretos americanos, a menos que se descubriera algún medio para bloquear las frecuencias utilizadas.

Aquel bloqueo podía dar resultado en lo que respecta a los laboratorios, pero no existía ningún medio para bloquear los movimientos de tropas, los despegues y los aterrizajes, los cuales serían tan públicos como un anuncio.

El rostro de Zen estaba empapado en sudor. No se dio cuenta de ello hasta que otro cubo de agua se estrelló contra su cuerpo. Un asiático inclinado sobre él vio que sus ojos estaban abiertos y gruñó, satisfecho.

El soldado que atendía a la emisora llamó a Cuso, dándole un mensaje. Zen no pudo entender sus palabras, pero vio que el caudillo asiático estaba sorprendido y contento al mismo tiempo. Gritó a los hombres que transportaban los bultos que se dieran más prisa.

—No nos queda mucho tiempo. Va a llegar la gran bomba.

«¿Qué bomba?» —pensó Zen.

Con la pregunta llegó la respuesta. Advertidos por Cuso de que sus preparativos eran probablemente conocidos, los asiáticos habían decidido disparar su superbomba inmediatamente. El cerebro de Zen se convirtió en un torbellino ante aquella idea.

Las puntas de sus dedos le dolieron terriblemente cuando los verdugos reanudaron su tarea.

«¿Quieres morir?» —le susurró la mente de la raza.

Aunque él no podía establecer contacto con ella, la mente de la raza podía alcanzarle.

«Ya has sufrido todo lo preciso. Has saldado tu cuenta con la ley. Ahora puedes unirte a mí, si lo deseas».

—Yo...

Zen se interrumpió bruscamente. Aquello era una fantasía, el producto de la



tortura y de la proximidad de la muerte. Su propia imaginación le estaba engañando, pensó.

«No se trata de tu imaginación —le llegó la respuesta—. Esto es lo que tú llamas la mente de la raza».

—Pero...

«¿Cómo puedes saberlo? No puedes. Tienes que aceptarme. —Las ideas que afluían suavemente a su cerebro se interrumpieron unos instantes, y luego volvieron a hacer acto de presencia, con más intensidad que antes—. ¿Quieres morir? Has aprendido la verdad».

—No —respondió Zen. Gritó otra vez las palabras—: ¡No! ¡No!

«El camino que se extiende delante de ti será difícil».

—No me importa lo difícil que sea. ¡Hay una tarea a realizar!

Había gritado de nuevo las palabras.

«Muy bien. Ha sido elección tuya. Puedes permanecer entre los vivientes todo el tiempo que duren tus fuerzas».

La voz que susurraba en su mente se sumió en el silencio.

Kurt continuó gritando. El dolor volvió a penetrar en su conciencia. Mientras despertaba, se dio cuenta de que le gritaba al verdugo para que cesara de torturarlo.

Se dio cuenta, también, de que el verdugo se había quedado quieto. En la galería había un sonido. Llenando el aire, parecía surgir de las mismas paredes de la montaña.

¡Una nota aflautada!

Cada átomo de las macizas paredes de piedra parecía recogerla y volverla a despedir. Las moléculas del aire parecían danzar acompasadamente con ella.

Simultáneamente, a unos diez pies encima del suelo, volvió a aparecer el rostro.

El rifle del teniente disparó contra él. Disparó una y otra vez, en una cacofonía de muerte.

El rostro se limitó a sonreír. Los labios se movieron.

—«Deja ya de disparar, amigo» —parecían decir los labios.

El oficial vació su rifle. En un desesperado estallido de miedo, lo arrojó contra la burlona faz.

El arma pasó a través del rostro sin dañarlo.

—¡Imbécil! ¡No es una persona real, sino una proyección! —gritó Cuso. Agarró al oficial por el hombro y le derribó—. ¿Quién eres tú? —le preguntó al rostro.

El rostro se limitó a sonreír.

Zen reprimió el impulso de gritar. Sabía lo que iba a suceder a continuación.

—He dicho *Quién eres tú* —volvió a gritar Cuso.

El ruido de un cuerpo que se desplomaba en la galería desvió su atención. Volviendo la cabeza, vio que uno de los soldados que transportaban el equipo de West hacia la nave con destino a Asia, había caído al suelo.

En circunstancias normales, Cuso hubiera dado la orden de ejecutar a aquel

hombre. Pero, con aquel rostro sonriéndole desde la nada, las circunstancias no eran normales.

Zen, sabiendo lo que iba a suceder, olvidó el dolor de sus dedos abrasados. Cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, el verdugo estaba roncando a su lado. Todos los asiáticos que se encontraban en la galería estaban profundamente dormidos.

Una multitud le rodeaba. La nueva gente. Mirando a su alrededor, descubrió a todas las personas a las cuales había conocido allí, a excepción de Nedra, y no la vio de momento porque la muchacha estaba ocupada vendando sus manos. West le sonreía con una expresión paternal. Pero detrás de la sonrisa de West había cierta inquietud.

Zen trató de ponerse en pie y descubrió que aún no habían desatado las cuerdas que sujetaban sus piernas. Nedra le reprochó aquel gesto y le dijo que estaba herido. Zen dijo que aquello no tenía importancia. Le rodeaban unos rostros desconocidos. Tampoco aquello tenía importancia.

Zen levantó la mirada hacia West.

—¿Por qué no me llevó con usted cuando se marchó... al lugar donde se marchó?

—No podía hacerlo —respondió West—. No estaba usted adiestrado para acompañarme.

—¿Por qué ha regresado?

—Para rescatarle. Kurt...

Había algo que West deseaba decir.

—Nedra, ¿quiere dejarme en paz de una vez? Estoy perfectamente.

—Pero, sus pobres manos y pies...

—Ni siquiera los siento. Pienso en algo mucho más importante. ¿No se da cuenta? En alguna parte de Asia se disponen a disparar una superbomba. Si es que no la han disparado ya.

—No lo sabía —dijo la muchacha—. ¿Se refiere a la grande?

—Sí.

Una expresión de pesar se reflejó en el rostro de la muchacha. Sacudió la cabeza.

—Siempre me he preguntado cómo se viviría en una llanura fangosa.

—¿De qué diablos está hablando? —inquirió Zen.

—Después de que la bomba estalle —dijo la muchacha.

—¿Qué pasará?

—La mente de la raza tendrá que empezar de nuevo —explicó Nedra—. Tal vez seremos tortugas. Eso resultaría muy divertido ¡Una tortuga capaz de recordar cuándo era un hombre! A no ser...

—Conozco esa teoría.

—A no ser que la tortuga no conservara ningún recuerdo —continuó Nedra, como si no le hubiera oído—. Tendrá aletas y un pico, pero lo que necesitará serán manos. No las tendrá hasta que crezcan por sí mismas. Una tortuga con el recuerdo de que en

otra época fue un hombre, sabiendo que el tuviera manos podría reconstruir la cultura humana. —En su rostro se dibujó una expresión pensativa—. Me pregunto cómo solucionará el problema la mente de la raza. —Meditó unos instantes—. Peor sería que fuéramos cangrejos. ¿No cree?

—¡Cállese! —gritó Zen—. Todavía no somos tortugas. Ni cangrejos. Y no vivimos en llanuras fangosas.

—Pero estamos a punto de hacerlo —insistió Nedra—. Un empujoncito más, y estaremos en ellas.

Zen se volvió hacia West.

—¿Qué diablos le ha ocurrido a Nedra?

—Nada —respondió West—. Posee cierto grado de clarividencia, aunque por desgracia no ha tenido tiempo de desarrollarla del todo.

—Tal vez la tortuga no desee reconstruir la cultura humana —continuó la muchacha—. Tal vez decida desarrollarse en otra dirección. En ese caso, es posible que no necesite manos.

Zen cerró deliberadamente los oídos a sus palabras. Se volvió hacia West.

—Van a disparar la superbomba —dijo.

—De eso quería hablar con usted —respondió West—. Ése es otro de los motivos de que hayamos venido a buscarle, para poder hablar con usted acerca de esa bomba.

—¿Conmigo? —inquirió Zen, sorprendido.

—Sí, con usted.

—¿Por qué?

—Porque es usted un coronel del servicio de información y tiene experiencia en tales asuntos. Y también porque es usted lo que ninguno de nosotros somos: un combatiente.

—No le entiendo —dijo Zen.

—Puedo llevarle a usted allí. Pero una vez allí, yo no sabría qué hacer. La lucha no va conmigo.

West extendió las manos en un gesto de indefensión.

—¿Llevarme dónde? —preguntó West...

—A Asia. A la cueva subterránea donde se encuentra la superbomba —explicó West.

El tono de su voz daba a entender que aquello resultaría fácil. Lo difícil sería saber lo que había que hacer, y ser capaz de hacerlo, una vez estuvieran allí.

—¿A Asia? —inquirió Zen, desconcertado. Tenía la impresión de que toda aquella escena era irreal, de que los asiáticos que roncaban en el suelo, Cal recostado contra la pared y la nueva gente que llenaba la galería se desvanecerían ¿te un momento a otro entre nubes de humo verdoso—. ¿Cómo diablos va arreglárselas para llevarme a Asia?

—¿Cómo escapamos de esta galería? —respondió West—. ¿Cómo nos desvanecemos? ¿Cómo se salvaron los hombres que tripulaban aviones a punto de

estrellarse contra el suelo? ¿Quién hizo aterrizar felizmente el satélite espacial del coronel Grant? ¿Quién proporcionó la energía necesaria para ponerlo en movimiento? ¿Quién?...

—¿Sabía usted que yo estaba enterado de lo de Grant?

—En su calidad de coronel del servicio de información, tenía usted que saberlo.

—¿Y puede usted llevarme a Asia?

—A usted, y a todos los hombres que escoja para que le acompañen.

Acercándose al dormido teniente, Zen recogió su rifle y luego se volvió hacia el grupo.

—¿Quién quiere venir conmigo a Asia? —preguntó.

El grupo dio un paso al frente como un solo hombre.

En la garganta de Zen se formó una especie de nudo.

Sabía lo que aquella decisión significaba para la nueva gente. Habían sido adiestrados en los caminos de la paz, trataban de avanzar hacia un futuro distinto. Luchar significaba para ellos retroceder en el sendero que conducía al crecimiento, renunciar en cierto modo a lo que creían y esperaban. Sin embargo, estaban dispuestos a hacerlo, si era necesario.

Un hombre saludó perfectamente.

—Red-Dog Jimmie Thurman —se presentó a sí mismo.

Zen le cogió del brazo.

—¿Red-Dog Jimmie Thurman? Pero, si yo le conozco a usted...

—Es posible, señor.

Thurman hablaba con la cadencia característica del Sur.

—Un miembro de la nueva gente apareció en su avión y le salvó la vida —dijo Zen.

—Sí, señor. Exactamente.

—¡Pero usted desertó!

—Bueno, digamos que fui a unirme al bando que estaba en lo cierto.

—¿Cómo encontró este lugar?

—Me limité a pensar y a continuar pensando. En el momento oportuno, nos encontramos el uno al otro. Los psiquiatras trataban de hacerme creer que estaba chiflado. Pero yo sabía algo más que ellos. Sabía lo que había sucedido. Sabía que tenía que existir un motivo para ello. Y sabiendo todo eso, lo único que tenía que hacer era mantenerme a la expectativa. —Los ojos de Thurman sonreían—. A sus órdenes, señor.

—¿Sabe usted que ir conmigo puede significar la muerte?

—¿Qué es la muerte, señor? —inquirió Red-Dog Jimmie Thurman, sonriendo—. Mi muerte se produjo sobre el Polo Norte.

—Spike Larson —se presentó otro hombre.

—Usted iba en un submarino —dijo Zen.

Su optimismo crecía por momentos: iba a tener a su lado a verdaderos

combatientes.

—Sí —respondió Larson—. Y consideraré un privilegio acompañarle.

Como soldados, desfilaron delante de él, el joven gordo, los jóvenes altos, delgados, morenos. Zen creyó que tenía que haber otro. Miró a su alrededor, buscándole. Grant estaba hablando con West.

Grant era el hombre cuyo rostro había aparecido en el aire, en el centro de la galería.

Al ver que Zen le miraba, interrumpió su conversación con West y se acercó al coronel.

—¿Qué tal lo pasó en aquel satélite? —preguntó Zen.

—Me encontraba muy solo, coronel —respondió Grant.

—¿Quiere usted venir conmigo a Asia?

—No hay ningún lugar en la Tierra al que prefiera ir. Y, tal como están las cosas, no creo que pueda elegir. Si los asiáticos disparan esa bomba...

Dejó la frase sin terminar.

Nedra se acercó al coronel y le miró a los ojos. Al verla, Zen experimentó la sensación de que el mundo quedaba repentinamente inmóvil. Sacudió la cabeza.

—¿Por qué? —inquirió Nedra.

—Porque te amo —respondió Zen.

—Entonces, ése es el motivo más poderoso para que me lleves contigo —dijo la muchacha.

—No entiendo...

—Si fracasas, no habrá mañana —dijo Nedra—. Además, no olvides que soy enfermera —añadió—. Si alguien resulta herido, puedo atenderle.

—Pero...

—El hecho de que me ames no tiene nada que ver con esta situación. Es una cosa aparte. Una cosa maravillosa —añadió apresuradamente, con la luz de las estrellas brillando en sus ojos—. Y me gustaría que ese amor fructificara para los dos. Pero, de momento, sólo tenemos una alternativa. Y por eso voy a ir a Asia contigo.

Contemplándoles, West sonrió. Zen extendió las manos en un gesto de derrota. Se volvió hacia West.

—No sé cómo lo ha hecho ni me importa demasiado, pero es evidente que dispone usted de un generador portátil que ha utilizado para sumir en el sueño a todos estos asiáticos.

—Sí —asintió West.

—Me gustaría que me lo prestara —dijo Zen.

—Con mucho gusto, coronel. Lamento no disponer de otras armas.

—Nos arreglaremos con lo que tenemos —respondió Zen.

## XIV

«Cero menos una hora», ronroneó el altavoz, en un dialecto chino.

En una profunda caverna, situada en una remota región asiática, unos hombres trabajaban hasta el agotamiento, convencidos de que el momento de la victoria, por la cual habían vivido todos los verdaderos asiáticos, estaba al alcance de la mano. El lanzamiento de aquella bomba convertiría a la Unión Asiática en dueña del mundo. Y había llegado la orden de lanzar aquella bomba inmediatamente.

«Cero menos cuarenta y cinco minutos», dijo el altavoz.

Quedaba mucho por hacer. La cabeza atómica había sido colocada ya en su lugar, en espera del día del lanzamiento. De no ser así, la tarea hubiese resultado imposible. Los propulsores estaban terminados, pero tenían que ser cargados de combustible. El mecanismo de gobierno estaba casi listo, pero había que instalar aún el giroscopio. Cinco técnicos se movían constantemente de un lado para otro, dirigiendo la instalación del delicado instrumento.

«¡Cero menos treinta minutos!».

El giroscopio quedó instalado. Las pruebas realizadas con él demostraron que funcionaba perfectamente.

En la sala de mandos se efectuaban los cálculos finales. Había que tener en cuenta la dirección y la velocidad del viento en más de la mitad del planeta. Era un dato importante para el lanzamiento y el aterrizaje de la bomba, aunque careciera de valor cuando la propia bomba estuviera fuera de la atmósfera.

El blanco había sido minuciosamente estudiado. En realidad, el blanco era cualquier parte del continente norteamericano. Si la bomba aterrizaba en cualquier parte del valle del Mississippi, las aguas del río se encargarían de extender las radiaciones letales con la amplitud requerida.

«¡Cero menos quince minutos!».

En el exterior de la montaña, en un observatorio especial construido para aquel fin específico, los aparatos de radar destinados a seguir la pista del cohete estaban preparados. En el laboratorio había los instrumentos necesarios para desviar el curso de la superbomba, si se desviaba demasiado en su trayectoria. Los técnicos estaban con el alma en un hilo. No tenían guardianes para estimularles, pero no los necesitaban. Sabían perfectamente lo que sucedería si la bomba no llegaba a su objetivo y se les atribuía a ellos la causa del fracaso.

¿Qué sucedería cuando la bomba aterrizara?

¡Se desataría el infierno!

Probablemente, la corteza de la tierra se abriría en un agujero de muchas millas de profundidad. El Cráter Meteor, de Arizona, sería un juego de niños comparado con el resultado de la explosión de la superbomba. Lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki sería una bagatela en comparación.

Existía la posibilidad de que los magmas fundidos del núcleo del planeta borbotearan al exterior. Nadie sabía con seguridad si ocurriría o no. En caso de que ocurriera, el resultado podría ser la repentina aparición de un lago de hirviente lava.

Las ondas expansivas de la explosión probablemente serían lo bastante intensas como para derribar todos los rascacielos que aún continuaban en pie en América.

El efecto en la sabana de agua donde la bomba aterrizará sería catastrófico. Si chocaba contra cualquiera de los afluentes del Mississippi, el suministro de agua de todas las ciudades situadas corriente abajo hasta Nueva Orleans quedaría contaminado.

Nadie sabía cuál podría ser el efecto de la desintegración de la bomba. Poderosas corrientes de aire podrían transportar partículas radiactivas a millares de kilómetros de distancia del punto de la explosión, para dejarlas caer como una lluvia mortal sobre la Tierra.

«¡Cero menos diez minutos!».

Una nota aflautada resonó en la amplia caverna subterránea. Entre el deslizarse de los pies, los gritos de los capataces que dirigían a los grupos de trabajadores y los ocasionales estallidos de los rifles de los guardianes, el sonido no fue captado por los oídos. Pero unos centros más profundos lo captaron.

El primer hombre que lo oyó fue un mecánico. Suspirando, se tambaleó y cayó al suelo. Al ver que no se levantaba, uno de los guardianes se acercó a él. Y al comprobar que estaba roncando, el guardián levantó su rifle.

El mecánico murió sin despertar.

Resonó otro disparo y otro hombre que se había quedado dormido fue a reunirse con sus antepasados.

El técnico que llenaba los depósitos de combustible del cohete fue el tercero en caer. Consiguió cerrar las válvulas de los depósitos antes de que el sueño le rindiera.

Para entonces, los guardianes sabían ya que estaba sucediendo algo anormal.

Un profundo silencio planeó sobre la caverna. En medio de aquella quietud, la nota aflautada se hizo claramente audible. Los nombres se miraron unos a otros con creciente aprensión. Mientras se estaban mirando, algunos de ellos se desplomaron al suelo, dormidos.

—¡Un gas adormecedor! —aulló un oficial—. ¡Disparad contra cualquier extranjero que se haga visible!

El oficial sospechaba que algún espía había conseguido introducirse en la caverna y había soltado un gas. Su orden iba destinada a que sus hombres encontraran y eliminaran a aquel extranjero. Desde el punto de vista militar, era una orden correcta. Pero tuvo un inconveniente: cuando los soldados no encontraron ningún extranjero, empezaron a imaginarlos. Los guardianes comenzaron a disparar sobre sus propios técnicos y mecánicos.

A medida que el pánico se extendía por la caverna, los guardianes empezaban a disparar contra otros guardianes. Y al mismo tiempo que se destrozaban mutuamente,

también ellos iban quedándose dormidos.

El pánico alcanzó proporciones descomunales.

Cuando Kurt Zen penetró en el interior de la caverna, el lugar estaba tan silencioso como una tumba. El humo de los disparos flotaba en el aire, la caverna olía a muerte y a terror. Pero la bomba continuaba en su rampa de lanzamiento.

Zen contempló aquella bomba. Oyó su propio suspiro de alivio, al tiempo que el último resto de dolor se desvanecía de los dedos de sus manos y de sus pies. No porque el daño causado por los fósforos hubiera dejado de existir. Continuaba existiendo. Pero el repentino júbilo que le invadió, borró en él por completo la sensación de dolor.

—Hemos llegado a tiempo —dijo un hombre, apareciendo a su lado. Era Spike Larson. Con una expresión de espanto en los ojos, Larson miró a su alrededor—. Empezaban a matarse unos a otros. Debieron enloquecer.

—No me extraña —dijo Zen—. Yo mismo he estado a punto de volverme loco, mientras veníamos hacia aquí.

—Ese viaje a través de la nada ha sido una pesadilla, desde luego —respondió Larson, sonriendo y sacudiendo la cabeza.

Zen asintió. Después de sintonizar su cuerpo a un instrumento de la cueva, enmascarado de un modo tan perfecto que los hombres de Cuso no habían podido encontrarlo, West había pulsado un botón. La máquina se había desvanecido. West se había desvanecido. Durante unos terribles instantes, Zen había experimentado la sensación de que sus pies se apoyaban en algo que no era más sustancial que el aire. Y, en realidad, lo que había sentido debajo de sus pies era mucho menos sustancial que el aire, el cual es materia. Era incluso menos sólido que el espacio. Era la *riada*.

El coronel Grant se hizo visible al otro lado de Zen. Grant tenía un aspecto de aturdimiento, pero empuñaba el rifle que había cogido a uno de los hombres de Cuso con decisión.

—Entre nosotros, prefiero volar en un satélite espacial hasta Marte que enfrentarme con este salto.

—Le comprendo perfectamente —dijo Zen.

Mientras hablaba, otra figura se hizo visible a su izquierda. ¡Nedra! Apareció con una sonrisa en los labios. Zen perdió unos instantes preguntándose qué clase de nervios de acero poseía aquella muchacha.

—Bueno, yo diría que los tenemos a todos inmovilizados —dijo Spike Larson—. Parece demasiado bueno para ser verdad.

—Es demasiado bueno para ser verdad —dijo Zen.

Había un torbellino... en alguna parte. No sabía dónde, pero experimentó la sensación de que estaba a punto de suceder algo inesperado y desagradable, algo que estaba relacionado con el futuro.

—¡Alto! —gritó súbitamente Grant.

Zen volvió la cabeza a tiempo para ver a un asiático que se ponía en pie cerca de



un tablero de mandos situado junto al cohete.

—Está andando en sueños —exclamó Larson.

«Cero menos un minuto», anunció el altavoz.

—¿Dónde diablos está el hombre del altavoz? —preguntó Grant—. ¡La frecuencia del sueño no le ha alcanzado!

—No tenemos tiempo para ocuparnos de él —dijo Zen.

El torbellino existente en alguna parte había aumentado en intensidad. Era algo relacionado con el asiático solitario que andaba como un borracho tratando de despejar su mente.

—¿Disparo contra él, coronel? —inquirió Grant.

Zen vaciló. Sabía que el deseo más profundo de West era el de evitar la violencia en la medida de lo posible.

Aquella vacilación resultó fatal. Grant disparó su rifle... demasiado tarde.

El asiático había alcanzado el tablero de mandos y conectó su único conmutador.

—¡Atrás! —gritó Zen.

Cogió a Nedra y la empujó hacia atrás. A su lado, sabía que Grant y Larson también estaban retrocediendo. En el interior del cohete resonaba un fuerte zumbido. De baja frecuencia pero de elevado volumen, parecía sacudir los propios cimientos de la Tierra.

De pronto, soltando un chorro de llamas y de humo por la cola, el cohete despegó. La montaña se estremeció. Y si el cohete no podía ser detenido, el planeta entero se estremecería. La Tierra vería crispase su piel como la de un elefante picado por una gigantesca avispa.

—¡West! —gritó Zen.

—Sí, Kurt.

La respuesta de West llegó con tanta rapidez como si se hubiese encontrado en la misma caverna. En realidad, estaba en el centro de América.

—Hemos perdido —dijo Zen.

—Lo sé —respondió West.

—En su voz había una tristeza tan profunda como el océano del espacio.

—Atráiganos de nuevo a América.

—Desde luego.

—A mí, el último.

El rugido del cohete continuaba siendo audible a través del hueco de la rampa de lanzamiento.

—¿Por qué quiere ser el último?

—Es mi deber —dijo Zen—. Ponga en funcionamiento esa milagrosa máquina, pronto.

—Ahora mismo.

—¡Eh, muchachos! Vais a volver a casa —anunció Zen a sus compañeros.

—¿Qué vamos a ganar regresando a casa? —preguntó Spike Larson.

—América habrá dejado de existir dentro de una hora —añadió Grant—. O lo que tarde en aterrizar ese cohete. ¿Por qué tenemos que regresar a lo que no existirá?

—Para iniciar la tarea de reconstruir —dijo Zen.

—¿Reconstruir qué, y con qué? —inquirió Larson.

—Algo quedará —afirmó Zen—. Vosotros estáis ya en un refugio subterráneo. Tendréis que continuar allí, tal vez por espacio de muchos años, sin perder la esperanza y educando a vuestros hijos para que sigan vuestras huellas cuando vosotros hayáis muerto.

Zen hablaba en tono de profundo convencimiento, como si estuviera muy seguro de lo que decía.

—Tiene usted la cabeza llena de pájaros —dijo Red-Dog Jimmie Thurman.

—Además, está planeando algo —intervino Nedra—. Quiere librarse de nosotros lo antes posible...

—¡West! —gritó Ken.

—Sí, Kurt.

—¡Lléveselos! —aulló Zen—. ¡Se están insubordinando! ¡Llévese a Nedra en primer lugar, antes de que lea mi pensamiento!

—Estoy trabajando con toda la rapidez posible —respondió West—. Este instrumento tiene que ser adaptado a la frecuencia individual del cuerpo. ¡Ah!

—Sabía que había algo... —empezó a decir Nedra. Y desapareció.

Zen suspiró, aliviado. Tenía la impresión de que Nedra le estaba obsequiando con unos epítetos que ninguna dama debería pronunciar. Bueno, el tiempo curaría aquello... si es que quedaba tiempo. En la caverna, un asiático empezó a moverse.

—¿Qué es lo que se propone hacer, Zen? —preguntó Grant.

—Llévese a Grant a continuación, West —gritó Kurt.

Cuando desapareció, Grant tenía un aspecto disgustado y resignado al mismo tiempo.

Finalmente, Zen quedó solo en la amplia caverna. Un asiático se había puesto en pie, y uno de los guardianes se estaba incorporando.

—Los tengo a todos aquí —dijo West, desde una enorme lejanía.

—Bien.

—¿Está usted preparado?

—Sí —respondió Zen—. Pero voy a seguir ese camino —añadió, señalando la abertura de la rampa de lanzamiento.

—¡Kurt!

La voz de West tenía una nota de evidente desconcierto: había captado el significado de las palabras de Zen.

—Ese camino o ninguno —insistió el coronel.

—Pero, ése no es un cohete de pasajeros...

—El casco retendrá el aire suficiente para mantenerme con vida todo el tiempo que tenga que permanecer allí.

—Pero el cohete aumenta progresivamente su aceleración. Es un blanco en movimiento.

—El avión de Red-Dog Jimmie Thurman estaba cayendo, y el satélite del coronel Grant estaba en movimiento, y el submarino de Spike Larson estaba en el fondo del océano Indico. No busque pretextos, Sam. Alguien llegó a aquel avión, a aquel satélite y a aquel submarino. Yo puedo llegar también a ese cohete. Y usted es el hombre que puede ponerme allí.

—¡Pero yo no estoy en ese blanco! —objetó West.

—Entonces, sitúese en él.

Zen hablaba como un sargento excesivamente gruñón dirigiéndose a un recluta, o como un coronel que se ha trazado una inflexible línea de conducta.

—De acuerdo. Haré todo lo que pueda. Pero algo quedará aquí, Kurt, incluso después de la explosión. Y en nuestro refugio estamos relativamente a salvo.

—Ése es el argumento que he utilizado para obligar a regresar a mis compañeros. Pero usted y yo, Sam, sabemos que si esa bomba estalla el continente americano desaparecerá.

—De acuerdo —repitió West—. Voy a tratar de situarme en el cohete como blanco.

—Bien.

Zen reprimió hasta el menor de los temblores musculares de su cuerpo.

El guardián asiático se había puesto en pie. Había recogido su rifle y miraba a su alrededor, buscando una explicación para lo que había sucedido... o un blanco. Sus ojos se posaron en el delgado coronel que llevaba los dedos vendados. Aquel uniforme no correspondía a ninguna unidad asiática.

El guardián alzó el rifle.

—¡Buena suerte, Kurt —susurró la voz de West a través del espacio entre dos continentes.

Mientras el rifle estallaba en su rostro, Kurt Zen notó que su cuerpo vibraba en lo que parecía ser la nada. De nuevo el terror invadió su alma. De nuevo experimentó la terrible agonía mental de aquel increíble tipo de vuelo espacial.

Pero esta vez no le importaban aquellos terrores mentales. En alguna parte de su cerebro había un intenso júbilo. Preguntándose si aquello sería la premonición de la muerte, continuó concentrándose en esa idea.

Vagamente, como si procediera de otro espacio, o de otro tiempo, adquirió conciencia de un rugido. El cohete se hizo visible a unos diez pies de distancia.

West había cometido un ligero error en sus cálculos.

Zen se encontraba ahora en el espacio sin aire. Todas las células de su cuerpo se estremecieron agónicamente. El dolor hizo presa en su garganta como unas manos que trataban de estrangularle.

—¡Oops! He cometido un error —oyó que susurraba West.

Zen avanzaba paralelamente al cohete. West había acertado con el trayecto y la

velocidad, pero no había calculado con exactitud el punto de coincidencia. ¿Error de la máquina? ¿Error humano? ¿Quién podía saberlo?

¿Y a quién podía importarle?

¡Click!

Como un vasto océano de cálida energía la mente de la raza llegó hasta Kurt Zen. ¡Existía allí en el espacio, también! A Zen no se le hubiera ocurrido nunca imaginarlo. Lo había considerado como un elemento limitado a la superficie del planeta.

Y allí, en pleno espacio, conservaba la vida en él.

Ignoraba cómo era posible aquel hecho: se trataba de uno de los misterios que el futuro se encargaría de resolver... si había un futuro que no fuese el de las llanuras fangosas.

Zen experimentó la sensación de que una poderosa corriente circulaba por el interior de su cuerpo.

¡Click!

¡Estaba en el cohete!

El olor a aceite recalentado hirió su olfato. Cuando trató de moverse, se dio un golpe en la cabeza. Se encontraba en un angosto pasillo. Delante de él vio un cuadro de mandos con diversos interruptores. Empezó a arrastrarse en aquella dirección.

En sus oídos resonaba un rugido ensordecedor. Todo su cuerpo vibraba como si fuese a estallar en pedazos. El pasillo era demasiado angosto. No había sido diseñado para permitir el paso de un hombre.

Todos los esfuerzos de Zen resultaron inútiles. El cuadro de mandos estaba allí, tan cerca, y al mismo tiempo tan lejos de su alcance como si se encontrara al otro lado de la luna.

El aire empezaba a enrarecerse. Zen se retorció, luchando desesperadamente, pero su cuerpo estaba incrustado en el angosto pasillo de un modo que le impedía moverse.

Alguien tiró de sus brazos. Nedra estaba delante de él, tratando de hacerle avanzar por el pasillo.

—¿Tú? —susurró Zen.

—¿Quién con mejores derechos que yo? —replicó Nedra.

Tenía el rostro empapado en sudor. Los cabellos alborotados. Tiraba de Zen con todas sus fuerzas.

El cohete derrapó, iniciando su giro en el espacio. Zen hizo un esfuerzo sobrehumano. Y quedó libre.

Tras aquel esfuerzo, en su cuerpo no quedaba más que pura energía nerviosa. Y Zen lo sabía.

A través de una abertura circular, vio la Tierra deslizándose debajo del cohete, muy lejos. Con sus mares azules y sus verdes campiñas, el planeta era también muy bello.

Zen se situó ante los mandos, tratando de comprenderlos. En alguna parte funcionaban suavemente unos giroscopios estabilizadores. Los mandos eran muy sencillos. Zen pulsó un interruptor.

No ocurrió nada.

En aquel limitado espacio, la risa de Zen sonó de un modo demencial.

Nedra le miró.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. No ha pasado nada. Eso es lo malo.

—¿Por qué?

—Esos mandos solo sirven para establecer el rumbo. Una vez establecido el rumbo y disparado el cohete, los mandos quedan automáticamente cerrados.

—Entonces, ¿no podemos cambiar el rumbo?

—No.

El rostro de Nedra se contrajo. Parecía una niña a punto de echarse a llorar.

Otro cuadro situado a su izquierda llamó la atención de Zen. En él había únicamente un botón rojo. Zen examinó cuidadosamente el cable que se extendía por detrás del cuadro.

—¡Diablos! —exclamó súbitamente.

—¿Qué pasa, Kurt?

—¡Ese botón rojo! ¡Es un mando independiente de la cabeza del proyectil! ¡Tiene que serlo! ¿Por qué supones que lo han puesto?

—Probablemente para probar el mecanismo de lanzamiento antes de instalar la cabeza del proyectil. ¿Qué importancia puede tener eso?

—Tal vez podamos ir al cielo.

—¿Qué quieres decir?

Zen explicó cuidadosamente lo que quería decir.

—¿Hacer estallar el cohete aquí, en el espacio?

—Exactamente.

La voz de West volvió a resonar en su mente. Zen la ignoró. Su mano avanzó hacia el botón rojo.

—Hay algo que quiero que sepas —dijo Zen, interrumpiendo el gesto de su mano.

—¿De qué se trata?

—¡Te quiero! —dijo Zen.

Nedra se echó en sus brazos como una chiquilla asustada.

—Lo supe el primer día que te vi —murmuró—. Estoy dispuesta, amor mío.

Zen besó a Nedra y pulsó el botón rojo.

Se produjo un horrísono estruendo.

La oscuridad lo envolvió todo.

Kurt Zen surgió de aquella oscuridad para encontrarse a sí mismo contemplando el rostro de Sam West, inclinado sobre él. En aquel rostro había algo que le resultaba

familiar, algo que debió haber sospechado hacía mucho tiempo. Trató de pensar en lo que era.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Esa cabeza del proyectil tenía un mecanismo retardatorio de la explosión. Unos treinta segundos, aproximadamente. Y eso nos permitió sacarles a ustedes del cohete antes de que estallara la cabeza atómica.

Lo que West decía sonaba muy importante. En otras circunstancias, Zen sabía que lo hubiera considerado importante. Pero ahora había otras cosas más significativas.

—¿Estalló la cabeza atómica? —preguntó.

—Hace diez minutos —respondió West jubilosamente—. ¿Sabe lo que significa eso, Kurt? ¿Sabe lo que significa?

—Sí —respondió Zen—. Que no tendré que ser una anguila. —Aún había otra cosa que era importante—. Dígame...

—¿Una anguila? —Por un instante, el rostro de West mostró una expresión desconcertada. Luego captó el significado—. Tiene usted razón, Kurt. Nada de anguilas... para ninguno de nosotros.

—Estupendo —dijo Zen—. Nedra...

—Está aquí, a su lado, completamente agotada. Pero no tardará en reponerse.

—Estupendo —repitió Kurt. El otro hecho continuaba en *su* memoria. Mientras trataba de recordarlo, le llegó la respuesta. Alzó la mirada hacia West—. Usted no es Sam West —dijo.

—¿No? —inquirió West, con el fantasma de una sonrisa en los labios—. Entonces, ¿quién soy?

—Usted es Jal Jonner. Nadie, a no ser Jal Jonner, podría haber hecho todas las cosas que usted ha hecho.

—Tienes razón, Kurt. Soy Jal Jonner. Y tú eres Kurt Zen. Y ésta es Nedra...

Zen vio la sonrisa que iluminaba el rostro de West. Era la mejor sonrisa que había visto nunca. Luego, la sonrisa se borró mientras Zen se hundía en el profundo sueño del agotamiento. Ni siquiera notó cómo Jonner colocaba la mano de Nedra en la suya.

# Litofagia

Francisco Lezcano

## I

Luis alcanzó jadeando la cima de la colina de Doña Rafaela. No era demasiado alta, pero para él, que sólo tenía nueve años, casi le resultaba tanto como subir al Himalaya. Por otra parte, a la agitación producida por el ascenso se unía el acelerado palpitar de su corazón bajo la inquietud de haber faltado por vez primera a la escuela. Se dejó caer exhausto sobre la hierba pajiza, boca arriba, con los ojos cerrados y los brazos en cruz. Y así estuvo hasta que la respiración se le normalizó y el corazón volvió a su voz de reloj. La brisa le rozó el rostro igual que una mano si acaricia. Entonces abrió los ojos. Las negras ramas sarmentosas de dos árboles resecos le sobresaltaron en el primer momento, pero, al segundo, los barcos, los caballos, los cohetes blancos, hechos con las nubes que corrían sobre el cielo, le incitaron a sonreír tranquilo y feliz.

Desde la colina se podía distinguir el valle ceniciento y volcánico, plantado de viñas rastreras entre las que sobresalían las blancas casitas como terrones de azúcar caídos entre el césped de un jardín. La escuela, más insignificante que un grano de sal, le hizo sentirse fuerte y palmoteo burlándose de aquella menudencia.

La montaña de Doña Rafaela era el cono formado por una erupción; una caldera de retorcidas rocas pardas, ocres y grises que formaban caprichosas olas paralizadas; borbotones, inimaginables formas nacidas durante vómitos candentes enfriados de golpe. Sus laderas estaban cubiertas hasta el fondo de cactus y plantas espinosas. Luis se puso en pie y, atraído por el misterio de aquellas rocas, bajó de piedra en piedra rehuyendo las púas. Desde el nuevo punto de vista las paredes de la caldera parecían más altas y próximas al cielo. Cualquier insecto caído en el fondo de un caldero quizá tenga la misma perspectiva que experimentó Luis. Cohibido, se tendió con una rara sensación de aplastamiento en el alma.

## II

El cielo estaba intensamente azul y su luz le hería en los ojos, obligándole a entornar los párpados. Así, cuando la mota cruzó su campo visual, Luis creyó que se trataba de una mosca o de un efecto óptico, y con los puños cerrados se frotó los ojos para hacerla desaparecer. Volvió a mirar al mismo punto. La mancha ya no estaba allí.

Se había desplazado de lugar y avanzaba hacia el cráter.

«Puede ser un helicóptero —pensó—. A lo peor el de don Antonio, de la finca El Rosalito. Si me ve se lo dirá al maestro. Tengo que ocultarme».

Asustado, se introdujo en un hueco de techo bajo de apenas dos metros de fondo que estaba situado a su derecha. Al rato, como no escuchaba ningún ruido, se asomó. El presunto helicóptero estaba casi a tiro de piedra desde el suelo. Luis, boquiabierto, comprobó que era algo así como un globo aplastado, una chinche... no supo definirlo.

Lo volante se detuvo un rato vigilando el terreno. El niño recordó a los milanos cuando, vibrando inquietos, están a punto de caer sobre su víctima. Pero aquel objeto, con el volumen de un automóvil y la ligereza de una vejiga llena de aire, inició un moderado descenso hasta posarse sin brusquedad, y lo mismo que un globo cuando cae, o una asombrosa lenteja móvil, ocupó un claro entre las plantas espinosas.

### III

Después de pensarlo mucho Luis tomó la decisión de aproximarse al desconocido objeto o viviente. Dio un paso, y ya ninguno más, porque el artefacto se irguió sobre largas patas con las que se sirvió para trasladarse, al parecer, examinando con detenimiento cuanto le rodeaba. El pánico se apoderó del niño. Y procurando no ser visto escapó a toda prisa, olvidándose hasta de las zarzas y los cactus. Una de las veces que volvió amedrentado la cabeza hacia atrás pudo distinguir la comprimida forma deslizándose por un terraplén de cenizas y agarrando con largos tentáculos el tronco de un gran cactus arbóreo...

### IV

Don José estaba en la pizarra explicando ecuaciones.

—Y para terminar —dijo:

$$x = \frac{-b \pm \sqrt{b^2 - 4ac}}{2a}$$

En el aula sólo se escuchaba el raspar de los lápices sobre los cuadernos. A oído supo cuándo cada alumno había terminado de copiar la fórmula.

—Bien. Ya está... Ahora necesito un voluntario para...

La puerta se abrió de golpe y Luis, pálido como un papel envejecido, tembloroso como un agitado élitro, entró en la clase.



—¡Pero, niño!

—Yo es que he... visto... un..., un..., un...

Todos los compañeros de escuela se pusieron en pie ante la gagueante y cómica apariencia de Luis. Pero don José comprendió que la actitud del niño ocultaba una emoción que necesariamente debía de ser atendida. Esta deducción le impulsó a descender los peldaños de la tarima.

—¡Silencio! ¡No más carcajadas!, ¡silencio! —Y con una sonrisa de cordialidad caminó entre los pupitres. Luis retrocedió, aunque en seguida se llenó de confianza y entre gemidos dijo:

—Perdóneme por haber escapado del colegio...

—Deja eso —le respondió don José, pasándole el brazo sobre un hombro en señal de cordialidad—. Dinos qué te ha ocurrido.

El maestro, con el niño sentado sobre las rodillas en un escalón de la tarima, y el resto de los alumnos en torno, atendió con interés a cada palabra, quedando convencido de que, por mucha imaginación que tuviera el chico, lo narrado se hallaba fuera de las posibilidades inventivas hasta para un hombre normal. Pero antes de comunicar algo a otro pensó que sería mejor comprobar personalmente los hechos.

—Bien, vamos a ir de excursión.

La gritería alegre de los muchachos fue ensordecedora.

—¡Silencio!

Don José llamó a la panadería solicitando bocadillos de queso, mortadela, jamón y foigrás, más diez botellas de agua y cestos correspondientes. Nadie se extrañaría, pues era frecuente ver a los chicos de paseo con su maestro, como asimismo recibir pedidos similares.

—Ahora, vamos a jugar a exploradores. Andaremos sin hacer ruido y en orden hasta la montaña.

## V

Muy despacio ascendieron por la polvorienta falda hasta alcanzar la cima. Algunos niños asustadizos se habían quedado rezagados, a medio camino. Desde arriba don José les indicó por señas que se estuvieran quietos, y con el resto caminó hacia el borde de la caldera.

—¡Agachaos!... A ver, Luis, ¿dónde?

—Ahí..., en esa dirección.

Asomaron poco a poco las cabezas sobre las rojas piedras de toba... En efecto, abajo, desplazándose con sus zancudas patas y manipulando con los tentáculos, iba de un lado a otro el gran artefacto visto y descrito por el niño.

—¡Vámonos, chicos!... ¡Vámonos!... Tenemos que decírselo a las autoridades. Pero tranquilos..., no pasa nada...

Regresaron con prisa. Por el camino don José intuyó que no debería dejar irse a

los niños a sus casas si quería evitar la divulgación de un hecho quizá secreto militar o de origen no terrestre, en cuyo caso podría cundir el pánico. Concluyó yéndose con todos a la comisaría...

## VI

—¿Usted está seguro de lo que dice? —le preguntó el comisario, visiblemente incrédulo, con una mirada dura y el ceño fruncido—. ¿Usted está seguro de lo que me cuenta? —insistió alzando el tono de voz amenazadoramente, y se apoyó sobre la mesa con el brazo extendido y en la mano cerrada el índice amenazador como un revólver a punto de hacer fuego.

—Lo hemos visto todos...

—¡Sí, señor! —reafirmaron los niños, gritando a coro.

El comisario echó la silla hacia atrás para poder sacar la barriga de debajo del tablero y ponerse en pie.

—A ver, sentaos ahí.

El banco estaba situado a lo largo del muro. Tomaron asiento. Don José miró nervioso al reloj de pared. Sabía que de seguir prolongándose la entrevista, pronto los padres de cada niño empezarían a llamar a la escuela, a la casa de socorro y a la comisaría, sembrando su propia alarma e incertidumbre.

—Señor, deje que los niños se vayan a casa. Es tarde. Sus padres se preocuparán.

—¡Hum!, ¿cree que sería bueno divulgar esta noticia, sea auténtica o sea falsa, sin hacer antes comprobaciones?

—¿Va a tenernos aquí hasta la comprobación de los hechos?

—No... Váyanse a la escuela. Y esperen allí. Un policía les acompañará, o dos. Dele una lista con las direcciones o el número telefónico de cada alumno. Avisaremos a sus familiares.

—¿Y qué piensa usted decirles?

—Pues... que estamos haciendo ensayos de protección civil. Que no se inquieten, pues sus hijos comerán en la escuela y serán atendidos a cuerpo de príncipe. Yo me encargaré de conseguirles buena comida... Examinaré sobre el terreno esa cuestión tremebunda —terminó el comisario de hablar, haciendo un gesto que pretendió despreocupado pero que no le sirvió más que de mueca ridícula incapaz de ocultar su desasosiego interior.

Don José y los niños cruzaron ordenados el polvoriento trecho de carretera que conducía a la escuela. A la vez, varios guardias se encargaban de difundir la mentira ideada para cubrir las apariencias.

## VII

Dos jeeps orugas equipados para ascensiones en planos inclinados muy difíciles partieron, con quince agentes armados y el comisario al frente, hacia el punto marcado por don José y los alumnos en el mapa que les fue presentado durante el interrogatorio a que fueron sometidos.

Los coches avanzaron con apariencia insegura por la falda escurridiza. Patinando sobre la tierra granulada y quebradiza, daba la impresión de que aquellos vehículos no servían para alcanzar su destino. Pero la realidad fue otra. Pronto estuvieron arriba.

—Muchachos, al suelo —ordenó el comisario—. Esperemos que con tanto polvo y tanto ruido, si hay algo, no lo hayamos puesto en guardia. Yo no creo en mitos extraterrestres, pero sí cabe la posibilidad de una máquina de espionaje.

—¿Qué debemos hacer?

—Darle el alto. Pedir sus credenciales.

Con sigilo, se desplazaron hasta el borde del embudo volcánico. Al principio sólo el raro paisaje se presentó ante su vista: las rocas como goterones de chocolate endurecido, las aulagas enseñando su reseca estructura de nervios fosilizados, las chumberas imitando a espantapájaros verdes. Pero a! poco tiempo, de entre unas hendiduras horizontales amparadas por cornisas de piedra pómez, surgió retrocediendo la desconocida mole.

—¡Atiza, señor!

El chasquido de varias armas poniéndose a punto resaltó sobre los suspiros y cantos ululantes del viento.

—Somos quince —musitó el comisario tratando de tranquilizar a los demás y a sí mismo—. Poca cosa —reconoció—. Tú y tú, apostaos aquí con el bazooka. Pero no se os ocurra abrir fuego más que en caso de fuerza mayor.

—Sí, señor.

Los dos hombres se tendieron, con el arma portátil, lanzadora de cohetes liliput, preparada.

—Vosotros dos —le dijo a otros— vendréis conmigo para ayudarme a manejar el megáfono y la radio... Los demás abrios en abanico y converged sobre el objetivo. —Frunció el ceño y quedó un rato pensativo—. Esperad... ¿Y si esto fuera más grave de lo que parece?... A ver, uno cualquiera, que pida más refuerzos. Por lo menos 15 ó 20 hombres, y algunos focos.

Había, entretanto, anochecido. Un círculo amenazador y desconfiado anillaba al grande y metálico «crustáceo-medusa», que según las apariencias se movía con tranquilidad ocupado en una labor a todas luces investigadora, ya que no cesaba de tomar muestras de las especies existentes a su alrededor, a la vez que un destello emitido con regularidad hacía pensar en determinado tipo de cámaras fotográficas.

Media docena de reflectores fueron apuntados hacia el artefacto patilargo. Y a una señal convenida fueron encendidos a la vez. Atrapó la red de luz a la máquina que, tomaba por sorpresa, dio unos torpes saltos y se apretó contra el suelo como asustada.

—¿Quiénes son y de dónde vienen? —interrogó el comisario precipitadamente por el megáfono—. No deseamos más que asegurarnos y eliminar nuestras sospechas. No llevan distintivos conocidos. Nadie nos ha dado parte de ustedes.

De improviso la máquina fue tornándose verdosa, refulgente, y comenzó a zumbar de manera no tranquilizadora. Replegando sus patas y apéndices, inició movimientos ascendentes. Varios fogonazos verdosos restallaron bajo su vientre rayado de amarillo y negro.

—¡Nos ataca! —gritó a alguien. Y otro más nervioso apretó el gatillo de su ametralladora de gran calibre, y al mismo tiempo los poseedores del bazooka disparaban por contagio.

—¡Alto!, ¡alto!...

Pero la orden llegó demasiado tarde. Ya la brillante masa caía como una hoja muerta. Tocó el suelo donde, como un animal herido, quedó agitándose sincopada.

—Pip-pipt-pipt... —emitía; y aquel sonido tenía algo de lastimero...

## VIII

Tolstoi cruzó presuroso la entrada principal del Centro Mundial de la Ciencia después de atravesar con gran dificultad la masa de periodistas y de curiosos que rodeaba el edificio. Se escurrió gracias a su físico escuálido como una anguila.

Escortado por media docena de agentes fue recorriendo los numerosos pasillos que conducían a la Sala de Conferencias, donde le esperaban en secreta reunión los representantes de los ejes de Defensa Unida, Astrociencia e Información...

Cuando puso pie en la estancia los tres hombres se aproximaron a Tolstoi.

—¡Tan veloz como siempre! —exclamó Iván sonriendo amablemente, a la vez que alargaba la mano para saludar al recién llegado—. ¡Ojalá, cuando tenga yo sus setenta y cinco años, pueda disponer de tanta energía!

—Su gusto por los caracoles con picante le llevarán a la tumba.

—No sea tan agorero, señor. —Iván hizo una pausa y se volvió hacia la rechoncha figura de Moore y la desgarbada de Taw—. Jefe de Astrociencia y Jefe de Información, los nuevos —dijo.

—Sí, gracias. Creo que hemos sido presentados ya en alguna parte, aunque no puedo precisar dónde... Tanto gusto... Bueno..., ahora sentémonos alrededor de esa mesa y estudiemos los informes.

—¿No le parece mejor que bajemos a la nave subterránea? —le apuntó Taw—. El objeto desconocido ha sido trasladado allí para protegerlo de los curiosos y porque disponemos en ese lugar de más medios de investigación que en la sala del edificio del Observatorio Astronómico, a donde provisionalmente lo habían llevado.

—¡Ah!, bien... Sí, señor Taw..., descendamos.

En el gran patio central, cubierto y fuertemente iluminado, aunque con exactitud, el objeto extraterrestre colgaba de una gran grúa y esto producía la ilusión de que una

enorme araña había sido capturada o pendía al acecho de los hombres, que lucían como moscas junto a un arácnido.

Cuando los científicos se le aproximaron contrajo las patas tal como un crustáceo que, herido, intenta protegerse. Tolstoi preguntó:

—¿Qué se ha conseguido averiguar?

—Desde luego es extraterrestre. Se trata de una sonda interplanetaria encargada de recoger muestras y fotos. Está construida con un producto, que no sabemos si es natural o artificial. Aún no hemos llegado a su total estructura interior, donde la materia orgánica y la electrónica integran un complejo autónomo dirigible, pero capaz de actuar por sí mismo, probablemente dentro de los límites impuestos por alguna programadora interna.

—Interesante —opinó Tolstoi, pero más atraído por algo en la superficie granulosa del objeto—. ¿Y esto? —indagó señalando la pelusa verdosa que cubría una zona bastante amplia bajo el vientre.

—Pues... no lo sé. —Moore se extrañó y buscó una respuesta con la mirada en el rostro de Taw. Pero Taw tampoco dio una contestación definitiva.

—Antes no estaba. Hace diez minutos eso no estaba ahí. —Taw lo tocó instintivamente con el índice.

—¡No! —gritó Tolstoi tirándole del brazo.

—¿Por qué?

—Simple precaución... Lávese con un fuerte desinfectante, y llame al Encargado General...

El Encargado General miró con sorpresa aquella mancha...

—Pues... no sé, parece moho... Debe de haber salido hace muy poco... No me hace gracia... ¿A usted le hace gracia?

Tolstoi miró de arriba abajo la melnuda presencia del Encargado General...

—No estamos en un circo.

—Disculpe... Me refiero a que eso ha salido de pronto y se ha hecho tan grande como un plato en el plazo de quince minutos, y...

—Cierto... No lo toquen... Tomen una muestra para su estudio. Y la zona afectada atáquenla con Super Aséptico 55... Yo me siento fatigado. Son las once de la noche. Usted está de turno, de guardia... Mañana sabremos algo más...

## IX

Dos de la madrugada...

El teléfono estuvo vibrando durante mucho tiempo antes de que el doctor Tolstoi lo escuchara, y más rato aún hasta que abrió los ojos ya consciente de lo que significaba su sonido.

—¡Demonio!... ¡Diga? ¡Diga?...

Al otro lado, la inconfundible voz de Taw sonó extraña y sus palabras

ininteligibles por lo precipitadas.

—No le entiendo... Hable más despacio... Y si está nervioso por algo tranquilícese...

—El moho...

—Sí... ¿Qué pasa con el moho?

—Me ha crecido.

—¿Cómo que le ha crecido?

—En el brazo.

—¿En el brazo?

—Me lavé como usted me aconsejó. Pero no sirvió de nada, pues durante esta madrugada me ha vuelto a brotar, ha proliferado, cubriéndome hasta el cuello.

—¿Tiene usted fiebre? ¿Se siente mal?... La verdad es que no sé qué decirle.

—Me noto bien, sólo asustado... No he tomado aún ninguna medida... Al abrir los ojos y verme esto, lo primero ha sido llamarle.

—¿Tiene en casa Super Aséptico 55?

—Sí.

—Utilízelo entonces como cura de urgencia. Y llame a un médico si ello le tranquiliza. O espere a que yo le visite con Moore.

—Bien... Gracias... No tarde.

—Descuide...

Tolstoi colgó el teléfono y volvió a marcar otro número.

—¿Diga?... —preguntó una voz de mujer soñolienta.

—¿Está el señor Moore?

—¿Quién pregunta?

—Tolstoi Van de...

—¡Ah!..., le hemos estado llamando a usted insistentemente. Su teléfono siempre comunicaba... Deseábamos ponerle al corriente de que el señor Moore...

—Moho verde —se adelantó a decir Tolstoi, presa de un súbito presentimiento.

—Sí..., ¿cómo lo sabe? —indagó la voz femenina con esa característica modulación de la perplejidad.

—Eso es lo de menos... ¿Pero dónde está?

—En el brazo del doctor Moore y en...

—¡No me refiero al moho, mujer!

—Disculpe, estoy tan nerviosa... Me horrorizó tanto verle la cabeza como una mopa verdosa... —Y varios gemidos histéricos ocuparon la línea.

Tolstoi, con los nervios de punta, le gritó de una manera casi brutal:

—¡Haga el favor de decirme dónde está Moore!

—Sí..., sí..., señor... En la Clínica Paloma Blanca, del distrito Rojo...

—¡Acabáramos, Santo Dios!... Y ahora atiéndame... Es muy importante el favor que voy a pedirle... Llame usted al doctor Mac Anuil, teléfono 1966abc, y envíelo a toda prisa a casa del señor Taw... ¿Sabe usted dónde vive el señor Taw?...

—Sí, señor...

—Bien... Yo iré a la Clínica para ver a Moore...

—Sí, señor...

## X

Cuando Tolstoi llegó a la clínica el doctor Moore estaba recién desinfectado y lavado. Su cara sólo mostraba un tinte verdoso muy ligero, casi imperceptible, y una profunda preocupación lógica. Le habían acostado en la sala de contagiosos y era vigilado por permanentes enfermeras de turno aisladas con trajes estancos de plástico. Tolstoi fue obligado a vestir uno de ellos y entonces se le autorizó a visitar a Moore.

—Moore, ¿cómo está? —le preguntó, nada más entrar en su habitación.

Moore frunció el entrecejo, extrañado, e incorporándose en la cama lanzó varias miradas escrutadoras.

—¿Quién es usted? No le reconozco dentro de esa bolsa.

—Soy Tolstoi.

—¡Ah! —volvió a tumbarse, lanzando un suspiro de alivio—. Creí que le ocurría algo... No pudimos llamarle esta mañana...

—Sí, ya lo sé.

—Siéntese.

—Gracias.

—¿Y Taw?

—¿Sabe usted que le ha ocurrido?

—Sí, lo mismo que a mí, supongo.

—En efecto. Probablemente le traerán aquí dentro de poco. Ahora debe estar con el doctor Anuil.

—¡Hum! —Moore se removi6 inquieto entre las sábanas. Vacil6 antes de hablar. Y luego, temeroso de recibir una mala respuesta, pregunt6 con voz insegura—: Tolstoi, ¿cree usted que es epidémico y grave?

—Escuche, Moore... En este informe que tengo entre las manos se indica la naturaleza de ese...: moho... Se trata de una masa integrada por bacterias infradiminutas. Usted, que es tan aficionado a leer ciencia-ficción, identificará este polvillo con alguna novela... Se reproduce muy de prisa. Son hasta el momento indestructibles. No sabemos qué efectos causan.

—Esperemos que no sean mortales —opin6 lúgubrementes Moore.

Una enfermera enfundada en el traje protector entr6 en la habitación.

—Señor Tolstoi.

—¿Diga?... Soy yo, el que está sentado...

—Le llaman por el teléfono exterior directo.

—¿Qué pasará ahora?... Disculpe, Moore... Se tratará de algo relacionado con Taw... Volveré pronto...

## XI

El Encargado General interrogó con ansiedad al oír que alguien tomaba el teléfono.

—¿El señor Tolstoi?

—Sí, ¿diga?, ¿quién es?

—Soy el Encargado General.

—¿Qué le ocurre? ¿También usted ha sido afectado por el polvillo verde?

—A mí nada.

—¿Entonces?

—El artefacto...

—¿Ha averiguado algo bueno?

—Averiguar, no... Está cubierto de una pelusa verde. Parece una enorme mopa.

—¡No lo toquen!

—Varios hombres se han contagiado.

—¡Maldita sea!

—Pero no es todo. Casualmente hemos descubierto que estas bacterias son cementófagas...

—¿*Cementófagas*?

—Sí, algo parecido a las litófagas que producen el mal de piedra o la lepra de piedra en los edificios. Éstas se reproducen en cualquier cosa, parásitas. Pero haga usted que un contaminado toque una pared enfoscada con mortero de arena y cemento. Entonces la plaga lo abandona rápidamente y se acopla al muro, iniciando una veloz reproducción de sí mismas y la destrucción del cemento. Los muros del subterráneo están todos carcomidos como por un cáncer. Luchamos para atajar esto, pero al paso que avanza el moho pronto correrá peligro el edificio... Hemos tomado las medidas pertinentes... Le llamé para ponerle al tanto del asunto...

—Gracias...

—De nada, señor...

Tolstoi soltó el teléfono y retornó a la antesala donde debía volver a vestirse con otro traje aislante, puesto que el anterior tuvo que quitárselo al abandonar la habitación de Moore. Después lo halló más inquieto y con el rostro un poco más verduoso.

—Moore, tranquilícese. Su problema se ha terminado..., aunque ahora nos comienza otro.

—¿...?

Tolstoi se dirigió a una de las enfermeras.

—Señorita, por favor; ordene que me traigan un par de kilos de cemento y un barril de acero con cierre hermético a prueba de contaminaciones.

La enfermera abrió los ojos hasta el máximo, sin saber si obedecer o tomarse la



cuestión a broma.

—Le hablo en serio, señorita...

—Sí, señor..., lo que usted diga...

Moore también había quedado boquiabierto.

Al rato, la enfermera estuvo de regreso, ayudada por un auxiliar que transportaba el barril. Tolstoi abrió el saco de plástico que contenía cemento y se aproximó a Moore.

—¿Qué es?

—Cemento... Haga lo que le diga... Coloque la punta de sus dedos sobre el polvo...

—¿Para...?

—¡Venga!

Moore cumplió las órdenes entre desconfiado y curioso.

—¿Y ahora qué?

—Esperemos...

El tono verdoso del rostro de Moore fue bajando hacia el cuello y concentrándose en una franja que en seguida descendió hacia el hombro y despacio, casi imperceptiblemente, se desplazó brazo abajo hasta alcanzar la mano, donde resbaló por los dedos y cayó sobre el cemento produciendo el efecto de unas gotas de limón al tocar bicarbonato. Entonces Tolstoi volvió a indicarle un nuevo proceder.

—Levante la mano durante un minuto, sólo tres o cuatro milímetros sobre el cemento, y luego retírela... ¡Ahora!...

Cerrando la bolsa la introdujo en el barril, que atrancó inmediatamente con fuerza.

—¡Fantástico, doctor Tolstoi! ¡Fantástico!

Las bacterias cementófagas habían quedado allí a buen recaudo. Y más tarde, por el mismo procedimiento, se liberó a los demás de ellas. Pero la batalla contra la plaga devoradora de cemento adquirió caracteres trágicos. Tres semanas más tarde el laboratorio subterráneo tuvo que ser desalojado y rodeado con una valla plástica y un foso lleno de agua. El moho lo invadía todo. La máquina extraterrestre fue depositada en el centro de un desierto. Enterrada. Pero nómadas al acecho pensaron que se trataba de algún tesoro y una noche asaltaron el puesto de guardia asesinando a los centinelas y volvieron a cavar hasta extraer lo que consideraban algo muy importante. Y en consecuencia la plaga se extendió por los poblados. Mucha gente se suicidó asustada y otros fueron asesinados como antiguos apestados. Muchas tribus.

muchos poblados chocaron cruelmente, antes de que llegaran a conocer que el polvillo verdoso era orgánicamente inofensivo para los humanos. Fue recuperado el artefacto, que había sido descuartizado y escondido en apartados rincones; bajo piedras, en el fondo de pozos de agua, entre los restos de grandes hogueras... Los fragmentos recuperados fueron sumergidos en una profunda fosa del Pacífico. Pero la medida ya era inútil. Ante los asombrados ojos de la multitud, los edificios

comenzaron a caer entre polvaredas verdosas. La civilización se tambaleó sobre su insegura base de hormigón. El caos vino y fue tan grave como una repentina guerra. Y la batalla sólo terminó cuando se agotó sobre el planeta el último gramo de cemento...

# Amor galáctico

Jacques Ferron

Niza, Cannes, Palma de Mallorca... Los trenes salen atestados de alegres veraneantes. Los coches, excesivamente cargados, siguen las ondulantes líneas de las carreteras. El mar se ahueca bajo la proa de los barcos de recreo.

El turista desembarca en tropa, en regimientos. Los *clics* de todos los aparatos fotográficos reunidos podrían oírse como una salva de artillería.

Vacaciones agitadas, febriles. He ahí a los locos de la velocidad, a los maniáticos del record deportivo, a los *snoobs*.

—Nosotros hemos visitado la bahía de Nápoles; nosotros la Costa Brava. ¡Ah, se me olvidaba!: hemos visto también el Partenon: un cuarto de hora. ¡Oh, sí, es formidable!

Sin embargo...

Sin embargo, Francia está repleta de apacibles bosquecillos, de colinas solitarias, de arroyuelos modestos.

Marchad, corred, navegad. Nada impide que, a sesenta kilómetros tan sólo de la capital, asomados a un camino vecinal, casi escondidos entre los árboles, se encuentren algunos pueblecillos que sueñan... y hacen soñar.

Gerardo Delessard, dibujante industrial de la S.E.I.F. (Sociedad de Equipos para las Industrias Francesas), pasaba sus vacaciones anuales en paz y tranquilidad, prefiriendo el verdadero reposo a las locas y apresuradas hazañas de vacaciones.

Era soltero, y acostumbraba venir cada año a la vieja casa de campo que había heredado de sus padres, donde se distraía alternando la pesca con caña y la pintura al óleo.

Nada de aventuras. A sus 35 años pasaba por ser un viejo solterón, y no le importaba. La única muchacha que de vez en cuando había venido a turbar su soledad era Mariana. Mariana, una pequeña silueta que conservaba todavía la gracia de la adolescencia, con sus cabellos rubios en desorden y unos ojos azules siempre alegres.

Turbar su soledad... Perturbar sería mejor. Como decía Gerardo, Mariana poseía una vivacidad de movimientos y una conversación que encantaban el alma. Vivía con un tío cuyo en el pueblo cercano, y estaba seguro de que mañana mismo vendría, al enterarse que él había llegado...

Aquella misma tarde Gerardo se llegaría hasta el pueblo, donde algunas viejas comadres, sentadas en el umbral de sus puertas, le saludarían familiarmente. El tibio atardecer en que terminaba aquella noche de agosto encendería sus temblorosas candilejas allá en el cielo; el grillo cantaría en morse, y en las verdosas charcas

croarían las ranillas, junto a los viejos troncos ahogados.

Y todo ocurriría exactamente como él lo había previsto, sin sorpresas ni choques, porque era así como estaba previsto en el orden natural de las cosas.

Con su ligera maleta en la mano, el hombre contorneaba los setos de espino que cercaban las casas ya dormidas y llegaba ya junto a la valla que interceptaba la entrada del jardincillo familiar, cuando... —¡Mariana!

De improviso, Gerardo reconoció a la amiga que le hacía la agradable sorpresa de venir a recibirle a una hora tan avanzada. Sin embargo, ella no le dio ni siquiera tiempo para sorprenderse: parecía excesivamente nerviosa.

—Había venido a esperarte, me senté en el banco de delante de tu casa y... ¿sabes lo que he visto? No, no puedes figurártelo.

Él la siguió, protestando y riendo, aunque encantado en el fondo.

—¡Mira! ¡Ahí!

La mirada de Gerardo tropezó con una masa voluminosa y esférica que flotaba suavemente en el agua verdosa de un viejo balde de madera destinado a recoger el agua de la lluvia bajo los canales.

—¡Esto es un balón de fútbol! —protestó.

—¡No; es una pelota de materia blanda!

Aquello hizo recordar a Gerardo algo que había ocurrido el año pasado.

—¡Tú sabes algo! —dijo Mariana con curiosidad.

—Puede ser que sí. Verás... El año pasado, estaba un día paseando por los alrededores del pueblo cuando un breve y repentino granizo me azotó los hombros. Sorprendido, me incliné hacia el suelo: una docena de esférulas del tamaño de un garbanzo relucían en el suelo. Alcé los ojos interrogante hacia el cielo: ¡allí no había nada!

»Cogí entonces entre mis dedos una de las bolillas de aquel maná celeste. Bajo la presión, la misteriosa esfera gelatinosa reventó, esparciendo un líquido viscoso, amarillento e inodoro. Pensé en qué pájaro misterioso me habría gratificado desde lo más alto de los aires con su parvada insólita. Después de un rato de perplejidad, terminé por pensar que algún avión que iba a gran altura se habría desembarazado probablemente de un deshecho que yo desconocía, y no volví a pensar más en ello hasta el momento de acostarme, cuando observé que una de aquellas perlas misteriosas había quedado adherida a mi manga. Bostezando, la arrojé por la ventana... y supongo que quizás fue a caer en la tina.

—¿E imaginas que pueda ser eso mismo?

—Pues... es muy posible, sí. Quizás con el tiempo se haya hinchado en el agua...

En realidad, a Gerardo no le preocupaba en lo más mínimo aquel fenómeno. Después de un año de ausencia, su impaciencia estaba por ver tomar a la entrevista un giro algo más íntimo, y así pues se dedicó a ello...

Los días siguientes mostraron a la pareja que aquella extraña esfera iba creciendo

dentro de la tina con una extraordinaria rapidez. Muy pronto llegó a presentar el volumen de una calabaza, ocupando completamente el fondo del barreño.

Incrédulo, y hasta secretamente asombrado, Gerardo tomó una decisión:

—Vamos a transportar a éste... lo que sea, hasta la cabaña del fondo del jardín, y lo alimentaremos con agua salada, preparándole así una especie de suero fisiológico que tal vez sea más conveniente para su nutrición.

—¿Quieres decir que pueda ser algo animal o vegetal?

—No lo sé todavía, pero a la vista de lo presente podríamos afirmar que se trata de algo así como una medusa que se hubiera perdido en el campo.

El interés creciente hizo que durante las prolongadas horas de inactividad los dos jóvenes estudiaran a la esfera desconocida bajo un aspecto científico.

La sorprendente criatura (era evidente que se trataba de algo orgánico y vivo), continuaba por su parte creciendo. Era ahora ya una masa elástica, cuya transparencia dejaba entrever en su interior unos órganos embrionarios.

—Pero, ¿qué es lo que puede salir de este monstruoso huevo? —preguntó Mariana algunos días después.

—Lo ignoro; jamás se me ha presentado un caso semejante, y no creo que haya ningún libro científico que lo mencione...

—¡Y la pelota continúa aumentando de tamaño!

—Sí. ¿Te has dado cuenta de un detalle? Parece como si, al tocarla, su piel se arrugara y empezara a hundirse por algunos lados...

—Efectivamente; parece que el animal empieza a perder su forma esférica...

—¡Oh, Gerardo! ¡Creo que esto está escapando un poco de nuestro alcance! ¡Tengo miedo!

—El joven delineante rodeó con sus brazos los hombros de Mariana.

—Sí, tienes razón. Yo mismo tengo que hacer a veces esfuerzos para contener las ganas que siento de destripar la esfera y descubrir por fin el secreto de lo que puede haber dentro.

La joven levantó hacia él sus ojos claros. Le agradaba que alguien la comprendiera, y el peso del brazo que la protegía la reconfortaba.

Y la masa ovoide reposaba allí, delante de ellos, apoyada sobre una especie de pie horizontal que se alargaba continuamente. La piel granulosa presentaba unas estrías de dibujos subyacentes. Su aspecto era impresionante y, no obstante, los jóvenes sentían que ya no tenían miedo.

Algunos días después, Gerardo Delessard se presentó jadeante en casa de Mariana.

—¡Ya sé, por fin, la naturaleza exacta de nuestro monstruo!

—¡Dilo, pronto! —suplicó Mariana.

—Es... Es... ¡Es un caracol!

La joven se echó a reír a carcajadas.

—¡Es exactamente eso! —insistió Gerardo—. ¡Un molusco gasterópodo del género Hélix, un vulgar caracol de nuestros jardines, pero que llega a alcanzar el tamaño de un perro danés!

Gerardo mostraba un aire de indudable convicción. Mariana tomó una actitud doctoral:

—Mi apreciado amigo, no le enseñaré nada nuevo al precisarle a usted que el caracol está formado por tres partes: la cabeza, dotada de los órganos del tacto; los ojos, que se hallan situados precisamente sobre los tentáculos, y la boca, provista de unos dientes córneos: la rádula. La masa visceral, que contiene los diferentes órganos anatómicos, reposa sobre un único pie, que es el órgano locomotor...

—¡Pues bien; mi caracol, el *mío*, está ya terminado... y además se mueve! ¡Y esta misma tarde saldrá de su barreño!

Algunos días después de esta extravagante conversación, Mariana tuvo que darse por vencida: aquello era, ciertamente, un caracol, y el animal progresaba, lenta y seguramente, hacia una total perfección.

Hasta que una tarde, frente a aquel enigma vivo, Gerardo murmuró maquinalmente:

—¿Quién eres? ¿Qué genio extraño puede haberte concebido? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Entonces, terrible y enloquecedora, una voz, la voz del monstruo, respondió:

—¡Vengo de otro Universo!

Mariana, asustada repentinamente, dio un salto. Gerardo, a pesar de su valor, retrocedió también. Aquel órgano grave, ronco, vacilante..., aquella voz de sordomudo que aprendía a hablar... ¿Estaban acaso volviéndose locos?

—No, eso es imposible —exclamó Mariana con voz temblorosa—. ¡Un caracol, aunque sea gigante, *no puede* hablar!

Hubo un profundo silencio. Gerardo tranquilizó a su compañera, que se había protegido en él.

—Es una alucinación —dijo—. Ha de ser una horrible alucinación.

Y se echaron a reír nerviosamente, con una risa destemplada y penosa, dolorosa e irresistible, que les hacía desternillarse convulsivamente.

El enorme gasterópodo se desplazó lentamente y, viniendo frente a los dos jóvenes, que continuaban sacudidos por una risa incoherente, añadió:

—¡Aprender...!

Gerardo cerró fuertemente los ojos.

—¿El caracol desea probablemente instruirse..., leer..., y sin duda también escribir...?

—¡Si!

Los dos cesaron repentinamente de reír, sintiéndose sobrecogidos ante esta

rotunda afirmación.

En la extremidad de los tentáculos, los ojos del monstruo parecían mirarles fijamente.

—¡Vámonos, Gerardo! —suplicó la muchacha.

El hombre volvió en sí lentamente.

—No, espera —dijo—. No tiene la menor importancia, es que estamos completamente locos: si es así ya no corremos ningún peligro. Y puesto que hemos perdido la razón, debemos esforzarnos ahora en aclarar este misterio.

Conteniendo la respiración, Gerardo se concentró un momento. Y así se inició una extraordinaria conversación:

—¿De manera que tú hablas?

—¡Sí!

—Por más que uno pueda suponérselo —dijo casi para sí Mariana—, una respuesta como ésta deja el alma sumida en una formidable confusión.

—¿Y tú eres inteligente?

—*Creo que si...*

Y siempre aquel mismo monólogo en voz baja, el monólogo de una persona que duda de su razón y que está avergonzado de su locura. Y la respuesta, tal vez irónica, que llegaba inmediatamente.

—¿Qué es lo que quieres?

—*Aprender...*

—¿De dónde vienes?

—*No sé aún... Quiero oírte para aprender... ¡habla! ¡HABLA!*

Gerardo y Mariana se retiraron bastante tarde aquella noche, cuando ya las estrellas temblaban en el cielo aterciopelado. Un airecillo suave agitaba levemente las hojas de los árboles adormecidos.

Gerardo acompañó a Mariana hasta su casa. Se sentían tan preocupados por su aventura que sólo pronunciaron algunos monosílabos, y se despidieron con algunas palabras precipitadas. Los dos sentían deseos de meditar en soledad.

Al día siguiente, y en los días sucesivos, los dos jóvenes llegaron a obtener extraordinarias conclusiones de sus prolongadas entrevistas.

Aquel compañero extraordinario venía de un planeta cuya atmósfera se componía de gas carbónico. Sus habitantes estaban dotados de un cerebro superior con facultades excepcionales, y habían intentado emigrar a un astro más clemente, la Tierra.

El ser que tenían ante ellos había podido sobrevivir gracias a sus facultades de reconstrucción, ya que sus semejantes quedaron diezmados durante el viaje. Su inteligencia sobrehumana le permitía analizar e inmediatamente después sintetizar el conocimiento: en unos pocos días podía asimilar lo que a un terrestre le hubiera costado años enteros. Por consiguiente, el idioma del planeta Tierra no tuvo secretos

para él, una vez que Gerardo y Mariana, que pronto le tomaron confianza, le hubieron dado algunas lecciones.

Gracias a su esfuerzo, *el* gasterópodo consiguió adquirir, en algunos días solamente, un resumen preciso de los conocimientos terrestres. Sus capacidades extraordinarias de razonamiento le permitieron entonces discurrir con una gran madurez de juicio.

El diálogo volvió a reanudarse, más sutil aún. En primer lugar, ¿de qué planeta venía?

Examinando una tras otra todas las hipótesis, los tres nuevos amigos no tardaron en llegar a un acuerdo: ¡no podía ser otro que Venus!

—Efectivamente —dijo Gerardo—, éste es el único planeta que gira entre el Sol y la Tierra a 108 millones de kilómetros, pudiendo sin embargo las dos órbitas, Tierra-Venus, aproximarse a veces hasta una distancia de sólo 41 millones de kilómetros. Con un volumen casi idéntico al de nuestro globo, se le ha reconocido a Venus una temperatura aproximada de 50° al nivel del suelo, aunque se ignore la temperatura de su otra cara. La atmósfera se compone probablemente de gas carbónico, vapor de agua y ozono. La superficie de rocas graníticas queda oculta por las espesas nubes.

—Por otra parte —observó Mariana—, la ciencia clasifica actualmente a este planeta entre los astros corrientes...

Para Vik, el venusiano, aquélla fue la ocasión de sorprendentes revelaciones:

—Hace falta saber que las condiciones de vida en Venus son compatibles con las formas de vida primitivas, al igual que sobre vuestra Tierra: los organismos primarios han pululado durante millones de años en sus orígenes. Los ciclos de aparición de criaturas imperfectas se han ido sucediendo, y cada cual ha ido intentando implantar definitivamente un tipo perfeccionado. Claro que las condiciones geofísicas venusianas, al no poder modificarse sino muy lentamente, han obligado a las estructuras animales y vegetales a adaptarse con gran dificultad al medio ambiente. Las primeras debieron tan sólo a su enorme extensión cerebral el poder seguir superviviendo. He aquí el por qué se desarrolló una civilización bioquímica y biológica.

—Por consiguiente —preguntó Gerardo—, ¿ustedes no han construido nunca ni casas, ni fábricas, ni máquinas?

—No; todo ha sido dirigido hacia un perfeccionamiento corporal y cerebral. El venusino, ser sumamente inteligente, posee no solamente un cerebro, sino también un conjunto de células cerebrales que forman una unidad anatómica y fisiológica, una especie de neurona que constituye un vasto tejido nervioso presente en la totalidad del cuerpo. Por lo tanto, siendo las dendritas bastante cortas, no hay muchos nervios, sino más bien una contigüidad, como la sinapsis en ustedes, es decir, una superficie de conducción del influjo cerebral.

—Ya comprendo —dijo Gerardo—. En el terrestre, los centros son siempre los que ordenan. La sensación va al cerebro, que es el que dirige.



El telúrico asintió.

—En nuestro organismo, además de la inteligencia global del individuo, y a causa de esta curiosa conformación, existe una inteligencia autónoma en cada parte del cuerpo. No hay ninguna retransmisión periférica hacia los centros, sino una reacción inteligente inmediata hacia la parte del cuerpo interesada. De ahí la rapidez de acción y de pensamiento, la conciencia y dominio de todos los reflejos. La materia cerebral mantiene bajo su dependencia numerosas, cadenas glandulares, mucho más numerosas que las de ustedes, y estas glándulas, tomando parte de manera análoga, regulan gracias al efecto de sus secreciones y con una eficacia extraordinaria todas las grandes funciones fisiológicas.

—Por favor —pidió Mariana, muy interesada—, explíquese con mayor claridad.

—Ustedes saben —dijo el venusino— que las células son verdaderas fábricas químicas. Sus movimientos, desarrollo, división, están condicionados por una mayor o menor proporción de ácidos, de vitaminas y de enzimas. El sistema cerebral, ordenando el funcionamiento de las glándulas, les hace voluntariamente aumentar o disminuir sus secreciones, procediendo con una extraña eficacia. Por ejemplo, si el pie de un venusino está herido, la inteligencia local disminuye el calibre de los vasos sanguíneos, trae refuerzos celulares, forma un coágulo por hemóstasis y seguidamente cubre la herida con un tejido de cicatrización instantáneo.

—Eso es un fenómeno corriente en fisiología humana —interrumpió Delessart.

—Es posible —contestó Vik—. Pero si el miembro está demasiado lesionado, el organismo se separa de él, disecando la zona incriminada. El miembro volverá a brotar a continuación gracias a una división acelerada de las células.

—¿Y será idéntico?

—¿Y por qué no? El principio del cual depende este fenómeno es que cada centímetro del cuerpo venusino posee en propiedad el poder y la inteligencia de un individuo completo. Así, pues, puede soportar el quedarse reducido a la más simple de sus divisiones celulares y fisiológicas. Si el caso se presenta, él mismo reduce o multiplica el número de parcelas que lo componen... y llega así al polimorfismo integral.

—Es decir, que cada uno de ustedes puede adquirir la forma que más le agrade —señaló la joven.

—La que necesita para adaptarse al medio ambiente, sí. En nuestro planeta existen zonas calientes y zonas frías, pantanos, y una atmósfera en la que predomina el CO<sub>2</sub>. Cada individuo debe transformarse para poder vivir.

—Entonces, esa forma de caracol que usted presenta...

—Ya hablaremos después de esto. En todo caso, en Venus se encuentran toda clase de formas... incluso vertebrados.

Gerardo y Mariana, maravillados, guardaron silencio. ¡Qué mundo tan extraño aquél en que los seres pueden poseer según su voluntad dos cabezas u ocho patas, llegar a ser tan altos como casas o reducirse al estado de una célula apenas visibles!

—¿Pero es que existen en Venus formas humanas? —preguntó Gerardo.

—No, aunque nosotros conocemos algunos androides apenas esbozados. En realidad, nuestra forma habitual puede tener un parecido con ciertos insectos terrestres...

Así, día tras días, los terrestres se iban también instruyendo. Lo conocían casi todo con respecto al extraordinario visitante que no poseía órganos. Sabían, por ejemplo, que el hiperfuncionamiento de sus centros cerebrales procedía de la elevada proporción de gas carbónico en la atmósfera de su planeta, que era lo que los excitaba. Los telúricos eran unos seres asexuados, y cada veinte años, en un individuo que llegaba a poseer un número máximo de células, se producía una separación en dos partes, en las que el venusino hijo presentaba las mismas particularidades que su progenitor.

—¿Y la digestión? —dijo un día el dibujante—. ¿Cómo la hacen ustedes, puesto que no poseen tubo digestivo?

—Nuestros pantanos están formados por algas en descomposición, que nosotros conservamos cuidadosamente. Esta especie de plancton posee cualidades altamente nutritivas. Nosotros nos sumergimos periódicamente en él. Entonces, nuestras glándulas segregan una diastasa que, en un pequeño radio, transforma este baño en un producto directamente asimilable por la piel.

—¿Y ustedes respiran?

—Por un procedimiento de osmosis, a través de las membranas.

—¿Entonces, ustedes asimilan el CO<sub>2</sub>?

—¿No lo hacen acaso también ciertas células terrestres? En realidad, nuestra atmósfera, cuyo espesor es de 40 kilómetros, está formada por nubes de vapor de agua que producen la humedad necesaria para la vida. Porque desde hace varios millones de años hemos ido aclimatando ciertos vegetales que producen oxígeno por combinación, y esto modifica la baja atmósfera.

Estas explicaciones contentaron durante algún tiempo a los jóvenes terrestres, que habrían deseado saber cómo los galácticos habían conseguido llegar hasta ellos.

Fue entonces cuando Gerardo recibió un ultimátum de la S.E.I.F., ordenándole volver a su puesto con toda urgencia. ¡No tenía más remedio que obedecer!

Terrestres y venusino se pusieron entonces de acuerdo. Así, pues, quedó decidido que Gerardo dejaría a Vik la libre disposición de su casa.

—Ya tomaremos una decisión más adelante.

—Por mi parte —dijo Mariana—, yo me ofrezco para asegurar la subsistencia y cuidar de nuestro amigo. Vamos a hacer una lista de artículos de consumo que puedan convenir a la alimentación muy especial de nuestro invitado.

Vik dejó que Gerardo se marchara, muy a pesar suyo; el venusino se revelaba como un excelente compañero, muy amable y sensible. Aunque no dejó entrever nada, sentía una franca preferencia por el joven, no obstante las cualidades

indiscutibles de Mariana. Una misteriosa afinidad parecía enlazarle al terrestre...

Mariana rodeó a su huésped de toda clase de delicadas atenciones, intentando hacerle olvidar aquella fatal separación. Incluso, en su amabilidad, llegó hasta venir a pasar una noche en una cama de campaña cerca del gigantesco gasterópodo.

Las veladas eran muy agradables. La joven se instalaba en un sillón, Vik se deslizaba lentamente junto a ella, y el tiempo transcurría en instructivas conversaciones.

—No me ha precisado aún —dijo Mariana una tarde— la manera gracias a la cual ustedes han conseguido realizar este viaje de más de 50 millones de kilómetros, que nosotros no podemos emprender aún ni siquiera con nuestras más modernas astronaves.

—Es una larga historia —dijo su interlocutor—. Nuestra civilización era tan reducida a causa de las condiciones geofísicas que sobrevivíamos a duras penas. Con los escasos medios manuales de que disponíamos no podíamos ni siquiera pensar en imitar la técnica terrestre. Por supuesto, habíamos protegido nuestro cuerpo y asegurado nuestra alimentación, e incluso modificado nuestra atmósfera, pero todo ello gracias únicamente a los procesos bioquímicos originarios de nuestro organismo. No obstante, se había ido formando entre nosotros una sociedad: una instrucción telepática, encargada de recopilar las tradiciones y los conocimientos milenarios, formó algunos sabios en el transcurso de los siglos. Gracias a ellos, el cielo nos libró sus secretos.

Nuestro ideal había sido, desde siempre, el poder encontrar otro planeta en el que las condiciones de vida fueran dignas de nuestra inteligencia, permitiéndonos adquirir una verdadera civilización y no esta triste existencia de microorganismo. Solamente la Tierra pareció responder a dichos imperativos. Hacía ya muchísimo tiempo que habíamos previsto en todos sus pormenores este peligroso éxodo. ¡El final justificaba todos los riesgos! Ahora podríamos librarnos de la gravedad venusiana. Cuando se suelta un objeto, éste va a caer hacia el centro del planeta. Pues bien, nosotros descubrimos un medio que nos permitía que un ser *cayera* hacia el cielo.

—¿Echar a volar?

—Exactamente. El medio de hacer que un cuerpo *caiga* hacia el infinito... deje el planeta y atraviese las capas atmosféricas a la salida de las cuales, una vez adquirida su velocidad de escape, bogará hacia la órbita terrestre.

—Un cuerpo móvil —reconoció Mariana—, no necesita en efecto ningún motor para avanzar por el espacio...

—Así es. Habiendo calculado el momento en que las órbitas Venus-Tierra se encontraban en mayor profundidad, nuestros viajeros penetraron sin demasiadas dificultades en vuestra zona de atracción.

—Pero... ¿cómo pudieron librarse de las leyes de la gravitación?

—Desde luego hay que esperar las interposiciones astrales que modifican la

gravitación en el Universo. Después, el frío. Nuestros sabios han descubierto un complicado procedimiento para conseguir una temperatura próxima al cero absoluto. Un cuerpo enfriado a  $-270^{\circ}$  se libera de las leyes de gravedad, y *cae* al revés de dichas leyes.

—Sin embargo —dijo Mariana—, ¿es posible congelar a un ser viviente hasta esta temperatura?

—Usted olvida que nosotros somos seres exclusivamente celulares. No poseemos ningún órgano, lo que representa una enorme ventaja, tanto para la congelación como para las velocidades supersónicas. No es el frío en sí lo que es peligroso, sino el tránsito de la vida a la muerte aparente. Ni que decir tiene que nosotros somos capaces de producir una glicerina que protege nuestras células de la mayor parte de las averías posibles ocasionadas por esta variación térmica. Habiendo alcanzado el máximo de nuestras divisiones vitales, en hibernación completa, millones de venusianos cayeron en la atmósfera terrestre después de varios meses de viaje.

»El frenaje del aire terrestre calentó considerablemente nuestras células y, a pesar de estar revestidas de glicerina, nuestro volumen fue disminuyendo poco a poco al recalentarse progresivamente nuestras superficies externas. Los más voluminosos fuimos los únicos que escapamos de la muerte. Vuestro gesto, por otro lado, es el que me ha salvado la vida. Imagino que soy seguramente el único superviviente de los pioneros de Venus.

Vik quedó sumido en una melancólica meditación, que su compañera respetó. Finalmente, el venusino prosiguió:

—Con dificultad, yo pude recuperar algunas fuerzas. Para conformarme a las leyes naturales de la Tierra, según las cuales no existe Inteligencia sin cuerpo, utilicé mis últimas fuerzas para crearme unos órganos. Ignoraba la forma que podían tener los habitantes inteligentes de este planeta, y estaba demasiado débil para poder buscar un vestigio de civilización. Entonces, copié al único ser viviente que se encontraba cerca de mí: ¡un caracol!

—¿Y ahora?

—Ya no poseo las facultades suficientes para evolucionar de nuevo, y me temo que deberé quedar fijado en esta forma elegida al azar.

—¡Pero esto es horrible! ¿Y qué va a hacer?

—No lo sé. Esconderme, y esperar al posible retorno de mis facultades de transformación. Desgraciadamente me temo que nuestro fracaso no tenga remedio, y que mi situación sea desesperada.

—¡No! —exclamó Mariana impetuosamente—. Nosotros daremos a conocer su existencia al mundo. Estoy convencida de que podremos encontrar un medio para ponernos en contacto con Venus y ayudarle de alguna forma.

Vik agitó suavemente sus apéndices oculares.

—No conservo muchas ilusiones... —suspiró.

Gerardo volvió pronto. Había aprovechado el primer *week-end* para reunirse con Mariana. Por otra parte, el destino de su amigo venusino le preocupaba bastante. Se preguntaba si sería necesario ocultarlo aún a la vista pública. ¿Qué solución podría resolver de manera satisfactoria el problema del falso caracol extraviado sobre nuestro planeta? Cuando la extraordinaria noticia fuera revelada a las autoridades científicas del país...

—Porque, en resumen —confió Gerardo a Mariana—, el secreto que guardamos es un hecho fundamental para la suerte y el futuro de nuestra humanidad. Venus está habitado, y no solamente esto, sino que además sus habitantes son seres extraordinariamente inteligentes.

—El segundo caso —dijo Mariana—, tan sorprendente como el primero, es que estos seres polimorfos han descubierto el medio para viajar por el espacio ¡sin cohetes ni astronaves!

—Y han conseguido llegar hasta la Tierra —añadió Gerardo—. ¡Qué revolución en los servicios mundiales de Seguridad Astronáutica, obsesionados ya por los riesgos de invasiones interplanetarias, si llegan a tener conocimiento de la presencia de Vik sobre la Tierra!

El problema era el hecho de entregar al venusino a los científicos para que lo sometieran a estudio, y a la curiosidad de las multitudes. Esta solución desagradaba profundamente a los dos jóvenes. Por otra parte, su noble carácter no había previsto todo el beneficio que otros más advertidos que ellos le hubieran sacado a una ocasión semejante. No; a Mariana y Gerardo les importaba poco el dinero. Su mutuo amor se revelaba y afirmaba de día en día.

No les hacía ninguna falta las palabras para expresar sus sentimientos, y a pesar de la situación extraordinaria en que se encontraban, llegaban algunas veces hasta a olvidarse de la Tierra, y Venus solo representaba para ellos la diosa del Amor.

Precisamente Vik había salido al jardín aquella noche. Ellos dos, solos, se quedaron en la cabaña.

Era un atardecer tórrido, y desde hacía varias horas amenazaba tormenta, indecisa aún a caer sobre las plantas marchitas por un calor de invernadero. Ni un soplo agitaba las hojas de los árboles, los animales se removían inquietos en los establos húmedos y pegajosos, y hasta los insectos parecían exasperados.

Impresionado por los relámpagos de calor que surcaban silenciosamente la noche oscura y sin saber qué hacer, Vik se dirigió, desde el exterior, hacia la ventana completamente abierta de la cabaña, que los relámpagos iluminaban violentamente. Sus dos amigos, sentados sobre la cama de campaña, tenían las manos cogidas. No pronunciaban una palabra, pero sus ojos eran lo suficientemente elocuentes, y el diálogo que se cruzaba a través de ellos resaltaba en la habitación.

Vik se detuvo ante ese cuadro, y se sintió fuertemente impresionado por la muda

escena. Admiraba por cierto a Gerardo; sin embargo, ahora quedó sorprendido por la belleza que emanaba de la muchacha, a quien la felicidad y la certeza de ser amada prestaban un esplendor insospechado.

El venusino se sintió deslumbrado; aquella escena le llenaba de admiración, pero también se formaba en su interior un sentimiento de repugnancia hacia él mismo, hasta aquella forma horrible que él mismo se había dado... al tiempo que la imagen de Mariana quedaba grabada de manera indeleble en su cerebro, como la representación ideal de la belleza frente a su propia fealdad.

Inconscientes de la presencia de su amigo, los dos jóvenes seguían su mudo diálogo. Gerardo cogió a Mariana entre sus brazos; fue su primer beso...

Para Vik, aquello fue una revelación desgarradora. Por primera vez tenía conciencia del sentido de la vida terrestre y del amor desconocido en su planeta, justamente cuando la belleza llegaba a serle perceptible. Este amor que conduce la vida terrestre y que permite superarse a sí mismo...

Vik se retiró, aturdido. La tormenta se desencadenó bruscamente con una violencia insospechada.

El gasterópodo gigante no hizo caso de ella el agua le chorreaba sobre el cuerpo, las ráfagas de lluvia azotaban violentamente la hojarasca y crepitaban contra el suelo demasiado seco; un vapor abundante se elevaba de la tierra, yendo a confundirse con el velo de la lluvia torrencial.

Vik no se preocupaba de ello, ni tampoco del trueno ensordecedor, ni de los relámpagos que incendiaban el firmamento.

Bajo el choque de sentimientos desconocidos que le asaltaban por primera vez, el venusino discernía la verdad: se daba cuenta de la dualidad de sexos y de su atracción recíproca. Sí; en esto la raza humana era diferente de la suya.

La infortunada criatura, sin embargo, pese a su origen, a pesar incluso de su forma, que no era más que la máscara de un cuerpo prestado, soportaba también la ley de la Tierra: se reconocía como esencialmente femenina.

Tenía ya la prueba formal: su deseo de belleza, sus celos.

En ello Vik acababa de acceder sin duda alguna a la naturaleza humana: reconociéndose un sexo, sabiéndose al mismo tiempo fea... y sin embargo, amando.

Vik, la venusiana, estaba enamorada de Gerardo.

La lluvia era como un torrente de lágrimas, esas lágrimas que son el atributo de la Tierra. ¡Amargo favor que ella no podía conseguir!

—¿Para qué sirve una inteligencia superior si queda al capricho de los sentimientos? ¿Es que no soy yo absolutamente indigna de la amistad de quienes me han recogido?

La tormenta redoblaba su violencia, pero en la cabaña el tiempo parecía haberse detenido para los dos jóvenes.

De repente, un grito horrible les hizo ponerse en pie, sobrecogidos. Gerardo se dio cuenta de la ausencia de su huésped.

—¿Dónde está Vik?...

Ambos se precipitaron al exterior. La lluvia alcanzaba su punto culminante. Sin preocuparse del diluvio, los dos jóvenes buscaron al venusiano; pero nadie respondió a sus llamadas angustiadas.

Finalmente, Mariana tropezó con un cuerpo extendido en el suelo. Levantándose los cabellos empapados que le oscurecían la vista, reconoció a Vik.

Al oír su grito Gerardo se precipitó hacia allá, arrodillándose a su lado.

—¡Ha sido fulminado! —dijo con voz ahogada—. ¡No lo mires, Mariana!

Pero la joven no podía separar su mirada de aquel montón informe y medio calcinado que había sido un ser bueno e inteligente.

Apoyados el uno contra el otro, se levantaron, temblando de frío y de terror.

—Es extraordinario —murmuró Gerardo con voz queda—. No tenía ninguna existencia legal: su aparición, su vida, su muerte... quedarán desconocidas de los hombres para siempre...

—¡Gerardo! —la voz de Mariana sonó asustada y estridente—. ¡Mira!

El hombre miró hacia donde ella señalaba. Del informe montón de células calcinadas que reposaban en el suelo, nacía un pálido resplandor. En el conjunto de circunvoluciones cerebrales aún intactas se iba formando poco a poco una imagen radiante, ante los ojos alucinados de los dos humanos.

Lentamente, iluminada como un ópalo, la imagen se fue precisando: un rostro agradable de mujer, de rasgos puros, cabellos vaporosos, ojos misteriosamente profundos, y como una expresión dulce y divinizada...

—¡Se parece a ti! —exclamó Gerardo, balbuciente.

Mariana no pudo responder. Su intuición femenina le hizo tal vez entrever por un momento el secreto de Vik, su ansia de belleza y de amor...

Fue solo un breve instante. Como un recuerdo descolorido por el tiempo, la imagen empezaba a disiparse. La última sublimación de un ideal cedía ante la muerte, y se iba borrando lentamente.

Conociendo las posibilidades extraordinarias de las células venusianas, Gerardo dudó aún:

—¿Ha muerto realmente? ¿No renacerá quizás en una ínfima parcela de sí mismo y, liberado de las trabas de las pasiones humanas, no intentará de nuevo alguna otra maravillosa exploración?

La tormenta iba cesando. Las últimas gotas de lluvia temblaban en la punta de las hojas, y resbalaban suavemente hasta el suelo como una ofrenda de los dioses.

Mariana y Gerardo regresaron lentamente. El único Gran Viaje es, en realidad, el amor...

# Y el espíritu venció a la carne

Alfonso Álvarez Villar

Fue en una conferencia científica en donde tuve ocasión de conocer a Cristóbal Acevedo. Repantigado cómodamente en uno de los sofás del salón de conferencias, había dejado sobre mis rodillas un libro de técnicas yoguis, cuando, de repente, sentí unos golpecitos sobre mi hombro derecho.

—¿En dónde adquirió usted este libro? —resonó simultáneamente una voz con un timbre bastante bronco.

Me volví. Era un joven de unos 25 años, de aspecto bastante tranquilizador a pesar de su barba, de unos cinco días por lo menos, el que me hacía esta pregunta intempestiva. Respondí cortésmente y procuré acallar las protestas de los restantes asistentes al acto, que nos exigían el más absoluto de los silencios. Luego, a la salida de la conferencia, tomamos unas cuantas copas juntos, y, como suele suceder en estas ocasiones, a los pocos segundos nos hallábamos enzarzados en una profunda disertación sobre psicología, de la que a primera vista aquel desconocido poseía amplísimos conocimientos. De esta manera fue como nos conocimos Cristóbal Acevedo y yo. Y, cuando sin lamentar las doscientas pesetas que nos habíamos dejado en el mostrador del bar, quedamos citados para un día de aquella semana, una fuerte y fructífera amistad se había ya establecido entre nosotros.

Uno de aquellos días en que yo solía ir a su casa para tratar con él sobre los diversos problemas de psicología y sobre todo para experimentar materias relacionadas con esta ciencia (él poseía un maravilloso laboratorio abarrotado de taquistoscopios, psicogalvanómetros, discos de colores y demás instrumentos utilizados en psicología experimental), uno de estos días, repito, me dio a conocer el pensamiento que a continuación expongo. Debo, sin embargo, advertir de antemano que a causa de la prolijidad de los raciocinios de mi amigo voy a tener que contentarme con hacer un resumen de sus argumentos, aun a riesgo de que éstos pierdan rigor científico.

—Conocen de sobra —empezó, pues, a decirme, no sin antes divagar sobre el estado del tiempo y sobre una muchacha bonita que nos acababan de presentar— la primordial trascendencia que tiene la anatomía y la fisiología del cuerpo humano sobre la estructura de la psique. No quiero insistir sobre este plan de relaciones que son demasiado evidentes para que las discutamos. El problema que ahora plantea es el siguiente: si dada la influencia de la materia sobre el espíritu, éste no puede a su vez influir centrífugamente sobre el primero. Me refiero, claro está, a efectos plásticos, materiales, palpables, esto es, a una influencia que partiendo del eslabón



más alto de la cadena biológica, o sea, del psiquismo, alterase en las células los fenómenos fisicoquímicos más primordiales. *That is the question.*

Al llegar a este punto sentimos el choque de uno de los nudillos sobre la puerta. Tan hondo era el sentimiento de misterio en el que aquella conversación nos había embargado que no pudimos reprimir el que un escalofrío de espanto recorriese nuestra medula espinal. Sin embargo, era sólo la doncella que venía a traernos unos whiskies con soda. Sumidos en hondas meditaciones permanecemos silenciosos algunos minutos. En la polvorienta estancia solo se oía el zumbido de las moscas, y los póstumos rayos del ocaso daban la última pincelada a aquel silencio preñado de interrogaciones a los Misterios de la Vida. Luego Cristóbal Acevedo volvió a coger el hilo de su discurso, mientras con gestos maquinales ponía en orden la desarreglada pila de libros y de manuscritos que obstruían la mesa de su despacho:

—A simple vista parece humanamente imposible traspasar la barrera de potencial que separa el cuerpo del espíritu. Pero lo que la teoría considera como inalcanzable, la práctica nos lo demuestra en forma de esos «milagros» tan satisfactoriamente comprobados y sobre los que fundan algunas religiones orientales sus mejores argumentos.

»Pues bien, lo que todos los hombres de ciencia han atribuido hasta ahora es una fuerza misteriosa, que, junto con las leyes de la telepatía, escapa a toda comprensión, yo lo explico simplemente por el poder de la voluntad. Analicemos, si no, el caso de uno de tantos enfermos desahuciados que acuden a las aguas del Ganges en busca de una salud que sólo allí consiguen encontrar. En primer lugar, tienen una confianza ciega en los poderes sobrenaturales, y por lo tanto se hallan privados del oneroso lastre de la duda que de otro modo desviaría el curso de su voluntad (recuerda que aun en la hipnosis, el éxito de un hipnotizador está en relación inversa del escepticismo de sus sujetos). Segundo (y aquí conviene que concentres toda tu inteligencia, porque se trata más de intuir que de entender): el individuo, como si quisiera colaborar con las potencias celestes, comienza en su inconsciente a querer que hagan su aparición los síntomas de una certera curación. Con esto se consiguen dos cosas. Primero, localizar e ir distribuyendo la fuerza bruta de la voluntad, y, por último, objetivar esos síntomas creados por la autosugestión, en una marcha progresiva.

»Ésta es la causa del tan discutido fenómeno de los estigmas, cuyo origen sobrenatural la misma Iglesia Católica ha, desautorizado en múltiples ocasiones, aunque aquí el proceso esté cambiado de signo.

»De todos estos hechos he deducido tres consecuencias que a continuación te expongo: en circunstancias excepcionales, satisfactoriamente comprobadas, la experiencia ha confirmado este influjo de la voluntad sobre el cuerpo, previsto por la teoría. En segundo lugar, sustituyendo las relaciones místicas por la firme creencia de la infalibilidad del proceso se podía poner este fenómeno al servicio de la humanidad. Tercero, y en consecuencia cumbre: que siendo la muerte un trastorno irreversible, se

podría inmortalizar al hombre con tal de que el accidente respetara el libre funcionamiento del cerebro, que de esa forma pasaría a ser algo así como el talón de Aquiles de la raza humana.

Al llegar a este punto, Cristóbal Acevedo se detuvo. El temblor nervioso de sus manos se venía a unir al extraño fulgor de sus pupilas, y esto le daba un aspecto de profeta en trance y de persona trastornada por sus propias obsesiones. Luego, levantándonos con brusquedad, comenzó a girar en torno a la estancia con actitudes de gato enjaulado. Paseaba con la cabeza baja y las manos detrás de la espalda y sumido en el malstrom de sus cavilaciones, apenas se fijaba en las sillas y butacas que obstruían su paso. Y de repente se paró en seco volviéndose hacia mí y me espetó:

—¿Crees tú que todas estas deducciones son simples hipótesis?... ¿Ves este pedazo de piel? —me señaló su mano velluda—. Pues bien, dentro de seis meses voy a repetir sobre ella las estigmas de algunos santones. Y éste será mi primer paso.

Ante esta afirmación sonreí con escepticismo. Conocía de sobra el resultado negativo de todos los estrambóticos experimentos de mi amigo Acevedo, y no me cabía ninguna duda acerca de un nuevo fracaso. Sin embargo, y por pura cortesía, simulé una vez más dar crédito a sus supuestos y después de una acalorada discusión nos despedimos, él pletórico de optimismo y vitalidad, yo con el espíritu cargado de dudas y con una ligera jaqueca. Me dirigí, pues, a casa no sin antes haberle rogado que me diese cuenta de todo lo referente a aquellas experiencias.

Desgraciadamente, dos semanas después, y con motivo de un viaje de estudios, tuve que marchar a Alemania. Claro que allí seguía recibiendo por correo todas las noticias relacionadas con mi amigo y sus famosos experimentos, pero como al cabo de cinco meses empezaron a silenciar sus cartas lo que hasta entonces había ocupado por completo casi los renglones de sus cuartillas, di por fracasados sus ensayos y desde allí en adelante, por un prurito de delicadeza, me abstuve de insistir sobre el asunto.

Al cabo de dos años regresé a España. De nuevo volví a reanudar mis visitas a Cristóbal Acevedo. De nuevo los tapices y las alfombras de aquel despacho somnoliento en el que mi amigo transcurría las tres cuartas partes de su existencia, Comenzaron a animarse con nuestras apasionadas discusiones sobre temas psicológicos. Una nueva vida empezaba, pues, para nuestra amistad y con ella otros problemas ya muy alejados de los que un día habían ocupado nuestra atención, volvieron a cosquillear nuestro espíritu.

Fue, pues, sólo la revelación más inesperada que pueda imaginarse la mente humana la que volvió a poner con toda su intensidad en el plano de mis preocupaciones aquel famoso experimento.

Jugueteaba, en efecto, cierta tarde mi amigo Acevedo con unas pistolas antiguas de culata repujada que con otras muchas armas de todos los países y de todos los

tiempos figuraban esparcidas entre las panoplias de su casa (esta manía de tocar y retocar cualquier objeto y de morderse las uñas mientras hablaba con los demás era un tic nervioso que siempre había caracterizado a Cristóbal) jugueteaba, digo, con una de sus pistolas, cuando, de repente, sucedió algo inesperado: se conoce que al tocar distraído uno de sus mecanismos se le disparó el arma, y poco después caía mi amigo Acevedo envuelto en un charco de sangre.

No había tiempo que perder. A los pocos minutos en un automóvil, enfilado a ochenta kilómetros por hora a través de las calles de Madrid, transportaba al herido hacia mi clínica quirúrgica. No podía contar con ninguno de mis ayudantes y enfermeras, dado lo avanzado de la hora. Tuve, pues, que atender al herido con mis propias manos sobre la aséptica superficie del billar.

Lo primero que me chocó al contemplar a Cristóbal, ya con la tranquilidad del técnico que se dispone a luchar con la muerte, fue un no sé qué de extramundano (me es difícil dar con el calificativo apropiado) que parecía traslucirse en sus pupilas convulsivamente revueltas hacia arriba, como las de un hipnotizado. No obstante, dominando mis impresiones, y no sin antes cumplir en un santiamén los trámites de desinfección exigidos por la cirugía, hice el gesto de inyectar al herido una ampolla de anestésico. Y ya me disponía a pinchar en vena, cuando... (advierto a mis lectores que de aquí en adelante todo el relato trasciende el lenguaje humano) ya iba a inocular el anestésico cuando vi estupefacto que una mano de Cristóbal, al que creía desmayado, trazaba un rápido arco y con un violento esfuerzo me arrojaba la jeringuilla al suelo. Ahora bien, si afirmase que yo, persona acostumbrada por mi profesión de cirujano a espectáculos mil veces más imprevistos, no di importancia a aquel acto, mentiría seguramente. Sentí que en todo aquello había algo raro, algo que yo intuía pero que no podía formular con claridad, y esta incertidumbre aumentaba mi nerviosismo. Prescindiendo, pues, de la anestesia comencé a desgarrar con el bisturí la dermis y las aponeurosis que se cerraban sobre el proyectil. No era una intervención difícil para un cirujano tan hábil como yo el extraer una bala entre la masa blanca amarillenta y manchada de sangre del duodeno, en donde se había incrustado el balín. Me puse, pues, manos a la obra. Tan de prisa actuaba que no me di cuenta del hecho, bastante extraño en sí, de que apenas salía de los labios de Cristóbal un estertor entrecortado.

Pronto la pequeña esferita de plomo estaba fuera, y ahora viene algo que escapa a toda explicación humana: apenas limpiados de impurezas los bordes de las heridas, y al punto éstos de ser cosidos, vi un espectáculo que nunca se borrará de mi memoria, como esas alucinaciones que se agarran a nuestra mente y ya no la abandonan hasta que desaparecemos de este mundo: el de unos tejidos que, como impulsados por una fuerza misteriosa y situada por encima de todas las leyes de la biología, se iban juntando y recomponiendo vertiginosamente, sin dejar ninguna huella de cicatriz o de lesión. Me creí por unos instantes víctima de una extraña pesadilla. ¿Había sido algo más que un extravagante «jeu d'esprit» el experimento de mi amigo? Y ¿por qué no

me lo había comunicado? No podía dar crédito a mis ojos. Con la frente bañada de sudor me dejé caer en una silla.

Un cuarto de hora después Cristóbal Acevedo, sentado tranquilamente en uno de los sofás de mi despacho, me sacaba de dudas. Aquel fortuito accidente me había revelado lo que dentro de unos meses iba a conocer toda la Humanidad.

Durante unas cuantas semanas no me cansé de ver los fenómenos más extraordinarios que puedan imaginarse.

Recuerdo todo aquel período como algo completamente disgregado de la vida real, como uno de esos sueños que de vez en cuando nos desconciertan con su abrumadora prolijidad de sus mutaciones de formas y colores.

Me es muy difícil proyectar al exterior el calco aproximado del estado de ánimo en que me hallaba yo entonces, pero quizá pudiera ahora exponer una ligera idea de él diciendo que durante aquellas semanas mi espíritu vivía de lo extraordinario como de un alimento corriente. Esperaba, ¿qué sé yo?, ver realizados los ensueños más disparatados que la imaginación hubiera podido suponer. Y esta actitud ante la vida no le parecerá nada extraña al lector si considera las inconcebibles imágenes que como chispas de luz metamorfoseadas en mil figuras hacía aparecer mi amigo Cristóbal ante mis ojos.

Unas veces eran manchas rojizas de todas formas las que Acevedo le placía dibujar sobre su piel: letras, dibujos de objetos y de animales aparecían y desaparecían de allí vertiginosamente como por arte de encanto. Cierta día en que se hallaba de humor (cosa poca frecuente en él) me llegó incluso a ofrecer el curioso espectáculo de reproducir sobre su espalda, en el sempiterno tinte rojo de capilares dilatados, uno de los cuadros de su pintor favorito: Picasso. Pero si esto constituía lo más vistoso de sus experiencias, no menos fascinante era ver a mi amigo producirse terribles cortaduras en las manos y en la cara, que en el espacio de unos breves minutos volvían a cicatrizar sin dejar rastro. Otras veces yo mismo le ayudaba a inocularse por vía sanguínea o respiratoria los gérmenes de las enfermedades más horribles, sin que fuese visible el contagio.

Sin embargo, Cristóbal Acevedo no estaba contento con todos estos resultados. Se quejaba de que hasta ahora sólo había conseguido acelerar en el organismo unas reacciones ya de suyo predeterminadas. El segundo paso consistía, según él, en crear otras reacciones ya desligadas del marco de los fenómenos naturales, y esto era lo que quedaba por lograr aún. Todos sus esfuerzos tendían ahora a un proyecto tan ambicioso como el de crear unos órganos ñutios en la raza humana. «Qué maravilloso sería —exclamaba emocionado— el que la humanidad, sin tener que recurrir a medios físicos, pudiese surcar los aires, sin otros medios que los que posee el más insignificante de los insectos, mil veces superiores a nosotros con toda nuestra técnica. ¿Y qué diremos de la función clorofílica que poseen casi todas las plantas y que nos permitiría tomar gran parte de nuestro alimento del anhídrido carbónico del

aire?

Desgraciadamente, el destino no tenía reservado a mi entrañable amigo Cristóbal Acevedo el logro de sus ensueños fáusticos. Un día, en efecto, al dirigirme a su casa como de costumbre, con más deseos que nunca de embargarme en el perfume mágico de sus experiencias, vi mucha gente arremolinada frente a su puerta.

Pronto pude enterarme de lo ocurrido: le habían encontrado tumbado sobre la cama, arrojado en el manantial de sangre que brotaba de una de sus carótidas seccionadas por una navaja de afeitar. ¿Es que los dioses habían castigado la osadía de aquel nuevo Prometeo que había intentado arrebatarse la ambrosía de la inmortalidad? ¿Qué es lo que había fallado en aquel último experimento de Cristóbal Acevedo?

El Juez me entregó una carta sellada y a mi nombre; el remitente era Cristóbal Acevedo, que había escrito la carta unos minutos antes de fallecer. He aquí el contenido de la misiva: «Mi querido amigo: Todavía hace una semana, cuando tú y yo nos vimos por última vez, tenía depositadas mis esperanzas en los resultados de estos experimentos míos que tú has seguido con tanta atención. Pero desde entonces mi mayor contacto con el mundo exterior ha hecho cambiar radicalmente mis puntos de vista. Siguiendo tus consejos, he procurado abandonar mi caparazón de molusco y convertirme en un ser sociable como tú. Lo primero que hice fue, pues, leer la prensa (hasta entonces, como tú sabes, no me había preocupado ni poco ni mucho lo que ocurría dentro o fuera de España), pero, desgraciadamente, he llegado a la conclusión de que estos hallazgos míos favorecerían sólo a unas pocas personas honorables en sí, y en cambio, a muchos millones de imbéciles. He visto, en efecto, a través de la prensa, cómo en este país (y en cualquiera del mundo) la manera más efectiva de alcanzar la popularidad es siendo un delincuente (me refiero, concretamente, al caso Chessman, que durante estos días ha ocupado las primeras planas de los periódicos). También he visto que hoy los estúpidos ocupan los primeros puestos de la sociedad, que queda muy poco lugar para la honradez y la inteligencia. ¿Por qué, pues, permitir que una pandilla de degenerados escape al sino de la muerte? Mejor sería inventar algo que acortara sus vidas. El hombre justo, el hombre verdaderamente valioso, no necesita estos descubrimientos para sobrevivir: perdura en las páginas de la historia, y, desde luego (he vuelto también a recobrar mi fe en Dios), en una segunda vida, en donde no es necesario encontrar a la mente como hacía yo para sobrevivir en una existencia superior, infinitamente dichosa. Voy a seguir de todas formas mis experiencias, pero temo que me falle en un momento cualquiera mi certeza, mi entusiasmo, que son, como tú sabes, condiciones infalibles para que el psiquismo mantenga sin soltarla la brida de los procesos biológicos. Te escribo estas líneas como una especie de advertencia, o quizá, si tú lo prefieres, como una premonición.

Puedes callar o, por el contrario, lanzar a los cuatro vientos este descubrimiento mío. De todas formas, nadie te hará caso. Recibe un fuerte abrazo de tu amigo

*Cristóbal Acevedo».*

# La cosa caída del espacio

Domingo Santos

Eran las cuatro treinta y cinco de la madrugada cuando cayó. Lo vieron varios automovilistas que circulaban en aquel momento por la carretera N. II, vieron la oblicua estela luminosa que caía del cielo para ir a ocultarse tras un bosquecillo de pinos, al otro lado de la loma. *Un meteorito*, pensó uno de ellos, pisando el acelerador. Y la mujer de otro cruzó los dedos sobre su regazo, y formuló en voz baja un deseo. Es bueno formular un deseo cuando cae una estrella fugaz.

Pero no era una estrella fugaz. Durante el resto de aquella noche, todos los automovilistas que circularon por las cercanías del kilómetro 79 de la N. II pudieron percibir un resplandor desusado tras el bosquecillo donde poco rato antes había caído, el objeto. Los habitantes del pueblo que hay a ocho kilómetros del lugar de la caída no tardaron así en tener noticias de lo ocurrido. Paco, el vigilante nocturno de la gasolinera que hay en la entrada del pueblo, tuvo que oír varias veces la historia mientras llenaba los depósitos, y algunos camioneros pararon exclusivamente para comunicarle lo que se veía tras el bosquecillo, mientras tomaban una taza de café y fumaban un cigarrillo. Paco comunicó la noticia al panadero, que estaba preparando la hornada del día siguiente, y éste se apresuró a comunicarla a su vez a los primeros madrugadores que entraron a comprarle el pan para el almuerzo. Algunos de éstos encontraron a la patrulla de carreteras cuando iban hacia sus campos, y se lo comunicaron también. Los dos policías se miraron unos instantes entre sí, indecisos, y luego decidieron ir a ver qué pasaba.

Sí, había un suave resplandor tras el bosquecillo, que las primeras luces del amanecer hacían palidecer ya. Los dos hombres dejaron las motos en el arcén, y se internaron con sus linternas en el bosque. A medida que se acercaban al lugar de donde procedía el resplandor notaban cómo la temperatura iba aumentando lenta pero sensiblemente. Es natural: el calor de la caída... Cuando hubieron franqueado el bosquecillo llegaron a un amplio claro que formaba como una suave hondonada. Allí estaba la cosa caída del espacio.

Los dos hombres se detuvieron. Era como una gran esfera, monda y pulida como una bola de billar, y brillaba intensamente, como si fuera el disco del sol. Por supuesto, su superficie estaba casi al rojo blanco.

—Es enorme —dijo uno de los policías.

El otro asintió silenciosamente. Mediría al menos ocho metros de diámetro. No era exactamente esférica, sino un poco ovalada, aunque muy ligeramente. Su superficie exterior parecía pulida, como si fuera metal o cerámica, y no presentaba la

menor rugosidad o imperfección.

—¿Qué hacemos? —preguntó a su compañero el que había hablado primero.

—Acercarnos no, por supuesto —respondió ceñudamente el otro—. Esto debe arder como el infierno. Vamos; comunicaremos lo ocurrido. Los demás que decidan lo que se debe hacer.

Estaba ya entrada la mañana cuando los primeros curiosos empezaron a llegar al claro tras el bosquecillo. El objeto había ido perdiendo lentamente su luminiscencia, en primer lugar porque la claridad diurna opacaba su brillo, y en segundo lugar porque se había enfriado considerablemente, aunque su superficie exterior estuviera aún muy caliente. Se podía ver ahora que era de un color blanco-grisáceo, algo así como si estuviera hecho de aluminio, aunque no daba ninguna sensación de ser un objeto metálico. Uno de los curiosos, que hacía tiempo había leído «La Guerra de los Mundos», dijo que aquello se parecía al inicio de la novela de Wells. Casi inmediatamente empezó a circular el rumor respecto a que se hallaban ante una nave del espacio. Ciertamente, su pulida superficie y su geométrica forma esferoide hacían pensar en todo menos en un meteorito de origen natural..., a menos que se tratara de un meteorito de características *muy* especiales. Empezaron a trazarse cábalas sobre la forma e intenciones de los posibles tripulantes de la esfera, y hubo incluso quien dijo que deberían avisar al ejército para que trajera armas con las que defenderse, a lo que otro empezó a hablar rápidamente de proyectiles atómicos.

Pasado el mediodía llegaron las primeras autoridades: un coronel de artillería, desplazado desde un destacamento situado a sesenta kilómetros del lugar, y un grupo de soldados. Por aquel entonces el objeto estaba ya casi frío, aunque su superficie estaba aún tibia. Lo primero que hicieron fue despejar a los curiosos de las inmediaciones, instalando un cordón de soldados que, metralleta en mano, estuvieran listos para prevenir cualquier contingencia. Luego, el coronel, seguido por sus dos ayudantes más inmediatos, empezó a examinar el objeto por todas partes. Un coronel de artillería no suele tener los suficientes conocimientos como para estudiar a fondo un fenómeno como la caída de un meteorito, y menos la de *aquel* meteorito. Así, sólo pudo certificar que el objeto se había hundido por el impacto un par de metros en el blando suelo..., cosa evidente a todas luces, y que no se había fragmentado en el choque, al menos aparentemente..., cosa que tampoco necesitaba demasiada aprobación. Uno de los ayudantes recogió una piedra del suelo y golpeó con ella el objeto, sin duda con la intención de sacar importantes conclusiones. Luego, dándose cuenta que estaba haciendo el estúpido, arrojó la piedra y sugirió que se llamara a un grupo de especialistas del ejército para que examinaran y estudiaran el objeto. Su sugerencia gozó de la aceptación general. El primer equipo, formado por cuatro hombres y un montón de aparatos, llegó, ante la expectación general, a media tarde. Los cuatro hombres se distribuyeron en torno a la gran masa y empezaron a trabajar: midieron el objeto, lo examinaron, calcularon su peso, su densidad... Anochecía ya



cuando dieron su primer informe:

—El objeto mide ocho metros treinta centímetros de diámetro por su parte más ancha, y siete metros ochenta y tres centímetros por su parte más estrecha. Su densidad es grande; sin embargo, parece como si estuviera hueco, aunque en este caso sus paredes tendrán como mínimo treinta a cuarenta centímetros de espesor. La constitución de su capa externa... Bueno, en verdad, no la conocemos. No es metálica; no al menos, hecha por algún metal o aleación que conozcamos nosotros. Me inclinaría más bien a decir que es de naturaleza calcárea o silíceo, aunque es aventurado afirmarlo sin haber procedido antes a un examen detallado. Puede resistir una temperatura de miles de grados, al menos no hemos podido atacarla ni con los más potentes sopletes que llevábamos, y también es durísima, aunque imagino que con perforadoras muy potentes tal vez podamos practicar algún orificio, pues su dureza no se debe al material del que está hecha, sino más bien a su densidad.

El coronel de artillería se frotó pensativamente la barbilla, mientras le daba vueltas a una idea que desde hacía rato rondaba por su cabeza.

—Ha dicho que era hueca —murmuró—. ¿Cree..., cree que pueda tratarse de una nave espacial de origen extraterrestre?

El hombre miró detenidamente al objeto. Tal vez pensó en los platillos volantes, o quizás en las novelas de ciencia-ficción.

—Bueno —dijo—; ¿y por qué no?

El segundo equipo de especialistas llegó a los dos días de la caída.

Esta vez, iban ya en busca de algo concreto. Como buen militar, el coronel había enviado un informe a la superioridad donde se detallaba lo ocurrido, y se anotaba en primer término la posibilidad, nunca desdeñaba, que la caída de aquel objeto pudiera representar un peligro de índole militar. Instantáneamente, velando por la seguridad del país, se había reforzado la guardia en torno a la zona, manteniendo alrededor del objeto una vigilancia continua, día y noche.

Uno de los hechos más curiosos que rodeaban al objeto era que, aunque desde su caída hasta el presente había tenido tiempo de enfriarse por completo, no lo había hecho así, sino que su temperatura superficial nunca descendía de los veinte grados centígrados. Las noches en aquella región son muy rigurosas, por lo que lógicamente el objeto debería amanecer completamente frío y cubierto de escarcha, sobre todo en aquella época. Y sin embargo, no era así.

—¿Usted conoce lo que es la piroporcelana? —preguntó uno de los especialistas al coronel; y ante la negativa de éste prosiguió—: La piroporcelana es una porcelana especial, muy resistente a los cambios bruscos de temperatura, que empleamos en los satélites artificiales para protegerlos de las altas temperaturas durante su reentrada en la atmósfera. Supongamos que esto que recubre el meteorito no sea más que una clase distinta de piroporcelana, hecha a escala y con materiales extraterrestres. ¿Por qué no pensar que esta capa no sea más que una capa refractaria que aisle el verdadero objeto

de los rigores de temperatura del ambiente exterior? Así podrían explicarse muchas cosas.

—Pero no hay ninguna abertura practicable, ni señales de puertas ni ventanas.

—Por supuesto que no, puesto que cualquier abertura debilitaría la resistencia de toda la estructura. La nave puede estar *sellada*, hasta el momento de llegar a destino. Entonces tal vez, desde dentro, tengan los medios para romper esta envoltura y poder salir al exterior.

—Pero hace ya tres días que cayó. ¿Por qué no lo hacen?

—Ah, eso ya no lo sé. Quizás estén estudiando el lugar donde han ido a caer. Ésta ya no es mi especialidad.

La misión del segundo equipo de especialistas era, así, averiguar: *a)* si se trataba de un objeto natural o artificial; *b)* si estaba tripulado, es decir, si había seres vivos en su interior; y *c)* si existía alguna forma de llegar hasta ellos, en caso que los hubiera. Había también otras finalidades importantes, como eran el saber si los hipotéticos tripulantes del objeto tenían o no intenciones agresivas, pero esto entraba ya dentro de otro campo.

El equipo empezó su trabajo. Los instrumentos empezaron a dar muy pronto datos concluyentes, pero algunos contradictorios. En primer lugar, ningún aparato detectaba nada metálico en el objeto, al menos nada de lo que en la Tierra entendemos por *metal*. El objeto estaba efectivamente hueco, es decir, la superficie exterior no era más que una capa cuyo grosor no llegaba a los cuarenta centímetros, pero su interior no estaba vacío, sino que había algo...

Y aquí empezaban los problemas. El interior estaba ocupado por una gran masa, cuya forma y proporciones no se podían precisar, pero que dejaba algunos huecos vacíos; y, en aquella masa, había partes que se movían. Los aparatos no tardaron en detectar lo que era: una gran maquinaria, a juzgar por el acompasado latir que se filtraba a través de la pared exterior: *thumb-thumb-thumb*, como el tictac de un gran reloj.

—Ésta es mi conclusión —dijo el jefe de especialistas al coronel—. El meteorito no es más que una nave espacial. Sí, ya sé que no hemos hallado segunda pared metálica bajo esta primera, pero, ¿acaso es realmente necesaria? No sabemos cuál sea la concepción que tengan nuestros visitantes de una nave espacial, pero tal vez a ellos nuestras cápsulas les parezcan tan absurdas como a nosotros esto. Existe en el interior una máquina que funciona, y que indudablemente les suministra aire y calor, o lo que ellos necesiten. Y esas cosas que hemos detectado que se mueven deben ser sus tripulantes. No me pregunte cómo son, no lo sé. Pero están ahí.

—¿Pero por qué no salen?

—No lo sé. Tal vez crean que todavía no es el momento. Tal vez nos hayan detectado a nosotros, y sienten miedo. O tal vez no puedan. ¿Cómo vamos a saberlo?

—Entonces, ¿qué hacemos?

El jefe de especialistas estaba pensativo.

—Tal vez lo mejor —dijo—, sería intentar abrirlo nosotros.

El estudio de la capa exterior del objeto hasta sus más íntimas estructuras siguió mostrando datos de interés. En primer lugar, el estudio microscópico puso de manifiesto que el material del que estaba compuesto, aunque muy duro y denso, era poroso, lo que señalaba un camino por donde atacarlo. Una potente perforadora, traída a toda prisa, logró abrir tras varias horas de lucha una brecha de dos centímetros de profundidad, tras lo cual tuvo que detenerse, pues a medida que se profundizaba la resistencia era mayor. Sin embargo, ahí había un camino por donde atacar al objeto.

Fue entonces cuando el jefe de especialistas descubrió, a lo largo de todo el objeto, verticalmente, una estrechísima fisura, microscópica casi..., algo así como el resquebrajamiento producido por el impacto contra el suelo. Algo casi invisible, pero que sin embargo estaba allí.

Así nació la idea. El material que formaba la capa externa del objeto era duro, pero se podía perforar. Existía a todo lo largo de él una fisura susceptible de ser ampliada. ¿Y si dinamitaran el objeto a lo largo de toda aquella línea, lugar donde indudablemente la resistencia del material sería mucho más débil? Quizás fuera ésta la única forma de llegar al interior del objeto.

Y empezó el trabajo. Durante dos días completos, un equipo de veinte hombres armados con las más potentes perforadoras, se dedicó a practicar agujeros de cinco centímetros de profundidad y dos de ancho a lo largo de toda la fisura, haciendo un agujero cada cincuenta centímetros. En su interior se instalaron potentes cargas explosivas, conectadas todas ellas a un mismo detonador. Luego, todos se retiraron a prudente distancia, y se hicieron estallar. Una nube de polvo se elevó en torno al objeto, se mantuvo unos segundos flotando, y luego se disipó. El objeto seguía intacto.

El jefe de especialistas se acercó, y examinó los efectos de la carga. Habían saltado esquirlas del material, los agujeros se habían hecho mayores, y nada más. Aunque sí, sí, había algo más. La fisura, que cuando la descubrieron tenía apenas una centésima de milímetro de ancho, era ahora superior a un milímetro.

Se decidió volver a realizar el intento. Se perforó en los puntos que habían quedado intactos de la fisura, y se colocaron nuevas cargas. Dos días más tarde, un nuevo círculo explosivo rodeaba el objeto. Se hizo detonar, se produjo la clásica nube de polvo y humo... y el objeto siguió intacto como antes.

El coronel parecía desanimado, y el jefe de especialistas también. Los detectores señalaban una ligera variación en el interior del objeto: el latido de la máquina era ahora algo más apresurado, y se apreciaba un movimiento más espasmódico en su interior, como si los seres que lo ocupaban estuvieran agitados, más agitados que nunca.

—Saben lo que estamos haciendo —dijo el jefe de especialistas—, y esto los excita. Tal vez no quieran que abramos la cápsula, o quizás estén excitados

precisamente porque saben que queremos ayudarles. No lo sé, puede ser cualquier cosa. Hasta que no abramos el objeto y lleguemos a su interior no lo sabremos.

—Pero lo debemos hacer —gruñó el coronel, con la seguridad que sólo pueden tener los militares del hecho que sus órdenes serán siempre cumplidas, sean cuáles sean—. Por los infiernos que lo debemos hacer.

El grupo de soldados en torno al objeto era ahora más numeroso que nunca. Se habían traído también un par de piezas de artillería de distinto calibre, por lo que pudiera pasar, y apuntaban las dos al objeto constantemente. En torno al cordón militar, un grupo enorme de curiosos, más numeroso cada vez, observaba atentamente el insólito fenómeno. Los periódicos de todo el mundo habían divulgado el suceso, y los periodistas y fotógrafos se abrían paso a codazos para obtener un buen lugar. Había una intensa expectación.

—Vamos a jugarnos el todo por el todo —dijo el jefe de especialistas—. Vamos a intentarlo otra vez.

Esta vez, fue el propio jefe de especialistas quien dirigió la operación. La fisura, aunque incommovible, había cedido casi un milímetro desde la primera carga, lo que hacía concebir esperanzas. Se buscaron los lugares más débiles, y se instaló una carga cada diez centímetros, a la mayor profundidad posible. Cuando se terminó de instalar, el objeto parecía estar rodeado por un grueso anillo.

—Ahora sí —dijo el jefe de especialistas—. Ahora lo vamos a conseguir.

La expectación era ahora mayor que nunca. Los mejores fotógrafos del mundo se habían dado cita allí, para tomar instantáneas del momento de la explosión, y buscaban desesperadamente los mejores ángulos de enfoque. Los soldados, nerviosos, acariciaban sus armas. Tras ellos, una centena de policías y guardias civiles se paseaban entre los curiosos, manteniendo el orden. El área restringida en torno al objeto se había ampliado, y muchos curiosos, para ver mejor, se habían subido a los árboles, haciendo competencia a los fotógrafos.

El jefe de especialistas revisó todos los extremos. Sabía que ahora iba a ser el intento definitivo, y no quería fallar. Cuando se sintió tranquilo, se retiró al puesto de observación que se había instalado a ciento veinte metros del objeto, convenientemente protegido. Allí se encontraba ya el coronel, nervioso y cohibido ante la presencia del capitán general de la región, que había venido de la capital exclusivamente para observar el desarrollo de la operación.

—¿Listo? —preguntó el coronel.

—Listo —respondió el jefe de encargados.

Hubo una pausa de silencio, mientras todos se preparaban. Luego, uno de los técnicos en explosiones hizo una señal. El jefe de especialistas miró al coronel, el coronel miró al capitán general. El capitán general hizo una seña afirmativa con la cabeza.

Los fotógrafos prepararon sus cámaras, mientras la señal recorría a la inversa el camino protocolario. Transcurrieron unos instantes de expectación; luego, una

tremenda explosión sacudió al objeto que había caído del espacio. Un anillo de luz, polvo y humo se elevó en su torno, como un anillo saturniano. Luego, poco a poco, empezó a disiparse.

Todos alargaron ansiosamente el cuello para ver, conteniendo la respiración. Sí, esa vez la carga había cumplido su objetivo. La fisura se había abierto al fin, y el objeto yacía partido en dos. No había segunda pared en su interior, estaba hueco, y en su interior había algo que se movía.

Fue entonces cuando todos oyeron el primer graznido, seguido casi inmediatamente por un brusco y espasmódico batir de alas.

**FIN**